



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

ANDOVER-HARVARD LIBRARY



AH 4LQC 4

Harvard Depository
Brittle Book

686 Re



INSTRUCCIONES
AL
PUEBLO CRISTIANO



INSTRUCCIONES AL PUEBLO CRISTIANO

POR

JOSE IGNACIO VICTOR EYZAGUIRRE

OBRA APROBADA

POR

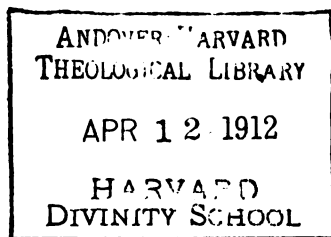
LA AUTORIDAD ECLESIASTICA DE ROMA

TOMO TERCERO

QUE CONTIENE INSTRUCCIONES CONCERNIENTES
A LOS EVANGELIOS DE LOS DOMINGOS



ROMA
IMPRENTA POLIGLOTA
DE PROPAGANDA FIDE
1875



H40,821

El Autor se reserva el derecho de propiedad.

INSTRUCCION PRIMERA.

S O B R E L A N E C E S I D A D D E L A F É .

*Coelum et terra transibunt:
verba autem mea non transibunt.*

El cielo y la tierra pasarán: mas mis palabras no pasarán.

(S. Luc. Cap. 21.)

El hombre necesita un elemento espiritual que le sostenga, mientras atraviesa el mar tempestuoso de su vida. Combatido sin cesar por la adversidad, podria creerse maldito de Dios, sinó encontrase aquel recurso cerca de sí que lo auxiliase, lo aléntase y fortaleciese segun sus necesidades. Mas dió el Señor á todo hombre ese elemento que, acercándonos á El, transforma en bien muchas veces nuestros males, y nos hace encontrar dulzuras inefables, allí mismo donde nadie veia sinó motivos de dolor y de amargura. Oid, hermanos mios, lo que dice el Apóstol de las gentes cuando, perseguido, calumniado y cargado de cadenas por la causa de Dios, parece que todo el mundo se conjura contra él: « Yo sé á quien he creído, y estoy cierto de que es poderoso para guardar mi depó-

sito hasta aquel día (1).» Ese fervoroso discípulo de Jesús poseía la fé cristiana viva y vigorosa, que derramaba en su alma torrentes de dulzura y de caridad, y con esa fé poseía también el elemento que le colocaba en contacto inmediato con Dios, el elemento, repito, que aleja de las almas la turbación y la amargura, consecuencias ordinarias de nuestra poca virtud.

Considerando al hombre no ya individualmente, sino unido á sus semejantes y formando lo que se llama sociedad, encontramos mas urgente todavía aquella necesidad. Las pasiones opuestas que se chocan fuertemente, los intereses opuestos que combaten entre sí, las preocupaciones mesquinas, la envidia, y en fin, tantos otros elementos de destrucción aglomerados en el cuerpo social; ¿cómo serán neutralizados sin otro activo y capaz de salvarlo de los males que aquellos le preparan? David, contemplando la malicia triunfante sobre la tierra « Contradicción, decía, he visto en todas partes, y á los hombres que perecen sacrificados por sus propios amigos; mas vos; oh Dios mío! me salvaste iluminando los pasos de mi vida (2). » Ved ahí, pues, de nuevo cómo la fé es el elemento que puede salvar de su ruina al cuerpo social, ó á la sociedad formada por los hombres, así como salva también á cada hombre particularmente.

Esta es la verdad que nos enseña Nuestro Señor Jesucristo en el santo Evangelio. Despues que ha declarado lo terrible de su venida el día del juicio universal, señala á todos los hijos de Adán la virtud de la fé como elemento de salvación: es decir creer y obrar en conformidad con lo que su divina palabra nos ha

(1) II. á Timot. Cap. 1.

(2) Salmo 17. y 145.

enseñado; porque el cielo y la tierra pasarán, pero la doctrina de la fé, que contienen esas palabras que El mismo nos enseñó, no pasarán jamas. *Coelum et terra transibunt: verba autem mea non transibunt.*

La Iglesia nuestra Madre, al principiar el santo Adviento ó sea la preparacion para la festividad del nacimiento del Hijo de Dios, nos recuerda su venida desde el reino de los cielos para juzgar la tierra el último dia de los tiempos, deseando que con la meditacion de esta verdad, avivando mas y mas nuestra fé, tratemos de purificar nuestra conciencia, de modo que recibamos con limpio corazon al Hijo de Dios. Por eso nos dice en el Oficio Divino: *In adventu Summi Regis mudentur corda hominum, ut digne ambulemus in occursum illius, quia ecce veniet, et non tardabit.* Para conseguirlo, voy á mostraros la necesidad que el hombre tiene de la fé, bien se le considere simplemente como individuo, ó bien reunido con los demas y formando el cuerpo social. Escuchadme.

I.

Considerado el hombre individualmente, necesita la fé, porque con ella Dios ilumina nuestro entendimiento para que conozcamos la majestad y grandeza de su Ser, y adoremos la excelencia y profundidad de sus misterios. Recordad, hermanos mios, que la luz criada por el soberano autor de la naturaleza en los primeros dias del mundo hizo ver al hombre la hermosura del firmamento, la frondosa pompa de los bosques, la variedad de las aves, de las bestias, de las plantas, y en fin, toda la majestad de la obra de la creacion. Esto que sucedió al hombre en el órden terreno y material, es lo que sucede á nuestra alma en el órden espiritual y

de la gracia. Con la escasa luz de su conocimiento natural no podia llegar á conocer los infinitos bienes espirituales, que el Señor crió para enriquecerlo mientras viviese sobre la tierra, ni los inefables y preciosos que concedió á su Iglesia, ni los eternos que nos reserva en el reino de los cielos. La malicia del pecado le rodeó de sombras y tinieblas, de modo que sin un auxilio eficaz de Dios era imposible que llegase á tener ni idea imperfecta siquiera, de aquellas verdades. Crió entónces el Señor la luz de la fé, y la envió á nuestra alma para disipar de nuestro entendimiento toda tiniebla de error, toda sombra de ignorancia y toda obscuridad hija del pecado. Con el auxilio de esta luz sobrenatural vemos, conocemos y admiramos la omnipotencia infinita del Señor, las obras magníficas de su providencia, y los bienes inefables que nos dispensa su misericordia. Notad, hermanos míos, que los hombres sin fé nada de esto conocen; porque no pueden penetrar lo que es sobre su inteligencia y su razon, y por eso les vemos ya mirar con indiferencia los bienes espirituales que nos dispensa la religion, ya reir, ya burlar á los que, conociendo su valor y eficacia, los buscan con fervor, y ya, en fin, aplicar apodos y epítetos injuriosos á los que procuran poner, al alcance de todos, esos mismos bienes. No tienen fé y quedarán, repetiré con David, « como las bestias que carecen de entendimiento (1). » ¡ Oh! si la ricibiesen, cómo dirian entónces con el espíritu que el otro, cuya inteligencia alumbró Dios con resplandores celestiales: « ¡ Oh Israel! cuán grande es la casa del Señor; qué magnífico el lugar de su posesion (2)! » Qué inefables, Dios mio, son los bie-

(1) Salmo 31.

(2) Baruc. Cap. 3.

nes que guardas para aquellos que te conocen (1)!. Pidamos á Dios, pidámosle, hermanos míos, continuamente esta fé: pidamos como los apóstoles, que se nos aumente la que hemos recibido: *Adauge nobis fidem* (2); porque sin sus auxilios no podremos ni conocer á Dios, ni recibir los bienes que tiene reservados para nosotros.

Mas tenemos necesidad tambien de la fé por la naturaleza de nuestra propia condicion. El pensamiento humano se extiende hasta lo infinito, penetra por todas partes, no queda quieto ni un instante, porque siente en sí mismo la necesidad urgente de buscar una situacion mejor, una felicidad que no conocemos, ni ménos podemos explicar; un objeto, en fin, que es grande, infinito y superior á cuanto divisamos sobre la tierra. ¡ Ah! ponga cada cual la mano sobre su corazon, y respóndame si es verdad, que allá en el silencio de su propia conciencia ha sentido muchas veces la necesidad de conocer, y si fuese posible, de poseer ese objeto que echa ménos. Pues ese objeto es la fé; y aquella situacion feliz que tanto deseamos, porque en ella nos parece ver reunidos todos los verdaderos bienes, que causan la felicidad del hombre, es el efecto que produce en nuestra alma esa misma fé. El que no la posee, vive agitado y lleno de inquietudes, porque marcha por la vida presente, pero sin saber á dónde va: marcha, pero como el niño tierno, que con pasos cortos y vacilantes se dirige sin conocer á dónde, ni qué objeto se propone al dirigirse allá: marcha, pero como el bajel que se encuentra sin timon en medio del océano, y á quien los vientos

(1) Salmo 30.

(2) Lucas. Cap. 17.

lo conducen á su capricho, y las olas agitadas por el huracan lo llevan á todas partes, y lo hacen correr en todas direcciones hasta despedazarlo y sumergirlo en el profundo seno de las aguas.

Para conocer , hermanos míos , la verdad de esta comparacion , bastará que os fijeis en cualquiera de esos individuos, que no poseen la fé de Jesucristo. Hoy les vereis observar una conducta , y mañana otra enteramente contraria: hoy les vereis opinar de un modo, y mañana contradecir eso mismo que sostuvieron el dia anterior. ¿ Porqué tanta inconstancia? ¿ De dónde tanta falta de solidez en su pensamiento y tanta movilidad en su resolucion? Viene de que, no habiendo fé en su conciencia, no hay base sobre que puedan apoyarse con firmeza sus opiniones, sus resoluciones y su conducta y por eso no puede haber fijeza ni seguridad, ni en lo que piensan , ni en lo que ejecutan. Eso es verdaderamente marchar como el niño que no sabe lo que hace, y que tropieza y cae á cada instante; ó navegar como la nave sin timon que , despues de recorrer el océano sin rumbo fijo , parece tragada por la tempestad.

Mas lo dicho es tan solo aquello que nos revela el exterior de los hombres sin fé: sondeando ahora lo que pasa en su corazon , encontraremos allí un verdadero campo de batalla , y del que las pasiones mas violentas y terribles se disputan la posesion y completo señorío. La soberbia que les inspira la mas alta idea de su propio mérito, y les ofrece mil títulos para creerse superiores á los demas; la avaricia despertando en su alma el amor desordenado á los bienes de este mundo, y el deseo de enriquecer, aun cuando fuese para ello necesario sacrificar al prójimo; y la lujuria, en fin, que les arrastra vergonzosamente, les ensucia

en el lodazal de los placeres mas asquerosos, y les envilece hasta hacerles comparables con las bestias de la tierra. Esos hombres no tienen freno que les contenga, cuando tratan de entregarse á las exigencias cada vez mayores de sus pasiones; para ellos todo es lícito, todo justo, desde que ni Dios, ni su ley santa é inmutable tienen fuerza alguna. ¡Qué situacion tan espantosa! Ese corazon donde esto sucede es el mar agitado por la tempestad, se entumece y conmueve mas y mas á medida que crecen sus apetitos desordenados. Se desborda, y entónces el pudor, la educacion, el honor, el buen nombre, todo, todo perece, dejando expedito el camino que directamente lo conduce al abismo de su perdicion temporal y eterna.

Algunos han pretendido que la fé no es necesaria al hombre para obrar bien, pues que el respeto humano ó las consideraciones que debemos á los demas hombres, pueden suplir la influencia que ella ejerce sobre nuestra conducta. ¡Qué error, hermanos míos! ¡qué error! El respeto humano es un verdadero ídolo al que sus adoradores queman incienso mientras estan en su presencia; mas lo desprecian y burlan cuando se sus-traen de esta. Así el hombre, cuando se ve observado por otros, respeta las consideraciones que les debe, teme los males que pueden sobrevenirle como consecuencia de sus propias faltas, y obra lo bueno y lo justo, porque el respeto á los demas y tambien su propio interes se lo exigen. Pero cuando así no suceda, en su vida privada, por ejemplo, ese mismo hombre no obrará ni lo bueno, ni lo honesto. De modo que el mismo, que á la vista de los demas parecia un santo, libre de toda consideracion extraña, será un demonio. Esta es, hermanos míos, la consecuencia de aquella monstruosa doctrina. ¡La que-

reis ver prácticamente? Abrid las santas Escrituras, y encontrareis en Susana representado al hombre que procede inspirado por la fé cristiana, y en sus impíos seductores á aquellos que obran puramente por respetos humanos. Susana teme á Dios, y obra con la misma rectitud cuando se encuentra sola, que cuando otros la atienden y la observan; mas los jueces de Israel sus seductores, aparentando virtud exteriormente, se abandonan á sus solas, á las acciones torpes y criminales que prohíbe la ley de Dios. Susana dice: « Si yo obrase mal, caeré en las manos de Dios vivo, á quien ofende todo el que comete pecado; quiero mejor perecer en las vuestras inocente, que ofender á Dios faltando á su ley divina. » Mas ¿ qué dicen los ancianos de Israel que intentan seducirla? Oid su doctrina que retrata el proceder inícuo de los que obran sin fé y sin religion. « Las puertas del jardin estan cerradas, nadie nos ve, y nosotros ardemos en malos deseos que deseamos satisfacer contigo. Si nó quisieres consentir á nuestra invitacion, te calumniaremos, y siendo nosotros mismos tus jueces, no podrás escapar de la muerte (1). » ¿ Comprendeis, católicos, la diferencia que hay entre la conducta de uno y otro? En la de Susana vemos toda la grandeza y virtud del cristiano, que inspirado por su fé ama y teme á Dios en todas partes; en la de los segundos, la del hombre sin fé que se abandona á delitos de toda clase, cuando nada por eso tiene que temer de los hombres.

Mas consideremos todavía al hombre en otra situacion, considerémoslo combatido por la desgracia, sin fortuna, sin amigos, enfermo y abatido; ¿ quién podrá sostenerlo en medio de esas circunstancias tan amargas,

(1) Daniel. Cap. 13.

si la fé no viene á socorrerle? ni quién fortalecerá su alma, si los principios religiosos no obran sobre ella? Nadie, absolutamente nadie, hermanos míos. El hombre, que despues de la vida presente nada ve, ni nada espera, carece de fuerza para soportar la adversidad, desespera, y en los arrebatos de su desesperacion no hay delito que no sea capaz de cometer. Atropellará los respetos mas sagrados que inspira la naturaleza, romperá los vínculos mas estrechos con que le ligan la carne y la sangre, despreciará sus antecedentes mismos que le habian hecho acreedor á ciertas consideraciones, y se abandonará á los excesos monstruosos que impone aquella violenta pasion. Pero no sucederá así á aquel cuya alma vive animada por la fé. Soplo es mi vida, dice el justo, y pasará ligera como el viento; Dios me espera al fin de ella, y mis amarguras serán consoladas, y recompensada mi paciencia con alegría eterna en el reino de los cielos; dé suerte que mis desgracias llevadas con caridad y resignacion, van labrando la corona con que Dios algun dia me premiará. Job nos ofrece un ejemplo de esa conducta mansa y sufrida, que observa en los trabajos el hombre lleno de fé. Miradlo: ha perdido sus posesiones, sus ganados, sus esclavos y aun sus hijos, de modo que no le queda mas abrigo que un muladar, ni otra compañía que la de su mujer que le insulta y le reprende, ni tiene mas amigos que la podredumbre y los gusanos que roen y devoran las carnes de su cuerpo. Mas oid cómo la fé le consuela y fortalece en su extremada miseria. « Yo sé, dice, que vive mi Redentor, y que en el último dia he de resucitar de la tierra, y de nuevo me veré cubierto de mi piel, y con mi propia carne veré á mi Dios. Esta esperanza la mantengo viva en lo mas

profundo de mi pecho (1).» Y esa esperanza, hermanos míos, lo hacia saltar de gozo sobre el polvo y la podredumbre en que estaba acostado. Mas si la fé, como acabamos de ver, es necesaria á los hombres individualmente, no la necesitan ménos considerándolos formando parte del cuerpo social. Vamos á verlo.

II.

Movidos por dos clases de afectos suelen obrar los hombres ordinariamente. Obran unas veces por temor, y otras obran tambien por amor. Estos dos afectos naturales en su principio, cuando son inspirados y dirigidos por la fé, se ennoblecen de manera que el amor es puro, generoso y no hijo de ese interes vil y bajo, que suele ser móvil de tantas acciones humanas. El amor es entónces para el alma la luz que le hace conocer á Dios infinitamente amable y digno del amor mas encendido de todos los corazones. Le muestra los tesoros infinitos de su bondad, que con mano misericordiosa derrama incesantemente sobre sus criaturas. La sabiduría de Dios, la hermosura de Dios, la providencia de Dios, todo, todo lo pone á la vista de su entendimiento con tanta claridad, que el alma se ve dulcemente arrastrada por la voluntad á amar mas y mas á Dios como objeto dignísimo de su amor. El temor dirigido por la fé inspira ademas al alma el conocimiento de la justicia del Señor, que le hace aborrecer los pecados que la provocan; de la omnipotencia del Señor, para respetar en todos los lugares aquella mano que puede condenar á castigo eterno á los cuerpos y á las almas (2); y de la fortaleza del Señor, á cuya mano

(1) Job. Cap. 19.

(2) Lucas. Cap. 12.

nada se resiste ni en el cielo ni en la tierra (1). Por medio de estos conocimientos la fé ordena las acciones del cristiano, de modo que le dispone para llegar sin obstáculo á la felicidad eterna.

El hombre sin fé está representado en aquel Faraon, de quien dice Dios á Moises: *Obcaecaturn est cor Pharaonis*, obsecado está el corazon de Faraon, y no quiere oir mi voz ni obedecer mis mandamientos. Dios lo ha herido con plagas, y entre éstas con la muy terrible de las tinieblas que no le dejan ver, ni oir lo que pasa en su derredor (2). *Obcaecaturn est cor Pharaonis*. Habita un soberbio palacio: está rodeado por mil cortesanos que le lisonjean sin cesar: tiene conciencia de la grandeza de su poder que se extiende sobre numerosas provincias; pero sumergido en tinieblas, ni puede ver la riqueza y hermosura de ese palacio, ni distinguir las humillaciones de esos cortesanos, ni ejercer los actos de soberanía sobre los ricos y fértiles territorios sometidos á su autoridad. El poder divino por medio de Moises hace cesar esas tinieblas, y entónces apareciendo la luz en la gran corte de Faraon, éste queda en situacion de conocer y ejecutar lo que ántes no podia. Cada dia experimentamos nosotros los efectos de esas tinieblas en tantos entendimientos que no conocen la fé ni quieren oir sus inspiraciones saludables. Arreglan como Faraon todas las cosas segun conviene á sus propios intereses; no respetan otra ley, ni escuchan mas razones, que las de su amor propio, las de su lucro, las de su elevacion, y en fin, las que estan en relacion con su individuo, porque ésta es su ley suprema. *Obcaecaturn est cor Pharaonis*. Las leyes divinas, las

(1) Ester. Cap. 13.

(2) Exod. Cap. 6.

leyes humanas, la justicia, la equidad, nada valen delante de esos hombres que viven heridos por las tinieblas de la incredulidad.

La fé nos enseña, hermanos míos, que Dios es la única fuente de la verdadera justicia, y como tal, origen también de las leyes que están sancionadas para hacer efectivos los derechos de esa misma justicia entre los hombres; nos ordena, por consiguiente, respeto y sumisión á la ley, y á los magistrados que la administran. Ni en la ley, ni en el hombre encargado por ésta de gobernarnos, no vemos inspirados por la fé mas que el resplandor de la justicia eterna, que eleva nuestra consideración hasta Aquel, de quien se derivan como de su fuente la justicia y la magistratura. Despojadas éstas de ese su noble y verdadero origen, ¿á qué quedan reducidas, hermanos míos? A una institución humana, como todas las demás: el hombre las despreciará cuando le convenga, y las respetará también solo cuando le convenga. ¡Ah! El mundo hoy experimenta demasiado las consecuencias de estas funestas doctrinas salidas de entre las tinieblas que produce la falta de fé. Nuestro siglo que se distingue por la impiedad é irreligión, es también el que ha visto nacer y desarrollarse la anarquía en todas partes. Parece que David hubiese querido hacer la pintura de la situación que atravesamos, cuando refería en uno de sus Salmos: Dijo el impío en medio de la ceguera de su corazón: No hay Dios (1); é inmediatamente se sintieron las tremendas consecuencias de tan perversa doctrina: la corrupción mas abominable, la ausencia de toda virtud y la injusticia mas detestable devoraron al pueblo como si fuese pan.

(1) Salmo 52.

Los antiguos filósofos y los legisladores célebres de Roma y de la Grecia, á pesar que no conocian la verdadera fé, vivieron persuadidos de que era imposible establecer un gobierno regular sobre una sociedad formada de individuos que carecen de principios religiosos. Las leyes de Solon y de Licurgo imponian castigos muy severos contra los que de obra ó de palabra faltasen al respeto debido á la religion, y los romanos se mostraban inflexibles para castigar la blasfemia y el desprecio con que alguno injuriase lo sagrado. Estaban aquellos persuadidos que sin religion no habia república, no habia obediencia á las leyes, no habia gobierno, no habia orden, y en fin, nada habia fuera de anarquía, confusion y completo desorden. Y ésto lo ha conocido el mundo prácticamente: los horrores que se cometieron en Francia durante la gran revolucion, y los excesos monstruosos realizados por la infernal Comuna de Paris en nuestros mismos dias, son hechos que nadie ignora, y bien dejan conocer lo que la sociedad puede esperar de hombres sin fé, ni conciencia religiosa.

“Mas sin pasar al otro lado de los mares, en este mismo continente Americano, ¿cuántos hechos nos refiere la historia de crueldades, expoliaciones y violaciones cometidas por hombres, que se empeñaban en extirpar la fé de Jesucristo en Méjico, Centro-América, Nueva Granada, Venezuela, y en fin, en casi todas las repúblicas Hispano-Americanas? Se gritaba libertad completa de conciencia y de religion; se suprimia en las escuelas la enseñanza del catecismo; se declaraban abolidos los institutos monásticos, y á la vez se autorizaba y reglamentaba la pública prostitucion; se establecian teatros, en que los jóvenes estudiantes burlasen y renegasen los misterios de la fé delante del público

escandalizado ; se cometian violencias de todo género contra los religiosos y religiosas, concluyendo aquellos reformadores de la sociedad por enriquecerse con los bienes eclesiásticos que se apropiaban por medio de manejos indignos. Ved ahí lo que nos dice la historia, ved ahí dónde van á parar tantas hermosas palabras, que dia por dia se han hecho resonar en los oidos de pueblos incautos y sencillos ; y ved ahí tambien confirmada una vez mas aquello que la sabiduría divina nos decia : *Popule meus, qui beati te dicunt, ipsi te decipiunt* (1). Pueblo mio, aquellos que te aseguran estar trabajando por hacerte feliz, esos te engañan. Y ojalá, ojalá mil veces, que hasta allí no mas hubiese llegado el mal ; pero no fué así, porque aquel que ha sacudido el yugo de la fé, no respeta el de la ley civil, ni el poder de la autoridad que le habla en su nombre ; así es que, procurando destruir aquellos la religion cristiana, porque convenia á sus mesquinos intereses, debilitaron el fundamento mas sólido de los gobiernos y de las leyes, é hicieron nacer la anarquía, las revueltas y los motines de cuartel que forman la historia bien triste de tantos pueblos dignos de mejor suerte. La mano de Dios castiga, hermanos mios, los ultrajes que se cometen contra su fé, y este castigo veo que lo soportan en sus infinitos males muchos pueblos americanos.

Conservemos la fé de Jesucristo, porque sin ella no pueden subsistir ni las repúblicas, ni los imperios, porque sin ella no tienen fundamento ni la autoridad, ni la moral que son la base así de las instituciones monárquicas, como republicanas. Subordinemos á Jesucristo y á sus leyes divinas nuestra conciencia

(1) Isaías. Cap. 3.

y nuestras decisiones, nuestro corazon y nuestros intereses. Levantemos nuestra voz para confesar y sostener los principios y los derechos de nuestra fé, cada vez que fuese necesario, porque de esa manera podremos tambien levantar nuestra cabeza en la venida que hará el soberano Juez para juzgar nuestras obras y darnos , si es que la merecemos, aquella recompensa eterna que os deseo. Amen.

INSTRUCCION SEGUNDA.

SOBRE LA NECESIDAD DE ILUSTRAR NUESTRAS DUDAS
EN MATERIA DE RELIGION.

Tu es qui venturus es, an alium expeclamus?

¿Eres tú el que ha de venir, ó acaso esperamos á otro?

(S. Matth. C. 11.)

No tenia duda alguna San Juan Bautista, cuando preguntaba por medio de sus discípulos á Jesucristo : ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? Su fé viva y sólida le señalaba en Jesucristo al Hijo de Dios y Mesías prometido para redimir á los hombres de sus pecados; y de ella habia dado los mas solemnes testimonios en su predicacion á las turbas que concurrían á escucharlo en el desierto. Alguna vez viendo á Cristo habia exclamado con todo el fervor de su fé : « He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Este es aquel de quien yo he anunciado, que viene tras de mí, y cuya santidad es tal que no soy digno ni aun de desatar las correas de su calzado (1). » En una alma dotada de fé tan excelente no pueden suponerse las dudas que indica aquella pregunta. Aun mas todavía, por causa de su fé estaba dete-

(1) Evangelio de San Juan. Cap. 61.

nido en la cárcel y cargado de prisiones, cuando manda preguntar á Jesucristo: « Eres tú el que ha de venir, ó acaso esperamos á otro? *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* »

Pero rodeaban á Juan sus discípulos, cuya fé no era perfecta como la de su Maestro, sinó al contrario débil, vacilante é imperfecta; y tomando motivo el santo Precursor de las dudas de aquellos, los manda á Cristo autor de la fé, para que cure sus imperfecciones con las palabras de salud y de vida que salen de su boca. Dos de éstos, en efecto, se presentan á Jesucristo en nombre de San Juan, y le preguntan: « Eres tú el que ha de venir, ó acaso esperamos á otro? » Jesucristo ofrece á estos hombres, que solo principian á profesar su fé, la prueba mas positiva, mas eficaz y que todos comprenden igualmente; aquella de los hechos. « Id, les dice, y contad á Juan lo que habeis oido y habeis visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y á los pobres es predicado el Evangelio. »

Aquí percibimos, hermanos míos, desde luego la diferencia que hay entre aquella fé sincéra, fervorosa y eficaz que confiesa á Cristo « Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, » y la otra débil é imperfecta, que en medio de sus dudas se acerca á Jesucristo y le pregunta: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? En la fé de San Juan vemos retratada la fé sólida y perfecta del cristiano, que cree y confiesa con fervor todo lo que Dios le ha revelado, y la Iglesia le propone como digno de creerse. En los discípulos de San Juan vemos retratado al cristiano que vive lleno de dudas, y cuya fé es por lo mismo imperfecta. Todo discípulo de Cristo necesita la de San Juan, es decir, esa fé sólida y profunda á la que no con-

mueven las dudas, ni hacen vacilar las tentaciones. Sin esta circunstancia no vendrá á nuestras almas Jesucristo; porque el que no tiene fé perfecta, ese no pertenece al divino Salvador. Siguiendo esta doctrina del santo Evangelio, voy á haceros ver primero las causas ordinarias de las dudas en materia de religion que agitan á ciertas personas, como agitaban á los discípulos de San Juan cuando decian á Jesus: *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* y despues los remedios que Este les señala en la respuesta que da á esos mismos que le preguntan. Escuchadme.

I.

Las causas porque dudan algunos de ciertas verdades que enseña la religion, vienen ó del entendimiento, ó de la voluntad. Viene, hermanos mios, del entendimiento, el orgullo con que unos pretenden degradarse, admitiendo las verdades que se elevan sobre su razon, y que por lo mismo no alcanzan á comprender. Quieren obrar en el órden sobrenatural, del mismo modo que en el natural; en éste, juzgando con las luces que dan los principios de la ciencia, explican todas las verdades naturales, y pueden dar razon aun de aquello que parece mas obscuro. Mas como no sucede así en el órden sobrenatural y divino, donde ni un paso puede dar el hombre auxiliado por su sola razon sin perderse entre tinieblas, rechazan las verdades y los misterios que enseña la fé, porque no pueden comprenderlos siendo, como son, superiores á su razon. Este orgullo era el que reprendia Jesucristo en los de Israel que no creian su palabra, porque su razon no era suficiente para entenderla. « Yo soy la luz del mundo, » les decia. Mas ellos sin entender lo que significaba esto, ¿ « Cómo puedes tú, le respondian, dar testi-

monio de tí mismo? » Les ofrece su carne por comida, y ellos sin penetrar los profundos misterios de esta doctrina, ¿ « Cómo puede, se preguntan, darnos á comer su propia carne? » De esta misma manera obran cada dia tantos que desprecian las verdades mas augustas de nuestra religion, porque no alcanzan á comprenderlas. Pagados de su sabiduría, pretenden someterlo todo á su razon, y rechazan lo que no encuentran en armonía con ésta. A tales individuos podemos aplicar aquello que San Pablo decia de los falsos filósofos de la antigüedad: « Confiados en su ciencia, se hicieron ignorantes, y detuvieron con injusticia la verdad de Dios (1). » *Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt.* Son éstos los que se creen con jurisdiccion para examinar todo, para penetrar todo y para aceptar tambien ó rechazar todo, según parezca á su voluntad. Oimos cada dia á estos pretendidos sábios admirar la sabiduría divina que brilla en las máximas del Evangelio; les oimos admirar la virtud elevadísima que nos inspira su santa doctrina, y la eficacia de sus principios para hacernos caminar en la práctica de las virtudes mas perfectas. Mas cuando oyen de boca del mismo Cristo verdades y misterios que sobrepujan su razon, las rechazan porque no pueden comprenderlas, y no quieren someter su entendimiento, aceptando lo que es superior á su razon. *Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt.*

Del extravío del entendimiento nacen tambien muchas dudas, opuestas á las verdades que enseña la fé. « Se han levantado en nuestro tiempo, decia el apóstol San Júdas, algunos enemigos de Nuestro Señor Jesucristo que desprecian lo que ignoran. Son corrupto-

(1) Carta á los Romanos. Cap. 1.

res de la moral, y viven entregados á la concupiscencia de sus pasiones (1). » En estas pocas palabras ha retratado á tantos que vemos hoy dudar, y aun negar las verdades mas sagradas de la fé, porque corrompieron su entendimiento en la lectura de los malos libros que corren como torrente destructor en todos los paises civilizados de la tierra. Las ideas irreligiosas que contienen, las costumbres inmorales que inspiran y fomentan, las pasiones que exaltan y desbordan, todo eso, hermanos mios, es consecuencia del desarreglo del entendimiento encaminado por ideas funestas que lo pervierten y extravian.

Agreguemos todavía otro mal que está arraigado en el entendimiento, y obra eficazmente para fomentar en los hombres todo género de dudas contra las verdades de la religion. Hablo del aborrecimiento á todo cuanto le pone trabas, sujetándolo y sometándolo á una ley que le obliga á contenerse dentro de ciertos límites. El entendimiento del hombre quiere girar por el espacio y discurrir libremente sobre lo inefable é infinito; mas la fé es esa ley que lo contiene, le señala un límite del que le prohíbe salir, y ese límite son las verdades, son los dogmas, son los misterios que estan sobre su razon. Pobre de aquel, cuyo entendimiento se niega á reconocer ese límite, esforzándose por sobreponerse á aquella ley: su orgullo le cegará, y obcecado por las tinieblas, correrá de error en error hasta abismarse en la incredulidad. Temamos, hermanos mios, temamos los excesos á que nos conduce la libertad del entendimiento; y sin permitirle que pase jamas la barrera que le pone la fé, cuidemos de que viva sometido á ésta con humildad, aun cuando sea á costo de cualquiera violencia que necesitemos hacerle.

(1) Carta del apóstol San Júdas. Cap. 1.

Mas las dudas nacen otras ocasiones en nuestra voluntad, que inclinada á la dulzura de placeres que la seducen, se hace sorda á la voz de Dios y quiere perseverar en la esclavitud de pasiones desenfrenadas. Confiesan ciertas personas la santidad de la fé, la justicia y rectitud de la ley divina, así como la hermosura de las virtudes que ésta nos manda practicar. Sin embargo la resisten, ¿y por qué? por no abandonar los halagos que les proporcionan los vicios de sus sentidos. Son como Israel que estaba convencido de la santidad de Dios, y se le confesaba deudor de infinitos beneficios; pero sin embargo ofrecia sacrificios y quemaba incienso á los falsos dioses, obras de sus manos. Para que habite en nuestra alma la fé con toda la fuerza y extension que le corresponde, es necesario que nuestra voluntad se encuentre libre de los afectos desordenados del corazon. Esto lo enseña el Salvador, diciéndonos, que « su doctrina seria conocida por aquellos que hiciesen la voluntad de su Padre celestial (1). » Cuando esto hablaba, era precisamente dirigiéndose á los judios que, admirando la vida de Jesucristo y la santidad y pureza de sus instrucciones celestiales, condenaban no obstante su doctrina, porque ofendia á la corrupcion de su voluntad. Es indudable, hermanos míos, que aquel, cuyo corazon se ha pervertido, es del todo inepto para la fé de Cristo, mientras no procure renovarlo por los mismos medios que le señala la fé. Su alma es la presa que se disputan constantemente las pasiones desordenadas, llevándola acá y allá, sin dejarle un instante de reposo. Y en una alma que se encuentra en esa situacion, no puede vivir Dios. Israel perdió toda la sabiduría y religion de sus mayores, desde que pervirtió su voluntad, imitando la deprava-

(1) Juan. Cap. 7.

cion de los pueblos idólatras que vivian en su vecindad. Dios dejó de reinar en sus tribus; entró en su lugar el demonio; perdieron la fé inmediatamente, y cayeron en vergonzosa idolatría. « Sus sábios fueron esclavos del error, dijo Isaías, porque su corazon quedó muy léjos del Señor (1). » Y « pereció en ellos la fé, porque no oyeron la voz de Dios, ni observaron su santa ley, » dijo otro de los profetas (2).

El impío que nos pinta David en uno de sus salmos dijo: « No hay Dios, » cuando su corazon estaba pervertido por los desórdenes de su vida, cuando sus costumbres abominables habian destruido en su conciencia todo principio religioso, y cuando en su alma no quedaba ningun género de virtud (3). *Non est in ore eorum veritas, cor eorum vanum est.* Este es el hombre que perdió la fé á consecuencia de los desórdenes de su voluntad. Purifiquemos, hermanos míos, nuestra conciencia, limpiémosla particularmente de las manchas abominables de la impureza, si queremos que viva en nosotros la fé con aquel resplandor que desea Jesucristo cuando nos exhorta: « Brille vuestra luz delante de los hombres, para que den gloria al Padre celestial que está en los cielos (4). » Cuidemos todos que la corrupcion del impío no venga á pervertir nuestra religion, porque « sus palabras devoran como el cáncer, » nos dice el Espíritu Santo (5). Ese hombre sumergido en los vicios, que habla con frecuencia contra la fé, que se burla de la penitencia, que llama invencion humana la confesion, que huye de los sermones,

(1) Cap. 29.

(2) Jeremías. Cap. 7.

(3) Salmo 13.

(4) Mateo. Cap. 5.

(5) II. á Timoteo. Cap. 2.

de los templos y de todas las prácticas religiosas, y que, en una palabra, desprecia á Dios con la impiedad de sus costumbres; el ejemplo de ese hombre, digo, devora como cáncer, y sus palabras hieren de muerte. Sus ideas en materia de religion representan la confusion de su alma; todo en ésta es desórden, todo sensualidad, y todo esa tiniebla densísima que extienden los vicios sobre el entendimiento y la voluntad del infeliz que se entrega á cometerlos.

Habeis visto, hermanos mios, cómo nacen en el entendimiento y en la voluntad las causas principales de las dudas, que algunos oponen á las verdades de nuestra santa fé. Mas no creais que esas dudas esten ordinariamente apoyadas en profundas convicciones, adquiridas en el estudio, maduradas en la meditacion, ó en la investigacion, ó en las conferencias con personas hábiles y virtuosas; nó, y mil veces nó. Estas dudas son solamente hijas del orgullo y de los vicios, y por consiguiente, ningun fundamento tienen que pudiéramos llamar sólido, en cuanto estuviese apoyado en errores adquiridos por extravíos del entendimiento. Si la humildad entrase á modificar los juicios de ese entendimiento que las mantiene, y si de su voluntad se apartasen los desórdenes de la concupiscencia, desaparecerian por cierto, y la fé, mediante los auxilios pedidos eficazmente al Señor, vendria de nuevo á iluminar su alma, restituyéndole la paz y tranquilidad que le hicieron perder las agitaciones de sus dudas. ¡Oh! pidan al Señor tales almas aquellos verdaderos bienes, y aprovechen las lecciones que, para fortalecerlos en la fé, señala Jesucristo á los discípulos de San Juan que le preguntaban: « ¿Eres tú el que ha de venir, ó acaso esperamos á otro? *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* Vamos à verlas.

II.

No se detiene Jesucristo para hacer largos discursos que lleven el convencimiento á los discípulos del Bautista que le dirigen aquella pregunta, sinó que sencillamente les dice: « Id, y exponed á Juan lo que habeis oido y habeis visto. » ¿ Y qué habian oido, hermanos mios, esos hombres? Las verdades sublimes de la religion con que eran evangelizados los pobres, es decir, los de sencillo y recto corazon. *Pauperes evangelizantur*. Porque las verdades del Evangelio, oidas con sencillez y sin prevencion llevan al entendimiento del hombre la fé que disipa sus errores, destierra sus preocupaciones, y le dispone para emprender con empeño la tarea de aumentarla y de fortalecerla en su alma mas y mas. *Pauperes evangelizantur*, los pobres son evangelizados; y los pobres dice, porque es circunstancia necesaria, para conocer y aprovechar bien esa doctrina, ser pobres del Señor, procediendo como pobres, con la humildad del pobre, y penetrados de nuestra necesidad espiritual como lo está el pobre que pide socorro para su miseria. *Pauperes evangelizantur*.

Nuestro Señor Jesucristo significa en esas palabras dos cosas: primero la suma necesidad que tiene todo hombre de saber y profesar su doctrina para salvarse, y en este sentido somos pobres necesitados todos los que la procuramos, y se nos concede tan solo por la suma liberalidad de nuestro divino Maestro y Redentor Jesucristo. Pero tambien significan esas palabras, que el que se dispone para recibirla debe venir animado por la humildad y sencillez de aquellos pobres, á quienes el Salvador del mundo nos dijo que venia á evan-

gelizar (1). Es decir, debe estar dispuesto para recibirla sin espíritu de contradicción, ni de investigar curiosamente la causa de las verdades y misterios que se nos enseñan, creyéndolo todo y practicándolo todo, de la misma manera que practica y cree lo que se le dice el niño candoroso, en cuya alma aun no han brotado los vicios que corrompen el corazón. *L'auperes evangelizantur.*

La doctrina de Jesucristo es, hermanos míos, una de las demostraciones más grandiosas de la verdad divina que encierra nuestra fé. No pudo el hombre conocerla, sino se la enseñaba Dios; porque es superior á su entendimiento, porque inspira virtudes que están en oposición con su naturaleza corrompida, y porque su confirmación vino también del cielo, que anunció su justicia á la tierra, é hizo ver su gloria delante de todo el mundo (2). Anunció, en efecto, su justicia á la tierra, dejando ver la santidad de Dios revelada por la doctrina del Evangelio, para que todos los hombres lo amasen y temiesen. Anunció su justicia á la tierra, dejando en la doctrina del Evangelio el retrato de las virtudes perfectas, que debe practicar el cristiano que desea imitar á Jesucristo. Hizo ver su gloria delante de las gentes, confirmando con milagros la verdad celestial de esa santa doctrina; y hace ver todavía esa misma gloria, disponiendo con su gracia el corazón de los hombres, de tal modo que se sienta dispuesto para aceptarla, á pesar de sus violentas pasiones que la rechazan.

Debeis notar, hermanos míos, que Nuestro Señor Jesucristo en su respuesta señala á los discípulos del

(1) Lucas. Cap. 14.

(2) Salmo 96.

Bautista dos clases de pruebas que hacen evidente la divinidad de su persona, y por consiguiente la de su fé. Las unas que hablan poderosamente á las almas ; pero á las almas que piensan, á las almas que meditan, á las almas capaces de conocer la grandeza y perfeccion de Dios y de su ley divina ; y esa es la doctrina misma del Evangelio. *Pauperes evangelizantur*. Ofrecida esta prueba á la consideracion de Israel, arrancaba expresiones de admiracion de parte de los que la oian (1). Admiraban su novedad, admiraban su elevacion, y admiraban que un jóven de Nazaret pobre y sin estudios hubiese podido inventarla y se atreviese á enseñarla. Pero *mirabantur, sed non convertebantur*, dice San Agustin (2) ; se maravillaban, pero eran incapaces de elevar su consideracion hasta el cielo, y buscar allá el origen de esa doctrina, que confesaban no habrian podido nunca inventar los hombres. Esto es lo que tambien vemos suceder ordinariamente entre nosotros : aquel que se cree instruido, oye la palabra de Dios, la lee en el Evangelio, la encuentra sublime, celestial y divina, como el mismo á veces lo confiesa ; su conciencia está convencida que ningun hombre ha podido inventarla. ¿ Y mientras tanto ? Mientras tanto, hermanos mios , ¿ cómo las obras de ese individuo no corresponden al convencimiento de su corazon ? ¿ Cómo cuando se dice poseido de admiracion, duda todavía, y en esa duda encuentra la disculpa de su conducta irreligiosa é infiel para con Jesucristo ? ¿ Cómo , en fin , ese individuo se atreve á calumniar la doctrina de Jesucristo, calumniando á la Iglesia, calumniando sus instituciones, y calumniando

(1) Lucas. Cap. 4.

(2) Serm. de verb. Domini.

en todo esto lo que es obra del mismo Jesucristo? Estas son contradicciones que nos ofrecen á cada paso esos que aspiran al renombre de sábios y que ellos mismos se lo apropian ántes que los otros se los den. Su conducta, sin embargo, no es de sábios, sinó mas bien de hombres preocupados, y que sin tomar en cuenta las convicciones de su conciencia, obran en consonancia con sus pasiones, mejor que con sus convicciones.

Mas « los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, y los muertos resucitan, » respondió tambien el Salvador á los enviados por San Juan, y es esta la otra clase de pruebas que les ofreció de la divinidad de su fé. Prueba de milagros perceptibles á todos cuantos tienen ojos para ver, oídos para oír, y facultades intelectuales para pensar y discurrir sobre lo que se ve y se oye. La razon nos dice, que no hay prueba tan evidente para la multitud, como la de los milagros: la resurreccion real y verdadera de un muerto, por ejemplo, probaria por sí sola la virtud y santidad perfecta del hombre, á quien Dios hubiese elegido para hacer por su medio semejante maravilla. Porque ningun hombre, hermanos míos, puede por su propia virtud obrar milagros, sinó que es Dios quien los obra. Ni los profetas, ni los apóstoles, de quienes nos refieren las santas Escrituras que mandaban á los muertos volver á la vida, y sanaban á los enfermos que tocaban sus vestiduras, ninguno de ellos obraba por su propia virtud, sinó por la de Dios, como lo declaró el Príncipe de los apóstoles San Pedro á las turbas de Jerusalem atónitas en presencia de sus prodigios (1). Solo Dios hace milagros, el hombre no es mas que

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. 4.

su instrumento. Jesucristo, resucitando á los muertos, dando vista á los ciegos y sanando los enfermos por su propia virtud, dió la prueba mas concluyente de la divinidad de su fé: quitó todo género de duda que cualquiera pudiera abrigar en orden al origen de su persona, y confirmó en sus creencias á los discípulos del Bautista. Mas ¿cómo es entónces que admitiendo tantos la verdad y autenticidad evidente del santo Evangelio, se permiten dudar de la fé que nos enseña el mismo Evangelio? Yo no lo comprendo, hermanos míos; y la contradiccion en que incurren estas personas queda de manifiesto y se encuentra condenada por sus propias obras.

Tomemos por modelo de nuestra fé á San Juan Bautista; en él encontramos brillando esta virtud con todas las dotes que deben acompañarla en el cristiano. Su fé activa dió testimonio público de Jesucristo en todos los lugares y en presencia de toda clase de personas, é incontrastable sufrió persecuciones, cadenas, y al fin la muerte sin desfallecer ni un instante en las obligaciones que le imponia. Sea activa la nuestra, para procurar con obras acreditar que la fé cristiana vive en nuestra alma y dirige nuestras acciones segun el espíritu de nuestro Señor Jesucristo. Sea incontrastable nuestra fé, repito, para que nunca desfallezcamos en el cumplimiento de los deberes que nos impone. Para obtenerlo, desterremos de nosotros todo género de duda, purificando el entendimiento y la voluntad de todo cuanto pueda ocasionarlas. San Juan nos enseña con su ejemplo que la oracion destierra del entendimiento, y la mortificacion destierra de la voluntad los vicios que pueden dar ocasion á dudas en orden á las verdades de nuestra religion. Ejercitemos nuestra alma cada dia en este santo ejercicio de clamar á Dios,

pidiéndole sus auxilios y sus gracias. Y ejercitemos la mortificacion para huir explicitamente de las ocasiones de cometer algun pecado. Con estas diligencias robusteceremos mejor nuestra fé, y en todas partes estaremos mostrando prácticamente que creemos y adoramos á Cristo, Dios, Mesías y Redentor nuestro , que vino para salvarnos, y á quien esperamos ver y gozar algun dia eternamente.

INSTRUCCION TERCERA.

ES NECESARIO PRACTICAR LA HUMILDAD,
SI QUEREMOS RECIBIR LA GRACIA DE JESUCRISTO.

*Miserunt judaei ab Jerosolymis sacerdotes et levitas
ad Joannem, ut interrogarent eum: Tu quis es?
et non negavit; et confessus est, quia non sum
ego Christus.*

Enviaron los judios de Jerusalem sacerdotes y levitas
á preguntar á Juan: ¿ Tú quién eres ?
y no negó y confesó, que yo no soy el Cristo.

(S. Joann. Cap. 1.)

Estas palabras del santo Evangelio, que la Iglesia propone á nuestra meditacion, nos muestran el sumo abandono de sus obligaciones en que vivian los príncipes de los sacerdotes de Israel, cuando Cristo nuestro Redentor entraba en este mundo para redimir y santificar á los hombres. Dios imponia á aquellos altos personajes la obligacion de instruir al pueblo , que tenia derecho para venir á consultarles sus dudas, y á buscar en sus consejos la ciencia y la piedad. Pero

los vemos que, en vez de cumplir estas obligaciones, le divierten, enviándolo acá y allá para que pregunten: ¿dónde está el Cristo?

San Juan anunciaba terminantemente á Jesus como Mesías prometido á Israel; y en lugar, aquellos indignos intérpretes de la ley de Moises, de aprovechar su predicacion para hacer conocer al pueblo al Salvador del mundo, mandan tentar al Precursor con el honor de tan alta dignidad. Mas, si de una parte encontramos esta conducta criminal, que observaban los príncipes de los sacerdotes, vemos por otra cómo San Juan se apresura para dar testimonio del Mesías, confesando que él no era mas que su Precursor, y la voz del que anunciaba á los hombres su venida, y les recordaba que han de prepararle el camino y hacerle rectos sus senderos. « Vosotros me preguntais, quién soy, les dice, y yo os declaro, que no soy Cristo, ni soy Elías, ni tampoco alguno de los profetas que asombraron la tierra con sus virtudes, con su celo y su piedad; pero sí soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, porque en medio de vosotros está otro que no conoceis: éste es el Mesías que ha de venir, el cual es mayor que yo, y al que no soy digno ni aun de desatar la correa de sus zapatos. » Encontramos en esta respuesta de San Juan á los príncipes de los sacerdotes esa humildad profunda, que inspira el conocimiento de la grandeza y perfeccion de Dios, y la vileza y nada de nuestro propio ser. Ojalá, hermanos míos, que esta virtud que caracteriza al santo Precursor de Jesucristo se forme en nosotros con su ejemplo, de modo que imitándolo nos encontremos preparados para recibir á Jesus en su venida espiritual. Voy á hablaros sobre ella, descubriéndoos en los actos de humildad, que ejercitó San Juan en su respuesta,

aquellos que debemos ejercitar nosotros con igual objeto. Atendedme.

I.

Cuatro actos de perfecta humildad nos manifiesta en San Juan Bautista el santo Evangelio, los cuales deben servir de fundamento á la vida espiritual de todo cristiano, que quiere llenar con perfeccion la ley de Dios, y practicar las virtudes evangélicas. ¿Tú quién eres? le preguntaron los ministros de los príncipes de los sacerdotes. ¿Eres acaso Cristo? A lo que contestó inmediatamente: « No soy Cristo. » Nada han envidiado tanto todos los enemigos de Dios, como aquellos honores debidos solamente á la divinidad. Los ángeles rebeldes, al sublevarse en el cielo contra Dios, querían ser sus iguales (1), y gozar de sus mismas prerrogativas: y Adán y Eva en el Paraíso terrenal desobedecieron el precepto divino, halagados por la esperanza de ser como Dios (2). Todas esas grandes caídas, en que se precipitaron, hermanos míos, tantos desgraciados que, destinados á reinar con el Padre celestial eternamente, cambiaron los cielos, por la reprobación eterna, obraron estimulados por la ambición que les hizo consentir podían muy bien disputar á Dios la soberanía de su grandeza y la perfección inefable de sus atributos. El demonio tienta la soberbia y ambición de las criaturas, cuando se empeña en perderlas, porque conoce que es este el flanco más débil que tienen, y por consiguiente, el más fácil de vencer. Cuando San Juan oía la pregunta de los enviados por los príncipes de los sacerdotes, si hubiese

(1) Isaías. Cap. 14. y Exequiel. Cap. 18.

(2) Génes. Cap. 3.

escuchado las voces de la vanidad y del amor propio, habria disfrazado su respuesta, dándola ambigua, y de tal manera que aquellas gentes, estimándole como al Mesías prometido, le tributasen la veneracion y el respeto que debian á éste. Mas no lo hace así. Ni por un momento quiere usurpar á Cristo la honra que le pertenece, sinó que declara que él no es Cristo, y mil veces confesaria esta verdad, si mil veces se lo preguntasen: pues así tan fervoroso era su deseo de tributar á Jesucristo la gloria y el honor que le corresponden. *Ego non sum Christus.*

La humildad de San Juan estaba fundada en su propio conocimiento, que le hacia aborrecer no solo los honores y las preeminencias que pertenecian á otros, sinó aun renunciar alegremente aquellas que pudieran corresponder á él mismo. Porque nunca se veia tan honrado, segun la expresion del Sábio, como cuando se humillaba para honrar á Dios (1). Mas no obran de esta manera, por cierto, aquellos que viéndose elevados por la fortuna, olvidan que Dios reina sobre todo otro poder, y que solo El es verdaderamente Señor de los señores; y como si la grandeza de la majestad divina les ofendiese, la olvidan unas veces por hacer respetar la suya, y la deprimen otras, apropiándose lo que pertenece solo á Dios. Son éstos los que se apartan de la verdadera virtud, escandalizan á cuantos conocen su proceder, y contradicen con tal conducta la ley de Jesucristo, de quien pretenden á veces llamarse fieles servidores.

Mas otra confesion hizo San Juan respondiendo á la segunda pregunta de los enviados por los príncipes de los sacerdotes. ¿Eres acaso Elías, ó eres profeta? le dijeron aquellos; y él sin trepidar: « No soy ni Elías

(1) Ecclesiast. Cap. 3.

ni profeta, » respondió. Jesucristo habia llamado Elías al Bautista cuando, elogiando sus virtudes, le comparó con aquel grande y célebre profeta. Pudo, por consiguiente, responder que era Elías, tomando la pregunta en el sentido que el divino Maestro le habia dado tal nombre. Mas ese nombre le recordaria sin duda los hechos admirables de aquel gran siervo de Dios, su celo por la ley, su austera vida, su intrepidez y constancia para sostener los intereses del Señor; y encontrándose muy distante de ser como aquel, tomó la pregunta en su sentido literal, y dijo: « No soy Elías; » porque la humildad jamas se aparta de la verdad pura, y habla siempre sin doblez, particularmente en todo aquello que puede contribuir á su humillacion. Por esta causa sin demora y francamente respondió San Juan: « Yo no soy Elías. »

Pudo tambien con toda verdad responder que era profeta, desde que un hombre, bajo la inspiracion divina, le habia llamado de ese modo (1), y el mismo Hijo de Dios dijo tambien que era profeta, y mas que profeta (2). Pero San Juan respondió que no lo era en el sentido que Israel llamaba profetas á los que de cuando en cuando aparecian para revelar al pueblo lo que estaba por suceder, ó para hacerle oir las amenazas del Señor irritado por sus prevaricaciones. Porque sucede al humilde, hermanos mios, todo lo contrario que á los soberbios: mientras éstos se complacen en hablar de ellos mismos con encomio, inventando motivos para tener ocasion de elogiar sus propias obras, y alcanzar la honra que esperan, aunque sea á costa de bajezas y mentiras, el humilde, al contrario, trata de ocultar sus virtudes cuidadosamente, porque

(1) Lucas. Cap. 1.

(2) Mateo. Cap. 11.

aborrece los elogios y honores que aquellas le procurarian. La voz del Espíritu Santo le estimula á perseverar en esta conducta , diciéndonos , que « cuanto agrada á Dios el humilde, tanto le desagrada el soberbio (1). » Ved, hermanos míos, un proceder conforme en todo á los ejemplos y á la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, que nunca aparece tan grande ni tan admirable delante de nosotros, como cuando lo vemos humillado voluntariamente, y extender esa humillacion no solo hasta su muerte, sinó aun mas allá , porque murió como malhechor, y en el suplicio reservado para los malhechores.

San Juan no habria recibido todavía, quizá estos documentos de boca del Divino Maestro; mas por inspiraciones celestiales y por ejemplos eficaces conocia bien la doctrina de Jesucristo acerca de la humildad. ¡Oh ! le veia llevar una vida obscura durante toda su juventud; le veia sometido en la casa paterna á Maria y á José; le veia ocultando, en fin, toda la grandeza propia de Dios bajo la pobreza, la obediencia y la mansedumbre de que fué toda su vida un vivo ejemplo el Divino Jesus: y esa leccion viva y eficaz grabada en su espíritu le enseñaba á imitar á Este, que luego diria delante de todas las gentes : « Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon. »

Pero mas adelante pasa todavía la heroica humildad del santo Precursor. ¿Quién eres? le dicen los sacerdotes y levitas. ¿Qué dices de tí, para que lo digamos á aquellos que nos enviaron ? « Yo soy, respondió, la voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor. » Veis, hermanos míos, cómo San Juan declara su oficio ; pero sin perder de vista

(1) Ecclesiast. Cap. 25.

su miseria y su nada. Su oficio era servir de voz que anunciase la venida de Cristo, y enseñase á los hombres á preparar en su corazon y en su voluntad camino expedito para la divina gracia que venia Aquel á derramar. Pudo muy bien sin apartarse de los sentimientos de humildad de que estaba poseido, llamarse Profeta del Altísimo como lo llamó el Espíritu Santo por boca de Zacarías, ó Precursor destinado á marchar delante del Señor, ó Nuncio, en fin, que llevase á su pueblo la noticia de su salvacion; porque todos estos nombres les habian sido dados por Dios y sus profetas. Mas la humildad profunda de San Juan prescinde de todos, por cuanto le eran muy honrosos; toma el de voz que clama en el desierto, porque la voz no tiene ser propio, sinó que sirve solamente de instrumento á quien la manda. Confesaba que era de Dios todo cuanto en él habia, y no era en el ejercicio del ministerio que desempeñaba sinó la voz que clamaba á medida que el Señor se lo ordenaba, y guardaria silencio tambien cuando el Señor se lo mandase. En una palabra, descubre su dependencia íntima de Dios, y la absoluta pobreza y miseria de su propio ser.

Mas reparad, hermanos míos, que cuando San Juan se llama voz de Dios destinada á clamar en el desierto, conforma perfectamente su vida con sus palabras. De manera que, exhortando á las gentes á prepararse con santas obras para hacerse dignas de las gracias de Nuestro Señor Jesucristo, lo hacia particularmente con la severa penitencia que practicaba en los valles desiertos del Jordan; porque es conducta constante de los humildes hacer ellos mismos ántes lo que aconsejan á otros.

Pero fijémonos todavía en el cuarto acto de humildad heroica que practica el santo Precursor en su

respuesta á los príncipes de los sacerdotes. Si no eres Cristo, le dicen, ni eres Elías, ni profeta, ¿porqué bautizas? « Yo bautizo en agua, responde; pero en medio de vosotros está otro que no conocéis: éste es el Mesías que ha de venir, el cual es mayor que yo, y al que yo no soy digno de desatar la correa de sus zapatos. » Reprendido por los ministros de los príncipes de los sacerdotes, no vuelve por su honra, no da excusa de ningún género para disculpar lo que aquellos llamaban « usurpacion, » y en realidad era el cumplimiento de la misión que Dios mismo le había conferido; sinó que dice simplemente: « Yo solo bautizo en agua. » El bautismo de San Juan era, hermanos míos, símbolo del que próximamente venia á instituir Nuestro Señor Jesucristo, y por su virtud administrarian los sacerdotes. « Yo solo bautizo en agua, » es decir, mi bautismo no confiere gracia, es sí la figura de aquel que administrará otro que ya está en medio de vosotros, el que es mayor infinitamente que yo. Ved cómo San Juan Bautista con profunda humildad anuncia á Jesucristo como fuente y origen de toda gracia y de toda santidad, exponiendo claramente que él no es digno ni aun de desatar la correa de su calzado. ¡Qué ejemplo para aquellos soberbios, orgullosos y vanos que pretenden anteponerse sobre todos los demás, amando que les tengan por los más sabios, más dignos y más virtuosos! Entendedlo bien, hermanos míos: para conocer á Cristo, y recibirlo con sus gracias y dones celestiales dentro de nuestra alma, es necesario que nos humillemos como San Juan. Nó por cierto con una humildad estéril y aparente, como aquellos suelen también humillarse; sinó con humildad verdadera y real que nace del conocimiento que tenemos de nosotros mismos, y nos enseña á humillarnos

en todas las circunstancias que encontrásemos á propósito para ello (1). Vamos á ver cómo hemos de procurar y de practicar esta virtud, imitando los actos que hemos meditado en el santo Bautista.

II.

• Como la humildad verdadera no es, hermanos míos, sinó el conocimiento real que adquirimos de nosotros mismos con la gracia de Dios, y que nos enseña á despreciarnos, por eso debemos ántes de todo persuadirnos de lo que realmente somos. Pero persuadirnos, he dicho, en virtud del verdadero conocimiento; porque el hombre al observarse á sí mismo, fácilmente se engaña. Sobre nuestro interior está tendido un velo densísimo, que nos impide conocer nuestras palabras, nuestras acciones y nuestros deseos, como realmente son. Ese velo es el amor propio, y si queremos conocernos, hemos de romperlo, pues de otro modo es imposible que conozcamos con verdad lo que pasa en nuestra conciencia. Se rompe el velo del amor propio, contradiciendo nuestra propia voluntad, mortificando nuestros sentidos y haciendo que nuestra carne viva sometida á los mandamientos de Dios. El conocimiento de nosotros mismos viene tan pronto como hemos arrojado lejos el amor propio, y entónces tambien comenzamos á humillarnos, porque vemos claramente lo que somos, y que nada merecemos sinó desprecio, ni nada tenemos que no sea miseria, pobreza é ignorancia.

Mas ese conocimiento vendria á ser estéril, sinó nos enseñase á obrar segun las inspiraciones que causa en nuestra alma. Escuchemos con gran cuidado, hermanos míos, la voz que da nuestro propio conocimiento

(1) S. Bernard. Homil. super *Missus est*.

en lo profundo de nuestra conciencia, y obremos en conformidad con lo que nos dice la palabra del cielo: « Da á Dios todo aquello que le pertenece de justicia. » Llenemos con alegría esta obligacion; humillémonos delante del Señor, no tan solo para adorarle, tributándole el culto que le debemos, el culto, digo, que nuestra propia naturaleza nos enseña á tributarle, sinó para honrarle venerando las verdades de la fé que se dignó revelarnos. Deshonran á Dios los que deshonran la fé, los que no viven segun sus preceptos, los que esparcen la semilla de los malos principios en sus conversaciones y en sus escritos, bien sea en el seno de la familia ó en la intimidad del amigo, sea en público ó en privado. Todos éstos ofenden la soberanía de Dios, le disputan su honra, envidian su grandeza, y la deprimen en cuanto es posible á su pequeñez. A éstos pertenece aquel hombre soberbio que vive olvidado de su religion, y no recuerda ni sus dogmas, ni sus preceptos, sinó para mofarlos con insolente desprecio. A éstos pertenece aquel jóven lleno de presuncion que, creyendo de ese modo hacerse notable, habla contra la fé en los salones y reuniones de familia, donde puede pasar como erudito, sin que corra peligro de quedar descubierta su ignorancia. ¡ Oh vosotros! todos los que faltais á Dios de esta manera tan temeraria como injusta. ¡ Oid, oid, lo que os dice El Señor por Isaías su profeta: « Conoció el buey á su amo, y el asno el pesebre de su dueño; mas Israel no me conoció, y ménos me entendió. ¡ Ay de la nacion pecadora! Ay del pueblo cargado de iniquidad! Raza maligna, hijos malvados! Abandonaron al Señor, blasfemaron al Santo de Israel. ¡ Cuál castigo os daré á vosotros que añadís prevaricaciones? (1) » Así condena

(1) Isaías. Cap. 21.

el Señor la conducta de aquellos temerarios, que provocan los castigos de su justicia con los ultrajes cometidos contra su santa religion.

Pero fuera de humillarnos delante de Dios para reconocer y adorar su soberanía con nuestro corazon y con nuestras obras, hemos de evitar cuidadosamente cuanto pueda despertar en nuestro espíritu el amor á los honores y á las alabanzas de los hombres. El Apóstol, conociendo cuanto perjudica á nuestra alma este género de soberbia, nos exhorta á la sencillez, que llama propiedad de los que aman á Dios. Esta simplicidad de corazon no se encuentra por cierto en los que viven al parecer de la vanidad, y para alimentarla buscan cómo figurar y ser elogiados, aun cuando para conseguirlo sea mintiendo y sacrificando la ley divina y su propia conciencia. El ejemplo de San Juan es una reprobacion viva y enérgica de semejante conducta. No soló huye de las alabanzas, sinó que su humildad rechaza todas aquellas á que sus propias obras le hacian acreedor, creyéndose indigno aun de las que Dios le dispensó por boca de sus santos profetas y ministros. « No soy Elías, no soy profeta: *Non sum Elias, non sum propheta.* » Roguemos al Señor que nos inspire siempre iguales sentimientos, de modo que sin perder jamas de vista la estricta verdad, estemos muy léjos de querer sacrificarla por nuestro amor propio. Pero no es ésto suficiente todavía; nuestra humildad ha de pasar mas adelante. Penetrados de nuestra nada, hemos de confesarla sincéramente cada vez que se nos presente la ocasion. Dos escollos debemos evitar en este particular: el primero es andar proclamando por todas partes lo que somos con humildad afectada. Esta es falta en que incurren algunos que pretenden ser tenidos por humildes, y se anun-

cian, con el objeto que los tengan por tales, como grandes pecadores. Mas si alguno los desprecia, ó si les echa en cara algun defecto, se irritan, se enfurecen, y nada ménos muestran que ser humildes. No necesitamos, hermanos mios, andar publicando que somos pecadores miserables para ser humildes; pero sí necesitamos portarnos con humildad, cuando llegue el caso que se nos trate mal, ó se nos desprecie. El segundo escollo está en dejarnos llevar de los vicios contrarios á la humildad en ciertos casos que se presentan frecuentemente. En los elogios, sean merecidos ó no merecidos, en los ascensos á que suele conducir la fortuna mas bien que el mérito, en el acierto con que se asegura un gran negocio que prueba victoriosamente la exímia pericia de quien lo dirigió, es muy fácil consentir en movimientos desordenados de soberbia, así como dejarnos llevar de los impulsos de nuestro amor propio. Quien desea evitar tanto lo uno como lo otro, pone en Dios con nuevo fervor interior su corazon, y recuerda como San Juan que no es mas que una voz; porque lo somos todos de Dios para darle gloria con nuestras obras, y confesar en presencia de todas sus criaturas, que á El pertenece todo lo bueno que hiciésemos, siendo nuestro solamente lo malo, lo imperfecto y lo punible.

Y despues de todo, ¿ qué nos resta aun? Sufrir, hermanos mios, sin alterarnos ni perder la tranquilidad del alma, las recriminaciones de los malos que, abusando de la humildad de los buenos, se complacen á veces en insultarlos y denunciarlos como delincuentes á la generalidad de los demas hombres. De esta naturaleza fué el cargo que hicieron á San Juan los enviados por los príncipes de los sacerdotes que le decian: Si no eres Cristo, ni Elías, ni profeta, ¿ por-

qué te usurpas el derecho de bautizar , que tan solo corresponde á aquellos? El humilde recibe sin impaciencia la injusticia de los hombres. Se limita á poner en claro la verdad, haciendo á un lado las calumnias gratuitas y groseras, así como las recriminaciones del lenguaje virulento, con que la arrogancia y la soberbia siempre se complacen en mostrar su poder. Todo eso es miseria, y nada mas que miseria. Dios levanta al humilde de esa miseria y le hace superior á esas bajezas (1). Se contenta con poner en claro la verdad, y deja al Señor todo lo demas (2). Ved ahí, hermanos míos, la humildad practicada por el que de corazón se empeña en prepararse para la venida de Jesucristo que nos declara que viene á conversar con los humildes. Preparemos nuestra alma con la práctica de esta virtud, para que se encuentre capaz de aprovechar las enseñanzas que nos ha de dar en su santa conversacion. Obremos con empeño para hacernos violencia, hasta alcanzar victoria sobre nuestra soberbia, sobre nuestra vanidad, y sobre nuestro amor propio ; de modo que, humillados interior y exteriormente, podamos hacernos agradables á Jesucristo, y recibir la visita de su gracia que nos asista en la tierra , hasta llevarnos á gozar de su gloria en el reino de los cielos. Amen.

(1) Tob. Cap. 22.

(2) Eccles. Cap. 13.

INSTRUCCION CUARTA.

DE LA PREPARACION QUE DEBEMOS HACER
PARA EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

*Parate viam Domini:
et videbit omnis caro salutare Dei.*

Aparejad el camino del Señor:
y verá toda carne la salud de Dios.

(S. Luc. Cap. 3.)

Este era, hermanos míos, el lenguaje que empleaba el precursor San Juan Bautista anunciando á las gentes que le seguían, la venida del Hijo de Dios á la tierra. « Preparad, les decía, el camino del Señor: y verá toda carne la salud de Dios. » Y los Israelitas, conmovidos por palabras tan nuevas y que contenían los mas grandes acontecimientos esperados desde muchos siglos atrás, se disponían para recibir la gracia de la redención. El mismo San Juan les indicaba el modo como debían principiar esas disposiciones, mandándoles hacer obras de verdadera penitencia: *Facite ergo fructus dignos poenitentiae*; porque el arrepentimiento del corazón fué siempre la mas importante de las disposiciones para alcanzar los bienes celestiales; porque el corazón compungido y penitente vive muy alerta sobre sí mismo, y se encuentra, por consiguiente, lejos de consentir en las tentaciones de nuestro enemigo común, y porque ese mismo arrepentimiento, para que sea perfecto, ha de acompañarse con la mortificación corporal que purifique y renueve los sentidos, hasta dejarlos capaces de ser ofrecido como sacrificio delante del Señor.

San Juan Bautista exhortando á los judios á prepararse de ese modo para la venida del Mesias prometido, les estimulaba con su ejemplo á esa preparacion. El santo Evangelio nos lo hace ver recorriendo las regiones de Palestina, que baña el rio Jordan, predicando penitencia á todos cuantos quisiesen alcanzar el perdon de sus pecados, y haciéndolo él mismo vistiendo cilicio formado con crines de camello, ceñido fuertemente por un duro y ancho cinturon hecho de cuero, desnudos sus piés y su cabeza, ayunando y sin usar otro alimento que frutas y miel silvestre, cuando el hambre lo obligaba á tomarlo. Pernoctaba en la oracion y se abstenia perpétuamente de todo cuanto podia excitar sus pasiones á los desórdenes de la concupiscencia. Tal es, en suma, la preparacion con que nos insta para que esperemos á nuestro Señor Jesucristo.

Acercándose el dia en que la Iglesia celebra su santo nacimiento, nos dice en medio del santo júbilo de que se siente poseida: « *Prope est jam Dominus: venite, adoremus.* Vecino está Cristo nuestro Señor: démosnos prisa todos para adorarle. » Si, vengamos á adorarle como el Bautista, que no se contentaba con decir á las gentes: « Ved ahí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; » sinó que invitaba á todos á prepararse para recibirlo, haciendo obras dignas de penitencia, y practicándolas tambien él mismo en su vida rigurosa, en su oracion continua, en su fortaleza en las tentaciones y en la pureza inmaculada de su alma, que conservó en medio de terribles batallas ganadas al demonio. Son estas mismas obras las que debemos practicar nosotros en la medida que nos fuere posible, procurando preparar nuestro corazon para salir dignamente al encuentro de Jesucristo nuestro dulcísimo Redentor: y ésta tambien es la materia de la presente instruccion. Oidme.

I.

Jesús eligió á San Juan Bautista para su Precursor; y los profetas, particularmente Isaías, habian anunciado que marcharia éste delante del Salvador con el espíritu y fortaleza de Elías, preparándole un pueblo perfecto. Con ese objeto Jesús lo santificó ántes de nacer, libertándole del yugo de satanás, y dándole entonces mismo las gracias que necesitaba para llenar cumplidamente su mision. En efecto, San Juan encontrando en el mundo graves peligros para la vida perfecta, que requería su oficio de Precursor y predicador de la venida del Mesías, dejó su casa, y buscó la soledad como lugar de asilo para su inocencia y su virtud. En las montañas ásperas de la Judea, se ve aun la cueva que le servia de retiro, y á la que nadie podia llegar, sinó despues de haber practicado un camino largo y fragoso. ¿Y porqué trueca, hermanos míos, las comodidades de la casa paterna por los horrores y aridez de una gruta? Porque quiere conservar intacta la virtud de su alma, y prevé que en la casa de sus padres tendrá mucha dificultad para conseguirlo, y porque las comodidades del cuerpo suelen ser perjudiciales al alma, debilitándola hasta el extremo de no resistir á las tentaciones del pecado. San Juan conoce todo ésto, y deja su casa é instalado en la profunda cueva que encuentra á propósito en las montañas de Judea, vive, teniendo por alimento las frutas de los árboles silvestres y la miel de las abejas del desierto. Su cama es el duro suelo, y su vestido un cilicio hecho de pelos de camello que ciñe con una faja formada con cuero durísimo de aquel mismo animal. De ese recinto nó sale sinó para ejercitarse en predicar la penitencia á aquellas gentes, como medio de preparacion

para recibir á Jesucristo Mesías prometido que aguardaban, que ya estaba en el mundo y muy pronto se dejaría ver entre los hombres. Toda esta penitencia iba dirigida , hermanos míos, á dos fines: el primero era precaverse del pecado, porque muy bien conocia que, aun cuando habia sido santificado por Dios en el vientre materno, y prevenido por la gracia nunca habia cometido pecado mortal; llevaba no obstante esa misma gracia en el vaso quebradizo de su propia flaqueza, que fácilmente podia romperse con los golpes violentos de las tentaciones. Quería, pues , con la penitencia mortificar su carne y sujetar sus sentidos, para que, debilitado su cuerpo de ese modo , viviese su espíritu vida mas fuerte y mas robusta. El segundo objeto era disponerse para recibir de Dios dones mas abundantes todavía que aquellos que ya habia recibido , pues es seguro que , cuanto mas trabajamos por corresponder los favores que recibimos del Señor, éste es mas largo para concedernos otros nuevos.

Nosotros que tan distantes estamos de poseer la inocencia de San Juan, y que al contrario nos encontramos manchados con tantos graves pecados, tenemos este motivo mas porque ejercitarnos en obras de penitencia. Conformándose por eso cada uno con aquello que le permite su flaqueza, deberá mortificar sus sentidos, de modo que queden sujetos á la ley divina , y la carne castigada por la penitencia, convertida en hostia viva, santa y agradable á los ojos del Señor. El cristiano que ama las delicias de los sentidos, ese queda muerto para Dios, dice el apóstol San Pablo (1). Luego si nosotros queremos vivir para Jesucristo , de modo que podamos salirle al encuentro para recibirlo como

(1) I. á Timoteo. Cap. 4.

nuestro Salvador y nuestro Redentor, es indispensable que vivamos por la mortificación y penitencia. Estas dos virtudes son el distintivo de los servidores fieles del Rey celestial hecho hombre por nosotros. Las dulzuras de la vida, la grandeza de los honores y puestos de la tierra son, al contrario, la librea de los que sirven al mundo y aman sus pompas y vanidades. *Qui mollibus vestiuntur in domibus regum sunt* (1), nos dijo el Salvador: los que visten lujosamente, están en las casas de los reyes. Nosotros que deseamos recibir á Cristo pobre, humilde y mortificado, debemos esperarlo copiando estas virtudes con todas nuestras fuerzas en nosotros mismos.

San Juan con sus obras de mortificación era la voz de Dios, que se hacía oír aun de los corazones más duros y obstinados. La raza de víboras, como él mismo llamaba á tantos de Israel (2) endurecidos en los vicios, se sentía movida por su vida penitente, y acudía á las riberas del Jordán para recibir el bautismo que administraba. ¡Ah, hermanos míos! cuánto es lo que mueven los buenos ejemplos aun á las almas retiradas de Dios y sumergidas en vicios detestables! Los buenos ejemplos son una predicación viva, y que comprenden todos aquellos que los presencian ó los oyen así sábios como ignorantes, así literatos como rudos. Los ejemplos en particular de los que por su empleo ó dignidad están al alcance de todos, tienen eficacia prodigiosa para corregir las costumbres relajadas, para reprimir los vicios y para volver por la honra de la moral y de las virtudes cristianas. Los consejos, los sermones, la doctrina misma que se pone al alcance del pueblo, pierden su eficacia cuando no se acompañan de los

(1) Mateo. Cap. 2.

(2) Lucas. Cap. 3.

ETAQUINER, Instrucciones. Tom. III.

ejemplos de aquellos que enseñan ó predicán. La santidad hacia admirable á San Juan, aun para Heródes y los palaciegos de su corte corrompida; de modo que sus ejemplos no solo movian á penitencia á los que acudian á escuchar su fervorosa predicacion, sinó que llevaban la luz de la gracia y los remordimientos de conciencia que despertaban á los que dormian profundamente en el sueño de los vicios desde muchos años.

A esta vida mortificada y penitente unia el santo Precursor de Jesucristo la oracion y contemplacion continua. El Espíritu Santo, que le condujo á la soledad, fué tambien quien le dirigió en la práctica de esta virtud. Habló á su corazon, y las lecciones que le dió como Maestro divino en inspiraciones soberanas, en ilustraciones celestiales y consuelos divinos, fueron aprovechadas admirablemente. Cuanto mas desprendido se encuentra el hombre de la tierra, mas fácilmente se une á Dios; y cuanto mas humilla y mortifica su carne con la penitencia, mas estrecha será esa misma union. « No es posible vivir sin algun deleite, y por eso cuanto mas se priva un individuo, por amor á Dios, de los placeres de la tierra, con tanta mayor abundancia Dios le hace gozar los deleites del espíritu, » decia San Gregorio el Grande (1). El cristiano, por consiguiente, que renuncia las honras, las dignidades y los regalos, y abraza en su lugar las asperezas de la mortificacion y de la penitencia, recibirá de Dios tantos gozos inefables en su alma, y tanto contento en su corazon, que le harán mirar con aborrecimiento todo aquello que dejó por amor á Jesucristo. La esperanza de conseguir alguna vez estos premios debe sostenernos para perseverar en la oracion,

(1) Lib. 18. Moral. Cap. 8.

buscándolos en el trato con Dios nuestro Señor. El desierto era para San Juan un paraíso, los horrores de la gruta que habitaba su gloria, y la soledad su recreo predilecto. Porque voluntariamente buscó el retiro y la oración, Dios lo premió convirtiendo para él ese retiro en asistencia amorosa y particular que le dispensó especialmente en la oración. Vosotros mundanos, nada de esto comprendéis, porque el fervor del espíritu y las dulzuras con que Dios suele regalar á las almas de sus siervos, no son segun vuestra manera de ver mas que vanos entusiasmos ó delirios piadosos, como acostumbrais llamar los gozos espirituales. La concupiscencia de vuestra carne os hace incapaces de aquellos, y vuestros vicios encontrarán amargo cuanto no esté en armonía con la sensualidad. Moises, Elias, David, el Bautista, y en general, todos los escogidos del Señor juzgaron de otro modo cuando, anegados en un mar de dulzuras inefables, exclamaban: « Mejor es pasar, Señor, un día en tus átrios, que morar mil años en los tabernáculos de los pecadores. Mi corazón y mi carne se regocijaron en Dios vivo, y mi alma desfallece por los tabernáculos del Señor (1). » Y todo esto, mundanos, no es delirio ni es vano entusiasmo, sino una realidad que transporta las almas hasta hacerlas encontrar en Dios bienes, gozos y felicidades muy superiores á la bien mesquina que vosotros hallais en vuestros torpes deleites. Procuremos, hermanos míos, alimentar en nuestras almas la conversacion con Dios por medio de la oración; amemos y frecuentemos este santo ejercicio, y llegaremos á conocer por experiencia propia « cuán suave y dulce es el Señor para aquellos que le buscan con recto corazón (2). »

(1) Salmo 83.

(2) Salmo 33.

Los que huyen de la oracion mental pareciéndoles difícil, y por esa misma dificultad insoportable contraerse á tenerla, cierran para sí mismos ese canal que Dios ha preparado para derramar sobre su alma los fervores extraordinarios de su misericordia. ¡Ah! procuremos vencer esa repugnancia sirviéndonos para conseguirlo de la misma oracion, dediquémonos con esfuerzo á ponernos delante del Señor, pidámosle que venga en nuestro auxilio para hablar con su majestad con el espíritu, con la mente, con las potencias, con los sentidos y con todo nuestro ser; y Dios nos auxiliará y dará, segun la promesa de su Profeta, « espíritu de oracion (1): » de modo que recogeremos en breve los favores, que la divina Bondad nos prepara en este santo ejercicio.

Despues que el santo Evangelio nos hace notar la penitencia y el recogimiento de San Juan, fija luego nuestra consideracion en su fortaleza de alma, que era como el primer efecto de aquellas virtudes admirables. Esta fortaleza le dió aliento para perseverar en su vida mortificada, sin desmayar hasta la muerte. De suerte que perseveró en los ayunos y en los cilicios, en el silencio y en el retiro, en la oracion y en la meditacion, sin relajar algo la severidad de costumbres entablada desde el principio. No es ésto lo que sucede mas frecuentemente entre nosotros, que buscamos cualquier pretexto para abandonar la vida fervorosa comenzada despues de aquellos ejercicios ó de aquella mision, en que hemos confesado dolorosamente nuestras culpas. Al principio ese hombre, que parecia sincéramente buscar á Dios, se ejercitaba en la oracion, rezaba el Rosario y hacia otras devociones; cada dia cumplia con exactitud las peni-

(1) Isaias. Cap. 56.

tencias que le habian sido impuestas en la confesion, y hacia todo esto con tanto fervor, cuanto estaba persuadido que por ese medio la divina gracia se fortificaria en su alma, y lograria perseverar en la práctica de las virtudes. Mas la disipacion ocasionada por el trato frecuente con personas mundanas, y la falta de recogimiento que traen los negocios, fueron poco á poco entibiando su fervor y debilitando la gracia de Dios de tal modo, que abandonó la mortificacion y penitencia, aun aquella que debia cumplir por obligacion; no perseveró en la oracion, y por consiguiente, descuidó el servicio de Dios, para volver á sus antiguas disipaciones.

Pregunta el Angélico Doctor Santo Tomás (1), si cometa acaso mayor pecado ese que habiendo recibido de Dios la gracia necesaria para perseverar en su servicio, no persevera, ó aquel que no abandonó los pecados y perseveró en ellos sin convertir al Señor su corazon. Responde el Santo, que es mayor el pecado del primero, porque abusa de la gracia que se le concedió, y con la que se levantó de la culpa, y pudo aun perseverar en el servicio divino, si de ella hubiese hecho buen uso. Esto es si hubiese continuado en su oracion, en su mortificacion, en hacer sus confesiones y comuniones, en evitar las ocasiones de pecar, y viviendo en esa cautela que nos aconseja el temor santo del Señor. Creedme, hermanos mios, sin aquella fortaleza es imposible perseverar en la práctica de las virtudes, y sin practicar las virtudes hasta el fin es imposible salvarse. Oidlo vosotros que reincidís en los pecados por no poner los medios que se os dan para evitarlos: oidlo vosotros que abusais de la gracia di-

(1) 2.^a 2.^{aa} quaest. 86.

vina recibida tantas veces y perdida igualmente por vuestra culpa: oidlo vosotros que profanais los santos sacramentos, haciendo en ellos al Señor solemnes promesas que no cumplís: todos, todos los que, pudiendo haceros fuertes para servir á Dios, no lo sois, oidlo: sinó procurais en lo sucesivo perseverar en vuestro propósito de servir al Señor, y llenos de constancia para poner los medios conducentes á ese fin, triunfará sobre vosotros satanás enemigo de vuestra felicidad, y os arrastrará á hacerle compañía en su desgracia eterna.

Mas esa fortaleza da frutos al hombre que llega á poseerla, y de San Juan nos dice el Evangelio que « la mano de Dios era con él, y que crecía y se iba confortando en el espíritu (1). » De modo que se fortalecía mas y mas cada dia en las virtudes mismas que adornaban su alma, y adquiría otras nuevas, por medio de las cuales reinaba en él el espíritu de Dios. La pureza de corazon es fruto de la suma vigilancia del cristiano que trabaja por conservar limpia su alma, y libre no solo de las manchas, con que la ensucian los vicios y pecados, sinó aun de las sombras que sobre ella arrojan las imperfecciones y las faltas leves. El Espíritu Santo nos enseña que el justo cae muchas veces, y por eso nos enseña tambien que debemos orar á Dios continuamente á fin que, conociendo la situación de nuestra alma, la podamos auxiliar segun sus necesidades, y crecer de ese modo cada dia mas en las virtudes. Nunca podremos conseguir este beneficio del Señor, sinó asiste en nosotros el deseo eficaz que animaba al Santo Precursor de Jesucristo. *Puer autem crescebat et confortabatur spiritu.* Debemos vivir llenos

(1) Lúcas. Cap. 1.

de ese deseo de crecer en las virtudes, que nos haga cumplir con perfeccion las obligaciones de cristianos ; velar constantemente sobre nosotros mismos , y purificar nuestro corazon con el agua de los santos sacramentos, cada vez que lo encontremos manchado. *Puer autem crescebat et confortabatur spiritu.* Se retira de nosotros la mano del Señor, cuando nos portamos con tibieza y negligencia tratándose del provecho de nuestra alma ; y al contrario nos colma de beneficios, cuando trabajamos por corresponderle con fervor los favores ya recibidos de su mano. Imitemos, hermanos mios, la conducta de San Juan : Jesucristo que él aguardaba y preparaba al pueblo de Israel, para que tambien lo aguardase , es el mismo que llama á las puertas de nuestro corazon y hace oir en nuestro interior aquella amorosa voz : *Parate viam Domini.* Preparemos al Señor un camino recto y sin tropiesos, para que venga á nuestra conciencia.

Las cuatro circunstancias, que hemos meditado en San Juan Bautista, son las que tambien nosotros hemos de procurar que nos acompañen para salir al encuentro del divino Jesus á ofrecerle nuestro corazon para que habite en él. La penitencia y la mortificacion lo limpian de las inmundicias que lo hacen indigno de Jesucristo, y la oracion lo adorna con todas las virtudes que Dios concede á las almas por medio de los ruegos fervorosos. Si así nos preparásemos, la fé, la esperanza y la caridad, virtudes divinas y que deben ser el alma del cristiano, vendrán á vivir en nosotros, y adornarán nuestra conciencia de aquellos atavíos que desea el Señor, cuando nos repite en estos dias por boca de la Iglesia nuestra madre: « Levántate, alma, mira á tu Dios y vuélvete á él : tu Salvador viene á tí ; regocíjate, verdadera hija de Jerusalem, porque sacarás aguas abundantes

de divina gracia de las fuentes de tu Salvador (1). » Tiempo es que nos levantemos del sueño en que vivimos dormidos en el pecado, porque el divino Jesus nos trae la redencion: llenos de fortaleza avivemos en nuestra alma las virtudes, y digamos al dulce Salvador que le entregamos alegremente la posesion de nosotros mismos. ¡ Oh sabiduría del Altísimo, ven á enseñarme el camino de la prudencia ! Oh guía y capitán de Israel, ven á librarme de la esclavitud de mis culpas con tu brazo omnipotente ! Con estos clamores expresaban los Profetas sus ardientes deseos de recibir al Hijo de Dios ; y con los mismos hemos de procurar excitarnos á fervor en su servicio, y vencer los tropiezos que encontraremos para ser fieles al Señor. Salid, salid, hermanos míos, de ese estado de tibieza, en que os encontrais. Jesucristo os llama para santificaros con los preciosos dones de gracia y virtud que nos trae del cielo, los que nos harán crecer y perseverar en las virtudes, hasta llegar á unirnos con El eternamente en el reino de los cielos.

(1) Breviar. Rom. in temp. Advent.

INSTRUCCION QUINTA.

JESUCRISTO ES MOTIVO DE CONDENACION PARA LOS QUE
NO CREEN, Y DE SALVACION PARA LOS QUE CREEN.

*Ecce positus est hic in ruinam
et in resurrectionem multorum.*

He aquí que éste es puesto para caída
y para resurreccion de muchos.

(S. Luc. Cap. 2.)

Meditando, hermanos míos, estas palabras que decía de Jesucristo el profeta Simeon: « Es puesto para ruina y para resurreccion de muchos, » comprendemos mejor porqué llamaba David abismo profundo á los juicios del Señor (1). En efecto, vemos sus obras misericordiosas, así como las gracias de su providencia, sirviendo á muchos hombres de recurso para alcanzar el reino de los cielos, mientras que á otros sirven de escollo donde se pierden para siempre. De este modo era como contemplaba el profeta al Hijo de Dios que tenía entre sus brazos. Lo veía vestido de la naturaleza humana, acometiendo la obra misericordiosa de salvar á los hombres; pero lo veía al mismo tiempo hecho objeto despreciable para muchos de éstos, en quienes se perdería el fruto de su redencion con ruina de sus almas. *Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum.*

Veía á Jesucristo como aquel fuego abrazador, que á la vez quema y reduce á cenizas los maderos secos, y purifica y hermosea los metales preciosos. Le veía como la columna luminosa que alumbra á los unos, para

(1) Salmo 35.

que encuentren paso á pié enjuto entre las aguas del mar rojo; mientras á otros arrastra, hasta sepultarlos envueltos en tinieblas entre las ondas del mismo mar. Le veia, en fin, como el rocío que, cayendo del cielo, viste de flores hermosísimas las colinas del Tabor y del Carmelo, mientras que, pasando sin tocar los montes de Gelboé, los deja en su espantosa aridez. De ese modo el mismo elemento, que causaba la vida y el aliento de los unos, venia á ser la caída y ruina de los otros. *Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum.*

Por cierto, hermanos míos, que el alma que ama á Jesucristo, y lo ve con los ojos de la fé y del amor descender del seno de su Eterno Padre para salvar á los hombres, se acongoja considerando que llena solo en parte el objeto de su venida, salvando á los unos, mientras los otros perecen en castigo de la soberbia y dureza de su corazon. Permitidme, pues, que os declare en la presente instruccion cuáles son esos que perecen, porque Jesucristo nace para su ruina: *Positus est hic in ruinam*; y cuáles los que se salvan, porque Jesucristo está para su resurreccion: *et in resurrectionem multorum*. Ved ahí dos reflexiones que van á ocupar vuestra atencion. Escuchadme.

I.

Tenia el santo profeta Simeon delante de su entendimiento la doctrina que Jesucristo venia á enseñar, cuando decia de El que seria ó ruina ó resurreccion para los hombres. Venia Jesus como Maestro del género humano, para enseñarle los conocimientos que necesitaba á fin de conseguir la vida eterna; mas los hombres quedaban en libertad para oir ó no oir, para recibir ó no re-

cibir su doctrina celestial. Para los que no la recibieron, Jesucristo vendria á ser ruina de sus almas, que se negaron á escuchar la voz de la verdad, y resistieron la luz destinada á disipar las tinieblas de su entendimiento y de su voluntad: Porque la vida eterna, hermanos mios, no se adquiere sinó conociendo á Jesucristo, y practicando la doctrina que nos enseñó. Así nos lo asegura el mismo Salvador, diciéndonos que esa vida consiste en conocer al Dios único verdadero y á Jesus su Divino Hijo enviado á la tierra para darnos aquel conocimiento (1). Por consiguiente, los que no recibieron, ni aprovecharon la venida de Jesucristo, ni aceptaron, ni practicaron la doctrina santa del Evangelio, para esos viene á ser caída y ruina, que les lleva miserablemente á su perdicion.

Los que no recibieron, he dicho, hermanos mios, á Jesucristo, son los primeros que quedan excluidos de la vida eterna; porque las tinieblas de su entendimiento, los errores de su razon, y esa obscuridad densa en que vive sumergido todo hombre abandonado á sí mismo, les impide conocer á Dios y las eternas verdades reveladas por El. Cuando prometió Dios enviar á la tierra á su divino Hijo, lo prometió como Maestro. « Tus ojos verán, dijo á Israel, á tu preceptor, tus oidos oirán sus palabras, que os dirán: éste es el camino, marchad por él, no os extraviéis ni á la derecha ni á la izquierda (2). » Jesucristo desempeñando esta mision: « Yo soy, dijo, la luz verdadera, y el que me sigue, no vive en tinieblas (3). » Mas ¡ ah ! amaron los hombres mejor las tinieblas que la luz, nos dice con razon el santo Evan-

(1) Juan. Cap. 17.

(2) Isaias. Cap. 30.

(3) Juan. Cap. 1.

gelio (1). Ved ahí, hermanos míos, los primeros que quedan excluidos de los bienes de Jesucristo, pero ved ahí también cómo son ellos mismos los que se excluyen, porque aman mejor las tinieblas en que viven, que la luz que les trae Jesucristo. *Dilexerunt magis tenebras quam lucem*. Este fué el gran pecado que cometió Israel no recibiendo á Jesucristo ni aceptando su doctrina. « Yo soy, le repite continuamente el Salvador, el camino, la verdad y la vida; y el que me sigue, llegará á mi Padre en el reino de los cielos (2). » Acredita sus palabras con milagros que todos ven y todos entienden; se esparció por todas partes la fama de sus prodigios; las turbas mismas llegaron á reconocerlo como gran profeta mandado por Dios para visitar á su pueblo (3), y algunos de sus mismos enemigos gritaban convencidos de su divinidad: « Este era verdadera-mente Hijo de Dios (4). » Mas, á pesar de todo, Israel no quiso conocer su virtud ni recibir sus palabras. En vano descubrió el Señor lo que estaba mas escondido en el corazón de los sábios y doctores de su ley: en vano leyó sus pensamientos y los convenció de sus ocultas iniquidades: todo fué inútil, porque resistieron la verdad, cerrando sus ojos á la luz. *Dilexerunt magis tenebras quam lucem*. Las consecuencias de este delito las palpamos desgraciadamente: Jesucristo las anunció, y nosotros hasta hoy las presenciemos. Israel diseminado entre todos los pueblos de la tierra; Israel prófugo se encuentra por todos los países del mundo, sin que á ninguno de éstos pueda llamar suyo. Israel que no recibió á Cristo, dejó de ser pueblo de

(1) Juan. Cap. 3.

(2) Ib. Cap. 14.

(3) Lucas. Cap. 6.

(4) Mateo. Cap. 27.

Dios, y perdió su templo, su ley, sus sacrificios, su altar, sus profetas, todo, todo lo perdió en castigo de su iniquidad.

Mas no fué tan solo el pueblo judío quien comió aquella iniquidad; de la misma se han hecho reos los paganos que, visitados por la luz del Evangelio, rechazaron la doctrina de Cristo, y entregaron á la muerte á los predicadores. Hacen diez y nueve siglos, á que se publicó la celestial doctrina de Jesucristo, y el mismo tiempo hace tambien que Dios llama á todos los pueblos para que vengan á formar uno solo regido por la ley del Evangelio, y teniendo por su cabeza al Salvador del mundo. Mas quedan todavía muchos en la tierra, que perseveran en tinieblas, y guardan sus vicios y sus errores que aman y no quieren renunciar para entrar á pertenecer al pueblo cristiano. Estos son los paganos, á quienes predicán el Evangelio los ministros de Jesucristo en Tonkin, China, India, Japon y en otras partes de la tierra. *Dilexerunt magis tenebras quam lucem.*

En el centro mismo de la civilización cristiana existen tambien personas que no reciben la doctrina de Jesucristo, de suerte que, habiendo nacido y educándose cristianamente, concluyen con abjurar en la práctica los principios del Evangelio, que no reconocen como obra de Dios. Llámense estos hombres ateos, llámense incrédulos ó con cualquier otro nombre, son siempre los enemigos de Dios, de su ley y de su religion; su culpa es mayor que la de los judíos que no conocieron á Cristo, y mayor que la de los paganos que no admiten su fé, ni se prestan á los convencimientos del Evangelio: porque las personas que nos ocupan, recibieron la fé, vivieron persuadidos de su divinidad, y solo dominados por la fuerza de

sus pasiones, principiaron á desfallecer, hasta apostatar prácticamente. *Dilexerunt magis tenebras quam lucem.*

No tan solo aquellos que renegaron la fé, quedan comprendidos en el número de los que perecen heridos por la majestad y grandeza de Jesucristo, sinó tambien los que, habiéndola recibido, no obedecen sus sagrados preceptos. Coloquemos entre éstos, ántes de todos los demas, á los católicos malos y perversos, cuyo número es tan crecido hoy, como todos lo conocemos. Malos llamo á los que aceptan la fé de Jesucristo como la única que puede santificar y salvar á los hombres, y estan convencidos de su santidad y de su verdad ; pero , á pesar de todo, no se resuelven á obrar en conformidad con sus preceptos. ¿ Qué significa ésto, hermanos mios ? El Apóstol responde á esta pregunta , y yo repito su doctrina. Jesucristo, dándose á conocer como Hijo de Dios y Redentor, llamó á sí á todos los hombres para que, conociendo y practicando su fé, consiguiesen llegar á la vida eterna ; pero hay no pocos que, olvidados de sus verdaderos intereses , se apartan de los preceptos de Jesucristo, para correr tras las vanidades y los pecados , para libertarnos de los cuales murió Jesucristo (1). De esta manera es, cómo califica San Pablo á aquellos individuos.

Malos y perversos llamo á los que, preciándose de la fé de Cristo, se declaran perseguidores de su Iglesia, cuyas leyes desprecian y cuyos derechos pisotean cada dia. Estos no siempre marchan por el mismo camino: unas veces los vereis, hermanos mios , ir de frente , y atacar sin embozo las leyes canónicas , la jerarquía eclesiástica , los mandatos de los Concilios

(1) A los de Colos. Cap. 3.

y las prohibiciones de los Sumos Pontífices. Para ello dan siempre sus razones, las visten de un modo particular, y suponen ser tan fuertes, que el buen orden de la república y los intereses nacionales exigen que se haga así. Otros marchan de un modo solapado é hipócrita, invocan á cada paso la religion y la fé, y pretenden estar llenos de celo por la Iglesia, mientras tanto se atreven á reformar sus leyes con decretos de gobierno, á innovar la disciplina eclesiástica con reglamentos dados por la autoridad civil, y en fin, á legislar sobre lo que exclusivamente pertenece á la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo. Unos y otros son malos cristianos, no tienen la fé del Evangelio, y aun cuando digan que creen, Jesucristo no los reconoce como suyos, porque sus obras manifiestan que aman las tinieblas mejor que la luz. *Dilexerunt magis tenebras quam lucem*. En nuestros dias son muy comunes estos hombres, y la persecucion que hacen á la fé, es todavía mas temible que las otras, que daban al cielo tantos Santos, y á la tierra la dejaban ver ostentando tantos Mártires, que la hacian fecunda para Cristo con su sangre. Mas aquellos ofrecen solo el espectáculo repugnante de la apostasía disimulada de ellos mismos, y el todavía mas repugnante que ofrece la caterva de palaciegos y aduladores, que venden su conciencia y su fé á los que les mandan obrar en tal ó cual sentido. Contra todos éstos nos previno Nuestro Señor Jesucristo en su Evangelio, denunció sus asechanzas, los llamó raposas pérfidas, y mandó á sus discípulos no tomar otra regla para juzgarlos sinó sus obras (1). Vivamos, hermanos mios, muy prevenidos para guardarnos de estos verdaderos enemigos de la fé: sepamos que

(1) Mateo. Cap. 7.

ninguno de esos tiene parte en el reino de Jesucristo, porque éste es para ellos *in ruinam multorum*.

Tambien son de este número los que interpretan á su modo la doctrina de Evangelio. No nos dió el divino Redentor su santa fé, de manera, que profesándola viviésemos expuestos á todo viento de doctrina, nos dice San Pablo; sinó por el contrario, quiso darnos fortaleza y solidez, que el Salvador compara con la que tiene un gran edificio fundado sobre sólidas piedras (1). Los protestantes y todos los que profesan doctrinas en oposicion á la de la Santa Iglesia Católica, interpretando á su manera la de Jesucristo, se apartan de la verdadera fé que predicó el Divino Salvador, predicaron despues de El sus apóstoles, y ha profesado hasta hoy sin variacion alguna la misma Iglesia. A todos aquellos dice el divino Maestro, que no son del número de sus ovejas (2), y que los desconoce, porque no escuchan la voz que da por boca de los legítimos pastores. Por consiguiente, Jesucristo está para castigar en ellos su sublevacion contra la cabeza, que instituyó para gobernar su Iglesia: su audacia para negar las verdades que él mismo estableció en los sagrados Evangelios, y sancionó de aquel modo tan solemne que nos refieren los sagrados Evangelistas: « Id, y enseñad la doctrina que os he dado: el que la creyere, se salvará (3). » Para castigar, repito, su tenacidad en defender y enseñar errores, que estan en abierta contradiccion con la doctrina de Jesucristo, y para castigar tambien su obstinacion en perseverar en la herejía, á pesar de los tiernos llamamientos que les dirige por medio del Pastor Supremo de su Iglesia.

(1) S. Mat. c. 7.

(2) Juan. Cap. 10.

(3) Mateo. Cap. 28. y Marco. Cap. 16.

Cuando Jesucristo Nuestro Señor excluye en el santo Evangelio á estos disidentes de su doctrina del número de sus ovejas, nos declara que llevan sobre sí sentencia de ruina eterna en castigo de su pecado. Pero el mismo Jesucristo nos anuncia tambien que llegará tiempo en que recogerá á esas ovejas descarriadas, y uniéndolas á las otras que le han sido fieles con los lazos de una misma fé, hará de todas un solo rebaño regido por un mismo pastor. Roguemos fervorosamente á nuestro amantísimo Salvador haga que llegue cuanto ántes ese tiempo de misericordia y de amor para esos infelices obcecados por los errores y los vicios, á fin que la religion cristiana alumbre á todos los hombres con la pureza y santidad que la enseñó el Hijo de Dios.

Habeis visto, hermanos míos, para quien es ruina Jesucristo; ahora ved para quienes es resurreccion. *Ecce positus est hic in resurrectionem multorum.*

II.

Jesucristo es resurreccion, dice San Pablo, para todo el que cree y obra segun su fé (1). Pero en el santo Evangelio nos descubrió El mismo, cuál era el objeto de su preferencia; y por cierto que no lo fueron los grandes y poderosos, ante quienes el mundo se inclina para concederles todos sus favores; ni ménos lo fueron los sábios de Israel que interpretaban la ley de Moises é ilustraban al pueblo en sus dificultades. Os diré quiénes fueron, hermanos míos, para que llenos de fervorosa gratitud, bendigamos sus altísimas misericordias. Fueron objeto preferente para su caridad los pecadores arrepentidos, y El así lo declaró

(1) Epístola á los Romanos. Cap. 1.

diciendo : « He venido á salvar las ovejas de Israel que perecian (1). » El mundo tantas veces desprecia á los pecadores por la deformidad de sus vicios, y los hombres honestos huyen de ellos, y no sin razon, porque temen contaminarse; pero Jesucristo los busca con amor infinito para levantarlos del fango del pecado, para lavarlos con el agua sacrosanta de su gracia, y para robustecerlos con sus inefables sacramentos. De modo, católicos, que el hombre caído y como hundido en el abismo de sus iniquidades, es el primero que está llamado á sentir los efectos de la divina bondad, que trajo al mundo Jesucristo, y con cuya virtud se levanta de sus miserias, y repara los terribles efectos que éstas causaron en su alma. Ved ahí, pues, cómo nuestro Señor Jesucristo es resurreccion para muchos : *In resurrectionem multorum*. El Evangelio ya nos hace notar bien esta verdad para consuelo y confianza de tantos que la gracia de Jesucristo resucitará hasta el fin del mundo. El Salvador corre agitado un camino largo y fatigoso, y para realzar mejor el ardiente amor que le inspira, lo hace á medio día y bajo un sol abrazador. ¿Y qué es lo que busca? Resucitar un alma muerta por el pecado; encaminarla, porque estaba perdida; y salvarla, porque perecia. Espera á ese pecador, le habla misericordiosamente, le descubre su triste situacion, le mueve á saludable arrepentimiento, y le salva con infinita bondad. *Positus est hic in resurrectionem multorum*. Cuando animado de celo por la gloria de su eterno Padre, habla, predica y enseña, la suerte de los pobres pecadores no se aparta ni un instante de su mente; los llama, los invita y los ruega para que vengan á El : « Venid á mí todos los que estais car-

(1) Lucas. Cap. 19.

gados y fatigados con el peso de vuestras culpas, les dice, y yo os aliviaré (1). » Y. cuando en el madero de la cruz paga la deuda de las iniquidades de todos los pecadores, que ha tomado sobre sí, con los tormentos que sufre en su pasión, comparables al mar por su extensión; su caridad para con los pobres pecadores ni se disminuye ni se entibia, al contrario con voz moribunda pide todavía para ellos misericordia y perdón. Allí, allí estaba puesto verdaderamente para resurrección de muchos. *Positus est hic in resurrectionem multorum.* ¡ Ah ! hermanos míos, empenémonos por aprovechar estos esfuerzos amorosos de la caridad de Jesucristo, y será entonces Este para nosotros nuestra sólida y eficaz resurrección. Reconozcamos su infinita caridad, pero reconozcámosla teniendo en vista la profunda malicia de nuestras iniquidades, que aquella misericordia ha de sanar.

Los que viven sumergidos en la ignorancia de la fé y del camino que conduce á la vida eterna, son otro de los grandes objetos en que Jesucristo opera la resurrección que trajo á la tierra en beneficio de los hombres. « Para enseñar á los pobres me mandó el Señor ; » ved ahí su palabra : y por eso derramó su doctrina como luz, por eso llamaba á los ignorantes, por eso les mandaba abrir camino entre la muchedumbre, y ordenaba que nadie les estorbase llegar hasta su persona (2). La doctrina de Jesucristo no solo resucitó á los ignorantes, haciéndolos nacer para la fé cristiana individualmente, sino que resucitó á toda la especie humana y á todos los hijos de Adán, que estaban sentados en sombra de muerte. Empero el efecto de esta doctrina no se limitaba á esos hombres solamente ; porque era

(1) Mateo. Cap. 11.

(2) Ib. Cap. 19.

luz, y luz indeficiente, que brillará en las perpetuas eternidades. Por eso su doctrina brilla, y á pesar de todos los obstáculos que le suscitan cada dia sus enemigos, brillará siempre.

Verdad es que Dios castiga muchas veces con tinieblas de entendimiento á los enemigos de su fé: y os diré francamente, hermanos mios, que esa ceguedad con que algunos hombres no ven en orden á la fé la divinidad y excelencia de sus verdades, que percibieron y adoraron millones de millones de otros verdaderamente ilustrados durante casi veinte siglos, castigo es de la justicia de Cristo. Esas tinieblas en que permanecen no pocos, á pesar de la luz que les rodea por todas partes, y que hace brillar Jesucristo en sus almas por medio de los buenos ejemplos, de los buenos libros, de los buenos consejos y de los movimientos aun de la propia conciencia, ¿qué significa, hermanos mios? ¿Qué significa? *Induravit Dominus cor Pharaonis*. Que el corazon de todos éstos está endurecido como el de Faraon; que ño ven la luz, no conocen lo que ésta les revela, porque Dios les ha herido con el mas tremendo de sus castigos, á saber, las tinieblas de su entendimiento. No trepido al deciros, que esta pena la soportan ya tantos que vemos sumergidos en un mar de errores, y de los que ni aun voluntad tienen para salir. En vano escuchan que las opiniones que profesan son erróneas y que han sido combatidas y refutadas victoriosamente; que la Iglesia católica las rechazó siempre como contrarias á las verdades reveladas por Dios en las santas Escrituras: nada de ésto atienden, ni se tomarán el trabajo de estudiar con la madurez debida aquellas verdades, que estan en oposicion con sus opiniones. Nada de eso harán, repito, porque soportan el castigo de las tinie-

blas, con que les hirió el Señor. *Induravit Dominus cor Pharaonis*. Mas, cuando éstos tengan voluntad de recibir la luz que les envia Jesucristo, lo verán brillando, y comunicará á su alma los resplandores de fé, de verdad y de gracia, que les harán vivir la vida de los hijos de Dios. *Ecce positus est hic in resurrectionem multorum*.

Si queremos finalmente , hermanos mios , para nuestra alma que sea Jesucristo su vida y su resurreccion, procuremos no separarnos jamas de su doctrina ni de sus ejemplos. Su doctrina es la que en su nombre nos enseña nuestra santa madre Iglesia : seamos fieles á ésta con el entendimiento , mientras vivamos, para amarla y para venerarla, y con la voluntad para obedecer sus preceptos ; y de este modo encontraremos por medio del divino Salvador nuestra eterna remuneracion allá en el cielo.

INSTRUCCION SEXTA.

SOBRE LA FE Y CONFIANZA QUE SIEMPRE
DEBEMOS TENER EN DIOS.

Domine, si vis, potes me mundare.

Señor, si tú quieres, me puedes limpiar.

(S. Matth. C. 8.)

Dos enfermos nos presenta á la vez el santo Evangelio, que piden á Jesucristo la salud. El uno es un pobre leproso, que á voces le dice: « Señor, si quieres, puedes limpiarme. » El otro es un centurion, ó capitán de cien soldados, que manda decir al Salvador con los vecinos mas respetables de Cafarnaum: « Señor, mi criado está paralítico, postrado en una cama, y ríciamente atormentado. » A los dos mira amorosamente Jesucristo; mas al leproso que le dice: « Señor, si quieres, puedes sanarme, » Quiero, le responde, y extendiendo su mano misericordiosa hácia el enfermo, le toca y deja completamente sano; encargándole solamente ir al sacerdote para presentarle la ofrenda que mandaba hacer la ley de Moises en tales casos.

Mas no sucedió esto mismo á los enviados del centurion, á quienes Jesucristo dice: « Yo iré, y sanaré al enfermo; » porque, oyendo aquel hombre esta respuesta, manda nuevamente otros que le digan á su nombre: « Señor, no soy yo digno que entres en mi casa; mas mándalo con tu palabra, y será sano mi criado. Yo soy hombre sujeto á otro, y tengo soldados á mis órdenes, y digo á éste: ve, y va; y al otro: ven tú, y viene; y á mi siervo: haz esto, y lo hace. » Como

si dijese : si yo teniendo un poder tan limitado y ademas dependiente de otro superior al mio, puedo mandar á mis inferiores y soy al instante obedecido, ¿ cuánto mas tú Cristo Hijo de Dios á cuya voz omnipotente obedece y se somete toda la naturaleza , podrás mandar á la enfermedad que deje libre á mi criado y serás al instante obedecido? (1). » Cuando oyó Jesus una respuesta que indicaba tanta virtud en el centurion , volviéndose á los que le seguian dijo : « Verdaderamente no encontré hasta hoy fé tan grande en Israel. Y os digo, que vendrán muchos de oriente y de occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos ; mientras tanto los hijos del reino serán echados en las tinieblas exteriores : donde será el llanto y el crugir de dientes. » Y volviéndose á los mensajeros del centurion, « Andad, les dijo, y decidle que como creyó , así sea hecho ; » y quedó sano el siervo en aquella hora. Voy á fijar vuestra consideracion, hermanos mios, en la fé viva que ejercitaron estos dos hombres que oraban á Jesucristo nuestro Señor con la esperanza de alcanzar de su divina misericordia las gracias que pretendian; y ademas en el premio que concedió el Señor desde luego á esa misma fé, ejercitada de un modo tan perfecto. En el ejemplo de éstos aprende el cristiano, cualquiera que sea su condicion, á mostrar su fé que le manda honrar á Dios , y á esperar de El todo lo que necesita; y aprende tambien á confiar en Dios que premia esa fé, cuando el cristiano la practica de la manera debida. Escuchadme.

(1) Alapide, Comm. in Matth. Cap. 8.

I.

Dije, hermanos míos, que tanto el leproso como el centurion, al recurrir á Cristo nuestro Señor, dieron muestras de la gran fé que poseían. El leproso mostró esa fé en la diligencia activa que puso de su parte para ver á Jesucristo. No le acobardó para ésto lo vil y asqueroso de su enfermedad, ni que los judíos, sus connacionales, miraban con terror y huían léjos de aquellos que la sufrían; ni en fin, que Moises mismo declaró en la ley inmundos á los leprosos, y los mandó separar de la comunicacion con los demas. Y en efecto, hasta hoy viven por eso en la Palestina los leprosos en miserables chozas construidas fuera de las poblaciones grandes, y en lugares muy apartados del resto de la gente. Así los he visto yo mismo en Jerusalem, Samaría y Tiberíades. Cerca de este último lugar estaba Cafarnaum, ciudad edificada sobre la ribera del mar de Genezaret, y que, segun algunos historiadores del pueblo hebreo, tuvo mucha importancia por la riqueza de sus moradores (1). Jesucristo distinguió á esta ciudad con amor muy especial, llamándola su pueblo (2), y como á pueblo suyo la distinguió siempre dirigiéndole tiernas amonestaciones, y obrando entre sus habitantes repetidas maravillas.

Al ruido de éstas habia acudido sin duda el leproso, que nos ofrece el Evangelio, así como tambien el centurion mandaba á sus amigos esperando conseguir la curacion de su criado. Y notad que no obstante que estos dos hombres no profesan una mis-

(1) Hoy apenas se distingue el lugar de esta antigua ciudad. Véase el *Catolicismo en presencia de sus disidentes*. Tom. II.

(2) Math. C. 11.

ma religion, ponen para conseguir las gracias que piden unos mismos medios. El leproso era judío, y pertenecía, por consiguiente, á la ley de Moisés; mas el centurion era gentil, y solamente vivia en Cafarnaum, distinguiéndose por sus obras de caridad en beneficio de los que creian y adoraban al verdadero Dios. Pero los dos ponen de su parte los mismos medios para conseguir aquello que deseaban; porque es cierto, hermanos míos, que Dios inspira á las almas afligidas y menesterosas los arbitrios con que han de recurrir á la majestad divina en medio de las amarguras de su necesidad. Estos medios fueron, tanto para el leproso como para el centurion, el primero de todos la confesion fervorosa de su fé en la omnipotencia de nuestro Señor Jesucristo. Ambos confesaron que con solo quererlo, ó con una palabra que saliese de sus labios, quedaria concedida aquella gracia que cada uno solicitaba. El leproso se contenta con decirle: « Señor, si quieres, puedes limpiarme. » Su fé le indica que Jesus no necesita conocer su enfermedad, sinó que le basta oír los clamores de los que sufren, para dar el socorro necesario. El centurion del mismo modo que el leproso, ni le pide que venga á visitarlo, ni que extienda su mano para tocarlo, ni otra cosa semejante; sinó que se limita á indicarle que su siervo está enfermo, y muy atormentado, y necesita con urgencia los socorros de su poder para sanar de su mal. Esta misma fé perfectísima la explican ademas con la profunda reverencia de que acompañan su peticion. El centurion no se atreve á comparecer personalmente delante de Jesucristo, se cree indigno de tan alto honor, y manda por eso otras personas que estima como virtuosas y dignas, por consiguiente, de presentarse delante del Hijo de Dios. Pero mientras tanto personalmente no se atreve

á hablar con Cristo por el sumo respeto que le tiene; aunque su alma con la fé y con la confianza se llega á El mismo, y negocia con fervorosos afectos la curacion de su sirviente. Esto es lo que San Mateo nos enseña al declararnos en el santo Evangelio, que el centurion se llegó á Cristo nuestro Señor (1); es decir, que habiendo mandado su peticion con los ancianos y personas mas respetables de Cafarnaum, su alma rogaba con tanto fervor y con fé tan perfecta al Señor, para que le otorgase aquella gracia, que se acercaba á El, y era oido como si en realidad estuviese hablándole corporalmente. De modo, hermanos mios, que cuando nosotros oramos á Dios con fervor, los afectos de nuestra alma suben hasta el Señor, y la caridad inflamada que los anima nos pone cerca de su divina majestad: y del mismo modo, cuando nos confesamos indignos de llegar á su divina presencia, Dios se acerca á nosotros, queriendo recompensar caritativamente la reverencia que nos inspiraba retirarnos de su majestad divina, por cuanto vivimos penetrados de nuestra miseria y de nuestros pecados que nos alejan de El.

Mas fijaos bien, hermanos mios, que estos dos hombres, dirigiendo su oracion á Jesucristo en presencia de la multitud, dan público testimonio de la fé que les anima. Confiesan la omnipotencia de Cristo, á pesar de las calumnias que esparcian los fariseos sus enemigos implacables, y á pesar tambien de la humilde vida que, como su carácter propio, profesaba el Divino Salvador. Pero nada de eso, ni otro motivo alguno retrae al loproso de gritar: « Señor, si quieres, puedes limpiarme. » y como si ésto no fuese bastante, puesto

(1) Cap. 8.

de rodillas pegaba su rostro con la tierra, y le adoraba del modo mas humilde. Así es, como se conducen los que verdaderamente quieren dar público testimonio de su fé, y confesar que lo que necesitan, esperan recibirlo de Dios, porque es infinitamente poderoso y misericordioso para concederlo. El centurion pasa todavía mas adelante; sin conocer á Dios como le conocian los judios, y sin haber sido instruido del modo como debia ser adorado, no obstante, la idea grande que tiene de su poder, de su virtud y de su misericordia, le hace anonadarse y confundirse hasta no creerse digno de presentarse delante de Jesus. Esa confusion crece, cuando oye que el divino Salvador y Dios omnipotente ha manifestado voluntad de venir á su casa para sanar á su enfermo; y envia nuevamente quienes rueguen al Señor para que no venga por no ser digno de recibir tan gran huesped. « Señor, yo no soy digno, le envia á decir, que entres dentro de mi casa, ni me tuve tampoco por digno de ir donde tú estabas; mas dí solamente una palabra, y quedará sano mi criado. » ; Cuán distante se encontraba la oracion de este hombre de aquella que ordinariamente ofrecen al Señor los soberbios y presuntuosos! No queriendo ver sus propias mīserias, quieren persuadirse de que hay en ellos justicia y mérito para recibir lo que tan solo por pura gracia y misericordia Dios les concede. Son éstos los que vemos ya en los templos ó ya privadamente orar sin devocion, sin recogimiento y sin penetrarse ni de la grandeza y majestad de Dios, ni ménos de la vileza y miseria de su propio ser. Parece, segun su falta de devocion, que cuando oran, hiciesen favor á Dios, que conversasen con uno de sus iguales, y que ningun beneficio necesitasen, ni esperasen recibir por medio de su

oracion. ¡ Ah ! reprendamos en nosotros mismos semejante falta, hija de nuestra poca fé y de nuestra mucha presuncion, y tratemos de adquirir virtudes tan perfectas, como las que nos enseñan con su ejemplo el leproso y el centurion del santo Evangelio. No olvidemos que ni la presuncion, ni la soberbia, ni la vanidad podrán jamas acercarse á Dios, sinó que serán rechazadas constantemente por aquel que dijo « Haber escondido á los grandes las riquezas de su misericordia, y descubrirlas solamente á los pequeñitos (1). » Hagámonos pues pequeñitos delante de Dios, confesando lo que realmente somos en su presencia: nada, y aun ménos que la nada, porque ésta es incapaz de ofender al Señor; mientras tanto nosotros tantas veces, arrastrados por nuestras malas pasiones, hemos quebrantado su santa ley.

Mas estos hombres, cuando llenos de fé buscaban á Jesucristo, y le movian á ejercitar con ellos su inefable caridad, venian resignados á su voluntad soberana. De esta resignacion dieron muestra no pidiendo cosa alguna expresamente. « Señor, le dice el leproso, si quieres, puedes limpiarme. » « Mi criado, dice á su vez el centurion, está en cama muy atormentado. » Ni el uno ni el otro le dicen expresamente que los sane, porque ambos estaban penetrados que, siendo Dios por excelencia bueno y misericordioso para con sus criaturas, haria lo que conviniese mejor para su provecho. De aquí es, hermanos mios, que avivando nuestra fé delante de Dios cuando oramos, hemos de procurar entregarnos completamente á su voluntad, poniéndonos en sus manos para que haga con nosotros segun su misericordia. Obrar de otra manera, es querer nosotros pobres é

(1) Mateo. Cap. 16.

ignorantes señalar el camino que debe seguir el Señor infinitamente sabio, es pretender que nuestro juicio sea preferido al de Dios, y que gobernándonos segun nuestra propia voluntad, todo, todo, no solo lo de la tierra, sinó el poder supremo de los cielos, quede sometido á las exigencias, ordinariamente estúpidas, de aquella. Ya comprendereis, hermanos mios, cuánto tiene ésto de presuntuoso y de temerario; pues bien es lo que pasa cuando exigimos al Señor que nos conceda aquella cosa que determinadamente le señalamos. Evitaremos esta falta, si apropiándonos la oracion del leproso, decimos á Dios: « Mirad la lepra de mis vicios, que han enfermado mi alma: si tú quieres, puedes sanarme con tu gracia, y hermosearme con tu misericordia; » ó con el centurion: « Ved, Señor, mi cuerpo, que es el siervo que debe servirme para negociar mi salvacion eterna, está postrado por la pereza, por la lujuria, por la gula, y se resiste á obedecer á mi alma. Vedlo, Señor, sin movimiento para practicar las obras de virtud; socorre mi necesidad, tanto mas urgente cuanto no hay otro que pueda hacerlo sinó tú. » No dudeis, hermanos mios, que orando al Señor con esta fé y resignacion, seremos oidos con gran provecho nuestro, porque cuánto mas grande es nuestra conformidad con la voluntad de Dios, es tambien tanto mayor la sollicitud que toma por nosotros. David comprendia muy bien esta verdad, y por eso nos enseña á poner en Dios todos nuestros cuidados, seguros de que nos sostendrá (1). Cuando nos sintiésemos bien penetrados de esta bondad divina en la oracion que hacemos al Señor, podemos como este mismo Profeta decirle que en El queremos esperar siempre, porque encontramos.

(1) Salmo 54.

solo en su amor motivos de confianza, que inspiran paciencia y fortaleza á nuestra alma.

Los cristianos que tienen la devocion santa de recurrir entre dia á Dios, encontrarán en aquella manera de orar una fuente inagotable de verdadera devocion y copioso fervor. « Maestro mio, Médico mio, Salvador mio, » podrán repetirle en el fondo de su corazon, en medio de tantas tentaciones y de tantos peligros, por donde atravesamos á cada instante de cada dia; « si quieres, puedes alumbrarme en mis ignorancias; si quieres, puedes comunicarme una centella de vuestra caridad; si quieres, puedes transformar mi alma con una sola palabra vuestra. » De suerte que esta conversacion interior les dará por una parte grande aliento para servir á Dios con fervor, y neutralizará por otra las fuerzas del demonio que les combate sin cesar, esperando conseguir, como fruto de su victoria, su caida y perdicion.

II.

Hasta aquí hemos visto las excelentes virtudes que ejercitaron al recurrir á nuestro Señor Jesucristo tanto el leproso como el centurion, de que nos habla el Evangelio; ahora vamos á conocer los grandes premios con que el Señor les correspondió; y ojalá, hermanos mios, que nos sirvan de estimulo para obrar nosotros de la misma manera. El primer premio con que Jesucristo Nuestro Señor mostró al leproso cuánto le agradaba el fervor de su fé, fué compadecerlo misericordiosamente. *Misertus eius*, nos dice el Evangelio; y movido de esa compasion, « Quiero, le dijo. Sé limpio. *Volo. Mundare. Et confestim mundata est lepra eius;* » como si dijese: Tú, leproso, me has dicho que si yo quiero, quedarás limpio de tu lepra; pues yo quiero

que inmediatamente lo seas. Extendiendo su mano, tocó la carne asquerosa del enfermo. De modo que el ruego fervoroso de aquella pobre criatura, apenas llegó á oídos del Salvador, cuando ya su misericordia se puso en movimiento para ir á socorrerla. De este modo hace tambien Dios con nosotros, cuando le pedimos con fé y con resignacion aquello que necesitamos conseguir particularmente en beneficio de nuestra alma. Apenas le habla el pecador, apenas le representa los males de su conciencia, esos verdaderos estragos que en ella causaron los pecados, diciéndole como el leproso: « Si quieres, Dios mio, puedes limpiarme, » cuando, *misertus eius*, compadecido el Señor de su situacion, « Quiero limpiarte, le dice, porque vine á medicinar los enfermos de Israel, y á sanar á todos los arrepentidos y contritos de corazon (1). »

Mas ésto no es bastante todavía para su infinita caridad. *Extendens manum tetigit eum*; extendiendo su mano le tocó. Y el tacto del Salvador es siempre infinitamente eficaz para sanar, sea cual fuere la enfermedad que sufra el hombre. Por eso tocando Jesus á ese enfermo, quedó sano del todo, desapareciendo la lepra que infestaba su cuerpo. David nos dice, que extiende el Señor su mano, llena de bendiciones, á toda alma (2); y efectivamente cada vez que el Señor nos concede sus beneficios, extiende su mano sobre nosotros, y nos toca con la gracia de su inefable caridad. Extendió sus manos en la cruz, cuando nos redimió de la servidumbre del demonio, comprándonos con su preciosa sangre, y vuelve á extenderlas para aplicarnos la virtud de esa misma sangre cada vez que lo invocamos sincéramente arrepentidos de

(1) Lucas. Cap. 4.

(2) Salmo 103.

nuestras culpas. Nos toca con su mano, cuando envía sobre nuestra conciencia los rayos de su luz que le hacen conocer las iniquidades que la manchan. *Tetigit eum*. Nos toca cuando, conociendo nuestros pecados, nos inspira ese espíritu de verdadera penitencia, con el cual los detestamos y lloramos de corazón. *Tetigit eum*. En fin, nos toca con saludable eficacia, cuando nos hace obedientes á la amonestación divina que nos dirige como al leproso del Evangelio: *Vade, ostende te sacerdoti*; anda, y muéstrate al sacerdote. ¿Y con qué fin? Allá en la ley de Moises el que habia sanado de la lepra, tenia que ofrecer al sacerdote un don en señal de su agradecimiento, y como medio para perfeccionar su curación (1). Acá en la ley de Jesus los cristianos que alcanzan la gracia de curar su conciencia, necesitan presentarse al sacerdote para ofrecer al Señor el sacrificio de su espíritu atribulado en una perfecta y dolorosa confesión que les vuelva á la amistad de Dios, obteniendo la absolución de sus pecados. Así como en la antigua ley tenia el leproso estrecha obligación de presentarse al sacerdote, así tambien quien desea de corazón sanar de la lepra espiritual que infecta su conciencia, necesita confesar con humildad sus culpas al sacerdote. Y el ministro de Jesucristo extenderá entónces sus manos representando al Salvador, y con la potestad que Este le otorgó, « Te absuelvo, le dirá, de tus pecados. » La gracia de Dios llenará su conciencia, y la lepra de su alma desaparecerá, porque Dios ha tocado misericordiosamente á su criatura. *Extendens manum, tetigit eum, et confestim sanata est lepra eius*. Con el centurion no sucede, hermanos míos, del mismo modo, porque siendo gentil, y no conociendo la verdadera fé, el don

(1) Levítico. Cap. 13.

mayor que podia recibir de Dios era la perfeccion de esa misma fé que principi6 á practicar, acercándose á Jesus para alcanzar la sanidad de su sirviente.

Y en efecto, á medida que él se cree indigno de presentarse delante de Jesucristo, éste se le acerca y « yo iré, » le dice, porque aquella alma humillándose por su propio conocimiento, puesta delante de la grandeza divina, se habia hecho digna de recibir una fé mas perfecta, y un conocimiento mas claro de Dios: gracias que el mismo Dios solamente puede conceder. Estas son las que el Salvador se propone otorgar al centurion, cuando oyendo su embajada, « yo, dice, iré á visitar su siervo, y lo sanaré: *Ego veniam et curabo eum;* » con una respuesta tan llena de misericordia avivó é ilustró su fé imperfecta de modo que « No soy digno, exclamó, que entres tú, Señor, á mi casa; di solamente una palabra, y mi sirviente quedará sano de sus males. » Yo soy, añadió luego, un hombre que tengo otros que me mandan, aun cuando bajo mi autoridad tengo soldados que obedecen mi voz; pero vos sois Dios del cielo, y bajo tu imperio estan todas las cosas: ¿ cómo ent6nces seré digno de que Señor tan infinitamente grande y poderoso venga á mi casa, more bajo mi techo, y converse familiarmente con los mios pobres y miserables como somos todas las criaturas? Hablad solamente, y vuestra voz será obedecida por los males que aquejan á mi criado. Ved, hermanos mios, cuántos y cuán excelentes actos de fé se encierran en estas pocas palabras del centurion. Jesucristo es quien ha ilustrado su alma, premiándole esa fé con que buscó su poder y confi6 que habia de ser oido y socorrido. Jesus, despues de alabar la fé de este hombre, volviéndose á sus enviados, les dijo: « Decidle que se haga así como crey6; » y al punto el sirviente qued6

sano. Y este fué un premio lleno y copioso que recibió la fé del centurion ; porque notad, que al concederle Jesucristo la gracia de la sanidad de su sirviente, le dice de una manera absoluta : « Hágase como has creído : *Sicut credidisti, sic fiat*, » lo que equivale á decir : así como fué grande y fervorosa la fé con que ocurriste á mí, y grande y fervorosa la confianza que tuviste de alcanzar aquello que pedias, así tambien yo quiero que sea á medida de esa fé la gracia que se te conceda. De manera, hermanos mios, que la confianza del centurion quedó satisfecha plenamente, cumpliéndose en él lo que el Señor nos promete por boca de su Profeta, que « llena los deseos de aquellos que le temen (1). »

Mas fijémonos en lo que el Salvador nos dice á propósito de la fé que mostró este hombre gentil : « Vendrán muchos del oriente y del occidente á sentarse en el reino de los cielos, mientras que los que estaban llamados á poseer su felicidad eterna, serán arrojados á las penas del infierno. » Esta sentencia del Salvador está dirigida á todos cuantos viven descuidados de su salvacion. Llamará el Señor á los gentiles, ignorantes y sencillos como el centurion, los ilustrará con su fé, y ellos aprovechándola y correspondiendo el beneficio recibido, ocuparán en el cielo el lugar preparado para aquellos que, presuntuosos y soberbios, no pensaron en la estrecha obligacion que tenian de honrar á Dios y de corresponder á sus beneficios.

Avivemos nuestra fé, hermanos mios, avivémosla como el leproso y el centurion, que nos ofrece como modelos el santo Evangelio ; oremos como éstos al Señor

(1) Salmo 144.

con fervor, llenos de confianza y de humildad nacidas del conocimiento de nuestra vileza y miseria, y no dudemos que nos concederá Dios cuanto fuere necesario para nuestra salvacion eterna.

INSTRUCCION SEPTIMA.

MOTIVOS PORQUE EL SEÑOR APARECE
A VECES INSENSIBLE A NUESTROS CLAMORES.

Ipse vero dormiebat.

Mas Jesus dormia.

(Matth. Cap. 8.)

Muy extraño parece, hermanos mios, encontrar á Jesucristo que duerme profundamente, mientras que la mar agitada por los vientos combate la barca de sus discípulos y la pone en peligro de perderse. Pero advertid que ese Jesus, que aparece dormido, es el que nos dice de sí mismo: « *Non dormitabit, neque dormiet qui custodit Israel*; no dormitará, ni dormirá el que custodia á Israel (1). » De manera que si lo vemos dormido, es con aquel sueño en que el cuerpo duerme, pero el alma vela (2). Y en efecto, dormido como parecia estar Jesucristo, velaba por la seguridad de sus apóstoles, de tal modo que, cuando éstos le dispiertan, y aterrados por la furia de la tempestad, « Señor, le dicen, sálvanos que perecemos, » « ¿Qué temeis, les responde, hombres de poca fé? » como si les dijese: ¿No veis acaso que, estando yo aquí con vosotros,

(1) Salmo 120.

(2) Cantar de los Cantares. Cap. 5.

ni los vientos, ni las ondas, ni el huracan, ni las tempestades, ni la tierra, ni el infierno, os podrán causar daño alguno? ¡Ah! que bien confirmó aquí el Salvador del mundo la palabra de su Profeta que habia dicho: « Si el Señor está con nosotros, ¿quién podrá combatirnos? Aun cuando vengan contra mí todos los males, no los temeré, porque Dios vencerá por mí á mis enemigos. »

Mas, ¿porqué Jesucristo dormia mientras que sus discípulos combatian con la furiosa tempestad en medio del mar de Genezaret? Ved ahí la importante doctrina que contiene el santo Evangelio, con que he principiado esta instruccion. En ese proceloso mar nos retrata el Salvador la vida presente, llena de pasiones violentas que se agitan y entumescen cual furiosa tempestad; mas en medio de ésta la barquilla de su Iglesia (1) marcha segura de no perecer, porque Cristo la conduce, Cristo la defiende y Cristo la salva. Esa voz que saliendo de entre las ondas, « Sálvanos, Señor, dice, porque perecemos, » la escucha al instante el Divino Salvador, por récia y violenta que sea la borrasca. La escucha, repito, y aun cuando no muestre desde luego visiblemente su poder para hacerla cesar, y ántes por el contrario parezca dormido y dejando la navecilla al capricho de los vientos, ni un instante aparta de ésta su vista, y está socorriéndola con los auxilios interiores, que le son indispensables para combatir hasta vencer.

Mas en esa barca está figurada tambien nuestra alma; esta alma, hermanos míos, que tantos desvelos y tantas fatigas cuesta al Salvador. Las tentaciones, las sujestiones de la ira, de la concupiscencia y de la

(1) S. Beda, Comm. 28. in Cap. 1. Marci.

envidia son el huracan que la conmueven y la agitan furiosamente. « Señor, salvadme, » dice esa alma en medio de la tempestad. Mas , ¿cuántas veces parece que durmiera Jesus, porque sus voces no le traen pronto aquel auxilio que aguardaba? Jesus parece dormido, y por eso David colocado en esa situacion, volviéndose al Señor, le daba esta amorosa queja : « Levántate, ¿porqué te duermes, Señor? levántate, y no nos deseches para siempre. Levántate, ayúdanos y redímenos por amor de tu nombre (1). »

Bajo estas dos consideraciones el santo Evangelio dirige á nuestra alma instrucciones de la mayor importancia. Nos dice que nunca duerme el Hijo de Dios, para dejar de atender las necesidades de su santa Iglesia, y las de nuestra propia alma. Escuchadme, que la materia es de mucho interes.

I.

Habiendo entrado Jesus en una embarcacion, entraron tambien sus discípulos que le seguian; y luego sobrevino una grande agitacion de las aguas del mar, de modo que las ondas penetraban dentro del barco, y lo cubrian; mas El dormia. Los apóstoles, viendo el peligro en que se encontraban, se llegaron á El para despertarlo, diciéndole: Señor, sálvanos, que perecemos. Jesus les respondió: ¿Qué temeis, hombres de poca fé? Y levantándose al punto, mandó á los vientos y á la mar, y se siguió una gran bonanza; de tal modo que maravillados los hombres que veian todo ésto, preguntaban: ¿Quién es éste, á quien los vientos y la mar obedecen? El mar que navegaba Jesus era,

(1) Salmo 43.

hermanos míos, el de Genezaret, que algunas veces llama el santo Evangelio «Mar de Tiberíades,» cuyos dos nombres lleva hasta hoy. En las playas de este mar existían Tiberíades y varias otras ciudades que visitó con frecuencia Nuestro Señor Jesucristo, y en su tiempo eran de gran importancia: tales fueron Coratzain, Cafarnaum y Betsáida. En las orillas del mar de Genezaret llamó el Señor á los individuos que eligió para apóstoles suyos y predicadores de nuestra santa religion, obró infinitos milagros, y dió pruebas evidentes que era Dios verdadero. Multitud de personas venidas de todas las regiones circunvecinas fueron testigos de aquellas maravillas, recibieron las palabras de vida eterna salidas de su boca, y muchas de las cuales creyeron en El. Allí cerca del mar de Genezaret alimentó el Señor con cinco panes y dos peces á cinco mil personas, hasta dejarlas satisfechas, y recogiendo sus discípulos de las sobras doce canastos de fragmentos (1). Puede decirse que este mar y sus inmediaciones fueron el lugar donde se realizaron los mas grandes milagros de Jesús.

El que nos refiere el santo Evangelio que nos ocupa, nos presenta al mar de Genezaret en una de esas furiosas tempestades, que son allí frecuentes cuando sopla con fuerza sobre sus aguas el viento del levante. Cuando el mar entumecido, y sus olas entrando á la embarcacion la llenaban de agua y ponian en peligro inminente de zozobrar, Jesús dormía en la popa de la nave sin cuidado alguno de lo que podría suceder. ¿Porqué, hermanos míos? ¿Acaso porque la suerte de aquella nave y de cuantos en ella navegaban le era indiferente? De ningun modo. Era porque en esa navecilla y en los hombres que llevaba en su seno,

(1) Juan. Cap. 6.

atravesando aquel mar tempestuoso, preparaba lecciones á nosotros que formamos su pueblo cristiano. Esa nave era la figura de su santa Iglesia, de esa Iglesia una, santa, católica y apostólica, que El mismo instituyó con altísima providencia, enriqueció con infinita caridad, y conserva por un verdadero milagro de su infinito poder. Miradla, hermanos míos, navegando en medio del mar de la vida presente, mar tempestuoso en que se agitan los vientos de las pasiones humanas, que vienen á estrellarse cual olas furiosas contra ella. Señal de contradicción fué llamada, siguiendo la suerte de su Divino Fundador; y como tal, desde que principió á atravesar este mar, conduciendo en su seno las almas para el reino de los cielos, todos los furiosos huracanes de la persecución á su fé, á sus principios, á su moral, á sus leyes y á sus individuos se conjuraron para combatirla. Cada siglo que ha vivido, su historia ha sido la misma de borrascas, tempestades, y vientos contrarios, que al parecer de los hombres la van á perder para siempre. En los primeros siglos lo fueron los tiranos, que derramaban la sangre de los mártires, y entonces el poder humano y los prudentes del siglo creyeron seguro que la barca de Jesucristo, la Iglesia católica, naufragaría sofocada por las olas de sangre que derramaba el furor de los mandatarios. Mas éstos vieron con asombro desaparecer á los enemigos de Cristo uno tras otro; desaparecer también sus tronos y sus reinos uno por uno; y desaparecer hasta los vestigios de su poder y de su grandeza, sin quedar sobre la tierra mas que sus nombres que conserva la historia, mientras tanto á la Iglesia, cubierta de heridas gloriosas, vieron seguir intrépida su camino.

A los siglos de persecución y de martirio siguieron

otros de tempestades de diverso género; pero tan violentas y tan terribles como las primeras. Los herejes, empeñados en adular las verdades enseñadas por Nuestro Señor Jesucristo, son los que agitan entonces las aguas del mar, y alentados por el espíritu de satanás procuran echar á pique á la santa Iglesia. Y ¿quién no diría por cierto que iba ésta á perecer, cuando la ve combatida por sus mismos hijos, y en sus fundamentos que son las verdades de la fé? Asombra, hermanos míos, asombra verdaderamente la constancia y la fortaleza, de que se encuentra dotada; y cualquiera que medite sobre la marcha constante de esta Iglesia por entre las tempestades que la combaten, no podrá menos de persuadirse que camina asistida por una fuerza sobrenatural, contra la que nada pueden los hombres. Mas los herejes y cismáticos de todos los siglos pasaron también como los tiranos, y si bien pusieron á prueba la fortaleza de la obra de Nuestro Señor Jesucristo, no la destruyeron, aun cuando, para conseguirlo, estuvieron auxiliados por los poderosos de la tierra, y por la fuerza del infierno.

Después de tantos siglos de borrasca, no debe sorprendernos encontrar en estos últimos tiempos á esa misma Iglesia engolfada en nuevas tormentas y tan réticas, que el hombre de menos fé podría imaginarse que estaba ya destinada á perecer. Miradla en medio de la borrasca que le preparan los errores y el cisma protestante predicado por Lutero y protegido con toda su influencia por soberanos poderosos de Europa; miradla entonces, combatidos sus dogmas, perseguidos sus ministros, muertos ó desterrados sus pastores en Inglaterra, Suecia, Alemania y en otros puntos, miradla, no alteró su marcha, caminó al través de la tempestad, y venció. Hombres insensatos pensa-

ron, del mismo modo que Lutero en Alemania, combatirla hasta aniquilarla en Francia ; quemaron sus templos, arrasaron las casas religiosas, derramaron la sangre de los sacerdotes, hicieron morir en el cadalso á los obispos: nada escapó á sus leyes de exterminio: el mismo Dios que adora nuestra fé fué declarado una quimera y prohibida su invocacion en la patria de Clodoveo y de San Luis, por blasfemos conocidos solo entónces por el cinismo de sus costumbres , y el libertinaje de sus opiniones. Mas se engañaron tambien todos éstos, y la Iglesia de Jesucristo, sometida á las pruebas mas duras, venció á sus exterminadores. Quedó, como siempre, viva y llena de vigor, mientras de sus enemigos vencidos no permanecen sinó sus recuerdos espantosos en la historia, que les condena como hombres corrompidos y como tiranos sanguinarios. Y lo que pasa , señores, delante de nosotros, lo que estamos mirando con nuestros propios ojos , ¿ no nos enseña acaso lo mismo ? Hijos desnaturalizados de la Iglesia católica invaden unos los derechos sacrosantos de ésta, vejan al Vicario de Jesucristo, le usurpan sus dominios, le insultan en su misma sede , mientras otros en diferentes regiones de Europa y de América persiguen y encierran á los obispos en los calabosos de los malhechores: pretenden someter los sacramentos de la Iglesia á las leyes civiles , y reglamentar los deberes de los sacerdotes de Cristo con ordenanzas de gobierno. ¿ Cuál será el resultado de esta lucha ? No lo dudeis, la Iglesia vencerá como ha vencido en todas las otras tempestades. Vencerá, digo, á despecho del talento y de la malicia diabólica que emplean para combatirla unos, y del poder formidable de que disponen otros. Vencerá, repito, á pesar de la cobardía de no pocos de los que estan llamados á defenderla, y de la política que arre-

bata de sus manos las armas á muchos de los que deben velar por sus derechos sacrosantos. Sí, vencerá, lo repetiré una vez mas, porque *non dormitabit neque dormiet, qui custodit Israel*; no dormitará ni dormirá el que guarda á la Iglesia, que es el verdadero Israel.

Permite Dios que su Iglesia sea constantemente combatida, para que brille tambien constantemente el poder divino que la sostiene, y todo hombre, por grande que sea, conozca que es ménos que nada en presencia de la infinita grandeza de Aquel. Porque jamás se persuaden de su debilidad tan íntimamente los hombres, como cuando ven deshechos sus proyectos, y fallidas sus empresas que creian mas bien combinadas, sin alcanzar á divisar, siquiera, la mano que deshace esos planes, y burla esos proyectos. Entónces se ven obligados á reconocer su pequeñez, y la distancia infinita á que se encuentran de Dios, cuyo poder no pueden ménos que divisar en esos trastornos.

Permite Dios que su Iglesia sea combatida, para que tenga ocasion el hombre de conocer que es El quien puede y quiere salvarla, y que la salvará á despecho de cuantos la combaten, y empleando á veces para ello las armas de éstos mismos. Nunca sintió Israel mejor la proteccion de Dios, como cuando oyó del ángel la promesa divina de asistirlo contra las amenazas de Esaú. Esas palabras « Yo estaré contigo, » le llenaban de seguridad, colocándole superior á cuanto su enemigo pudiera intentar contra él (1). Y la Iglesia combatida, perseguida y humillada oye en medio de sus pruebas esa misma voz inefable, que le promete proteccion divina. *Quid timidi estis, modicae fidei?* Mirad que estoy yo contigo, le dice

(1) Genes. Cap. 32.

Dios infinitamente poderoso; nada podrán los hombres, mientras tengais mi proteccion. *Quid timidi estis, modicae fidei?* Este es, hermanos mios, el baluarte formidable, que hace y hará eternamente la fuerza de la Iglesia de Jesucristo. Este el auxilio celestial, que la coloca superior á los hombres, á sus leyes, á sus ejércitos, á sus penas y á todos los arbitrios que esten á su alcance enplear para combatirla. Obcecado verdaderamente está aquel que no ve á Dios interviniendo en la marcha de su Iglesia, la que si hubiera quedado sola, ó entregada sobre la tierra á sus propias fuerzas, ya habria perecido. Adoremos, hermanos mios, al Señor en la grande obra de su Iglesia; pero en medio de las aflicciones y amarguras de ésta imitemos á los apóstoles, para venir corriendo á llamarlo en su auxilio. Y este es otro motivo porque permite Dios que su obra sea combatida, para que tengamos ocasion de invocarlo con fervor y constancia.

Sabia Jesucristo que sus discípulos luchaban con el furor de las olas; les divisaba fatigados á fuerza de maniobrar contra la tempestad; mas El dormia, y ni el crujir de los vientos, ni el vaiven de la embarcacion, ni los golpes de mar que inundan la nave, ni la gritería de los que maniobran con el velámen, nada interrumpe la tranquilidad de su sueño. Sabe que los vientos obedecen á su voz; que las olas se humillan á su mandato, hasta hacerse sólidas para ofrecerle camino; y sabe que sola su voluntad bastará para que ni un rastro quede de la tormenta que aflige á sus discípulos. ¿Y porqué entónces, hermanos mios, no la disipa en un instante, y los libra del peligro que les amenaza? Porque quiere que sus discípulos se lo pidan; quiere que estando obligados á pedirlo, tengan ocasion de poner su confianza en El, y de conocer hasta dónde

puede favorecerlos, y hasta dónde, por consiguiente, ha de llegar la seguridad con que deben esperar su proteccion los que le sirven con amor y fidelidad. Ved por eso cómo luego, al punto que le dicen: « Sálvanos, Señor, porque perecemos, » manda á los vientos y á las aguas que se calmen; y los vientos y el mar se sosiegan al instante obedeciendo su voz. Roguemos á Dios incesantemente por su santa Iglesia, y todos cuantos vivimos en su seno, *Domine, salva nos*, digamos al Señor con seguridad de ser oídos.

Pero os dije, hermanos míos, que en la barquilla del mar de Genezaret está figurada tambien nuestra propia alma, que en medio del mar de la presente vida va navegando hácia la eternidad.

II.

En efecto, Dios permite que nuestra alma durante su camino por este mundo experimente récias tempestades de tentaciones carnales, de aburrimiento y fastidio por las cosas espirituales, de ira y de soberbia, y en fin, tantas otras que la asaltan y la ponen en peligro de perderse. Dios las permite por diversos motivos, quiere probar nuestra fé, alejándose de nosotros al parecer mientras sentimos todo el ímpetu de nuestros enemigos: mas entónces mismo es cuando hemos de invocarlo con mayor confianza, y esforzarnos por mirarlo con los ojos del alma, allí cerca de nosotros, socorriendo nuestra flaqueza con su infinita fortaleza. Allí hemos de oír esa voz misericordiosa que nos dirige por boca de David: « Contigo estoy en tu tribulacion; yo te libraré y glorificaré (1). » De ese modo ejercita y robustece el cristiano su fé, de ese modo busca en

(1) Salmo 90.

Dios su apoyo en la tribulacion, y de ese modo se encuentra lleno de fortaleza en las amarguras que le combaten.

Permite tambien Dios que nuestra alma sea combatida, para que en medio de esas mismas tempestades brille mejor la virtud del justo probada y fortalecida en la tribulacion. Por eso la santa Escritura nos enseña, que en las tentaciones nos purificamos de nuestros pecados; porque entrando en el alma las olas de la tribulacion, salen los vicios, de modo que la humildad arroja fuera á la soberbia y propia estimacion; así como la congoja y la paciencia cortan las cadenas con que nos liga la pereza, queriendo privarnos de todo movimiento útil que pudiésemos hacer en servicio de Dios. Recordad, hermanos mios, que la heroica constancia de Susana no fué conocida sinó en la amarga tempestad que le prepararon los jueces de Israel, que la inducian al libertinaje (1). De modo que aquella expresion de sublime heroismo: « Perderé la vida, ántes que consentir en vuestro inícuo propósito, ofendiendo á mi Dios, » fué el fruto de la tempestad horrible que combatió á su alma. Ni la paciencia de David brilló mejor como cuando, maldecido por Semei, prohíbe á sus soldados que hagan mal á su injusto ofensor, diciéndoles: « Dejadle, porque su maldicion traerá sobre mí las bendiciones de Dios, si la sufro con resignacion, y perdono al que me maldice (2). » Ni en fin, el Santo Job apareceria tan grande y tan perfecto en virtudes, como lo consideramos, sinó hubiese sido probado en tantas y tan récias borrascas; de modo que en medio de su desamparo, de su pobreza, de su enfermedad y de los mil sufrimientos con que era molestado, nos

(1) Daniel. Cap. 13.

(2) II. de los Reyes. Cap. 16.

hubiese enseñado el acto mas sublime de confianza en Dios que podemos discurrir. « Aunque me quite la vida, he de esperar en sus misericordias (1). » Ved, hermanos míos, cómo crecen y aparecen tan hermosas y robustas las virtudes probadas en las amarguras y tentaciones de la vida. Y nadie imagine que Dios lo abandone durante el combate; al contrario crea que El lo observa, y cuando lo invoca, lo socorre. Con amor y solicitud le ve combatir, y en ese combate recibe una prueba eficaz de la constancia y fidelidad con que esa alma le ama. Vosotros, débiles y tibios en la virtud, no olvideis que Dios os acompaña: si cuando os parece insoportable vivir combatiendo siempre con vosotros mismos, levantaiis á lo alto vuestro corazón, estad seguros que descenderán sobre vuestra alma atribulada auxilios oportunos, que os harán fuertes y robustos para vencer la tempestad.

El mundo, este mundo compuesto de tantos tímidos y cobardes, necesita estímulos para practicar las virtudes; y Dios prepara en las borrascas dolorosas, de que está llena nuestra vida sobre la tierra, los ejemplos que deben alentarnos. En las aflicciones probó á Tobías, cuya virtud habia de ser el modelo de su larga posteridad (2). En la borrasca de sus contradicciones probó á David elevado á rey de Israel (3). En las contradicciones y amarguras quiso fuese conocida la virtud de sus profetas destinados á enseñar su santa ley á la casa de Jacob; y en esas mismas amarguras y contradicciones quiere cada día probar también la fé de sus justos, escogidos para servir de ejemplo á los demas. Adoremos en estas mismas disposi-

(1) Job. Cap. 13.

(2) Tobías. Cap. 12.

(3) Salmo 80.

ciones del Señor la infinita sabiduría y bondad, con que da á sus criaturas medios eficaces de santificación, en los conflictos mismos que parecerian ser causa de nuestra perdicion. Levantemos á cada momento nuestra alma á Dios, busquemos sus socorros, y con mejor derecho que los egipcios á José, digámosle en medio del amor y de la confianza mas sincera: « No moriremos, Dios mio, estando Vos presente (1). » Ciertamente no pereceremos, porque Vos, Señor, nos has prometido extender tu mano sobre este mar proceloso en que nos encontramos, y salvarnos de que sus olas nos ahoguen. Vos mismo, Jesus amorosísimo, quisiste ser combatido como barca en el océano de este mundo, con las terribles olas de trabajos, y que tu alma fuese inundada por las aguas amarguísimas de tristezas y temores; fortalecedme con vuestra gracia, para que las borrascas de este mundo me sirvan de medio para alcanzar con seguridad el puerto de la salvacion eterna. Amen.

(1) Genes. Cap. 47.

INSTRUCCION OCTAVA.

SOBRE LOS ENEMIGOS DE NUESTRA SALVACION.

*Cum autem dormirent homines, venit inimicus ejus,
et superseminavit zizania in medio tritici.*

Mientras dormian los hombres, vino su enemigo,
y sembró cizaña en medio del trigo.

(S. Matth. Cap. 13.)

El género humano es, hermanos mios, el campo del gran padre de familia Dios nuestro Señor, y el alma de cada uno la tierra en que sembró su semilla el dia de nuestra regeneracion espiritual por el sacramento del bautismo (1). En esta sagrada fuente nos dió virtudes destinadas á producir frutos abundantes de perfecta santidad. Mas duermen los hombres que deben velar ese campo, es decir, descuidamos nosotros mismos nuestros mas grandes intereses, y damos lugar á que los enemigos de Dios, que son tambien enemigos nuestros, vengan á nuestra alma, y siembren en ella la semilla del pecado, que dará tambien á su tiempo fruto de pecado.

Fijando el divino Salvador nuestra atencion en la hermosura de ese campo sembrado con la preciosa semilla de su gracia por la mano del Supremo Hacedor, pone en boca de sus fieles servidores aquella pregunta, que representa la triste situacion de ese, verjel poco ántes de bellas flores, y enmalezado despues por la cizaña. « Señor, ¿ no sembraste acaso buena semilla en

(1) S. Thomas, Cat. aur. in Matth.

tu campo ? ¿ De dónde viene ahora esta cizaña ? El hombre enemigo ha hecho esto, » les respondió aquel. Yo vengo á fijar ahora , católicos , vuestra atencion sobre esta respuesta, porque en ella se nos enseña, que tenemos enemigos que asechan nuestro descuido, y lo aprovechan para nuestra ruina espiritual ; se nos enseña ademas que nuestra alma sembrada por Dios de semilla que ha de producir frutos de vida eterna, por nuestra culpa se ve tantas ocasiones cubierta por la cizaña del pecado que la lleva á su eterna reprobacion ; y en fin , se nos enseña que con gran solicitud debemos constantemente velar , para que esos enemigos no encuentren ocasion de inferirnos tan grave mal. Todas estas verdades se desprenden así de la pregunta hecha al padre de familia, como de la respuesta dada por éste, y que ofrece á nuestra meditacion el santo Evangelio. Os haré conocer , hermanos míos , cuál es ese enemigo que se empeña por arrancar de las almas la buena semilla, sembrando en su lugar la cizaña de los vicios ; y cómo debemos alejarlo, de manera que no pueda hacernos mal. Escuchadme.

I.

Leyendo el santo Evangelio nada encontramos tan recomendado por Cristo nuestro Señor, como la vigilancia continua con que debemos vivir. Ya nos dice que estemos siempre alerta ; ya que no desfallezcamos en el cuidado de velar sobre nosotros mismos , y ya tambien que todos los momentos de nuestra vida vayan acompañados de esa continua vigilancia. ¿ Y porqué tanto cuidado ? El apóstol San Pedro nos da la respuesta: porque tenemos enemigos que cual leon rugiente buscan nuestra alma para perderla. Estos ene-

migos lo son de Dios, y al mismo tiempo nuestros. Lo son de Dios, porque odian y detestan todo lo bueno, lo combaten en nuestra conciencia, y procuran con empeño apartarnos de su amor y de su obediencia. Lo son tambien nuestros, porque trabajan incesantemente en hacernos impracticable el camino de nuestra salvacion eterna. Al adoptarnos Dios por hijos suyos en el sacramento del bautismo, nos exigió formalmente que renunciásemos toda relacion con estos enemigos de Dios y de nosotros mismos. Y en efecto, solemnemente prometimos allí renunciar al mundo, al demonio, y á la carne, que son los tres mortales enemigos empeñados en perdernos eternamente.

¿Cuál es ese enemigo que llamamos mundo? No es por cierto esta hermosa creacion de Dios, la tierra, los mares, el firmamento, y todo lo demas que miramos en este lugar donde nos colocó la mano del Criador, y es el de nuestro pasaje para la patria eterna del reino de los cielos, sinó otro; cuya ley es el pecado, y que tiene su fin en los placeres de la sensualidad, en la concupiscencia de la vista, y en la soberbia de la vida (1). De suerte que el mundo enemigo nuestro son los hombres que viven dominados por su amor desordenado á los deleites carnales, á las riquezas y á los honores de la tierra, y que de tal manera tienen apegado á todo ésto su corazon, que han desterrado de sí las inspiraciones del Señor, sofocando la semilla de su divina gracia. Mas el mundo, considerado de este modo, tiene dos partes (2): una, que está fuera de la Iglesia cristiana, y son los infieles, que, no teniendo la luz de la fé, caen en innumerables vicios

(1) Epíst. I. de San Juan. Cap. 2.

(2) Luis de la Puente. Parte VI. Medit. 48.

de impurezas, embriagueces y robos, que les arrastran á su perdicion eterna. La otra parte está dentro de la misma Iglesia, y la forman los pecadores que poseen, ó pretenden poseer con afecto desordenado los placeres sensuales, las riquezas y las dignidades: son, repito, aquellos que viven olvidados de su profesion cristiana, teniendo su espíritu y su corazon enteramente preocupados por los vicios, que reprueban y condenan los mandamientos divinos y los preceptos del santo Evangelio. Los infieles estan léjos de nosotros, y por consiguiente, los daños que podian hacernos, escandalizando con su vida gentil, ningun temor pueden inspirarnos. Mas no sucede así con los malos cristianos que viven cerca de nosotros, nos tratan á toda hora, y recibimos tambien á toda hora sus ejemplos de obra y de palabra. Este es, por consiguiente, uno de los mas fuertes enemigos que se empeñan por arrancar de nuestra alma á Dios y á las virtudes que sembró en ella la divina mano, para plantar los mismos vicios, á quienes ellos sirven. Son ese mundo enemigo del Señor y de nuestra propia alma, los hombres que viven esclavos de pasiones vergonzosas, y sin que les sirvan de freno, ni la edad, ni la posicion que ocupan en la sociedad, ni sus antecedentes honrados, ni los vínculos sagrados que los ligan fuertemente al cumplimiento de otros deberes, se dejan dominar de vicios infames en los cuales se arraigan obstinadamente. Son ese mundo enemigo de Dios y de nuestra propia alma todos cuantos viven sin religion, y haciendo alarde de no tenerla hablan contra los principios de la fé cristiana, contra las instituciones y leyes de la Iglesia, y obran y enseñan á los otros á obrar en oposicion á estas mismas. Son ese mundo enemigo de Dios y de nuestra propia alma, tantos jóvenes disolutos, cuya vida se pasa en la crápula

y en el escándalo, y que no satisfechos con haber arruinado la fé en su alma, procuran arruinarla tambien en la de aquellos, á quienes ha cabido la verdadera desgracia de conocerlos. Sus palabras licenciosas, sus burlas frias é insensatas contra todo lo que es santo, sus diatribas é invectivas calumniosas y malignas van arrancando poco á poco la virtud de cuantos les tratan sin cautela, cumpliéndose lo que nos enseña el Espíritu Santo en las sagradas Escrituras, que « la palabra del impío devora como el cáncer, y hiere de muerte (1). » Y son tambien el mundo enemigo de Dios y de nuestra propia alma, la mujer deshonestas, y cuyos atractivos carnales atraen y hacen consentir á otros en el pecado, ya sea de obra, de palabra ó de pensamiento. Todos éstos forman ese mundo que no quiso conocer á Cristo (2), y que batalló tenazmente contra El. Mas ¿para qué digo batalló, cuando todavía batalla contra la causa de Jesucristo? Porque, á la verdad, esto es lo que hacen todavía aquellos que toman sobre sí la bien triste tarea de privar á sus prójimos de la fé, y de sembrar en sus conciencias los delitos con los remordimientos que les siguen. Estos son, repetimos, esa muchedumbre de hombres, que parecen llevar sobre sí la reprobacion del Cielo, pues que les vemos en oposicion constante á Dios y á su ley, y que por su culpa se hacen indignos aun de los auxilios de la divina gracia. A ellos aludia nuestro Señor Jesucristo, cuando decia á su eterno Padre: « No ruego por el mundo (3). » Y á ellos mismos tambien tuvo presente, cuando dijo que « el mundo no podia recibir el Espíritu San-

(1) 2.^a á Timot. Cap. 3.

(2) Juan. Cap. 21.

(3) Ib. Cap. 17.; S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 21.

to (1). » Porque todo aquel que reprueba la doctrina de Jesucristo y resiste á los preceptos de la ley divina, deja de pertenecer al gremio de los escogidos para disfrutar las gracias del Señor. El mundo tiene medios de que se vale para pervertir á los buenos, y entre otros la soberbia con que les estimula á procurarse la elevacion, á brillar por la vanidad, y á ostentar todo cuanto puede conciliarles las alabanzas de los demas (2). De allí nace ese liberalismo para opinar en materias de suyo delicadas, y que piden gran circunspeccion para tocarlas; ese amor propio, insoportable á veces, con que elogian sus propias obras, procurando fijar sobre sí la atencion de los demas; y esa ambicion, dominados por la cual, no omiten diligencia alguna, á fin de elevarse, aun cuando sea arruinando injustamente á otros. Estos medios son los que vemos cada dia puestos en movimiento por el mundo, y con los cuales deslumbra efectivamente á los ménos cautos, y les corrompe el corazon.

Mas no es el mundo solamente el enemigo que tenemos en asecho constante para hacernos mal; el demonio tambien trabaja en el mismo sentido, aunque segun las personas y ocasiones que combate, valiéndose de medios diferentes. Inspira á las almas fieles á Dios pereza y flojedad, para debilitar en ellas la divina gracia, y poder tentarlas despues mas fácilmente. Les arma lazos en las virtudes de que mas se precian, para que caigan en los vicios contrarios, quebrantando la ley de Dios, á pretexto de practicar esa virtud: así al misericordioso, por ejemplo, lo inclina á que, bajo pretexto de socorrer y proteger á su prójimo, rompa las leyes de la

(1) Juan. Cap. 14.

(2) S. Thomas, 2.^a 2.^{ae} quaest. 162.

justicia; al irascible, para que con motivo de celo consienta en pensamientos de odio y de venganza prohibidos por la caridad; y de la misma manera trata á los demas que practican las virtudes, haciéndolos caer en pecados. Pero á los que viven ya esclavos de los vicios, les pinta cada dia con colores mas frescos y hermosos los placeres del mundo, les inspira sed insaciable de conveniencias, que nunca encontrarán en ese mismo mundo, y con astucia infernal les carga con nuevas cadenas que le aseguren mas y mas su posesion.

El respeto humano es otra arma con que satanás hace espantosos estragos en las almas. Bajo este nombre yo indico, hermanos míos, aquella debilidad y cobardía, que divisamos en tantos cristianos, cuando se trata de llenar obligaciones que impone la religion. Su conciencia les exige confesar particularmente su fé, honrar á Dios con el culto que nos enseñan los principios religiosos; y hacer todo ésto con el amor y acatamiento que Dios mismo quiere. Mas, aun cuando estan persuadidos de la justicia de esta obligacion, no se deciden á llenarla, porque tal ó cual persona poderosa puede llegar á saberlo, y opina de una manera diferente; porque en la sociedad podria dárseles los nombres de beato, preocupado, iluso ú otro semejante; ó porque, en fin, quieren pasar por liberales en concepto de ciertos hombres, mientras que su conciencia y sus convicciones mismas, aunque débiles, les persuaden profesar principios muy diversos. Apreciando estos motivos, ya sea delante de la doctrina del Evangelio ó de la sana razon, los encontraremos fútiles y de ningun valor. El Evangelio los condena, y condena á los débiles en la fé que ajustan á ellos su proceder. Oid lo que nos dice Jesucristo: « Al que me confesare delante de los hombres, con-

fesaré Yo delante de mi Padre celestial, y el que se avergonzare de confesarme delante de los hombres, me avergonzará también de confesarlo delante de mi Padre celestial (1). » No puede darse una condenación mas terminante de aquella conducta débil y equívoca, como ésta que dió el Salvador del mundo. La sana razon también la condena, porque nada honra tanto al hombre, como obrar en conformidad con las convicciones de su conciencia, y aquellos hombres haciéndose sordos á esas convicciones, las contrarian cuando llega el caso de honrarlas y de obedecerlas.

Y si en todo tiempo debemos, hermanos míos, obrar públicamente de una manera conforme á nuestras creencias religiosas, en ninguno estamos tan obligados como en el tiempo presente. Ahora, digo, cuando los enemigos de nuestra fé la combaten, valiéndose de cuantos medios son imaginables; ahora que la mentira y los errores mas groceros en materia de religion encuentran fácilmente sectarios que los defienden y enseñan; ahora es, pues, cuando los que profesan la verdad, deben confesarla públicamente y honrarla cuanto les sea posible.

Otro enemigo queda todavía, y que toma grande empeño por enmalezar el alma del cristiano, por arruinar en ella toda especie de virtudes, y por convertirla en depósito de las inmundicias abominables, de que llena las almas el pecado. Ese enemigo formidable es nuestra propia carne que, luchando contra nuestra alma, contra la ley de Dios, contra el convencimiento de nuestra propia razon y contra nuestro mismo interés, se empeña por someternos á sus brutales inclinaciones. Jesucristo llama doméstico nuestro á este

(1) Mateo. Cap. 10.

enemigo, porque cada uno lo lleva dentro de sí mismo, y se encuentra á cada momento expuesto á sus asaltos. Por eso el Salvador nos enseña á temerlo y á vivir con gran vigilancia, á fin de poder triunfar de sus asechanzas. Y de este enemigo nadie está libre, porque mientras viva en nuestro cuerpo el espíritu, dice San Pablo, la carne se ha de rebelar contra la ley, y ha de querer caminar segun las inclinaciones del pecado (1). Por eso es que á todos los hombres acomete ese enemigo; y si al mundano lo combate y lo rinde en medio de su negligencia y disipacion, al justo tambien lo acomete y le hace sentir toda la fuerza de sus terribles ataques, á pesar de sus ocupaciones, fatigas y trabajos. Testigo de esta verdad es el Apóstol de las gentes que, en medio de las tareas de su santo ministerio, se veia atormentado por aquellos de tal modo, que fué obligado á exclamar á veces : « ¡ Ay de mí, hombre miserable ! ¿ cuándo me verá libre del ángel de satanás, el espíritu de mi carne que me atormenta (2) ? » Mas tambien es cierto, que el resultado de esas luchas terribles no es el mismo para el que con vigilancia procura evitarlas en cuanto sea posible, que para el otro que con sus obras las provoca, las acaricia y las robustece. Aquel las siente, pero segun la sentencia de David (3), « como el lazo que, atado á sus piés, le hace caer en una cueva profunda ; » los otros las sienten, pero « como el golpe que cae sobre el escudo que guardaba su pecho de las saetas de los enemigos (4). » Porque á los primeros que viven sin cuidado alguno, y nada piensan ménos

(1) A los Rom. C. 7.

(2) II. á los Corínt. C. 12.

(3) Salmo 9.

(4) Salmo 17.

que en reprimir los ataques de este mortal enemigo de su alma, los rinden inmediatamente que los combate, enmalezándoles su alma con la cizaña del pecado mortal; mas aquellos que viven alerta, resisten fuertemente á su enemigo, pues lo esperaban prevenidos para rechazarlo.

Este enemigo tan temible dispone de muchos medios para apoderarse de las almas. Tales son, entre otros, el amor desordenado á las criaturas, que, segun San Gregorio el Grande, es el medio mas eficaz que emplea satanás queriendo pervertir al hombre, y hacer de su alma asiento suyo (1). Porque la sensualidad, hermanos mios, ciega el entendimiento, obscurece la razon, obstina la voluntad, y deja al hombre sumergido en aquellas tinieblas, que nos pintó San Pablo en las siguientes palabras: « Dios cegó los entendimientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo (2). » El corazon del hombre sensual es la tierra cubierta por toda suerte de malezas: espinas que punzan y lastiman, plantas que llevan en su jugo veneno mortal, aguas infectas que esparcen vapores pestilentes, y todo cuanto es nocivo al hombre se encuentra en esa tierra maldita. De ella dijo el Señor: « No permanecerá allí mi espíritu, porque es carne (3); » y como expone San Juan Crisóstomo estas palabras de la Escritura: « No permanecerá mi espíritu con el hombre, porque se ha entregado á los placeres de la carne, y vive como si fuese sola carne. » Y llamamos carnales no solamente las obras torpes y deshonestas que son para nuestra alma verdadera semilla de co-

(1) Lib. 33. in Matth. Cap. 5.

(2) II. á los Corint. Cap. 4.

(3) Génes. Cap. 3.

rrupcion, sinó tambien los malos deseos, los pensamientos torpes, y las palabras inmorales. Lo son tambien la vida ociosa y holgazana, el trato libre con personas de sexo diferente, y las visitas á solas y frecuentes, que dieron lugar otras veces á flaquezas lamentables. Todas éstas, hermanos mios, son semillas que siembra en nuestra conciencia nuestra propia carne.

II.

Pero Dios nos ha dejado arbitrios abundantes y eficaces para arrancar esas semillas venenosas, que esparcen los enemigos de nuestra alma hasta arrojarlas de nosotros. Los ha señalado en el santo Evangelio, y aun los ha recomendado cuando, mostrándonos Jesucristo la astucia y fortaleza de ellos, nos declara que pierden su fuerza y son vencidos por la oracion y penitencia. De modo que todo cristiano que desea eficazmente limpiar su alma y ademas tenerla cerrada para esos enemigos, ha de principiar por humillarse delante del Señor con el espíritu de compuncion y recogimiento que tenia el Profeta, cuando dijo: « Derramo mi oracion delante de Dios, y pronuncio en su presencia mis palabras (1). » La oracion, digo, de nuestro espíritu contrito y humillado, esas palabras que brotan de un espíritu sincéramente penitente, porque son las que escucha el Señor, y hacen descender sobre nosotros los dones del cielo que nos regeneran espiritualmente.

Mas eso por sí solo seria estéril, sinó procurásemos que fuese acompañado con la mortificacion de nuestros sentidos exteriores. Son éstos la puerta, como hermosamente nos enseña la santa Escritura, por donde

(1) Salmo 141.

entran los enemigos de nuestra alma á sembrar en ésta el pecado y la muerte. Cuidemos de nuestros sentidos, hermanos míos; cuidemos que vivan bajo la obediencia de la ley divina, si queremos conservarlos libres de toda mancha. El Santo Job decia á Dios, que habia hecho pacto con sus ojos para no complacerse en aquellas hermosuras, que podian lastimar la inocencia de su corazon (1). Hagamos este mismo pacto, y extendámoslo á todos los demas sentidos de nuestro cuerpo. Recordemos la vigilancia con que la Esposa de los Cantares puso sello sobre su corazon, verdadero jardin, á fin que nadie entrase en él, ni nadie gozase de sus ricos frutos ni de sus flores fragantes, sinó tan solo aquel por quien vivia su alma (2). Advertid, hermanos míos, que ese jardin es la figura de nuestra alma, y esos frutos y esas flores, que aquella guardaba con tanta diligencia, son las virtudes de que Dios se dignó adornarnos. Las puertas de nuestros sentidos son una continua amenaza para esas virtudes; preciso es que las cerremos por la mortificacion y penitencia, á fin que Dios solo sea dueño de nuestra alma, y podamos decir como la otra: « Guardado está para el amado de mi alma el árbol y sus frutos (3). » Es decir: mi corazon y mis obras, mi alma y mis potencias, mi cuerpo y mis sentidos. Guardado lo he con la vigilancia continua de mi espíritu, con la mortificacion de mis potencias y de mis sentidos, y con la oracion frecuente; y guardádole particularmente huyendo de las ocasiones de exponerlo á que participe de los vicios que reinan en el mundo, huyendo de las ocasiones que me presenta el mismo mundo para mancharme.

(1) Cap. 31.

(2) Cant. Cantic. C. 4. et 6.

(3) Cant. Cantic. Cap. 7.

Hemos visto, hermanos míos, cuáles son nuestros enemigos que figuró Nuestro Señor Jesucristo en aquel que sembró la cizaña en su campo. Pero no olvideis la circunstancia que nos hace notar el santo Evangelio, de haberse hecho este gran mal mientras dormían los encargados de guardarlas. *Cum autem dormirent homines*. Dormimos, cuando por tibieza damos de mano á nuestros ejercicios espirituales; dormimos, cuando en la oración mental nos dejamos traspasar por pensamientos de la tierra, perdiendo el fruto que sacaríamos de los espirituales y celestiales; dormimos, cuando nos dejamos dominar por el mundo, con sus lisonjas y sus vanidades; dormimos siempre que ambicionamos las riquezas de este mundo; y dormimos, en fin, cuando vivimos preocupados por las cosas que solo pueden servirnos en la vida presente, pero nada pueden influir para hacernos alcanzar la felicidad eterna. Veamos, hermanos míos, veamos continuamente, á fin que Dios, ese gran Padre y Señor de todo el género humano, conserve con su gracia las virtudes que plantó en nosotros, de modo que, dando á su tiempo frutos de justicia y santidad, seamos dignos de llegar alguna vez al reino de los cielos, que es nuestro deseo.

INSTRUCCION NONA.

SOBRE LA HUMILDAD PRACTICA
QUE NOS ENSEÑA JESUCRISTO.

Simile est regnum coelorum grano sinapis, quod accipiens homo seminavit in agro suo: quod minimum quidem est omnibus seminibus: cum autem creverit, maius est omnibus oleribus, et fit arbor, ita ut volucres coeli veniant, et habitent in ramis eius.

Semejante es el reino de los cielos á un grano de mostaza, que tomó un hombre y sembró en su campo: éste en verdad es el menor de todas las simientes; pero despues que crece, es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramos.

(S. Matth. Cap. 13.)

El mayor de los males que introdujo el pecado en la tierra, fué, hermanos míos, la soberbia, y por este delito reinó la muerte, segun la doctrina de San Pablo (1). Por eso al hacerse hombre Jesucristo Señor Nuestro, y vestir nuestra naturaleza humana, se humilló para redimirnos de la infinita miseria, en que aquel vicio nos habia sumido. Y no solamente se humilló el divino Redentor, sinó que quiso que esa humildad brillase en todas las acciones y en todas las palabras de su santa vida. Así es que el Apóstol, retratando en compendio la vida de Jesucristo, lo hace en estas dos palabras: *Humiliavit semetipsum*; se humilló á sí mismo, y se humilló siempre, porque se humilló hasta sufrir muerte de cruz.

(1) A los Romanos. Cap. 5.

Esta misma humildad quiso que fuese el principal distintivo de cuantos profesan su fé cristiana, queriendo que con la práctica de esta virtud destierren del mundo la soberbia y el orgullo que nos legó satanás con la culpa ; quiere por eso que se arraigue en nosotros por el propio conocimiento, de tal modo que aparezca unida siempre á todas las acciones de nuestra vida. Y como la humildad impone á los hombres el sacrificio de su amor propio, de su estimacion y de su conveniencia, y como practicarla ademas cuesta una lucha dolorosa con nosotros mismos, por eso es que le tiene designados grandes premios que obtendrán todos aquellos que la practiquen.

Todas estas consideraciones las encuentro señaladas en las palabras del santo Evangelio que os he repetido y la Iglesia ofrece á nuestra meditacion. En el grano de mostaza pequeñito, vil y despreciable entre las semillas, veo un símbolo de esta virtud que impone, á cuantos la practican, la obligacion de humillarse y envilecerse siempre, estimando como nada los títulos, las dignidades, la ciencia y cuánto la fortuna ó el trabajo hubiesen reunido en su persona. Ese grano sembrado en el jardin produce una hermosa planta mas grande y robusta que todas las otras legumbres que allí crecen, de modo que las aves del cielo vienen á buscar abrigo en la frondosidad de sus ramas. Y ved ahí figurado tambien el premio que Dios asigna á esa virtud. Voy pues á ocupar vuestra atencion explicándoos: primero, cuál es la humildad que nos enseña Jesucristo en esta parábola ; segundo, cómo debemos practicarla ; y tercero, cuáles son las recompensas que le tiene Dios asignadas, y que debemos esperar. Atendedme.

I.

El Padre San Bernardo llama á la humildad « virtud por la que, alcanzando el hombre el conocimiento verdadero de sí propio, se envilece á sí mismo (1). » De suerte, hermanos míos, que el conocimiento de nosotros mismos es el fundamento de esta virtud, de tal modo que, faltando éste, la humildad no puede existir en el individuo sinó muy imperfectamente. Mas no basta cualquier conocimiento, sinó que, como nota muy bien el Santo Doctor, es necesario que sea verdadero: *verissima sui agnitione*; es decir, que nos conozcamos tales cuales somos, sin que nos engañen los velos que nuestro amor propio tiende sobre nuestra conciencia frecuentemente. Esos velos no nos permiten entrar dentro de nosotros mismos, ni conocer con seguridad nuestra situacion espiritual; y es necesario que los rompamos y arrojemos fuera, para que con claridad podamos ver lo que pasa dentro de nuestra alma. Velos que nos tiende el amor propio son las disculpas que siempre encontramos para justificar nuestras faltas; para no divisar éstas tan graves como realmente lo son; y hasta para llegar á persuadirnos que esas no son faltas, atendidas tales ó cuales circunstancias que intervinieron cuando las cometimos. Estos y otros semejantes son velos que tiende el amor propio sobre nuestra conciencia, repito, y los que, como hemos dicho, debemos romper, si queremos conocernos tales cuales somos.

El conocimiento de la grandeza y perfeccion de Dios, que nos inspira la fé, contribuye mucho á ahondar en

(1) Lib. III. de Considerat.

nosotros el de nuestra vileza y miseria. Porque viendo á Dios sumamente grande, sábio , perfecto y todopoderoso , y bajando luego nuestro entendimiento hasta nuestro propio ser , donde encontramos la pequeñez , la debilidad, la ignorancia y el pecado como inoculados en la naturaleza humana , reconocemos aquella grandeza, y confesamos que nada somos en su presencia, ni nada hay, fuera de Dios, que pueda llamarse grande ni perfecto. Además, reflexionando lo que seríamos, si Dios nos dejase de su mano , aunque fuese solo por un instante, crecen y se desarrollan mas en nuestra alma esos sentimientos de humildad: persuadiéndonos que nada seremos, si Dios aparta de nosotros la mano de su providencia. Nada podremos sinó caer, porque el peso de nuestra naturaleza nos lleva allá, y una vez caídos , no podremos ya levantarnos , si Dios no viene á darnos la mano de su gracia para ello. Todas estas verdades inspiran en nuestra alma sentimientos de humildad profunda, y nos hacen aparecer delante de nuestro entendimiento pequeños y despreciables como el grano de mostaza. Nuestro Señor Jesucristo se dignó ser maestro en la práctica de esta virtud para todos aquellos que ya han adquirido estos sentimientos que son indispensables para poseerla. Veamos cómo la ejercitó , porque nos dijo : « Haced vosotros como yo lo he hecho »; y es necesario que así lo hagan cuantos quieran llegar al reino del Padre celestial.

Se hizo el Hijo de Dios humilde y abatido como grano de mostaza, cuando descendió del cielo para venir á redimirnos. Tomó esta humildad como fundamento de todas las excelentes virtudes que habia de practicar, y por eso la hace aparecer ántes que las otras. Contempladlo, hermanos míos, cuando en el seno de su eterno Padre se ofrece para servir como víctima en el sacrificio de

nuestra redencion. Allí entre los resplandores de su divinidad, adorado por los ángeles, teniendo por trono á los mas encumbrados serafines, se humilla aceptando voluntariamente el oficio de Redentor y el sacrificio infinito de abatimiento y humillacion que ese cargo le imponia. *Ecce venio*, pone David en sus labios; « aquí vengo (1); » como quien dice: acepto del modo mas espontáneo humillarme por redimir á los hombres de la esclavitud, á que los redujo la soberbia de Adan su primer padre. Y este ofrecimiento misericordioso viene á realizarlo por el nuevo acto de humildad, propio solo de un Dios, como dice el Papa San Leon (2), en que viste la naturaleza humana, toma nuestra propia carne, y se somete á todos los inconvenientes del frio, del calor, del hambre y de la pobreza, inseparables á nuestra condicion. Y no pasemos en silencio, hermanos mios, que al humillarse de ese modo quiso aparecer rodeado sobre la tierra de todo cuanto estaba en armonía con su profunda humildad. Por eso elige madre humilde; por eso al nacer quiere ser acompañado y servido por el humildísimo José; por eso llama por medio de sus ángeles, para que le adoren los primeros, á los humildes pastores; y por eso, en fin, ¿que mas podré decir? lleva su humildad hasta el punto de recibir la marca sangrienta de la circuncision, apareciendo como si fuese pobre pecador El que era la santidad misma por su naturaleza. Ved ahí hasta dónde llevó su humildad nuestro Señor Jesucristo. Verdaderamente podemos considerarlo figurado en aquel grano de mostaza del Evangelio, porque hecho hombre tan pequeño y abatido en lo exterior, que llegó á decir de

(1) Salmo 39.

(2) Serm. Nativit. Domini.

ETZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. III.

sí mismo: « Gusano soy, y no hombre, oprobio de los hombres y deshecho del pueblo (1), » encerró en su interior virtudes tan grandes, que con ellas enciende y llena de caridad todos los corazones que se le acercan para meditarlas é imitarlas.

Esta humildad fué constantemente practicada por Nuestro Señor Jesucristo, de modo que ni un solo acto de su vida encontraremos, en que no se manifieste esta virtud practicada del modo mas perfecto; y la que le acompaña hasta la muerte que sufre en afrentosa cruz y en medio de ladrones. ¡Oh cuánta confusion causa este ejemplo de Cristo á nuestra soberbia verdaderamente criminal! Mas aguardad todavía, porque mas adelante pasa su humildad: al salir de este mundo se humilla nuevamente instituyendo el sacramento de la Eucaristía, y quedándose en los mesquinos accidentes de pan y vino para ser nuestro compañero, mientras dura nuestra peregrinacion sobre la tierra. Allí se muestra verdadero grano de mostaza, abatido hasta lo sumo lleva en sí mismo la humildad y las demas virtudes, para comunicarlas á los hombres que lo reciben, y empeñarlos de ese modo á imitar los ejemplos que nos dejó.

II.

En este sentido estamos todos llamados á humillarnos, imitando á nuestro Señor Jesucristo no solamente algunas veces ó en algunos actos de nuestra vida, sino siempre, y particularmente en aquellas ocasiones que se nos presenten oportunas para dar á los otros ejemplos de esta virtud. El Divino Salvador nos estimula

(1) Salmo 21.

á obrar de esta manera diciéndonos: « Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (1). » Cuyas palabras exponiendo el Padre San Agustín dice elocuentemente: « No nos manda Jesucristo obrar maravillas de poder, ni hacer grandes cosas sobre la tierra, sino triunfar de nuestra soberbia y mala naturaleza, siendo mansos y humildes de corazón, como El mismo fué (2). » ¿Y cómo sucederá ésto, hermanos míos? Humilládonos primero interiormente, ésto es con nuestra alma; y luego exteriormente, es decir, con nuestros sentidos. Humilládonos con relacion á Dios, y humilládonos también con relacion á los hombres. Nos humillamos con relacion á Dios, cuando vivimos persuadidos, y confesamos, llegado el caso, que todo cuanto tenemos es de Dios; que de Dios lo hemos recibido, nó por algún mérito que tuviéremos para ello, sino tan solo por la suma bondad del Señor para con sus criaturas. San Pablo hace una solemne confesion de esta verdad en su carta primera á los Coríntios (3), cuando escribe: « ¿Qué tienes tú que no hayas recibido? y si lo has recibido, ¿porqué te glorias como si no lo hubieses recibido? » Todo cuanto bueno puede haber en nosotros, es de Dios, y si lo tenemos, á El debemos este beneficio. Mas, por grande que nos parezca ese don que poseemos, ya sea de riquezas ó bienes de la tierra, ya sea de sabiduría ó de otro don espiritual, todo eso en comparacion de lo que Dios tiene, es nada. *Apud eum in nihilum reputati sunt* (4). ¡Oh cuánto mortifica á la vanidad humana esta verdad! Bien podrán los hombres alabarse de sus obras, de sus talentos, de

(1) Mateo. Cap. 11.

(2) Serm. X. de verb. Domini.

(3) Cap. 4.

(4) Dan. C. 4.

su sabiduría, de su ingenio para adquirir riquezas ; pero nada de eso es suyo, es prestado ; y por grande que les parezca, es nada delante de la grandeza de Dios. *Apud eum in nihilum reputati sunt.* Esos hombres sin fé, sin religion y sin principios, que gritan insultando la majestad eterna del Señor, blasfemando de sus preceptos, de sus misterios y de sus dogmas, en el fondo de su alma llevan escrito por el dedo de Dios desde el dia de su creacion con caractéres indelebles : « Adorarás á tu Dios. » Pero á fuerza de ofender á Dios han pervertido su alma, y han oñscurcido ese precepto , de modo que no pueden percibirlo ; mas llegará tiempo en que lo leerán de nuevo con sus propios ojos, verán á Dios que lo hará oir en su alma con grito terrible, y entónces ¡ gran Dios ! ¿qué dirán ? Verdaderamente nada era yo delante de Dios, porque nada son en su presencia todas las cosas. *Apud eum in nihilum reputati sunt.* Humillémonos delante de Dios, humillemos, católicos, nuestro entendimiento, nuestro corazon y nuestro ser delante de la Majestad divina, y hagamos patente esa constante subordinacion que debemos al Señor, en reconocimiento á todo cuanto tenemos, pues que todo es venido de su mano misericordiosa.

Pero hemos tambien de practicar esta humildad con relacion á los demas hombres ; lo que haremos observando el consejo del Apóstol de no olvidar jamas la miseria y la pobreza de nuestro ser ; porque cuando olvidamos ésto, fácilmente nos creemos superiores á los otros, y los miramos como nuestros inferiores. Mas, al contrario, la memoria de nuestras flaquezas y de nuestros vicios nos obliga á reconocer en los demas aquellas virtudes, que no encontramos en nosotros mismos. Nada humillaba tanto á David, como el re-

cuerto de su iniquidad. *Peccatum meum contra me est semper* (1), decia en medio de la amargura de su alma; y nos refiere que, ántes que este recuerdo doloroso viniese á humillarlo, caia fácilmente en el pecado (2).

Con la moderacion de nuestras palabras, reprimiendo los movimientos de la ira y de la soberbia, mostremos tambien que la humildad habita en nuestra alma. Cuando principalmente notamos que se obra con injusticia contra nuestra persona ó contra nuestros intereses, trabajemos por no salir de los límites que nos señala la santa humildad; defendiendo con vigor los derechos de la justicia que creemos tener, conservemos tambien la moderacion, que es fruto de la humildad cristiana; y de ese modo mantendremos el espíritu humilde y manso de nuestro Señor Jesucristo. Porque tened por cierto, hermanos míos, que no basta decir con la boca que somos humildes, para imitar la virtud de Jesucristo, ni ménos andar afectando esta virtud con ciertas maneras que se conoce son estudiadas, porque en nada de eso consiste la humildad: y sinó mirad puesta á prueba la virtud de esas personas, ya sea porque se les contradice, ya porque se les mortifica el amor propio, y vereis á qué queda reducida su pretendida virtud. Esta, como lo habeis oído, consiste solamente en vivir persuadidos de lo que somos, y en obrar en conformidad con esa persuasion.

III.

Mas dijimos que Dios premia copiosamente á los humildes; y el primer premio que les concede, es li-

(1) Salmo 50.

(2) Salmo 118.

brarlos de la miseria de muchos pecados. Cuando practica el cristiano la humildad, Dios, por cuyo amor lo hace, llena su alma de abundantes gracias, que lo preparan para resistir las seducciones y tentaciones del pecado, viniendo á cumplirse de ese modo la promesa del Hijo de Dios, que nos dijo: « El que se humillare, será ensalzado (1); » porque las gracias que recibe, lo disponen á elevarse con nuevas virtudes, hasta alcanzar la santidad perfecta. No premia el Señor ordinariamente á los virtuosos con premios terrenos: al humilde, por ejemplo, no lo eleva á ciertos puestos que lo harían aparecer grande entre los hombres; ni al que renuncia por Cristo sus riquezas, le restituirá el ciento por uno en la vida presente; ni al que mortificó eficazmente sus pasiones, le dará á gustar aquí la satisfaccion de tantos odios que reprimió en su alma con la fuerza de su caridad. Nó, hermanos míos, Dios no da recompensas de esa naturaleza; sus premios mas excelentes son las virtudes que nos disponen á crecer en el servicio de Dios, como el árbol producido por el pequeño grano de mostaza. Por esta razon al humilde da virtudes que lo eleven, nó segun las apreciaciones humanas, sinó segun el juicio del Señor. Esta es la exaltacion que confesaba haber recibido aquella pobre y humilde vírgen de Nazaret que, contando los favores que le dispensó la mano del Señor, mostraba elevada su humildad, nó segun el mundo, ni segun la tierra, ni en concepto de los hombres, porque era pobre, vivia aislada, y sin disfrutar alguna conveniencia de las que conceden el mundo, la tierra y los hombres poderosos; sinó que se veia enriquecida con las abundantes gracias recibidas por su alma bienaventurada, cuando

(1) Mat. Cap. 23.

en trasportes de amor y de reconocimiento, « Exaltó, decia, el Señor á los humildes. » ¡Oh vosotros que vivís en la tierra humillados por los soberbios y los poderosos ! vosotros, digo, cuya virtud en tantas ocasiones es deprimida , burlada y calumniada por la envidia, humillaos todavía mas, porque os ha dicho el Salvador del mundo: *Adhuc modicum, et justitia vestra apparebit.* Esperad un poco , y se dejará ver vuestra justicia. Sí, esperad, pero sin perder de vista la obligacion que os impone la humildad, de sufrir, callar y tener paciencia, orando mientras tanto con el corazon; esperad , pero con la firme confianza que Dios reparará vuestros agravios, porque es en finitamente justo. Esas virtudes que Dios concede al humilde estan figuradas en el árbol frondoso, que produce la semilla de mostaza sembrada en su jardin por el padre de familia. Vosotros veis, hermanos mios, cuán pequeña es esa simiente; pero advertid ahora qué grande y hermoso es el arbusto que produce, y qué espeso su follaje: las aves del cielo buscan su sombra y vienen á descansar en sus ramos. Pequeños somos, y aun mas pequeños nos hace todavía la humildad; mas Dios fija su vista misericordiosa en esa misma pequeñez, y la enriquece con dones abundantes de su gracia, que arraigan en nuestra alma las virtudes , y las hacen producir frutos de admirable santidad. Pero sin estar persuadidos de nuestra pequeñez por la santa humildad, no podremos jamas alcanzar esos bienes : es necesario que descendamos hasta la tierra de nuestro propio conocimiento, y que allí muramos para nosotros mismos, sepultando completamente nuestro amor propio, nuestra soberbia y nuestro orgullo , para que podamos levantarnos como árboles frondosos de virtudes perfectas. Así nos lo enseñó prácticamente Jesucristo nuestro Señor. Se hizo cual grano

de mostaza por su humildad, y humillado de ese modo, su Eterno Padre lo elevó, le dió nombre sobre todo nombre, y lo hizo verdadero árbol, á cuya sombra acuden todas las gentes que desean salvarse.

Ademas concede el Señor á los humildes gran facilidad para desempeñar las obligaciones de su estado: nada siente en éste duro ni pesado el que posee esa virtud, porque Dios le presta auxilios eficaces que encienden en su voluntad un deseo ardiente de santificarse por el cumplimiento puntual de esas mismas obligaciones. En las obscuridades de su alma, así como en las dudas que suelen asaltarle, encuentra luces abundantes que le conducen por senda segura á la felicidad eterna, mientras que ve al soberbio tropezar y caer allí, allí mismo donde él no encontró obstáculo ni dificultad. Jesucristo dió testimonio de esta recompensa preparada en beneficio de los humildes, cuando daba gracias á su Eterno Padre, porque habia elevado su humildad, diciéndole: « Gloria doy á tí, Padre, y Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sábios y entendidos, y las has descubierto á los párvulos (1). » De suerte, hermanos míos, que mientras los soberbios y los grandes de la tierra suelen á veces marchar en medio de tinieblas, que les hacen pesadas y casi impracticables sus obligaciones, el humilde auxiliado por Dios las llena todas fielmente y sin dificultad alguna.

Finalmente, la humildad nos alcanza robustez y fortaleza, para no rendirnos á los continuos ataques que sentimos de parte de los enemigos de nuestra alma. Esta se ha transformado por la humildad en herencia del Señor, y Dios cuida de auxiliarla con recursos efi-

(1) Mateo. Cap. 11.

caces , á fin que jamas puedan sus enemigos jactarse de haberla vencido, mientras ella temia al Señor y esperaba en sus promesas. Este premio lo experimentaba David, cuando con verdadero amor y reconocimiento decia al Señor: « Dirigiste mis pasos, y me arrancaste de la muerte para que confiese vuestro nombre eternamente. » ; Ojalá que nosotros nos humillásemos siempre á fin que nos encontrásemos socorridos por la gracia del Señor en tantas tentaciones que nos combaten á cada paso ! ; Ojalá nos hiciésemos por la humildad como el grano de mostaza , para que nos levantásemos como árboles robustos y frondosos ! Procuremos , hermanos mios , tan gran bien : procuremos morir para la soberbia y vanidad de este mundo , para crecer en merecimientos y en virtudes cristianas que nos llenen de frutos de santas obras. No perdamos de vista el ejemplo de Jesus manso y humilde de corazon ; y si algunas veces esta humildad se ve fuertemente combatida por nuestros enemigos espirituales, abracémonos de El , diciéndole llenos de amor y de esperanza : Levántame, Señor, sobre mí mismo con tu gracia, para que pueda sostenerme caminando por la senda de tu imitacion. Oh árbol elevadísimo de toda perfeccion, abrígame , abrígame con la sombra de tus ramos, para que merezca descansar en tí por todos los siglos. Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMA.

SOBRE LA PERDIDA DEL TIEMPO.

Quid hic statis tota die otiosi?

¿Qué haceis aquí todo el día ociosos?

(S. Matth. cap. 20.)

Dios es quien habla, hermanos míos, reprendiendo la ociosidad de los hombres. Sin dejar de ser Rey de los cielos y monarca soberano de las criaturas, es también padre de familia, y lleno de amor cuida hasta de lo mas pequeño que puede interesar al bien eterno de cada uno de los hombres; les da voces para que trabajen en el cultivo de su propia alma, y lleno de celo porque cada uno se santifique en esa ocupacion, acude á todas horas para amonestarnos que no perdamos inútilmente nuestro tiempo. ¿Porqué estais, nos dice, todo el día ociosos? *Quid hic statis tota die otiosi?*

Y no tan solo en la mañana de la vida, que son los días de la juventud, hace oír esta voz; sinó que la repite de continuo, por lo mismo que ama con infinito amor á sus criaturas. Llama á unos con secretas inspiraciones, que se dejan sentir en lo mas profundo de su alma, mientras pone delante de otros saludables lecciones de la inconstancia y vanidad de la tierra. A éste hace ver abierto el terrible abismo, adonde le conducen sus pasiones desenfrenadas, mientras tanto advierte al otro, que las ocaciones en que vive le acarrearán al fin su eterna desgracia. De esa manera es como habla en nuestro interior, y se empeña porque

emprendamos con esfuerzo el trabajo que nos dirija rectamente á adquirir la posesion del reino de los cielos. *Quid hic statis tota die otiosi?*

Mas comprended, hermanos mios, que al estimularnos el Señor para que trabajemos, quiere que cada uno tome con preferencia aquel trabajo, que ha de darle por resultado su salvacion eterna. Trabajar tan solo por adquirir bienes temporales, desvelarse por tener medios mas abundantes para gozar las comodidades de esta vida, no es emprender el trabajo, á que nos exhorta el divino Salvador. Es, al contrario, permanecer en la ociosidad criminal, que nos echa en cara diciendo: *Quid hic statis tota die otiosi?*

Permitidme, hermanos mios, que tomando por tema de la presente instruccion estas palabras del Evangelio, os hable primero de la estrecha obligacion que todos tenemos de aprovechar nuestro tiempo, trabajando por adquirir la herencia eterna é inefable del reino de los cielos; y segundo cuáles son las obras, con que debemos trabajar para conseguir éste. Escuchadme.

I.

Breve es la vida del hombre sobre la tierra, y con razon la santa Escritura la compara á la sombra que pasa (1). El corazon diligente, la nave que con viento favorable surca los mares, el ave que vuela rápidamente, no alcanzan á expresar la ligereza con que pasa el tiempo de nuestra vida. La velocidad con que el reo huye cuando logra escaparse del calaboso, en donde aguardaba la sentencia de muerte, puede apenas expresar la ligereza con que vamos corriendo hácia

(1) Salmo 143.

la eternidad. Y así como no hay quien pueda detener el movimiento de la sombra que corre, de la misma manera tampoco hay quien pueda alargar ni un punto la carrera de nuestra vida. Los antiguos patriarcas vivieron largos años, quien ochocientos, quien novecientos y quien aun algo mas: y sin embargo, ¿qué juicio formaban sobre ese largo tiempo que habian vivido? Breve les parecia y en todo semejante á la carrera de la sombra, que apenas se deja ver cuando ya desaparece. Oigamos á Jacob quien, despues de haber vivido ciento y treinta años, « Los dias de mi peregrinacion, dice á Faraon rey de Egipto, han sido cortos y malos (1). » Así parece nuestra vida, por larga que hubiese sido, corta y mala. Esto mismo hizo Dios conocer á su Profeta, ofreciéndole como símbolo de la vida del hombre, la pequeña nube que el viento hace correr y concluye con disipar, no dejando ni aun rastro de su existencia: la flor de la mañana que el sol abraza y seca con la fuerza de su calor, y el pasajero destruye á la tarde con sus pisadas: y en fin como el humo que apenas se eleva, cuando ya el aire lo disipa, sin que nadie vuelva á verlo, así tan miserable es, hermanos mios, nuestra vida, y en vano formamos en la imaginacion planes para el porvenir, porque éstos se disipan tambien como torres de viento con la muerte. Se fundaban en la duracion de nuestra vida, y faltando ésta perecieron, dejando esa nueva prueba de nuestra miseria y pequeñez. El cristiano debe por eso empeñarse para ser del número de aquellos, de quienes dijo David que quieren vida y desean ver dias buenos. ¿Cuáles son esos dias buenos? ¿y porqué son realmente encontrados buenos? Porque los ocupan en obras que son meritorias

(1) Genes. Cap. 47.

en la presencia de Dios ; y el que ocupa su tiempo de ese modo, ese es el que llena sus dias, porque efectivamente los llena de merecimientos, de gracia y de virtudes, que los hacen preciosos delante del Señor. Pero mas breve aparece todavía la vida de aquellos, que por su lamentable ceguedad dedican su tiempo á lo que el mundo suele llamar entretensiones, pasatiempos ó diversiones mundanas. Esos, digo, en cuya boca el Sábio pone aquella sentencia: « Apenas nacemos, cuando ya dejamos de vivir: » porque es cierto que esa vida pasada en la vanidad y satisfaccion de los sentidos, parece un momento y tan instantáneo, que ni aun puede dividirse. El mismo Dios, como escribe san Jerónimo (1), hablando del soberbio rey Nabuco, considera toda la vida de este monarca como un instante. Aun ántes que naciese, le representa ya caído y convertido en polvo por su mano todopoderosa, y manda á su Profeta que anuncie de él: « Se acabó el polvo, fué consumido el miserable, y murió el que oprimia la tierra (2). » Por eso cuando el ángel señalaba á San Juan los imperios y los reinos que habian de preceder al Ante-Cristo, le decia que su duracion seria de una hora, queriendo de esta manera significar lo breve y efímero de su condicion. Mas ¿porqué me he de extender en este punto, cuando para conocer la brevedad y ligereza con que pasan los dias de nuestra vida, basta preguntemos á nuestra propia conciencia: ¿cuándo principiamos á vivir? nos dirá que ayer, y aunque nuestra vida sea ya larga, no por eso dejará de parecernos un momento.

Pero á mas de ser breve el tiempo de la vida, es tambien precioso, y ésta es otra razon porque he-

(1) Comment. 16. in Isai.

(2) Isaias. Cap. 16.

mos de procurar aprovecharlo. Tesoro llama al tiempo la santa Escritura (1), porque con él negocia el hombre los bienes mas preciosos é inefables que son el reino de los cielos. Cuando oigo á Jesucristo Señor Nuestro referirnos en su santo Evangelio la parábola del hombre rico que , dando dinero á sus criados, les decia: « Negociad con él mientras yo vuelvo (2), » me parece ver allí dibujada la providencia y liberalidad de Dios, que da á sus criaturas tiempo para que trabajen con él, de modo que puedan llegar á la felicidad eterna. *Negotiamini dum venio*, dice tambien á nosotros, y en el tiempo nos da la manera de hacerlo, amontonando en nuestra alma tesoros de gracia y de virtud. Y este tesoro tiene tanto mas valor, cuanto no está en nuestra mano adquirirlo de nuevo, cuando lo hemos perdido. Los tesoros materiales y terrenos, disipados alguna vez por la negligencia ó el descuido de sus dueños, pueden adquirirse nuevamente á fuerza de fatigas y de privaciones, de manera que el que poco ántes se vió privado de bienes de fortuna, vuelve á adquirirlos hasta amontonar enormes cantidades. Mas no sucede igual cosa con el tesoro del tiempo: el que perdemos malgastándolo infructuosamente, ese no puede ya adquirirse de nuevo, sinó que ha de quedar perdido para siempre. Corrieron esos dias, esos meses y esos años, y desaparecieron para no volver jamas. Vendrán nuevos dias, otros meses y otros años , pero no aquellos mismos que perdimos : esos , repito , nunca mas volverán. Por eso Job, recordando sus tiempos pasados , habla como de cosa que ya no existe , ni puede tampoco volver á existir. *Transierunt* (3), pasaron, dice, porque no vol-

(1) Ecclesiast. Cap. 4.

(2) Lucas. Cap. 19.

(3) Job. Cap. 17.

verán. ¡ Ah! cuánto nos conviene, hermanos míos, aprovechar nuestro tiempo, de modo que no desperdiciemos parte alguna de su valor, y al contrario empleándolo en el cumplimiento de las obligaciones que nos impone nuestro estado, ejecutemos fielmente lo que nos manda Jesucristo al decirnos: *Negotiamini dum venio*.

Esta consideracion ha influido siempre poderosamente en las almas justas, para decidir las á cuidar con especialidad del buen uso del tiempo. Mirad á David, que repite muchas veces sus fervorosas oraciones al Señor, para no distraer su atencion de los negocios de su alma que la tienen fija todo el dia (1); y aun cuando el gobierno de un pueblo numeroso como las arenas del mar le ocupa tambien, esto es solamente con subordinacion á Dios. Mirad á San Pablo, que nos dice era su principal cuidado en las obras de cada dia agradar á Jesucristo, procurando vivir segun su espíritu. Mirad á San Francisco de Sales, que cada dia renueva su resolucion fervorosa de tener presente á Dios en todas sus ocupaciones. Y mirad, en fin, entre otros muchos á San Alfonso Maria de Liguorio, que hace voto de estar siempre ocupado, pero en ocupaciones de tal naturaleza, que fuesen provechosas para su alma.

En fin, debemos aprovechar nuestro tiempo porque es irreparable, de tal modo que su pérdida reclamará siempre contra nosotros mismos en el fondo de nuestra conciencia. En efecto, cuando vecino el momento en que deberemos presentarnos al Juez supremo, que al ponernos sobre la tierra, « negociad, nos dijo, con vuestra vida el premio eterno, mientras yo vuelvo á tomaros residencia, » ; cuán grande será la agitacion

(1) Salmo 118.

de aquel que ve perdido el tiempo que pudo aprovechar, haciendo obras tales que le diesen por resultado la posesion del reino de los cielos? Un pequeño sacrificio cada dia para ofrecer á Dios sus obras, pidiéndole su gracia á fin de principiarlas con buena intencion, y continuarlas hasta concluir las del mismo modo: un poco de cuidado para vivir alerta á fin de no dejarse seducir por la pereza que procura retraernos del ejercicio de las virtudes; ved ahí cuánto habria necesitado hacer. Y ojalá que esta consideracion no sea infructuosa para nosotros, sinó que al contrario nos resuelva á reparar desde hoy el tiempo que hemos perdido ántes en la ociosidad mundana. Ojalá, repito, que, trayendo á Dios en nuestra mente, consigamos que nuestras obras vayan acompañadas de su gracia.

Mientras tanto, hermanos míos, Dios nos hace ver en el santo Evangelio con cuánta generosidad y largueza concede sus premios al que procura con el fervor de su vida presente reparar la pérdida del tiempo pasado; y que esos premios los tendrán iguales, así éstos como los que toda su vida trabajaron por servir al Señor, si el fervor con que emprenden su trabajo es realmente grande. Cuánto consuelo proporciona esta doctrina á las personas que han pasado la mayor parte y quizá, quizá, casi toda su vida en la disipacion de los vicios. Aplicándose á trabajar desde luego con fervor en el servicio de Dios, pueden resarcir á su alma de las pérdidas irreparables que han hecho en sus intereses eternos. San Agustin se convierte á Dios de treinta y tres años, y San Cipriano obispo, de sesenta: ambos entran llenos de celo á cumplir con sus obligaciones cristianas, ambos lavan con la penitencia las manchas de sus almas, ambos defienden la doctrina de Jesucristo con vigor, y ambos reciben el premio de

sus virtudes en el reino de los cielos. ¿Y porqué, hermanos míos, reciben el mismo premio, cuando San Agustín ha trabajado tiempo mucho más largo que San Cipriano? Porque á éste su fervor lo llevó hasta el martirio. Pues lo mismo sucede á las almas fervorosas. Con su celo en el ejercicio de las virtudes ganan todo aquello que perdieron en la disipación y entretenciones de la tierra. Trabajemos con fervor martirizando hasta hacer morir nuestro amor propio, nuestra tibieza en el servicio de Dios, nuestra falta de caridad para con nuestros prójimos, y digamos al Señor como San Agustín cuando lamentaba su tiempo perdido: « ¡Oh qué tarde te conocí, oh Dios mío! ¡Oh qué tarde principié á amarte! Lamento, Señor, y lamentaré toda mi vida haber dejado de servirte tanto tiempo (1). » O como le decía San Cipriano acercándose al martirio: « Ojalá, pueda con la sangre, que derramaré confesando vuestra fé, borrar la pereza de la vida que llevé tantos años distante de Vos. ¡Oh cuánto me pesan esos años pasados en la ignorancia y en los pecados cometidos contra vuestra santa ley (2)! » No dudemos, hermanos míos, que un fervor semejante os hará reparar los males acarreados por la pérdida del tiempo, ya que no es posible reparar el tiempo mismo. Pero salgamos presto de la tibieza; porque en prolongar esta desgraciada situación se encuentra nuestra ruina. Volvámonos á Dios con aquella santa resolución que hacía David penitente, y mostraba al Señor diciéndole: « Buscaré, Señor, tu misericordia sirviéndoos todos los días de mi vida: haré, Señor, vuestra voluntad mientras permaneciere sobre la tie-

(1) Medit. 38.

(2) En su vida.

rra (1). » La voluntad de Dios es el cumplimiento de nuestras obligaciones, y aquel que desea verdaderamente aprovechar el tiempo de su vida, debe dedicarse al ejercicio de aquellas obras que le den derecho para alcanzar, mediante la bondad divina, el reino de los cielos. ¿ Cuáles obras son esas? Voy á decirlo.

II.

No todos los hombres estan llamados á practicar unas mismas obras, así como no todos pertenecen al mismo estado, ni tienen la misma profesion. En ésto brilla, hermanos mios, la sabiduría inefable de la divina providencia que, llamando á sus criaturas á trabajar por su santificacion, las coloca en estados diferentes, en todos los cuales les hace encontrar medios á propósito para santificarse. Las obras que son propias del estado de cada uno, son las que estamos obligados á practicar cada dia, si queremos aprovechar el tiempo que hemos recibido del Señor. No aprovecha ese tiempo el sacerdote que lleva la vida, aun cuando sea arreglada, del seglar ; ni éste descuidando las obligaciones de su casa y de su familia por dedicarse á vivir como el sacerdote ó como el monje. Del mismo modo la madre de familia ó la mujer casada no se santifica olvidando su casa, aun cuando sea para asistir largas horas á la Iglesia, ó para visitar los hospitales, ó para practicar otras obras de caridad. A cada uno de nosotros, dice el Angélico Doctor Santo Tomás, llamando el Señor para un estado, quiere se santifique en las obras de ese estado particularmente (2). No quiero decir por

(1) En diversos Salmos.

(2) In Matthaeum. Cap. 3.

eso, que los que profesan, por ejemplo, el estado del matrimonio, no deban frecuentar los templos, ni visitar los enfermos, ni asistir á otras obras de piedad ó de caridad; decir eso, hermanos míos, seria contradecir la doctrina de Jesucristo que expresamente nos manda honrar al Señor con públicos testimonios de piedad, y hacer bien á nuestros prójimos. Lo que sí digo es que aquellas personas deben contraerse principalmente á llenar las obligaciones que les impone su estado de casadas y de madres de familia. Porque, á la verdad, no llenan esas obligaciones aquellas que mientras estan fuera de casa á pretexto de exigirlo así el bien de los pobres, de las escuelas de niños, de las cofradías, ó de otras asociaciones de caridad, descuidan lo que pertenece á la familia, contentándose con encargarlo á otros. No está conforme ésto con los preceptos de la religion, ni esas obras son, por consiguiente, las que han de santificar su tiempo. Todas estas ocupaciones serán muy propias para las que no tienen familia que cuidar, y pueden libremente disponer de todo su tiempo. «Quien descuida sus domésticos, niega su fé, y es peor que el infiel,» dice san Pablo (1). Si alguno, pues, quiere aprovechar su tiempo, necesita ocuparlo en aquellas obras, á que está obligado por su estado. Esta es la base ó fundamento de nuestras ocupaciones, y faltando, ninguna de las otras á que nos dedicásemos, será ni provechosa para nosotros, ni agradable á Dios. Además, al ejecutar esas obras que nos son propias, procuremos que sea por Dios, por amor á El, por su gloria y como un homenaje que le tributan nuestro amor y nuestro reconocimiento á sus beneficios; de este modo su virtud hará que nuestro tiempo aparezca lleno delante del Señor.

(1) Epíst. I. á Timoteo. Cap. 3.

Fuera de aquellas obras propias del estado de cada uno, hay otras que todo hombre está obligado á practicar, y que contribuyen á la santificacion de nuestro tiempo. Las obras de piedad para con Dios son las primeras. En cualquiera estado ó situacion que se encuentre una persona, debe cada dia ocurrir al Señor, para pedirle humildemente esos auxilios, sin los que nada útil, ni provechoso puede hacer. La asistencia al templo, á la Misa, á los sermones y á otros actos como éstos, debemos practicar del mejor modo que á cada uno sea posible. No seais negligentes á este respecto, hermanos míos: la naturaleza y la razon se unen para encargarnos llenar esta obligacion. ¡ Os fatigais en vuestros negocios temporales todas las horas de cada dia y de cada semana, y encontrais dificultades para dedicar algun breve espacio á estas obras de piedad, de gratitud y de justicia para con Dios? ¡ Ah! qué bien podria repetiros aquello que dijo á Moises Jetro su suegro. Vió éste que el caudillo de Israel ocupaba la mayor parte del tiempo en resolver las cuestiones que nacia ordinariamente entre los Israelitas que atravesaban el desierto, y lleno de interes por su yerno, « Te consumes, le dijo, con un trabajo vano; oye mi palabra, y será Dios contigo. Dedicate á lo que pertenece al Señor (1). » Aquí se trataba solamente de aliviar á Moises de un trabajo superior á sus fuerzas, y su suegro lleno de celo, alíviame, le dijo, dejando para tí solo aquello que pertenece á Dios. *Stulto labore consumeris*. Te consumes con un trabajo vano, permítidme que diga yo tambien á tantos hombres olvidados de Dios, por aplicarse con todas sus fuerzas á aumentar sus intereses materiales. *Stulto labore consumeris*.

(1) Exodo. Cap. 18.

Te consumes con un trabajo vano, diré tambien á los que viven pensando en las modas, diversiones y bailes, que les quitan la voluntad para otras ocupaciones serias y provechosas. *Stulto labore consumeris*, te consumes en un trabajo vano, advertiré al que con fatiga se consagra á otros estudios, mientras olvida el de su propia salvacion. ¡ Ah ! hermanos mios, demos de mano á tantos trabajos verdaderamente necios, porque en ellos perdemos un tiempo con que pudiéramos adquirir otros tesoros, otros placeres y otras ciencias, cuya duracion es eterna, cuyos goces son inefables, y cuya claridad destierra de los entendimientos toda suerte de obscuridad. Dediquémonos á cumplir cristianamente con las obligaciones de nuestro estado : honremos á Dios con fervor cada dia , honrémoslo públicamente en todas partes. Consagrémosle siempre nuestras acciones como homenaje que debe la criatura á su criador. Santifiquemos , en fin , nuestro tiempo practicando aquellas obras de caridad con nuestro prójimo, que nuestra situacion y nuestras circunstancias particulares nos permitan. De este modo habremos ocupado bien el tiempo de nuestra vida , y el gran Padre de familia Dios nuestro Señor, hará que á su tiempo sea recompensado nuestro trabajo con premios eternos, que á todos deseo.

INSTRUCCION UNDÉCIMA.

SOBRE LA LIMOSNA.

*Aliud (semen) cecidit inter spinas, et simul
exortae spinae suffocaverunt illud.*

Otra (simiente) cayó entre espinas, y las espinas
que nacieron con ella, la ahogaron.

(S. Luc. Cap. 8.)

De esta manera condenó Jesucristo la avaricia de los hombres, que amontonan riquezas perecederas que al fin el tiempo consume, ó la fortuna adversa disipa en un momento. El hombre no ha nacido para vivir mucho tiempo sobre la tierra; al contrario todo parece que nos arroja de ella, y con irresistible fuerza nos precipita á la eternidad. La inconstancia que se burla de nuestros proyectos, la caducidad que desvanece en un instante nuestras esperanzas, y nuestro corazon que en ningun objeto de este mundo encuentra esa satisfaccion que busca con tanto empeño, todo nos dice á grandes voces, que nuestra patria no está en este mundo; que nuestra patria está allá en el reino de los cielos.

El espíritu del hombre se encuentra enaltecido discurriendo sobre esta verdad. Siendo Dios infinitamente grande, infinitamente sábio, infinitamente poderoso, ni tenia ni podia darnos mejor patria que la que nos concedió en el goce y posesion de sí mismo. En esa patria quiere el Salvador que deposite el hombre sus deseos, sus cuidados y sus esperanzas, cuando nos predica la necesidad de arrancar de nuestra alma

los cuidados terrenos, el amor á las riquezas y la avaricia de bienes caducos, que como espinas punzantes mortifican y destruyen en ella los bienes celestiales que Dios nos concede. *Cecidit inter spinas, et suffocaverunt illud.*

Ya el Salvador nos habia exhortado á buscar bienes de otra naturaleza, diciendo: « Atesorad tesoros en el cielo, en donde no los consume el moho, ni la polilla, y en donde los ladrones ni los desentierran, ni los roban (1). » « Buscad en estos verdaderos tesoros aquellos amigos, que pueden recibiros en los tabernáculos del Señor (2), » y ahora representándose bajo la figura del sembrador que esparce la simiente, nos hace ver que ésta cayendo entre espinas, es decir en el corazon lleno de los cuidados terrenos que trae el apego á las riquezas, se seca sofocada por las mismas espinas que le impiden crecer, desarrollarse y á su tiempo dar los debidos frutos. *Cecidit inter spinas, et suffocaverunt illud.* Con razon el Padre San Gregorio el Grande, exponiendo estas palabras del santo Evangelio, « Espinas, nos dice, son las riquezas que lastiman y despedazan la conciencia de quien las ama (3). » Y el apóstol San Pablo las llama lazos de satanás, en los que enredados y presos perecen tantos que se dejan arrastrar por la avaricia (4). ¿Cómo arrancaremos, hermanos míos, de nuestro corazon estas espinas? ¿Cómo nos aseguraremos de la posesion de la divina gracia y de las misericordias del Señor? Empleando parte de las riquezas, que poseemos, en socorro de los pobres, y abriéndonos de esa manera por medio de ellas ca-

(1) Mateo. Cap. 6.

(2) Lucas. Cap. 12.

(3) Homil. 15

(4) I. á Timoteo. Cap. 6.

mino para el reino de los cielos. Es esta la doctrina que explicaré en la presente instruccion, mostrándoos primero la importancia y necesidad de la limosna, y luego las condiciones que deben acompañarla. Escuchadme.

I.

La limosna, como virtud cristiana, es un acto de misericordia, por el cual se da al prójimo el socorro que necesita (1). Conocemos la importancia de esta virtud en el precepto afirmativo, que acerca de ella nos impuso el mismo Dios. « Dad, y se os dará, » nos dice por boca de su divino Hijo, como leemos en el santo Evangelio (2). Haced limosna, nos repite muchas veces allí mismo; y el apóstol San Juan, explicándonos esta doctrina del divino Maestro, declara que el rico debe socorrer al pobre so pena de no tener caridad, porque ésta nos manda amarnos no de boca, sino con amor que se muestre por las obras (3). En esta obligacion impuesta á los ricos, conocemos la sabiduría de la divina providencia que dispone hayan pobres y necesitados, para que los ricos tengan ocasion de ejercitar la caridad y la misericordia. De modo que mientras el pobre, llevando con paciencia todas las angustias de su situacion, gana grandes merecimientos para el cielo; el rico, ostentando su caridad, gane tambien títulos para la vida eterna. Algunos han murmurado la infinita providencia del Señor, porque no distribuyó los bienes de fortuna con igualdad entre todas sus criaturas; mas los que así blasfeman de Dios,

(1) S. Thom. 2.^a 2.^{ae} quaest. 117.

(2) S. Luc. Cap. 12.

(3) Epístola I. Cap. 3.

olvidaron lo que está escrito por la Sabiduría eterna: « El rico y el pobre se encontraron, y uno y otro son criaturas de Dios (1). » El pobre, pidiendo al rico, da lugar para que adoremos la bondad divina que manda dar; y el rico, socorriendo al pobre, deja ver la caridad de Dios que no abandona al pobre en su pobreza ni al huérfano en su horfandad. *Dives et pauperes obviaverunt sibi*. Yo diviso, hermanos míos, á Dios mostrando en orden á los pobres y los ricos esa misma providencia, que hacia brillar en los primeros días del mundo con relacion á algunas de sus criaturas. Recordad que á la voz de Dios aparecen formados los cielos y la tierra; mas los cielos aparecen incorruptibles, bordados de infinitas estrellas que los hermosean prodigiosamente, y sobre todo brillando allí el sol y la luna con tal claridad que dejan ver hasta dónde llega la infinita grandeza del Criador. La tierra al contrario aparece *inanis et vacua*, como si dijésemos pobre y necesitada de todas las cosas. Mas la voz de Dios hace á esta tierra capaz de producir yerbas, flores, árboles y plantas que serán vivificadas por el calor del sol, y que recibirán y aprovecharán la influencia de la luna y de los demás astros del firmamento: las aguas del cielo caen sobre esa tierra y la fertilizan, de manera que aparece también rica y hermosa después que recibió la saludable influencia de los cielos. Ved ahí, hermanos míos, lo que según el orden de la providencia debe suceder entre el rico y el pobre. Este sufre su miseria, y aquel satisface su caridad. *Dives et pauperes obviaverunt sibi*. De modo que con razón podemos llamar á la limosna medio seguro que Dios pone en manos de los ricos para abrirse el camino del reino de los cielos.

(1) Proverb. Cap. 22.

Lo creían así los mas grandes santos del antiguo y del nuevo Testamento, y por eso distribuían limosnas con abundancia á los que estaban necesitados. Abraham no perdona fatiga para buscar á los pobres; los insta para que reciban hospitalidad en su casa, y allí les sirve lo mejor que posee (1). San Lúcas nos hace ver á los primeros hijos de la Iglesia cristiana llenos de ese mismo espíritu, con que distribuían sus bienes en limosna Abraham, Lot y otros varones santos del antiguo Testamento. Los unos llevaban su dinero á los apóstoles, para que lo repartiesen entre los pobres (2), mientras los otros daban ellos mismos los socorros que reclamaba la indigencia ajena, y unos y otros miraban su pérdida temporal como ganancia eterna. Lleno de esta fé San Lorenzo, invicto mártir de Jesucristo, decia al tirano que lo atormentaba: « No me pidas las riquezas que me fueron entregadas por tantos cristianos, porque las manos de los pobres socorridos con ellas ya las llevaron al reino de los cielos (3). » Y tan cierta es la doctrina, que este confesor de Jesucristo proferia en el martirio, que San Pedro Crisólogo no dudó decir: « Entrega al necesitado tus caudales, y los encontrarás con usura en la vida eterna (4). » Su fundamento está en la que enseñaba Jesucristo, cuando aquel jóven, de que nos habla San Lúcas (5), le preguntó: ¿ qué haria para salvarse ? á lo que le responde Cristo, que guarde sus mandamientos. Mas eso lo he hecho desde mi juventud, le replica aquel: entónces, le añade el

(1) Genes. Cap. 18.

(2) Hechos de los Apóstoles. Cap. 4.

(3) La Iglesia en su Oficio.

(4) Serm. VIII.

(5) Cap. 18.

Salvador, anda, vende lo que tienes, repártelo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo (1). Se entristeció el jóven oyendo las palabras de Cristo, porque era muy rico : y el Padre San Basilio, exponiendo este pasaje del Evangelio exclama : ¡ Oh nécio é ignorante jóven ! oíste el mandato de Jesus de vender tu hacienda y darla á los pobres ; pero no atendiste á sus últimas palabras, en las que te aseguraba el premio magnífico y copioso de ese desprendimiento. Creíste que el divino Maestro te mandaba perder tu hacienda ; y no oíste que se te ofrecía con ella una ganancia que tú no podías esperar (2).

Como notais, hermanos míos, la limosna no solo proporciona un bien real y efectivo al que la recibe, sinó otro mucho mayor al que la da. El Espíritu Santo hace el compendio de estos bienes en muy pocas palabras, cuando dice : « El que es misericordioso con su hermano, es bienhechor insigne de su propia alma, porque, aliviando con su limosna las necesidades de su prójimo, asegura para sí la posesion de tesoros imprecaderos en la gloria eterna. » De suerte que la palabra divina, el bien de nuestro prójimo y el provecho de nosotros mismos nos hacen comprender la importancia que tiene la limosna como virtud cristiana. Pero á medida que tiene esa tan grande importancia, así es tambien estricta y urgente la necesidad que tenemos de practicarla, segun lo permitan nuestras facultades. Necesidad en el órden religioso para llenar los designios de Dios, que quiere socorrer al pobre por medio del rico, y á ese fin le ha concedido riquezas ; riquezas que usurpa cuando, desentendiéndose de los

(1) Lúcas. Cap. 18.

(2) Homilia XXIII.

clamores del pobre, se las apropia como si no tuviese otros con quien partirlas. « Mío es el oro, mía la plata, » dice Dios á estos ricos por su Profeta (1); y nada es propio de los hombres que no son sinó los depositarios de los bienes de la divina providencia. El que niega al pobre la limosna que necesita, se apropia un caudal que no es suyo, provocando la indignacion de Aquel que expresamente le manda socorrerle, diciendo: *Redde ei debitum tuum* (2).

Necesidad, repito, en el orden religioso, porque no ama á Dios quien no se compadece y alivia á los pobres. « El que poseyendo bienes de este mundo, y viendo á su prójimo sufrir necesidad, cierra sus entrañas y no le socorre, ese no ama á Dios, porque no amando á su prójimo, á quien tiene delante de sus ojos, ¿cómo amaré á Dios á quien no ve (3)? » La fé nos enseña que nada valemos sin la caridad, y por mas que alguno entregase su cuerpo á los tormentos, y trasladase los montes de un lugar á otro, ese mismo será en la presencia del Señor objeto de horror, y no valdrán sus obras cosa alguna. Necesitamos mostrar con los socorros materiales y sensibles, que presta la limosna, mostrar, digo, que reina en nuestra alma esa caridad, con la que amamos á Dios y le honramos en sus pobres, como desea El ser honrado.

Necesidad tambien en el orden moral es honrar la pobreza socorriéndola con la limosna. Nobleza, sabiduría, crédito, favor, virtud, todo, todo tiene en nuestro siglo quien, poseyendo dinero, quiere con él granjearse la estimacion y el favor de los demas. Parece que el brillo de las riquezas cegase á los hombres, y

(1) Ageo. Cap. 2.

(2) S. August. in Psalm. 147.

(3) Juan. Epist. 1. Cap. 3.

no les permitiese ver sinó lo que está en armonía con aquellas. Los defectos mas groseros de un individuo, sus vicios repugnantes, su ignorancia vergonzosa, todo eso queda cubierto con el brillo deslumbrador de sus riquezas ; de modo que, en vez de esos vicios, el mundo ve hermosas virtudes, costumbres puras y sabiduría profunda allí, allí mismo, donde solo se encuentra todo lo contrario. Mas bien diferente sucede al pobre. Bien puede ser su nobleza la mas augusta y encumbrada de la tierra: si es pobre, vivirá abatido y desconocido, como lo fué José esposo de Maria Madre de Jesus, no obstante que era descendiente de David rey de Judá. Bien puede un individuo ser tan sábio ó mas que Salomon: si fuese pobre, le oirán los unos con repugnancia, y los otros con desden. Testigo es contra esta conducta del mundo, Jesucristo Sabiduría infinita, cuya doctrina celestial escuchando los hombres, ¿ De dónde le ha venido esta sabiduría? preguntaban. ¿ No es éste por acaso el hijo de un artesano (1)? ; Oh hermanos míos! qué bien se representa la conducta y el espíritu que domina en nuestro siglo en aquel Efrain, de quien habla Oseas, que contemplando sus tesoros, « Soy rico, exclamaba, y tengo en mi riqueza un Dios ante quien doblará su rodilla todo el mundo (2). » Así piensa éste; mas el cristiano no puede pensar de esta manera; ni el oro, ni la plata pueden representar delante de él otro valor que el que justamente tienen. La sabiduría, la estimacion y el respeto nó son fruto del dinero, sinó que lo son de las virtudes, y éstas son mas bien compañeras del pobre humillado y abatido, que del rico presuntuoso y soberbio. ¡ Ah! honremos esa pobreza,

(1) Lucas. Cap. 4.

(2) Oseas. Cap. 12.

hermanos míos, oponiéndonos á la conducta injusta que observa el mundo. Honrémosla como Jesus la honró en José, y como Dios la honró en Jesus. La honramos cuando la socorremos y consolamos con nuestra limosna; la honramos cuando presentamos al pobre arbitrios para salir de su abatimiento; y la honramos, en fin, cuando, léjos de avergonzarnos de la pobreza, la preferimos sobre la riqueza encontrándose aquella acompañada de las virtudes. Hemos conocido la importancia y la necesidad de la limosna; ahora vamos á conocer las circunstancias que deben acompañarla, para que sea realmente virtud cristiana.

II.

Las condiciones que deben intervenir en la limosna, son unas de parte del que la da, y otras de parte del que la recibe. En el que la da, se requieren, no mirar al individuo que la recibe, sino tan solo su necesidad; y hacerla sin ostentacion y con prudencia cristiana. Quien nos inspira y manda hacer limosna, es Dios, y Este nos ha dicho que el prójimo, objeto de nuestra caridad, es todo hombre sin excepcion. Por consiguiente, pudiendo hacer limosna, no debemos atender si el individuo que va á recibirla tiene ó nó mérito para ella, ni ménos si tiene estas ú otras opiniones en política ó en religion: porque nada de eso hemos de considerar, sino tan solo su necesidad. Mas ésto no quita, hermanos míos, que en igualdad de circunstancias podamos dar la limosna con preferencia al pariente, al que tiene las mismas opiniones políticas ó profesa la misma religion que nosotros; porque ésto, léjos de ser un pecado, es conforme con las reglas de la justicia en muchos casos, y en otros con los principios de la equidad. Mas guardémo-

nos de preferir á ciertas personas por consideraciones mundanas, ó por respetos humanos, porque entónces nuestra obra no será ya hecha por amor á Dios; perderá delante de su divina majestad mucha parte de su bondad; y si llegásemos alguna vez á alegrarla como meritoria, nos expondríamos á que se nos respondiese: « Que habíamos hecho esa limosna por las criaturas, y que de éstas debíamos reclamar y esperar nuestro galardón. »

Debe tambien hacerse la limosna sin ostentacion, siguiendo aquel precepto del divino Maestro: « Ignore tu mano izquierda, lo que hace tu derecha. » A los Fariseos echó en cara nuestro Señor Jesucristo, que sonaban la trompeta cada vez que hacian obras buenas, para que todo el mundo las conociese; y esta ostentacion condenada por el Salvador es contraria á aquel precepto, que está señalando á nuestras obras la sencillez y reserva que inspira al cristiano el espíritu humilde y desinteresado de Cristo. Esta ostentacion puede consistir no tan solo en publicar la limosna que se hace, sinó tambien en la manera como se hace. Aquel individuo, por ejemplo, que por amor propio da de limosna una cantidad superior á lo que permiten sus bienes, sus obligaciones de familia, sus deudas ó tantas otras circunstancias que pueden intervenir, ese hace viciosa y sin mérito su limosna, porque la acompaña de ostentacion que no debe tener. Necesario es no perder de vista en todas nuestras obras la sencillez que inspira el Evangelio; no sea que vengamos á vestir á nuestras obras de caridad con colores mundanos ó con defectos que son propios de mundanos.

Debe, finalmente, hacerse la limosna con prudencia en órden á la eleccion de las personas ú objetos á quienes la hemos de dar. Los templos vivos del Señor,

que son sus pobres, son los primeros acreedores que tenemos á nuestras limosnas; y en cuanto fuese posible, conviene tambien saber si ese, á quien la damos, es ó nó verdaderamente pobre. Porque aquel, hermanos míos, que vive de la limosna pudiendo ganar el pan con su trabajo, ese no es verdaderamente pobre. Aquella otra persona que pide limosna para emplearla luego en lujo ó diversiones, esa no puede llamarse pobre. Aquella otra que con la limosna que recibe fomenta sus vicios de embriaguez, juego y otros cualesquiera que sean, esa, en fin, tampoco es verdaderamente pobre. Pobre es aquel individuo que realmente necesitado invierte la limosna que recibe en socorrer sus mismas necesidades. La prudencia ha de ser tambien con relacion á lo que se da. Las riquezas, dice el Angélico Doctor Santo Tomás (1), son medio para practicar muchas virtudes, é instrumento de muchas obras santas; pero necesita obrar con discrecion aquel en cuyas manos estan. Cada cual está obligado á dar de aquello que sobre, despues de cubiertas las necesidades propias y de su familia: pero necesidades, he dicho, y en éstas no se comprenden el lujo, las diversiones dispendiosas, el juego y tantas otras que arruinan las fortunas, por pingües que sean.

En órden á las personas que reciben la limosna, han de concurrir tambien las siguientes condiciones. Verdadera necesidad; y cuando digo necesidad, no entendais, hermanos míos, que hablo solo de aquella última ó extrema, en la cual peligra la vida, la honra ó la salud, porque en ese caso estamos obligados á dar limosna al que sufre esa necesidad, bajo pecado mortal. Y estamos tambien obligados estrechamente

(1) 2.^a 2.^{ae} quaest. 117. art. 2.

á hacer para ello algun sacrificio de nuestra parte, como lo hizo San Martin dando la mitad de su vestido al pobre que le pedia limosna desnudo y tiritando de frio. Verdadera necesidad es tambien aquella que sufren nuestros prójimos padeciendo hambre, desnudez, enfermedad sin recursos para curarla, y otros casos graves semejantes á éstos. Para socorrer estas necesidades estamos obligados á cercenar parte de nuestros gastos ménos necesarios, y tales son aquellos que se hacen para conservar mayor decencia en tal ó cual posicion social, en que se encuentran los individuos. Esos gastos ordinariamente son inspirados por el amor al lujo, el cual da apariencias de necesario á lo que no es realmente otra cosa que inspiracion del amor desordenado á la vanidad. Cortemos con mano firme, hermanos míos, las exigencias de ese lujo y de esta vanidad, y habremos hecho una obra provechosa para nosotros mismos y para nuestros prójimos. Para nosotros mismos, porque es hoy el lujo en la sociedad verdadero cáncer, que roe y arruina la familia. Para nuestros prójimos, porque, evitando aquellos gastos viciosos, podremos disponer de medios mas abundantes para su socorro. Recordemos aquel ilustre ejemplo que sobre este particular nos dejó San Eduardo rey de Inglaterra, llamado ordinariamente el Confesor. Llevaba en su dedo un hermoso anillo, prenda para él tanto mas querida, cuanto la habian usado algunos de sus mayores. Mas ocurrió un pobre pidiéndole limosna: al Santo pareciendo urgente dársela, y no teniendo dinero pronto, sacóse el anillo y lo dió al pobre indicándole que con su valor socorriese su necesidad.

Tambien llamamos necesidad aquella que comunmente aflige á muchos prójimos y que, aun cuando les causa pena, congoja y verdadero sufrimiento, no

llega á esos casos extremos que caracterizan á las que acabamos de indicar: á esas llamamos necesidades comunes y debemos socorrer con lo supérfluo. Mas los mundanos dan á esta palabra supérfluo un ensanche desmedido y que realmente no tiene. ¿Qué es, por ejemplo, lo que el avaro llama supérfluo? Nada, porque para su codicia nada hay que no sea indispensable, de modo que la mas pequeña moneda se le hace necesario guardarla. No procelió así Santo Domingo cuando, para socorrer las necesidades de los pobres de Osma, vendió sus libros juntados con gran trabajo y diligencia. Quiso mejor privarse de ellos, que dejar sin socorro á tantos indigentes que concurrían á él para tenerlo.

¿Qué ejemplos todos éstos para los cristianos de los tiempos presentes tan duros, tan insensibles, tan llenos de egoísmo cuando se trata de socorrer las necesidades de su prójimo! ¡Ah! esforcémonos, hermanos míos, para socorrer con nuestra limosna las necesidades ajenas. Estimúlenos para ello ese tierno ruego que nos dirige Jesucristo mostrándonos á sus pobres: « *Quamdiu uni ex his minimis meis fecistis, mihi fecistis*: Lo que hicisteis por uno de estos pobres, por mí lo hicisteis (1). » Sí, porque Jesucristo, despues de haber hecho tantos sacrificios por los hombres, no puede ser para nosotros un objeto indiferente, y sus recomendaciones han de tener en nuestra voluntad un lugar muy preferente. Los pobres son los recomendados de Cristo, y esos que los hombres tantas veces abandonan, miran en ménos, se fastidian de sus exigencias, esos, repito, nos piden limosna en nombre de Jesucristo, y trayéndonos su recomendacion. *Quamdiu uni ex his minimis meis fecistis, mihi fecistis*.

(1) Mateo. Cap. 25.

Nuestro corazon cubierto por las espinas de tantas aficiones terrenas, de tantos intereses materiales que lo cautivan, no es capaz de apreciar hasta dónde se extienden todas estas obligaciones, ni de comprender el número de favores que el Señor reserva para los cristianos que se proponen cumplirlas fervorosamente. Mas arranquemos, hermanos míos, ese afecto á las cosas de la tierra, verdaderas espinas que impiden á la divina gracia fructificar en nuestro corazon, y quedaremos aptos para poder recibir aquella que nos haga fructificar en virtudes cristianas, y particularmente en ardiente caridad para con Dios y para con nuestros prójimos, de manera que algun dia podamos llegar á recoger en la patria celestial el fruto eterno é inefable de esa misma caridad. Así sea.

INSTRUCCION DUODÉCIMA.

CONTRA LOS DESÓRDENES DEL CARNAVAL.

Caecus quidam sedebat secus viam mendicans.

Un ciego estaba sentado cerca del camino pidiendo limosna,

(S. Matth. C. 18.)

El Santo Evangelio nos hace notar hoy dos clases de ciegos que van siguiendo al Salvador del mundo. Los unos sufren ceguera espiritual que les impide ver y entender las verdades que salen de boca de Jesucristo. De modo que en vano les anuncia Este que van á Jerusalem donde han de cumplirse todas las cosas que del Hijo del Hombre escribieron los profetas; y en vano les refiere los padecimientos, en medio de los cuales sus enemigos le darian muerte afrentosa de cruz, porque ellos nada de ésto entienden absolutamente. No tienen vista en su entendimiento, y no alcanzarán á percibir las verdades que se les proponen. *Ipsi nihil horum intellexerunt.* La verdad estaba escondida para ellos, nos dice el santo Evangelio, porque en sus almas vivian de asiento las causas que se oponen á su conocimiento, de modo que no les era posible entender lo que el divino Maestro les revelaba, sin que ántes las hubiesen removido.

El otro ciego estaba sentado en el camino cerca de Jericó pidiendo limosna, y oyendo que el Salvador pasaba por allí, gritaba: « Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí; » y cuando los circunstantes le decian que callase, él gritaba con mas fuerza: « Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí. » Este pobre no podia ver

á Jesus, mas lo deseaba y queria tambien recibir de su misericordia el beneficio de la vista ; por eso grita con tanto empeño, y no omite diligencia á fin de ser oido por el soberano Maestro. Como notareis, hermanos mios, aquel pobre ciego carecia de los ojos corporales como efecto de su mal, y estaba sentado pidiendo limosna á los que pasaban por el camino de Jericó, que conduce á Jerusalem ; de suerte que sin esperanza de sanar y ver alguna vez la luz del sol y la hermosura de la naturaleza, me parece que se habria familiarizado con su triste situacion llegando á conformarse casi con ella. *Caecus quidam sedebat secus viam mendicans.*

Pero una y otra ceguedad nos hacen ver , hermanos mios, cuán funesta es la de nuestra alma que por ellas se significa (1), y con cuánto empeño hemos de clamar á Cristo, porque nos sane. Ciegos estan los que viven entregados á la disipacion y á los vicios; ciegos los que no quieren ver los abismos que les abren sus propios desórdenes ; enfermos postrados y mendigando los que, sumergidos en pecados graves y vergonzosos, perseveran así sin hacer esfuerzo á fin de salir de esa situacion, y todos éstos son los ciegos que estan figurados por el Salvador en el santo Evangelio de que nos ocupamos. En estos dias que el mundo llama de carnaval, y en los cuales no pocas personas de aquellas mismas que pasan como de vida arreglada, se permiten libertades que rechaza la virtud y prohíbe el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, permitidme, hermanos mios, que levante mi voz para hacerles ver la funesta ceguedad á que conducen esos excesos, y la gran diligencia que debemos poner para evitarlos. Estadme atentos.

(1) S. Thomas in Marc. Cap. 10.

I.

Cuando os digo, católicos, que los vicios de la vida mundana conducen á las almas á la ceguedad espiritual, añadiendo que este tiempo del carnaval seduce á muchos á caer en ellos desgraciadamente, no es mi ánimo condenar como viciosas todas las diversiones; ñi ménos pretendo oponerme á las recreaciones honestas, que en este mismo tiempo suelen permitirse muchas personas virtuosas. De ningun modo; y cuando yo aquí condeno ciertas diversiones, son aquellas que nadie, ni aun los ménos escrupulosos, se atreverian á defender. Tales son entre otras los bailes en que, interviniendo personas de diversos sexos y de condiciones muchas veces desiguales, colocadas tambien en lugares y en circunstancias donde no serán competentemente vigiladas, se abandonan á acciones indecentes que corrompen su corazon y manchan su conciencia. Estos bailes van acompañados de canciones provocativas, de sonatas tambien provocativas, y en ellos, todo cuanto interviene parece estar calculado para hacer caer las almas en la culpa. En estas diversiones se pasan dias enteros á pretexto de estar en recreaciones, se pernocta á veces, y salvados poco á poco los obstáculos que oponen quizá la educacion, el pudor natural y la religion, caen en gravísimos pecados, personas, que nunca se figuraron llegar á tal extremo.

Otro elemento poderoso para impulsar á no pocos individuos hasta hacerlos caer en acciones vergonzosas, es el exceso en el licor, que constituye uno de los principales elementos de las diversiones mundanas. Parece que llegan algunos á imaginarse, que la circunstancia del carnaval les autoriza para todo cuanto hay de bajo

y repugnante, no solo á los ojos de la religion, sinó aun de la moral y de la buena educacion. Agregad el contacto con malos amigos, la seduccion natural que producen los ejemplos de otros, y vereis nuevas causas que vienen á reunirse, para estimular poderosamente los malos instintos de los jóvenes. Agregad ahora el juego, que pone cebo y estimula la codicia presentando al parecer facilidades para adquirir en un instante gruesas cantidades de dinero con que fomentar los demas vicios: agregad todavía las travesuras ó juegos de mano, á que se prestan inconsideradamente aun personas honestas, y en las que mas de una vez han encontrado el escollo en que perecieron: agregad aun las conversaciones equívocas en los paseos, y en tantas otras ocasiones que presentan esos dias de diversion y ociosidad, y encontrareis los elementos que poco á poco van cegando á tantas almas, hasta entónces llenas de la luz de la divina gracia, y debilitándolas de tal modo, que las rinden á los asaltos de sus malas pasiones excitadas por la seduccion, y hacen caer en el abismo en que se ciegan completamente.

¿ Y porqué estas caidas, en que intervienen las pasiones inmorales y deshonestas, tienen particular influencia para cegar al hombre? Ya responde el Profeta Rey, hermanos mios. Porque lo adormecen, y no lo dejan pensar ni discurrir con libertad; porque le hacen mirar las cosas que tienen relacion con sus caidas de un modo diverso de lo que realmente son; porque, en fin, rebajan su condicion hasta hacerla semejante á la de los irracionales que carecen de entendimiento (1). Hasta qué punto es todo esto cierto, lo demuestra la conducta misma de tales personas. Dejándose arrastrar insensiblemente á fragilidades, creen que éstas no tie-

(1) Salm. 31.

nen aquella gravedad que realmente les acompaña. Creen además que nadie fuera de los mismos cómplices las conocen, y que por consiguiente, nada han perdido en concepto de los demás con cometerlas; creen que las satisfacciones que esas disipaciones y liviandades les proporcionan, han de durar siempre, de modo que pasarán su vida en el contento y la alegría; y creen, en fin, tantas otras cosas que no son sino miserables efectos de la ceguedad que les va preocupando. Y sino vengamos á examinar si tienen ó nó razon en lo que discurren. Prescindamos de la suma gravedad que tienen tales pecados delante de la ley divina, y de la que su conciencia adormecida hace ahora esfuerzos por desentenderse ú olvidarse, pero que llegará tiempo en que ella misma la conocerá, y este será aquel en que vuelva á tener esa luz que ha perdido. Mas no puede suceder lo mismo con esa idea que les halaga, de que nadie conocerá sus flaquezas, porque ésta es cabalmente una prueba evidente de la ceguedad que les acarrea el pecado. Esas flaquezas han fijado la atencion de todos cuantos tomaban parte en aquellas diversiones; pronto las conocieron otros muchos, porque sentencia es de la sabiduría eterna, que no permanecerá oculto por mucho tiempo el pecado, siempre que alguno lo conozca. Esos males morales que acarrearán á cada uno sus liviandades, permitidme os lo diga con la franqueza propia de mi santo ministerio, ordinariamente se dejan traslucir en la desenvoltura de sus acciones, en la falta de modestia en sus conversaciones, en el vestir, en las maneras, y en cuanto constituye la vida exterior de esa persona. ¡Qué verdades estas tan amargas para tantos! Resbalaron con facilidad, pero cegaron en su caída.

Mientras tanto, hermanos míos, si alguna persona sincéramente amiga les habla sobre sus desórdenes; si

su propia conciencia les echa en cara sus flaquezas; si de algun otro modo se ven reconvenidas por la vida que llevan, nada entienden ni nada quieren entender, porque sus entretensiones y pasatiempos les tienen completamente ciegas é incapaces de nada ver ni nada entender que no esté en armonía con sus pasiones voluptuosas. En su alma formándose un apego desordenado á todos aquellos vicios, que impiden ver con libertad lo que mas conviene á sus verdaderos intereses, sucede lo que pasaba á los que rodeaban á Cristo, y de quienes nos habla el santo Evangelio. Escuchaban aquellos sus sermones, pero no los entendian; le oian decir: « Subimos á Jerusalem, donde seré entregado á la muerte en medio de dolores, desprecios é ignominias; sabed que allí moriré y resucitaré por mi propia virtud; » mas nada entendian de todo esto. *Ipsi nihil horum intellexerunt.* ¿ Y porqué no entendian, hermanos míos? porque vivia en sus almas el amor desordenado á los placeres y conveniencias de la tierra; porque estaban apegados á las comodidades y ventajas del mundo que deseaban conseguir; y porque, en fin, aun no llegaban á comprender que la gloria y riqueza del cristiano está en vivir y morir abrazado de la cruz. Por eso cuando el Salvador habla en sentido totalmente diverso de lo que ellos creian y esperaban, nada, absolutamente nada entendieron. *Ipsi nihil horum intellexerunt.* Si Jesus hubiese hablado á estos discípulos prometiéndoles gloria de la tierra, si les hubiese dejado ver comodidades y bienes de este mundo, entónces habrian entendido, porque la promesa estaba en armonía con sus deseos, porque halagaba sus esperanzas y mejoraba su condicion terrena harto estrecha y mesquina. Pero no sucedia así: les habla de padecimientos, prisiones, azotes, clavos y cruz, y ellos nada entienden. *Ipsi nihil horum intel-*

æerunt. Del mismo modo las personas de quienes tratamos, seducido ya y manchado su corazón por el mundo, ganado por los placeres, y disipado por las vanidades de la tierra, no entienden el lenguaje de la fé, ni las inspiraciones de la piedad y de la religion. Quedan, por consiguiente, en su triste ceguedad sentadas como el ciego del Evangelio cerca del camino de Jericó, y mendigando de los que pasan lo necesario para su sustento.

En efecto, en estas pocas palabras encuentro dibujada toda esa triste situación, á que conducen al alma del cristiano las disipaciones de la vida mundana. Y no en vano se encuentra el ciego en el valle de Jericó, pues es éste uno de los mas hermosos y fértiles de la Palestina: regado entónces por las aguas del Jordan, plantado de viñas, olivares y de toda clase de árboles, jardines y huertas, alimentaba y recreaba abundantemente á los habitantes de la antigua ciudad construida en su territorio. En este lugar verdaderamente delicioso para el mundano sensual, estaba sentado el ciego pidiendo limosna á los que pasaban por allí. La persona de ese ciego representa vivamente al mundano, ciego ya por las culpas y los errores de la vida disipada, y ciego por las ignorancias y los defectos en que á cada paso incurre á causa de sus mismas disipaciones. Allí el ciego se sentaba para pedir limosna á los que pasaban, y al mundano lo pinta el Evangelio sentado como él, queriendo significarnos el descanso y gusto con que permanece en su vida pecadora, la impureza que le caracteriza en todas sus acciones, y la ociosidad de éstas. Pero está sentado en el valle de Jericó, es decir, en medio de las diversiones y de los entretenimientos de la tierra: está retenido por los placeres, y muy des-pacio en medio de las seducciones que privaron á su

alma de los ojos del conocimiento y del amor á Dios, como llamaba San Bernardo á la vista interior que nos hace conocer y acercarnos al Señor (1). Ved ahí el retrato verdadero hecho por el Divino Salvador del alma, á quien cegaron las disipaciones de su vida mundana. Ved ahí esa alma que se encuentra ociosa para todo lo que tenga relacion con los intereses sagrados de su vida eterna. En esa ociosidad no quiere hacer, ni pensar cosa alguna que pueda turbar la satisfaccion de sus goces, ni despertarla del sueño de sus deleites.

¡ Mas ay ! esa alma mientras tanto vive necesitada, y mendiga de las criaturas los placeres, los honores, las atenciones y las riquezas que necesita para entrete-
ner las vanidades de su vida mundana. Vanidades, digo, como limosna de pasajeros que apenas se han dejado ver, cuando ya se marcharon : vanidades, digo, porque esos favores duran no mas que un instante, por muy poderosa voluntad que tengan para darles duracion; y vanidades, en fin, repetiré con los sagrados libros, que dejarán al pasar un peso de amargura insoportable en el corazon de quien las goza (2). ¡ Ojalá que todos se penetrasen, hermanos mios, de estas verdades, y tratarasen de salir de esa situacion desgraciada ! Los apóstoles, porque eran todavía carnales, no podian entender la doctrina del Salvador, como nos hace notar el Evangelio (3); mas luego que estuvieron desprendidos de la tierra, y purificaron con la divina gracia sus corazones, comprendieron las palabras del Señor. El ciego, luego que le fué dicho que venia Cristo, le clamó humildemente y

(1) Lib. de Dignit. Amor. Div. Cap. 8.

(2) Job. C. 17.

(3) S. August. Homil. II. in Evang.

consiguió la vista. Obrando vosotros de la misma manera, que los apóstoles, prestad atento el oído de vuestro corazón para escuchar las inspiraciones de la voluntad soberana del Señor, y como el ciego procurad llamarle en vuestro auxilio. La postración en que os encontrais pide que lo hagais pronto, y el mismo Evangelio nos enseña con cuáles diligencias hemos de practicarle. Escuchadlas.

II.

La primera diligencia que ha de poner todo aquel que desea salir del estado de ceguedad espiritual, en que le dejaron las distracciones, inquietudes y miserias de la vida mundana, es apartarse cuidadosamente de cuanto puede servirles de fomento. Os hice notar, hermanos míos, que las diversiones honestas no entran de ninguna manera en el número de esas. El Angélico Doctor Santo Tomás llama diversiones honestas aquellas, que están en perfecta armonía con la ley divina y con las costumbres de las personas que aman y temen á Dios (1). A estas diversiones alude el Profeta, cuando canta: « Regocíjense los justos, y tengan sus banquetes en la presencia de Dios, y deléitense con alegría (2). » Mas entended, hermanos míos, que tales regocijos lícitos y honestos, fácilmente pueden viciarse, y siendo virtuosos por su naturaleza, y virtuosos también por la intención de aquellos que los prepararon, hacerse peligrosos para los asistentes, por no guardarse en ellos toda la compostura y decencia que prescribe el santo temor de Dios. Jesucristo, modelo del cristiano en todas las situaciones de nuestra

(1) 3.^a pars, quaest. 43.

(2) Salmo 67.

vida, lo es tambien aun en las diversiones honestas que nos son permitidas. Asiste á ellas, pero teniendo siempre en vista el provecho de los prójimos: asiste, pero sin perder ni un instante la compostura que le correspondia: asiste, pero cuidando de dar en todos los lugares ejemplos sublimes de sus virtudes celestiales. Asiste á las bodas para santificarlas, y prevenir las calumnias de los enemigos de la Iglesia: asiste en casa de Mateo, para hacer á éste su apóstol: en casa de Zaqueo, para curar su avaricia, y en casa del fariseo, para traer á su amor una mujer que de esclava del demonio habia de ser convertida en espejo de caridad y de virtud (1): Ved ahí cómo asistia Jesucristo á las diversiones y convites; y con ese espíritu de amor á la ley de Dios, de respeto á las buenas costumbres puede cualquier cristiano asistir tambien y tener en ellas su honesta recreacion. Pero muy distantes se encuentran de pertenecer á esta clase las que entretienen ordinariamente á los mundanos, y particularmente en el tiempo de carnaval. Y esto no sucede tan solo en tales ó cuales provincias, ó en tales ó cuales naciones; es mal general en los pueblos cristianos, y su origen se encuentra en las solemnidades profanas é inmorales con que honraban los paganos las fiestas de sus falsos dioses. En el carnaval sacrifican tantas personas su pureza, su honestidad, su recato, su decencia y otras dotes preciosas de virtud á los ídolos de los vicios; lo que regularmente hacen en público y sin ningun reparo al respeto que cada uno se debe á sí propio. Aparece entónces el cristiano que debe imitar lleno de veneracion las virtudes de su Divino Maestro Jesucristo, envilecido por los excesos de la embriaguez, del juego, de la impureza ó de

(1) S. Petrus Chrysol. Sermo 93.

otros vicios : contraviniedo en público la santidad del Evangelio y de sus divinos preceptos, aparece desacreditando la vida cristiana que debe observar á ejemplo de su Maestro ; y aparece, en fin, como nos dice elocuentemente San Juan Crisóstomo, como discípulo de satanás engalanado con los vicios de su preceptor infernal. ¡ Ah ! ¿ y qué tienes tú, discípulo de Cristo, repetiré con el mismo Santo, ¿ qué tienes tú que ver con los juegos y diversiones del demonio (1) ? Toman algunos por pretexto para los desórdenes del carnaval el ayuno y penitencia del tiempo de cuaresma que va á principiar: pero muy mala disposicion para cumplir con el ayuno es debilitarse con las trasnochadas, bailes, embriagueces y otros mil excesos que arruinan aun á las naturalezas mas robustas. Creedme, cristianos, ni aun supuesto que una persona se preparase para ayunar toda la cuaresma, le seria lícito entregarse á las bacanales del carnaval.

Por otra parte no es esa la manera como el discípulo de Cristo que penetra la santidad del tiempo de cuaresma que sobreviene, se apercibe para aprovechar sus gracias. Nada destierra con mas eficacia la piedad y mortificacion del corazon del cristiano, como la disipacion y la gula, decia San Basilio (2) ; ni nada puede prepararnos del modo mas conveniente para celebrar los misterios que estan comprendidos en aquellos santos dias, como el recogimiento y la oracion. Oid lo que nos dice San Leon Papa á este respecto : « Cuidemos de entrar á la santa cuaresma con nuestra conciencia limpia, para que obedezcamos con mayor perfeccion los santos preceptos que nos dejaron los apóstoles para

(1) Homil. ad popul. Antioch.

(2) Sermo 2. de Ieiun. quadrag.

nuestro provecho espiritual. Mortifiquemos nuestro cuerpo, de modo que se someta con mas fervor al ayuno y á las otras mortificaciones de este sagrado tiempo, y logre tambien la plenitud de las gracias con que promete el Señor corresponder nuestros esfuerzos (1).

A todas las diligencias necesarias á fin de no mancharos con los excesos de la vida mundana, agregad, hermanos mios, la renovacion continua de vuestra resolucion de no exponeros á las caidas en las culpas. Y advertid que digo de no exponeros, porque aquel que se expone á caer, ese caerá, segun la sentencia de Jesucristo. Por eso con particular cuidado debeis vigilar, á fin de no encontraros en alguna ocasion de caer, y por vuestra temeridad vengais á ser esclavos de satanás y de las malas pasiones que acarrea éste á las almas. Con vosotros hablo particularmente, jóvenes, que habiendo concluido el año escolar, correis á vuestros lugares ansiosos no tanto de reposo que restablezca vuestras fuerzas quebrantadas por el trabajo asiduo, cuanto de entregaros á satisfacer pasiones desordenadas. Con vosotros hablo particularmente, repito, porque vuestra corta edad, vuestra inexperiencia y falta de cautela os hacen mas acreedores á las ternuras de la caridad: huid las ocasiones de corrupcion que á cada paso encontrais durante las vacaciones en vuestra casa y en vuestro pueblo, en los campos y en las vecindades. La seducccion con todos sus atractivos os ha de combatir: tomad vuestras precauciones, y la primera de todas sea evitar el peligro de pecar. « Si amais el peligro, perecereis en él. » Con vosotros tambien hablo, pobres mujeres, contra quienes el infierno tantas baterías dirige para perderos: huid las ocasiones, huid, huid, porque en la fuga consiste vuestra victoria.

(1) Sermo 4. de Quadreges.

No os dejéis alucinar por las hermosas apariencias con que el demonio viste á las tentaciones, especialmente á las mas torpes y brutales. Resistid con fortaleza, á fin que podais vencer la astucia del tentador. Cualquiera ligera señal vuestra de condescendencia, cualquiera especie de debilidad, cualquier consentimiento ligero será el principio de vuestra ruina segura. Con vosotros tambien hablo, padres de familia, porque en vuestra mano está en gran parte evitar los estragos que hacen en vuestros hijos la sensualidad y los demas vicios de la vida mundana. ¿Porqué disimulais? ¿Porqué guardais silencio culpable, cuando veis, ó llegan á vuestro conocimiento ciertas faltas gravísimas de vuestros hijos? Podiais entónces cortar el mal, y no lo haceis. Recordad que á vosotros os ha encargado el Señor la custodia de vuestra familia, y á vosotros os pedirá un dia razon de ella. Obrad con firmeza, padres y madres, para evitar los desórdenes en vuestra casa. La ruina de vuestros hijos puede fácilmente acarrear la vuestra eternamente. Resolveos todos á conservar en vuestras almas la luz de la divina gracia; á romper las tinieblas de los vicios con el amor á Dios, á batallar contra las seducciones del mundo, y á perseverar en la oracion y mortificacion, como medios de conseguir la salvacion eterna. Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMATERCIA.

SOBRE LA PERFECCION CRISTIANA.

Assumpsit Iesus Petrum et Iacobum et Ioannem fratrem eius, et duxit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos.

Tomó consigo Jesus á Pedro y á Santiago y á Juan su hermano, y los llevó á un monte muy alto: y se transfiguró delante de ellos.

(S. Matth. C. 17.)

De entre la turba y el bullicio del mundo saca Jesucristo Señor nuestro á tres de sus discipulos, Pedro, Santiago y Juan, y los conduce á un monte muy alto. Allí repentinamente cambia el pobre y abatido ropaje de nuestra carne en el glorioso y resplandeciente de su divinidad. Allí aparecen con El los dos profetas mas célebres del antiguo Testamento, Moises y Elías: allí una nube resplandeciente parecia haber hecho descender la hermosura de los cielos sobre aquella santa montaña, y la voz que salia de la nube hace oir en todo el monte: « Este es mi Hijo amado, en quien mucho me he complacido; á Este oid. » Los apóstoles sienten desde el principio de la vision sus almas inundadas por torrentes de gozo inefable, de modo que dicen á su Maestro: « Bueno es, Señor, que permanezcamos aquí; hagamos, si os parece, tres tiendas, una para tí, otra para Moises y otra para Elías. » Mas cuando ven la claridad de la nube que cubre el santo monte, y escuchan la palabra celestial que les declara la divinidad de Jesucristo, y les manda oir y obedecer su doctrina; un movimiento de terror se opera en sus espíritus,

de modo que caen en tierra y permanecen como muertos, hasta que Jesus les toma de la mano, y « nada temais, les dice, levantaos, á nadie conteis lo que habeis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. »

En este suceso nos quiso dejar el divino Salvador lecciones saludables que nos enseñen la necesidad que tenemos de limpiar constantemente nuestro corazon de los afectos pecaminosos que lo ligan á la tierra, de modo que pueda ser encontrado apto para subir al cielo, significado en la espléndida vision con que recreó Jesucristo á sus tres apóstoles en el monte Tabor. Nos enseña tambien que es imposible podamos santificarnos sin renunciar á nuestras malas costumbres, sin lavarnos con las aguas de la penitencia, sin vencer nuestra propia voluntad, y sin tomar sobre nosotros la cruz de Jesucristo, que en este caso es el cumplimiento de las obligaciones del estado de cada uno. Y nos enseña, en fin, que nuestra santificacion nos conducirá al reino de los cielos, donde seremos sobradamente recompensados de las penas y de las molestias que hubiéremos sufrido en el camino emprendido para llegar hasta El. Nos presenta una muestra de esa felicidad que reserva para los justos, en el torrente de dulzuras con que embriaga sobre el monte las almas de los afortunados discípulos, que tienen la suerte de acompañarlo, y les obliga á decir á su Maestro: « Señor, bueno es-que nos estemos aquí. *Domine, bonum est nos hic esse.* » Ved cuántas consideraciones podemos hacer sobre tantas y tan importantes verdades que contiene este santo Evangelio. Permitidme, hermanos mios, que yo elija para vuestro aprovechamiento solo una que procuraré exponeros con toda claridad y sencillez. El cristiano que desea de veras

llegar al reino de los cielos, necesita limpiar ántes su corazon de todo afecto pecaminoso, y luego marchar resueltamente por el único camino que conduce á él. Ved ahí la materia. Oidme.

I.

David contemplaba el reino de los cielos, y sedienta su alma de los goces inefables que concede su posesion, « ¿ Señor, decia, quién habitará en tu tabernáculo? ¿ Quién descansará en tu santo monte? » Y como inspirado por luces divinas, se respondia él mismo: « Aquel en cuya alma reina la inocencia, ese entrará al reino de los cielos (1). » Y en efecto, hermanos míos, Dios que ántes de todos sus otros atributos se gloria en su perfeccion, pureza y santidad suma, ha querido que solo tengan parte en la felicidad de su reino aquellos en cuya alma aparezca el reflejo de esas mismas perfecciones, de esa misma pureza, y en fin, de esa misma santidad. Esto quiso mostrar en la primera circunstancia que llama nuestra atencion en el santo Evangelio que nos ocupa. Elige el Señor para que sean testigos de la gloria visible en que va á mostrarse momentáneamente; para que gusten las delicias inefables que por un instante va á hacer probar á sus criaturas; y para que oigan la voz del Padre celestial, que entre nubes y resplandores de inaccesible gloria manda á todos oir y obedecer á Cristo su Hijo muy amado, á aquellos tres de sus discípulos que se distinguen mas por las virtudes que son fundamento de nuestra vida espiritual. San Pedro, que lleno de fé le habia confesado Hijo de Dios vivo sin trepi-

(1) Salmo 14.

dar ni dudar un instante, y San Juan y Santiago que alcanzaron de Cristo el renombre de hijos del trueno por el ardor y la decision que manifestaron siempre en todo lo concerniente á su servicio. Y aunque, como notan los contemplativos, habian entre los demas apóstoles hombres de gran caridad, como San Andres, de admirable inocencia, como San Bartolomé, y de mucha union é intimidad con Jesus, como San Felipe; eligió á aquellos tres para esta gracia extraordinaria, « porque en ellos se encontraban figuradas las tres virtudes grandes y divinas, que son base de la santidad y perfeccion cristiana, que nos dan derecho para gozar la gloria del Señor (1). » De modo que Jesucristo desde el principio de este gran suceso, en que va á revelar la gloria eterna que prepara para sus criaturas, deja ver las condiciones que ha de exigir precisamente en aquellos que desean ser admitidos en la posesion inefable de esa misma gloria.

Y fijaos bien (2), que no tan solo elige á esos apóstoles para testigos de su gloria, sinó que los toma consigo, y marchando El delante, los conduce á un monte alto sobremanera. De suerte que no solamente los separa de los compañeros, amigos y relaciones que tenian, sinó que ordena que le sigan, ejecutando lo que El hace, y marchando por donde El camina. Porque, católicos, para asegurar la posesion de la felicidad eterna no es bastante haber dispuesto y preparado nuestro corazon, purificándolo de los pecados que lo hacian indigno de entrar á la gloria del Señor, sinó que es tambien necesario separarlo de todo lo terreno y de todo lo carnal que pueda servirle de impedimento para lle-

(1) Puente. Parte III. Medit. 21.

(2) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 45.

gar al reino de los cielos. Eso es lo que San Leon Papa llama purificar los ojos de nuestro entendimiento (1), porque realmente con esta diligencia arrancamos del corazon tantos afectos carnales, tantas raices mundanas, y tantas relaciones peligrosas, que David veia como otros tantos lazos tendidos á su alma para enredarla y privarla de entrar en los tabernáculos de Dios.

Por este antecedente conoceréis cuán grave es el error de aquellos que piensan llegar al reino de los cielos conservando, no digo el pecado mortal en su alma, porque ésto seria temerario; pero sí tantas aficiones peligrosas, que ni piensan dejar, ni quieren reconocer como realmente peligrosas, aunque hayan sido causa muchas veces para hacerles caer en pecados mortales. De suerte que mientras el Señor aparta á sus apóstoles, á quienes quiere hacer conocer su gloria, de todas sus relaciones, y los eleva sobre un monte altísimo, donde pudiesen al vivo representarnos al alma libre de todos los pecados y de todas las aficiones pecaminosas, aquellos tomando un camino opuesto, piensan no obstante llegar al reino de la gloria. Esta es la conducta que observan prácticamente tantas personas, que desean unir en su vida las virtudes cristianas con los vicios que son sus enemigos, la avaricia, por ejemplo, con la devocion, los descuidos domésticos con la oracion, la mortificacion cristiana con la vida mundana, y la sencillez propia de los discípulos de Jesucristo con la vanidad y lujo que el mundo aconseja á los suyos. Esto es imposible, hermanos míos, y por duro que sea, hemos de decirlo: esas personas estan muy léjos del reino del cielo, y exponen miserablemente su eterna salvacion. Y no es necesario reflexionar mucho

(1) Sermo 1. de Transfigur. Domini.

sobre este particular, porque no hay medio: ó purifiquemos nuestro corazon, de modo que la inocencia y las virtudes le hagan digno de entrar al reino de Jesucristo, ó conservamos en nuestra alma las señales perniciosas que nos excluyen de la posesion de ese mismo reino. En el primer caso nuestra resolucion debe ser completa, perfecta, absoluta, de modo que ningun resto de pecado, ni de aficiones desordenadas queden unidas á nuestra conciencia, y al contrario batallamos con esfuerzo y constancia por arrancar todo lo que, á pesar de nuestra voluntad, allí quedase todavía.

Mas ésto aun no es bastante; necesitamos desear nuestra salvacion con viva fé, y para tener tal deseo debemos procurar conocer el bien inefable que en ella se encierra. Esto fué lo que hizo el Señor con sus tres discípulos, cuando llegaron á la cumbre del monte Tabor. Allí en medio de aquella profunda soledad se transfigura delante de sus ojos, vistiendo de gloria la carne mortal con que habia cubierto y ocultado su divinidad. Se transfigura, repito, dejando la figura pobre y humilde de hijo de Adan, y mostrándose á sus discípulos con la verdadera de Hijo de Dios; esto es rico, glorioso, resplandeciente, y sobremanera inefable y magnífico. Ese velo de carne mortal formado por obra del Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen Maria se corre por un instante, si puedo explicarme de ese modo, y deja ver á los tres discípulos afortunados con toda su infinita majestad la gloria del Verbo divino.

El Hijo de Dios lleno de grandeza y majestad no tardó en dar muestra de su divina omnipotencia, llamando á Moises y á Elías para que viniesen á ser testimonio de su divinidad. Moises y Elías le obedecen

inmediatamente, saliendo el primero del Limbo, y Elías del paraíso, para cumplir su adorable voluntad. El Evangelio nos refiere que ambos hablaban con Jesús; y sin duda ambos, por el resplandor inefable del Hijo de Dios, brillarian también con luces mayores que aquellas que cubrieron á Moises, cuando bajaba del monte Sináí, conduciendo las tablas de la ley (1). Porque en el Sináí la gloria le venia de los ángeles mandados por Dios para la sancion del Decálogo (2): mas ahora en el Tabor es el Dios de los ángeles, quien les glorifica con su compañía, y quiere autorizar su divinidad tomándolos como testigos. Jesús habla familiarmente con ambos profetas, y los apóstoles experimentan de lo que ven y de lo que oyen, una dulzura inexplicable. San Pedro, sin poder contener el deseo vivo de permanecer allí, le dice: « Señor, bueno es que nos quedemos aquí; si quieres, haremos tres aposentos, uno para tí, otro para Moises y otro para Elías. » Mas aun no habia concluido de hablar, cuando una nube luminosa los cubrió, y de la nube salió una voz que dijo: « Este es mi Hijo amado, en quien mucho me he complacido: escuchadlo. » De este modo el Padre y el Espíritu Santo quisieron contribuir á la gloria de Jesucristo, y autorizar la divinidad de su sacratísima persona y de la doctrina que predicaba á los hombres para su salud eterna.

En la primitiva ley Dios habló algunas veces á sus siervos desde nubes, cuya intensidad nada dejaba percibir de la grandeza infinita del Criador, fuera de la voz que significaba y hacia entender á los hombres la divina voluntad. Mas la nube que apareció en el Tabor era clara y luminosa, porque era simbolo del Espíritu Santo

(1) Exod. Cap. 34.

(2) S. Pablo á los de Galacia. Cap. 3.

así como de las gracias y de los dones celestiales de doctrina, ciencia y virtudes, que se darian al hombre por nuestro Señor Jesucristo. El Padre Eterno tambien dió testimonio de su Verbo divino hecho hombre, con la voz que salió de la nube, diciendo: « Este es mi Hijo amado, en quien mucho me he complacido: escuchadlo. » El resplandor de la nube, y la dulzura é intensidad de la voz celestial dejó atónitos, desmayados y aterrados á los apóstoles; mas luego se llegó á ellos Jesucristo, y tocándoles con su mano les dijo: « No temais, levantaos. » El apóstol San Pedro nos da en una de sus cartas (1) alguna idea de la profunda impresion que produjo en su alma lo que vió y oyó en el monte Tabor. « Manifestamos, dice, á todos los hombres la virtud de nuestro Señor Jesucristo, como que fuimos testigos oculares de la grandeza de su gloria, cuando estábamos con El en la sagrada montaña. Entónces vimos con nuestros propios ojos la hermosura de su majestad, y oimos con nuestros propios oidos la voz de Dios Padre, cuando descendió á El en magnífica gloria diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido: oidlo. » Y este recuerdo era para él la fortaleza que le robustecia en la fé y en las promesas divinas contra todas las maquinaciones del príncipe de las tinieblas. ¡ Oh ! que este mismo efecto produce en el cristiano que con fé viva é íntimo deseo de poseer á Dios espera el cumplimiento de la palabra misericordiosa del Señor; en el cristiano, digo, que para amarlo debidamente, ha limpiado su corazon, queriendo hacerse digno de poseerlo en su gloria, y batalla sin cesar con los enemigos de su alma para que ninguno venga á arrebatarle su premio: en el cristiano, en fin, que vive en continuo sobresalto para hacer obras tales, que le

(1) 2ª Cap. 1.

aseguren la posesion de la gloria (1). Pero todo esto no es todavía suficiente: porque necesita ese cristiano marchar tambien resueltamente al reino de los cielos por el camino que nos conduce á él.

II.

Jesucristo nos declara , que no hay mas que un solo camino para llegar á su reino, y que El mismo es ese camino. *Ego sum via* (2). Que todo el que lo siga se salvará, y al contrario quien de El se apartase no podrá llegar á la patria de salvacion eterna. Por eso al llevar el divino Salvador á sus tres apóstoles al monte Tabor , figura de esa patria bienaventurada, marcha adelante y como sirviéndoles de guia en el sendero. No podian aquellos caminar solos , porque se habrian extraviado, ni marchar adelante, porque ignoraban el rumbo que debian tomar: Jesucristo camina por eso adelante hasta llegar á la cima del monte Tabor. Ved ahí representado lo que sucede á cada uno de nosotros: si pensamos llegar al cielo solos, confiados á nosotros mismos, y por otro camino que aquel que nos señala Jesucristo , no llegaremos , sinó que nos extraviaremos y nos perderemos. El Eterno Padre nos declara esta verdad cuando , señalándonos á su divino Hijo Jesucristo , *ipsum audite* , nos dice , esto es, escuchadlo, seguidlo y obedecedlo. Este camino trazado por Jesucristo es bien claro, y no puede dejarnos lugar á ningun género de duda. Oid las pocas palabras en que lo trazó: « Si alguno quiere venir tras de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame (3). »

(1) Carta II. de San Pedro. Cap. 1.

(2) Juan. Cap. 14.

(3) Mateo. Cap. 16.

Este es, católicos, el único camino que tenemos para ir al cielo, y por el que hemos de marchar hasta que logremos llegar allá. Negarse á sí mismo, es la primera é indispensable condicion que ha de encontrarse en todos los que marchen tras de Jesucristo. Y negarnos á nosotros mismos, es mortificar la propia voluntad y reprimir los vicios que proceden de ella. El amor á la sensualidad no puede entrar en este camino (1), ni tampoco el apetito de los honores y grandeza mundana, ni la soberbia, ni el orgullo, ni la presuncion, ni el deseo de dominar á los demas: ninguno de estos vicios cabe en el camino que lleva al hombre al reino de los cielos. Necesitamos, pues, desprendernos de todos ellos, y mortificarnos negándonos á sus pérfidas sugerencias con valor y decision perfecta para entrar de lleno en el camino de Jesucristo. Vosotros, mundanos, que mirais con horror todo lo que importa contradecir hasta vencer vuestra propia voluntad, tened presente que sin este requisito no podeis entrar en camino de salvacion. Pues que ¿no habló acaso á todos los hombres, sin exceptuar alguno, Jesucristo cuando predicaba que el reino de los cielos padece violencia, y los que se la hacen, son los que llegarán á poseerlo?

Pero añade el Salvador todavía que, despues de habernos negado á nosotros mismos, hemos de tomar cada uno nuestra cruz. *Tollat crucem suam*, nos dice. Y esta cruz son las obligaciones que cada cristiano está llamado á cumplir en el estado á que pertenece: son los trabajos, son los dolores, son las pobreza y las enfermedades, que tenemos que sufrir durante nuestra vida; y esta cruz quiere que todos la lleven cada dia resignándose á sufrir con paciencia aquella parte de

(1) S. Bernard. in Cant. Cantio. Serm. 5.

dolor que les acarrease. *Tollat crucem suam*. Y todos hemos de tomar nuestra cruz, y caminar abrazados con ella, porque es la voluntad de Dios, que en esa misma cruz tiene dispuestos los medios de nuestra santificación. ¡Pobre el hombre que no tiene cruz en su vida, porque trabajó hasta librarse de aquella que Dios había puesto sobre sus hombros! Pobre, repito, porque ¿cómo podrá llegar á la presencia de Dios, dice San Francisco de Sales, y alegar título para el reino del cielo, cuando no pudo ni aun tolerar aquella molestia que arrojó de sí, y era la cruz en que Jesucristo quería labrarse su mérito para la vida eterna (1)?

Nos dice, en fin, que mortificados de aquella manera, y abrazados de la cruz, sigamos á El. *Sequitur me*. Y no creais que nos llama á seguirle por valles cubiertos de flores, ni por prados llenos de huertos hermosísimos, ó de contento en contento, ó de gozo en gozo, hasta llegar á su dichoso reino. Nó, hermanos míos, sucede lo contrario: nos llama á marchar por un camino sumamente áspero, estrecho y escabroso, cual es el de la práctica de las virtudes cristianas, y que inspira terror á quien va á andarlo sin contar con los auxilios poderosos de la divina gracia. En este camino no quiere el Señor podamos valernos de las criaturas, para aliviar tantas penalidades; al contrario permite con frecuencia que encontremos espinas que nos mortifiquen y nos lastimen allí mismo, donde pensábamos hallar apoyo y refrigerio que nos permitiesen pasar adelante con ménos fatiga en nuestro camino. Yo encuentro, hermanos míos, en el elevado monte Tabor, donde creen muchos expositores del santo Evangelio haber sucedido el misterio de la Trans-

(1) Serm. de la santa Cruz.

figuracion, una figura del camino por donde quiere Jesucristo que le sigamos. El monte Tabor se eleva en el territorio de la Galilea en medio de la gran llanura que la santa Biblia llama á veces Campo grande, y otras Campo Esdrelon. Es muy empinado, y está cubierto de ciertos pequeños arbustos, que hacen su vista muy apacible y aun bella (1). Cuando el viajero principia á subirlo, conoce luego que ésto no es fácil, porque sobre ser el monte muy derecho, el sendero que conduce á su cumbre está cubierto de piedras pequeñas que hacen resbalar al que sube. Pensando que pueden los arbustos servirle de auxilio, se toma de su tronco ó de sus ramos para sujetarse y no caer; mas ¡ay! que esos arbolitos estan cubiertos de espinas, y lastiman al que en ellos busca su alivio. De modo que es necesario sacar á cada paso fuerzas de flaqueza, á fin de no desmayar hasta llegar á la cumbre. Así me imagino es nuestra subida al reino de los cielos por el camino de las virtudes cristianas, siguiendo los ejemplos de nuestro Señor Jesucristo. *Et sequatur me.* Ni las alegrías mundanas, ni las comodidades de la tierra, ni las conveniencias de la fortuna pueden remover los obstáculos que encontramos en nuestro camino, al contrario á quien ponga en algo de eso su confianza, le servirán de espina que le lastimarán profundamente. Pero mirad al caminante que logra llegar hasta la cima de la santa montaña. ¡Oh gran Dios! qué magnífico panorama viene á regalar su vista, y fortalecer su alma fatigada por tan áspero sendero. Se encuentra en un campo espacioso, poblado de hermosos árboles que forman la cumbre del Tabor. Allí sucedió la Transfiguracion de Jesus: allí vieron los

(1) Véase el *Catolicismo en presencia de sus disidentes*. T. II.

apóstoles glorioso al Salvador del mundo acompañado de sus santos Profetas: allí oyeron los hombres la voz de Dios, y vieron á su Espíritu Consolador cual nube resplandeciente y divina que iba á fertilizar la tierra de los corazones, y allí parece al mismo que contempla todo esto con viva fé, que ve y palpa esos misterios tan llenos para nosotros pobres pecadores de las mas dulces esperanzas. Desde allí ve á los piés del Tabor el mar de Tiberíades, los lugares adonde existieron Cafarnaum, Betsáida y Coratzain que Jesucristo ennobleció con tantos milagros: allá mas léjos ve el monte Carmelo y Nazaret, el mar mediterráneo y las montañas de la Judea. ¡ Oh cuánto consuelo recibe el alma de todo esto ! Por esa razon os decia , hermanos mios , que en este mismo Tabor encontraba una figura de la áspera subida que conduce á las delicias inefables del reino de los cielos.

Los apóstoles no vieron la gloria de la Transfiguracion , ni percibieron alguna parte de las dulzuras inefables de su divino Maestro glorificado, sinó cuando hubieron llegado á las alturas del monte por la áspera senda que á ellas conduce. Animémonos á caminar siguiendo á Jesucristo por el sendero de la humildad, de la mortificacion y del vencimiento de nosotros mismos, á fin que merezcamos participar alguna vez de su gloria en el reino de los cielos. Y Vos, dulcísimo Jesus, dadme la mano para que no desfallezca en mi camino; alientame, si veis que como débil y miserable me fatigo ; socórreme en medio de mi pobreza suma, para que pueda , sostenido por tu gracia, verte y gozarte eternamente.

INSTRUCCION DÉCIMACUARTA.

SOBRE LA PALABRA DE DIOS
Y LAS DISPOSICIONES CON QUE DEBEMOS OIRLA
PARA APROVECHARLA.

Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.

Bienaventurados son aquellos que oyen la palabra de Dios
y la guardan.

(S. Luc. Cap. 11.)

El santo Evangelio elogia la piedad fervorosa de una mujer que escucha atentamente la predicacion de nuestro Señor Jesucristo. La representa como pendiente de sus sagradas palabras, de las cuales quiere alimentarse, quiere grabarlas en su corazon, y vivir meditándolas y observándolas constantemente. Cuando su alma se ha robustecido con tan santa doctrina, su lengua se desata para alabar al Divino Maestro que la enseña, llama bienaventurado al vientre virginal que lo cargó, y santos y dichosos á los pechos purísimos que lo alimentaron. *Beatus venter qui te portavit, et ubera quae suxisti.*

En la respuesta que da el Salvador á esta devota mujer nos descubre que no era solamente feliz aquella criatura privilegiada, que le habia concebido en su vientre por obra del Espíritu Santo, y le habia alimentado con su leche virginal, sinó que lo son todos los hombres que, oyendo sus palabras, las guardan cuidadosamente en su corazon, y procuran que den á su debido tiempo frutos de buenas obras. Tú, oh mujer, dice, has llamado dichoso al vientre en que tomé carne humana, y bienaventurados los pechos que me alimentaron,

cuando hecho niño pequeñito entraba á la tierra para redimirla y salvarla; pero con mas razon deberias llamar bienaventurados á los hombres que, oyendo mi doctrina que da vida eterna, la guardan cuidadosamente en su alma, y la practican con fervor ajustando á ella todas sus obras. *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud*. Y yo al exponer ahora esta doctrina del santo Evangelio os declararé, católicos, cuál es la palabra de Dios, palabra de vida y misericordia, de que nos habla Jesucristo nuestro Señor, y cuál la disposicion con que debemos recibirla para nuestro provecho. Ojalá que la doctrina del divino Maestro, que os anuncio, encuentre vuestro corazon tan bien preparado, que produzca frutos abundantes de vida eterna. Atendedme.

I.

Dios habló á los hombres desde el principio del mundo: apenas habia Adan salido de sus manos, cuando ya conversaba con El con la confianza y el amor que un padre trata con su hijo, le instruye y le hace saber su voluntad. Caido en la culpa que lo hizo quedar desheredado del reino de los cielos, no tuvo ya derecho á ese trato misericordioso que recibia de su Criador, hasta que convertida su alma nuevamente á Dios por la verdadera penitencia, volvió á sentir la voz amorosa que le prometia el perdon.

Los patriarcas que sucedieron á Adan en el conocimiento del verdadero Dios recibian la palabra del Altísimo por medio de los ángeles. Así vemos á Abraham, Isaac y Jacob ser instruidos con frecuencia en orden á la fé que habian de profesar, y á las promesas divinas que se habian de cumplir en el seno de su familia. Los ángeles conversan con Abraham, luchan con Jacob, y

suben y bajan continuamente del cielo á la tierra, manteniendo comunicacion frecuente con los hombres. Dios hace aparecer profetas en medio de Israel, á quienes conforta con visiones del cielo, y en medio de las cuales les da á conocer su voluntad que han de anunciar á su pueblo, á fin que la cumpla escrupulosamente. Por último, mandó á la tierra á su divino Hijo, á fin que todos los hombres, oyendo y aprovechando su doctrina, pudiesen conseguir su salvacion eterna. Y este Jesus amabilísimo, informándonos de la mision que desempeñaba, nos decia: « Las palabras que yo hablo, y la doctrina que enseño, no son mias, sinó que son de mi Padre que me envió (1). » Cuando volvió Jesucristo al cielo, tuvo particular cuidado de proveer á su Iglesia de predicadores, sacerdotes y maestros, que hablasen á los fieles en nombre de Dios, y éstos son los que hasta hoy nos enseñan y predicán, y continuarán desempeñando este divino ministerio hasta la consumacion de los siglos.

Mas no conocen todos estas palabras como de Dios. Nuestro Señor Jesucristo se quejaba de que los hombres no querian conocerlo, y del mismo modo no quieren tampoco conocer la doctrina celestial que les anunciamos en nombre de Jesucristo los que somos sus ministros. Resulta de ésto, que la predicacion viene á ser infructuosa para sus almas, y en ellas se cumplirá lo que dijo San Pablo de los que ignoraban la doctrina del Salvador: « *Qui ignorat ignorabitur*: Aquel que ignora, será ignorado (2). » Tambien habla el Señor á los hombres por medio de los superiores, de los confesores y de los buenos amigos que nos aconsejan, induciéndonos

(1) Juan. Cap. 14.

(2) I. á los Coríntios. Cap. 14.

al bien, ó separándonos del mal; las palabras de todos éstos son en ese caso para nosotros palabra de Dios, pues es El quien se digna hablarnos por medio de esas criaturas.

Tiene el Señor otros medios todavía para comunicarse con nosotros, y uno de los mas principales y eficaces es el de las inspiraciones con que nos habla, nos fortalece, nos aconseja, nos ilumina, nos dirige, y nos comunica sus santos conocimientos con otros mil bienes espirituales, que nos regala en los excesos de su bondad infinita. Esta es la conversacion interior que Dios entabla á veces con sus criaturas, y que tan de corazon deseaba un profeta cuando repetia: « *Loquere, Domine, quia audit servus tuus* (1). Habla, Señor, porque vuestro siervo escucha. » David compara al alma que se encuentra totalmente privada de las inspiraciones de Dios, á la tierra sin agua, sobre la que no cae el rocío de la mañana, y por lo mismo es del todo inútil para su dueño. Todo cristiano está obligado á pedir al Señor sus inspiraciones, y El infinitamente misericordioso, dará las que fuesen necesarias, si cuidamos que haya en nosotros la docilidad y buena disposicion que aquellas requieren de parte de quien las recibe. Suelen á veces algunas personas equivocar las inspiraciones de Dios con los arranques de su genio, ó con las exigencias de su amor propio; por lo mismo se ha de poner gran cuidado para no confundir las unas con las otras. Tened presente, hermanos mios, que las inspiraciones de Dios son claras, de modo que la persona que las recibe puede percibir las con facilidad: no nos confunden ni nos aterran, porque son suaves como aquel vientecillo fresco, en medio del que

(1) I. de los Reyes. Cap. 3.

BYRAGUIRRE, Instrucciones. Tom. III.

percibía el amigo de Job al Espíritu del Señor. Se conocen también las inspiraciones de Dios, en que ellas nos muestran el camino que debemos tomar en la circunstancia en que se dejan sentir; de modo, hermanos míos, que cuando el Señor nos habla así, nos deja conocer lo que debemos ejecutar, y los medios de que para ello hemos de valernos. Nos inspira para que en nuestras dudas tomemos consejo, y en una palabra, es para nosotros la inspiración divina lo que para David era la antorcha que le dejaba ver el camino por donde había de marchar (1). ¡Feliz el alma para quien realmente las inspiraciones del Señor son la fuente de tantas gracias! ¡Feliz quien las aprovecha cual luz divina que le conduce á adelantar en las virtudes, y le revela la necesidad de mortificarse, á fin de ser semejante á Cristo nuestro divino Salvador! Mas no se presentan de este modo á nuestra alma aquellos movimientos del amor propio que, como dijimos, algunos fácilmente confunden con las inspiraciones de Dios. Los movimientos de nuestro genio son siempre conformes con nuestras ideas y con nuestras opiniones, de modo que nos lisonjean ántes que hacernos sufrir; son oscuros y violentos como la tempestad, así es que obscurecen el alma y no le permiten ver nada que pudiera ilustrarle, servirle de guía y dejarle ver las cosas como realmente son. ¡Oh! y cuán fácil es al cristiano errar en estas materias! Nuestro amor propio frecuentemente se disfraza, se viste con las ropas de las virtudes, y se empeña aun por aparecer como virtud. Así vemos tantas ocasiones llamar caridad al vil egoísmo, y quedar confundida de esa manera la mas grande y excelente de las virtudes con el mas despreciable de los

(1) Salmo 118.

vicios. Así vemos, repito, á la soberbia y altanería del cristiano orgulloso presentarse con el ropaje de la humildad; y vemos finalmente llamarse timidez lo que en realidad no es mas que verdadera desobediencia, y como tal acreedora á los castigos que Dios tiene determinados contra ella. Examinemos pues, hermanos míos, á cuál de estas dos clases de movimientos pertenecen los que experimentamos en nuestra alma, y luego conoceremos si son inspiraciones de Dios, ó son movimientos que vienen de nosotros mismos. Jesucristo nos manda pensar con madurez si viene de Dios la voz que sentimos en nuestra conciencia, ántes de ejecutarla, y para que no nos equivoquemos, nos manda tambien que recurramos á los arbitrios que El mismo nos señala en su santo Evangelio. Recurramos primero á la oracion, en la cual Dios nos promete iluminar hasta lo mas secreto de nuestro corazon (1). A la oracion acompañemos la consulta á nuestro párroco, á nuestro confesor ó á algun otro sacerdote instruido á quien descubramos sinceramente eso que pasa en nuestro interior; pero sinceramente, he dicho, hermanos míos, porque debemos guardarnos de exponer las cosas segun conviene á nuestra índole ó á nuestro interes. Erramos cuando así lo hacemos; porque, dando entónces alas á nuestro amor propio, nos alejamos infinito de la verdad que tratamos de conocer. Y sin embargo, de ser ésto tan triste, es crecido el número de personas que proceden de ese modo. Buscan consejo; mas llevan ya formada su opinion en orden á eso mismo que consultan, y por consiguiente, lo que desean, es que se les apoye su modo de ver, aun cuando no sea conforme con los intereses verdaderos de su alma. No buscan tales personas consejo, decia San Francisco de

(1) Salmo 33.

Sales, sinó buscan mas bien estímulo para su amor propio: ni quieren conocer y ejecutar lo que Dios les habla, sinó oír lo que les dice su egoismo, y fortificarse en ésto mas y mas. No procedamos así, si queremos agradar á Dios; expongamos con franqueza á los ministros del Señor nuestros secretos, y entónces lograremos que la luz de la divina gracia brille para nosotros. Conoceremos lo que Dios nos exige, y disponiéndonos para ejecutarlo, tendremos tambien á nuestra disposicion los medios necesarios para ello. Si el Señor se mostró airado contra aquel profeta, que desobedeció su palabra, dejándose engañar por otro que creia hombre de Dios; ¿cuánto mas acreedor se hará á la indignacion divina quien se sobrepone á sus inspiraciones, por dejarse engañar de su amor propio? Permitió Dios que aquel profeta pereciese (1), y permitirá tambien que perezca el temerario que endurece su corazon á las voces de la divina majestad. Creedlo, católicos, se aparta del Señor, y se coloca en el borde del precipicio, quien pospone á la voz suprema de los cielos la de su propio individuo.

Hemos visto cuál es la palabra de Dios, y cómo nos habló su majestad divina por sus santos profetas, cómo nos habló despues por su Hijo Jesucristo, y cómo nos habla hasta hoy por las palabras y por los ejemplos de Este que nos predicán cada dia los ministros de la Iglesia: cómo El mismo nos habla tambien por medio de las amonestaciones de los superiores, por los buenos ejemplos de nuestros prójimos, y en fin, por las inspiraciones que envia á nuestra alma. Ahora veamos con cuáles disposiciones debemos recibir esa palabra celestial, á fin que nos sea provechosa. *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.*

(1) Lib. III. de los Reyes. Cap. 13.

II.

Salomon pedia á Dios que le diese, ántes de toda otra cosa, sencillez para aprovechar la doctrina que recibia del cielo (1); porque, á la verdad, el primer requisito que debemos tener para aprovechar la palabra del Señor, debe ser esa sencillez. Esta consiste en remover de nuestra alma los obstáculos que allí levantan los demonios, nuestros prójimos, y nuestras pasiones contra la palabra divina.

Los demonios, he dicho, figurados por Jesucristo Señor nuestro en aquellas aves que devoraron la semilla tirada por el sembrador, y destinada á dar á su tiempo frutos abundantes: así devoran aquellos la palabra de Dios puesta en nuestra alma como semilla de vida eterna por medio de perversas sugerencias, que contradicen la inspiracion de la divina gracia, y ahogan los movimientos misericordiosos que por su medio despertaba el Señor en nuestro corazon. Devoran de nuestra memoria el conocimiento que tenemos de la necesidad de desterrar los defectos, que nos arruinan espiritualmente. Devoran de nuestro entendimiento las hondas impresiones que nos hacen las verdades de la fé meditadas con atencion y recogimiento: éstas nos dispiertan, nos conmueven, y aun nos ponen en camino para cumplir con fervor las obligaciones de la vida cristiana; mas sataná, que nos asecha buscando la ocasion de perdernos, ocurre pronto á nuestro entendimiento mismo, y con ideas mundanas y pensamientos sensuales hace desaparecer aquellas impresiones saludables. Devoran, finalmente, de nuestra voluntad las resolu-

(1) III. de los Reyes. Cap. 3.

ciones tomadas de cortar ciertas relaciones, y de evitar tales y cuales ocasiones que nos ponen en verdadero peligro de pecar. Todo ésto hace satanás, hermanos míos, para impedir que la palabra de Dios arraigue y fructifique en nuestro corazón.

Pero también nuestros prójimos levantan obstáculos de otra naturaleza, que la arrancan y destruyen en nuestra conciencia. Los levantan en esa guerra cruda que hacen tantos á la piedad y á la devoción, preciosos frutos que produce en nuestra alma la palabra divina. Los levantan en las críticas necias y groseras, con que algunos ignorantes burlan la fé práctica de los buenos creyentes, queriendo retraer á éstos de sus ejercicios piadosos. Los levantan en los consejos depravados, con que se proponen corromper la fé de los inexpertos tantos hombres que hacen alarde de profesar malos principios, y son en la sociedad aquella levadura, de que habla el Evangelio, que corrompe toda la masa del cuerpo social. Hoy cuando la impudencia ha llegado á su colmo, aquellos toman como medio de hacerse notables esparcir errores, pervertir jóvenes, triunfar de la fé del sexo débil, y corromper la conciencia de pobres artesanos, discurrendo sobre religion en los cafés, en los salones, en los clubs, en los talleres, y hasta en las habitaciones de esas pobres mujeres mal entretenidas con quienes ordinariamente mantienen íntimas relaciones. Su ignorancia no les permite abordar esta clase de cuestiones con gente seria, y van por eso á buscar á los ménos instruidos, que demasiado crédulos y candorosos principiarán por rechazar lo que aquellos pérfidos les enseñan; pero después de tanto oírles, dudarán y mas tarde llegarán á creerlo. Esos desgraciados levantan con sus esfuerzos insidiosos mil obstáculos á la palabra divina en el alma de sus prójimos,

que los ven y los oyen: y estos obstáculos estamos obligados todos á removerlos, condenando abiertamente los manejos y las opiniones de esos agentes del infierno, como los llama el Apóstol. Mas ¿porqué digo condenando, cuando ellos mismos se condenan por sus propias obras á ser arrojados de la sociedad como peligrosos para la fé, para la moral, para el orden y hasta para la familia? Y al expresarme así, digo la verdad, porque la fé ve en cada uno de esos individuos nó un enemigo que pueda causarle algun mal sério, nó, por cierto; pero sí ve al corruptor villano del inocente niño, ó de la pobre muchacha, de cuya credulidad abusa para arrebatarle el precioso tesoro de su fé, y por eso les condena. Les condena tambien la moral, porque sus costumbres relajadas dejan por todas partes un rastro abominable, que por sí solo ya dice bien lo que son esos individuos. Y el hombre inmoral, hermanos míos, no puede tener cabida ni en la familia honesta, porque la corrompe, ni en la familia que aprecia como debe su buen nombre, porque la cubrirá de vergüenza y de ignominia. El orden público tambien les condena, porque quien no reconoce los preceptos de Dios, ménos respeta los que emanan de las potestades del siglo. Por eso vemos que esos hombres combaten ordinariamente las leyes, la magistratura, el poder público y todo cuanto representa el principio de autoridad. Para ellos es legítimo todo atentado contra los que gobiernan; legítimo todo proyecto que introduzca el desorden y la revolucion; y legítimas tambien todas las consecuencias que sigan á ésta, por tristes y dolorosas que sean. Y hasta la familia los rechaza y condena, porque en ese recinto, donde deben solo encontrarse ejemplos de virtud, que estimulen á los unos, y corrijan á los otros, no pueden ser admitidos los que estiman del mismo modo á la mujer honrada y

virtuosa, que á la infame y desvergonzada meretriz; del mismo modo á la que consuela y edifica á la sociedad con sus santos ejemplos de caridad y misericordia, que á la vil sanguijuela que se alimenta con la destruccion de la virtud de los que forman el cuerpo social. Imposible parece que hubieran hombres que llevasen hasta allá su desenfreno. Pero ¿no ha oido todo el mundo á un diputado del Parlamento Italiano llamar « generosas » (1) en pública session á las meretrices que inundan como torrente la ciudad que sirve de tumba á los apóstoles? ¿No ha oido todo el mundo que allí mismo se dijo, que « esas generosas, tan léjos de ejercitar una profesion vergonzosa, eran dignas de toda proteccion por el eminente servicio que prestaban á la sociedad? » Se avergüenza el hombre, no digo ya el cristiano, se avergüenza el hombre al contemplar degradados hasta ese punto individuos de su propia especie. Vean los pueblos qué clase de legisladores son los que exhibe la revolucion, y vea el mundo entero quiénes son los que en Roma han gritado: ¡abajo Cristo, abajo el Evangelio, abajo el Papa! Y no se diga que era esa una voz aislada, que iba á perderse entre las mil que se levantarian para protestar contra la mas cínica inmoralidad: nó, porque ni una sola se oyó entónces que se alzase para vindicar los derechos de la moral y de la familia espantosamente vulnerados por tan inmundos impíos.

Pero tambien nosotros mismos levantamos impedimentos, para que la palabra del Señor no dé sus frutos en nuestra alma. Tales son indudablemente la distraccion voluntaria en que vivimos, sin querernos contraer al cumplimiento de nuestras obligaciones; las cri-

(1) El diputado Morelli en el Parlamento italiano.

ticas severas con que censuramos la conducta de nuestros prójimos; las prevenciones que abrigamos contra algunos, cuyas acciones nos llenan de fastidio, mostrando así que la caridad no reina en nuestra alma; ese apego, finalmente, á nuestras propias opiniones, que creemos las mas justas y las mas conformes á la razon, porque vienen de nuestro individuo, y son nuestras propias concepciones. ¡ Ah hermanos míos! todos éstos son impedimentos que se levantan en nuestra conciencia, y que impiden á la palabra del Señor crecer, desarrollarse y dar frutos de virtud y de santas obras en nosotros mismos. Mas, conociéndolo así, no hemos de omitir diligencia alguna para removerlos. La sencillez con que debemos prestar nuestra cooperacion, ha de ser solícita para quitar todos éstos y cuantos otros impedimentos se levantasen en nuestra alma contra la palabra del Señor.

Para conseguirlo', conviene que tengamos deseo eficaz de obrar en conformidad con la palabra de Dios. « Mis ovejas, decia Jesucristo, oyen mi voz. » Si queremos, pues, pertenecerle, oigamos su amorosa voz, y trabajemos por obrar siempre en conformidad con sus santos principios. Recibamos con humildad su sagrada doctrina que nos predicán los sacerdotes; procuremos empaparnos en esa misma en los buenos libros, y sintiéndonos movidos por sus máximas saludables, no perdamos la ocasion que allí se nos ofrece para recibir el don de una gracia copiosa. Meditemos lo que Dios entónces dice en el fondo de nuestra conciencia; grabémoslo en nuestro corazon, y así lograremos que la voz del Señor se arraigue y fructifique con provecho nuestro. Seremos bienaventurados con aquella clase de dicha que nos promete su misericordia cuando dice: « *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud*; Bien-

aventurados son los que oyen la palabra de Dios, y la guardan. » Imitemos el celo de aquella santa mujer que confesaba y elogiaba fervorosamente la virtud del Salvador, y de la que nos habla el Evangelio que nos ocupa ; como ésta confesemos la virtud celestial de Jesucristo ; pero confesémosla en nosotros mismos , es decir con nuestras acciones, y de ese modo cooperaremos eficazmente á la gracia de su divina palabra. Reinará Dios en nuestra alma, en nuestra conciencia y en nuestro corazon aquí en la tierra, y reinaremos tambien algun dia eternamente con su majestad divina en el reino de los cielos que os deseo.

INSTRUCCION DÉCIMAQUINTA

SOBRE LA PROVIDENCIA DE DIOS.

Cum vidisset Iesus, quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum: Unde ememus panem ut manducent hi? Respondit ei Philippus: Ducentorum denariorum panis non sufficeret eis.

Viendo Jesus que venia á El una tan gran multitud, dijo á Felipe: ¿Dónde compraremos pan para que coman éstos? Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no les bastan.

(S. Ioann. Cap. 6.)

El Evangelio nos ofrece en Jesucristo un ejemplo celestial de esa augusta é inefable providencia, con que atiende á las necesidades de sus criaturas. Una gran muchedumbre le ha venido siguiendo de todos los lugares vecinos al mar de Tiberíades, los unos deseosos de presenciar sus milagros, los otros de oír su nueva doctrina que arrebatava la admiracion de cuantos la escuchaban, y muchos tambien aguardando de su bondad la curacion de los enfermos, que le habian traido, para que tocándolos les diese sanidad. Sus discípulos le advierten que el día se encuentra ya muy avanzado, y los pueblos de la comarca estaban distantes (1), y que, por consiguiente, es necesario haga partir á todos esos que le siguen, á fin que puedan llegar á tiempo de procurarse algo que comer ántes que hubiese llegado la noche. Jesus, levantando sus ojos, vió toda aquella muchedumbre, y dijo á cuantos le rodeaban: « *Mise-*

(1) Mateo. Cap. 14.

reor super turbam; Tengo compasion de esa muchedumbre (1). » « Mas dónde compraremos pan para que coman éstos? » añadió volviéndose inmediatamente al apóstol San Felipe. Decia así para probarles; pues sabia bien El lo que debia hacer. « Señor, respondió Felipe, doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome siquiera un pedazo. » Uno de los discípulos llamado Andres, hermano de Simon Pedro, dijo á Jesus al mismo tiempo: « Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces. Mas ¿qué es ésto para tanta gente? » « Haced, les dijo Jesus, que todos se sienten. » En aquel lugar habia mucho heno, y todos se sentaron, como en número de cinco mil hombres. Tomó Jesus los panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados; y así mismo de los peces, dando á cada uno cuanto queria. Y cuando se hubieron saciado, dijo á sus discípulos: « Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierdan; » y ellos recogiéndo los llenaron doce canastos de las sobras de los cinco panes del muchacho repartidos á las cinco mil personas. Esta maravilla tan asombrosa colmó de admiracion á todos, de modo que aquellas gentes querian proclamar rey á Jesucristo; mas Este huyó y se escondió.

Brilla en este suceso particularmente la providencia y el amor especial, con que el Salvador atiende á las necesidades de los suyos. Vino á cumplirse lo que David anunció cuando cantaba: « Recuerdo hizo de sus maravillas el Señor misericordioso; dió de comer á los que le temen (2). » Pero, de frente á esa providencia tan amorosa, aparece tambien la desconfianza y pe-

(1) Marco. Cap. 8.

(2) Salmo 110.

queñez de los hombres, que tantas veces con su falta de virtud se hacen indignos de los dones de la bondad divina. En Jesucristo contemplamos con toda su grandeza aquella providencia, que consuela y levanta nuestra pequeñez. « *Unde ememus panem ut manducet hi?* » ¿Dónde compraremos pan para que coman éstos? » En los dos discípulos Felipe y Andres conocemos la pequeñez de nuestra virtud, que desconfía y olvida lo infinito de esa misma providencia. « *Ducentorum denariorum panes non sufficiunt ut unusquisque modicum quid accipiat*; doscientos denarios de pan no bastan para que tome cada uno alguna parte. » Ved ahí dos puntos, sobre que os haré algunas reflexiones. Conoceremos la providencia del Señor favoreciendo constantemente á sus criaturas ; pero muy en particular á aquellos que esperan en El.

I.

La divina providencia, dice el Angélico Doctor Santo Tomás (1), es la disposicion y orden de los medios que tiene el Señor para llevar á cabo sus designios, y de aquellos que concede á sus criaturas con el objeto que alcancen el fin para que fueron criadas. La fé nos enseña que la sabiduría de Dios es infinita, y que conoce desde la eternidad todo cuanto corresponde á las criaturas ; de suerte que su entendimiento abraza, como con un solo golpe de vista, todos los movimientos de éstas, y el fin que se proponen, los auxilios que necesitan, los obstáculos que han de encontrar, y los medios que les han de aprovechar para remover estos mismos obstáculos. La providencia divina

(1) 1.^a pars, quaest. 22. art. 1.

ni puede errar ni puede equivocarse en sus juicios ; de aquí es que se presenta claro y preciso á su entendimiento infinito lo que ha sido, lo que es, y lo que será. « Los pensamientos de los hombres son dudosos, dice el Sábio (1), é inciertas sus providencias, porque siendo escasa la ciencia, y mucha la ignorancia humana, dudamos frecuentemente sobre lo que convendría hacer. » Mas en Dios, sabiduría eterna, no hay defecto alguno ; y su providencia, por consiguiente, no puede jamas ser sinó perfectísima.

Así como Dios con la infinita sabiduría de su entendimiento conoce todo lo que está en relacion con sus criaturas, así del mismo modo su soberana voluntad las ordena todas á su gloria, y á cada una da su fin propio y los medios determinados para alcanzarlo (2); al paso que su providencia, siendo infinitamente liberal, no les provee de esos medios con escasez, sinó al contrario con abundancia ilimitada. David, contemplando esta infinita bondad de Dios para con sus criaturas, veía toda la naturaleza puesta, en cierto modo, á disposicion del hombre para que le sirviese como medio á fin de llegar al reino de los cielos. « Todo lo sujetaste, decia, todo lo sujetaste á su voluntad : *Omnia subiecisti sub pedibus eius* (3). »

Dios con su infinita omnipotencia obra como le agrada, y elige tambien los medios que le agradan, á fin de realizar los designios de su divina providencia. Y aun cuando el hombre pequeño, ignorante y limitado se atreve alguna vez á censurar como imperfectos algunos de esos medios, no por eso serán ménos perfectos como obras que son perfectísimas de Dios. Por

(1) Sabiduría. Cap. 9.

(2) S. Thomas. 1.^a pars, quaest. 130. art. 2.

(3) Salmo 18.

lo dicho conocemos, hermanos míos, que la providencia divina se funda en estos tres atributos, sabiduría, bondad y omnipotencia divina, que son la fuente insondable de todos los bienes que derrama sobre nosotros.

Y esta providencia inefable brilla en todas las obras del Señor, de tal modo que el Profeta divisaba á los cielos y á la tierra, y á cada una de las criaturas que llenan esos mismos cielos y esta misma tierra, cantando la gloria del Criador, en la perfeccion que recibieron de El, y en los altísimos fines á que los ordenó su divina providencia. Esta la encontramos brillando admirablemente en nuestra creacion, en nuestra conservacion, en nuestra redencion, y en todas las disposiciones de Dios, que tienen relacion mas estrecha é inmediata con nosotros, que somos sus criaturas. Aquellos que se llaman despreocupados, y que hacen profesion de vivir lejos de Dios, no perciben la union íntima que existe entre el Criador omnipotente y sus criaturas, entre el Conservador inefable y sus obras, entre el Redentor misericordioso y sus redimidos. Forman éstos la generacion que no endereza á Dios su corazon, ni su espíritu es leal para con El. Esa generacion, digo, que olvida fácilmente los favores que recibió de Dios, y no recuerda las maravillas que le mostró, esa no quiere conocer que Dios es su ayudador, ni que el Dios excelso es su Redentor.

No procede así el hombre cristiano que conserva vigorosamente su fé. En la divina providencia mira su amorosa madre, que le dió el ser, y le sustenta (1); su maestro sapientísimo que le acompaña y dirige en todos sus caminos; el magistrado que le gobierna en todos los actos de su vida; el protector que le socorre

(1) Oseas. Cap. 11.

en todas sus necesidades y peligros; y el amigo fidelísimo que le consuela en todas sus aflicciones y tristezas. Ved ahí cómo juzga de la divina providencia el hombre que conserva la fé en su alma, y vive como aferrado de esa misma, sin separarse de ella ni un instante.

Esta providencia era la que sentia Israel, cuando Dios le libertaba de la servidumbre de Faraon, y segun la bellissima comparacion de Moises, le tomaba como toma el águila á sus hijos, y los coloca sobre sus alas para enseñarles á volar (1). Bien puede Faraon perseguirlos con sus ejércitos, sus carros y caballos, y en medio de su furor parecerle ya verlos cargados de nuevo de las cadenas de su cautiverio, y trabajando para fabricarle palacios y ciudades: la providencia los defenderá; el mar abrirá sus aguas, para darles paso, á fin de librarlos de las manos de sus poderosos enemigos; y esas mismas ondas que estuvieron detenidas para favorecer á los que creian y esperaban en Dios, volverán á juntarse derribando los carros y caballos, rompiendo las armas, y sepultando en el seno del Mar Rojo al monarca temerario junto con su poderoso ejército. Bien puede aterrarlo el desierto con su espantosa soledad, y sus arenas movidas por el huracan borrar hasta el vestigio del sendero, exponiendo á Israel á perecer extraviado en su camino; pero la providencia lo dirigirá en medio de aquellos peligros, apareciendo en columna de nube y en columna de fuego, que marcharán delante, hasta dejarlos seguros en la tierra prometida á sus mayores. Y bien podrá, en fin, el hambre y la sed afligirlo, de modo que lleguen hasta olvidar momentáneamente la confianza que han de poner

(1) Deuteron. Cap. 32.

en Dios : la divina providencia no dejará por eso de venir á su socorro, obligando á las arenas que produzcan codornices, y á las piedras que broten torrentes de agua cristalina. Ya veis pues, hermanos míos, cómo en todas las situaciones de ese pueblo, cualesquiera que fuesen, acudió siempre la mano del Señor á socorrerlo.

Esta misma doctrina es la que Jesucristo pone delante de nuestra consideracion en el asombroso prodigio de los cinco panes. Así como á Israel con providencia celestial socorria en el desierto, dándole comida milagrosa ; así ahora quiere tambien socorrer á éstos, que vienen atraídos por sus palabras, y le siguen ansiosos de oírle sin temer al hambre, ni á la sed, y sin que les moleste el calor del día ni el frío de la noche. Cuando los apóstoles, viendo á aquella multitud hambrienta urgían á Jesus porque la despachase, de modo que pudiera procurarse algun alimento, estaban muy distantes de pensar que allí mismo les daría el Señor de comer renovando los prodigios que experimentó Israel en el desierto. Aun mas, mostrándoles el Salvador que tenia compasion de la muchedumbre, que deseaba socorrerla, y preguntándoles en fin, ¿ dónde podrian comprar pan para ese objeto ? los discípulos, lejos de ofrecer facilidad alguna á su Maestro en beneficio de aquella gente, « Doscientos denarios de pan, le dicen, no bastan para que cada una de tantas personas coma aunque sea un pedazo pequeño. » Israel, murmurando de Dios en el desierto, cuando sentia los efectos del hambre, « ¿ por ventura, dijo, podrá preparar el Señor una mesa en la soledad (1) ? » Al hombre sin fé en la providencia le parece, en efecto, imposible que Dios

(1) Salmo 77.

obre allí milagros para alimentar á los suyos. *Numquid poterit parare mensam in deserto?* Acá los apóstoles olvidan las maravillas pasadas, olvidan que en Canaa el mismo Jesus convirtió el agua en vino, y olvidan que está en la mano de Aquel, que hizo ésto, hacer cualquiera otro milagro. ¡Ah! ¡qué fácilmente olvida el hombre á Dios, único recurso que puede tocar siempre con provecho! « Hay un niño, dice al Salvador su apóstol Andres, que tiene cinco panes de cebada y dos peces: mas ¿qué es ésto para tanta gente? » « Haced que todos se sienten, » manda Jesus. Y concibo, hermanos míos, el asombro que se apoderó de los discípulos al ver á Jesucristo que tomaba aquellos pocos panes en sus manos, y resueltamente les decia: « Haced que todos se sienten. » ¡Va acaso, dirian, á dar de comer con cinco panes y dos peces á toda esa muchedumbre? *Numquid poterit parare mensam in deserto?* Los ojos de Jesucristo levantados al cielo, insinuan á todos que el poder de Dios va á dejarse ver; que la providencia divina socorrerá misericordiosa á los que le temen y esperan en ella; y en fin, que los cinco panes en las manos del Hijo de Dios producirian el mismo efecto que si fuesen muchos, y en cantidad proporcionada para alimentar á cinco mil personas. Jesucristo manda repartir aquellos cinco panes, despues de haberlos bendito con algunas palabras de oracion (1), con las cuales sin duda alguna les imprimió la virtud de multiplicarse.

El asombro de los apóstoles, que distribuian el pan y lo veian multiplicado en sus mismas manos, no era ménos que el de la muchedumbre que recibia esa comida milagrosa, y la veia tambien crecer y aumentarse

(1) Luis de la Puente. Parte III.

delante de sus mismos ojos. Todos comían aquel pan, todos percibían su sabor tan exquisito, sin duda como aquel del maná que alimentó á Israel en el desierto, y todos quedaron satisfechos. Aun mas cuando han concluido de comer, « recoged, les dice Jesus, los pedazos que han sobrado para que no se pierdan. » Y obedeciendo aquellos el precepto de su Maestro, llenan doce canastas de los fragmentos que sobraron. Ved ahí, podíamos exclamar con razon, ved ahí hasta dónde puede el Señor omnipotente preparar para su pueblo mesa en el desierto. *Numquid poterit parare mensam in deserto?* Comieron y se hartaron las turbas hambrientas, porque el Señor abrió su mano, y preparó banquete, é hizo brotar rios en el desierto para favorecer á los que esperan en El (1).

Aunque la providencia divina abraza igualmente á todos los hombres, y ésto lo repite el Señor á cada paso en sus santas Escrituras, sin embargo, hermanos míos, su cuidado es mucho mas especial todavía en favor de aquellos que en El ponen toda su confianza. Los justos que invocaron llenos de fé á Dios, que confiaron en su palabra, que le temieron y guardaron fielmente su divina ley, esos recibieron siempre señales mas amorosas y mas evidentes de la providencia especial, con que corresponde á los suyos los cuidados que se toman para serle fieles en toda circunstancia. David, reconocido á esta providencia admirable, convidaba á todas las criaturas para que conozcan y contemplen cuán bueno es el Señor con los que le sirven con recto corazon (2). ¿Quién no se conmueve viendo á Elías, fatigado, perseguido encarnizadamente por los

(1) Salmo 100.

(2) Salmo 92.

enemigos de Dios, y como abandonado de todas las criaturas, socorrido por un ángel que le alimenta, le recrea y le conforta? ¿Quién no adora la mano providentísima del Eterno, cuando la ve trasportando al profeta Habacuc con la comida destinada para ciertos segadores, á la masmorra en que estaba encerrado Daniel? ¿Y quién no levanta de corazon un cántico al Señor, por cuya fé encadenado San Pedro ve rotas sus cadenas, y marcha acompañado por un ángel hasta quedar completamente libre? Bendita sea mil veces esa providencia, y ojalá que todos los hombres la conozcan, para que todos de ella se persuadan, para que todos la adoren, todos la amen y todos la teman.

Entre sus obras ninguna Dios ama tanto como á su Iglesia, que compró con su sangre y enriqueció con sus merecimientos: esta Iglesia Católica, Apostólica, Romana, única verdadera, única de Jesucristo y única tambien que, segun la promesa de nuestro Salvador, deberá vivir aquí hasta la consumacion de los siglos y eternamente allá en el cielo. Observad cuánto han batallado sus enemigos por humillarla, debilitarla y vencerla: enemigos salidos de su mismo seno, enemigos venidos de fuera, enemigos de la tierra, enemigos armados por el infierno, toda suerte de enemigos que la persiguen sin cesar. Mas ¿qué obtienen? Ya dijo la voz eterna á uno de los primeros perseguidores de su Iglesia lo que obtendrian los que combatesen á Cristo: « *Durum est contra stimulum calcitrare*; Duro es dar coces contra el aguijon (1). » Porque así como aquel que ésto hiciese, se lastimará, y rendido de fatiga quedará vencido, humillado y lastimado; así los que persiguen á Cristo y á su Iglesia,

(1) Hechos de los Apóst. C. 9.

sin haber podido vencer á ésta, quedarán humillados y vencidos ellos mismos. Esto lo hemos visto tantas veces, y casi pudiéramos decir materialmente en todos los países del mundo. Se ha perseguido á la Iglesia en su fé, en su disciplina, en sus leyes y en su moral: se ha puesto en juicio á sus obispos, se ha levantado la mano contra el mismo Vicario de Jesucristo, despojándolo inícuamente de sus derechos, de su soberanía, y aun de su decoro, hasta reducirlo á la condicion de un verdadero prisionero. Se ha despojado á las iglesias de las rentas, que recibieron de aquellos que libremente pudieron dárselas, porque disponian de lo que era suyo. En España, en Italia, en Méjico, en Venezuela, en Centro-América y en nueva Granada han sido saqueadas por los que se llamaban liberales, y decian obrar en nombre de la libertad. Mas despues de tantos escándalos, robos y sacrilegios ¿qué han conseguido estos pobres hombres, vuelvo á preguntar? Es cierto que no pocos improvisaron grandes fortunas, pero fortunas que todos conocen y nombran con el nombre que merecen. Mas la Iglesia, esa Iglesia que ellos creyeron haber muerto en tantas ocasiones, en medio de los tremendos martirios á que la sujetaron, se levanta siempre erguida, fuerte é incontrastable. ¿Sabeis cómo la contemplo? Oid mi pensamiento. Me parece ver á esta Iglesia Católica simbolizada en Jesucristo su divino Esposo, y sus perseguidores en los ministros y sayones que blasfemaban, herian, burlaban y escupian al divino Salvador, y gritaban á Pilatos: « Crucificalo, crucificalo, » pidiendo le hiciese morir. Ese pueblo, sediento de su sangre, ya le habia despedazado hasta el extremo, que aquel magistrado injusto presentándosele le decia: « *Ecce homo*; vosotros decís que es hombre ese Jesus, però no tiene ya fi-

gura de hombre, porque desde la cabeza hasta los piés no es mas que una llaga. » Pilatos se los entrega. *Iesum vero tradidit voluntati eorum* (1). Lo encierran sobre un madero, lo sepultan despues de muerto: aun mas rodean su sepulcro de guardias, porque le temen todavía. Pero ¿qué consiguen despues de tantos afanes? Qué Jesus se levante del sepulcro, cumpliendo lo que habia dicho; que aterre á sus enemigos; que confirme y robustezca la fé de sus creyentes, y que mande con imperio celestial á sus discípulos prediquen su santo Evangelio á toda criatura. Esta misma es la situacion de la Iglesia Católica. Los acusadores gritan cada dia, pidiendo para todos sus enemigos franquicias, libertades, proteccion, y para ella persecucion, esclavitud y malos tratamientos. El poder público, obligado á protegerla con sus instituciones y sus leyes, olvida este deber, y la entrega á sus enemigos, permitiendo que sus ministros y empleados le infieran gravísimos ultrajes. *Iesum vero tradidit voluntati eorum*. Hay debilidad, hay deseo de complacer á esa muchedumbre que se llama pueblo, y aun cuando sea cometiendo injusticia, los que administran el poder, no trepidarán en abandonar la Iglesia con su fé y sus santas leyes á mano de sus enemigos. Pero; hombres pequeños! vosotros creéis de esa manera hacerla morir; mas ésta no muere. Dirá como su divino Fundador: *Mortuus et sepultus resurrexi: vobiscum sum et vivo in aeternum*. Se levantará viva del sepulcro de la persecucion, de la burla y del desprecio, que creían hacerle sus injustos opresores: se levantará viva, repito, porque tiene fuerza divina que la robustece y da vida; porque tiene, en una palabra, la providencia de su divino Fundador que la protege comunicándole su celestial virtud.

(1) Lucas. Cap. 23.

De todo lo dicho, hermanos, debemos concluir, que nuestra confianza en Dios ha de vivir en nuestra alma como el espíritu que anima á ésta misma ; de modo que así como el cuerpo necesita del alma para vivir, así nuestra alma viva por su confianza en Dios. Anímémosla especialmente en nuestras tribulaciones; Dios está mas cerca de nosotros cuando permite que suframos, y con seguridad podemos contar que seremos socorridos, porque la providencia de nuestro buen Padre está velando , á fin que no seamos atribulados sinó á medida de las fuerzas que se nos dan para resistir. No midamos ni la fortaleza, ni el poder, ni la providencia de Dios por nuestra pequeñez, por nuestra debilidad y nuestra pobreza: tengamos viva nuestra fé, vivo nuestro pensamiento y vivo nuestro amor en su divina bondad; ¡cuán maravillosas serán entónces las obras que hará en beneficio de nuestra alma ! ¡cuán infinita la providencia con que nos socorrerá en nuestras tentaciones ! y ¡cuán preciosos los dones de gracias con que nos robustecerá, para marchar por el camino largo y fatigoso de esta vida á la patria de felicidad eterna ! Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMASEXTA.

DE LA SANTIDAD DE JESUCRISTO.

Quis ex vobis arguet me de peccato?

¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?

(S. Ioann. C. 8.)

Jesucristo es quien habla y, echando en cara á los judios que maquinaban con enorme injusticia contra su vida, les da pruebas evidentes de su inocencia, de su virtud y de su perfecta santidad. ¿Quién de vosotros, les dice, podrá acusarme de pecado? Yo he predicado al mundo constantemente la verdad, mas vosotros no habeis querido escucharla, porque no sois de Dios; todo el que es de Dios, percibe la luz que viene del cielo, y ésta le hace conocer la verdad. Y aunque tal argumento que hace brillar el origen celestial del santo Evangelio, era suficiente por sí solo para demostrar la divinidad de quien lo predicaba, añade otro todavía no ménos concluyente el Salvador, respondiendo á las calumnias de sus enemigos que lo llamaban endemoniado, y lo rechazaban como samaritano. « Yo no tengo demonio, ni procuro mi honra, sinó la de mi Padre celestial que está en los cielos: si yo buscase mi propia honra, toda mi gloria seria vana; mas otra es la gloria que yo busco, y esa no perecerá jamas, porque es la de mi Padre que vivirá eternamente. » De modo que á la santidad de sus palabras añade la santidad de su vida ocupada solo de los intereses del Padre celestial. Esta inocencia perfecta de Jesucristo, nunca desmentida por sus enemi-

gos ni con ligeras apariencias de verdad, era la mejor práctica de su doctrina, y la que tantas ocasiones se dignó recomendar para que imitásemos. Era natural que, despues de argüir á sus calumniadores demostrando evidentemente su inocencia, les preguntase : ¿ Porqué me deshonrais ? ¿ Porqué me acriminais, llamándome endemoniado y suponiéndome samaritano ?

Los que así se veian confundidos, sin tener razon alguna que oponer á la justísima queja del Salvador, recurring á la venganza, y llenos de ira toman piedras para tirarle ; mas Jesus huye y se esconde de ellos, porque aun no habia llegado su hora de padecer. De modo, hermanos mios, que el santo Evangelio nos ofrece la perfecta santidad de nuestro Señor Jesucristo , demostrada por pruebas solemnes que dió de ella el Salvador durante su vida en la santidad de su doctrina, en la santidad de sus acciones, y finalmente, en los tormentos de su pasion. Voy á ocuparme de estas tres clases de manifestaciones, y quiera Dios que su santísima palabra sea de tal eficacia en nuestras almas, que la santidad del Hijo de Dios nos decida á emplear nuestra vida en imitarle, nuestras palabras en imitarlo tambien, y nuestras acciones en grabarlas en nuestro corazon, procurando tener en todos los lugares, en todos los negocios y en todas las circunstancias el espíritu de Jesucristo. ¡ Ah ! y ¿ cuál pudiera ser mejor preparacion para las santas solemnidades de la pasion, cuyo tiempo hoy principia nuestra Madre la Iglesia ? Atendedme, pues la materia es de sumo interes.

I.

He dicho que la primera prueba de santidad, que ofrecia el Salvador á sus enemigos , consistió en la

excelencia de la doctrina misma que predicaba. Porque, á la verdad, el Evangelio de Jesucristo contiene enseñanzas que solo Dios pudo dar á los hombres, y van dirigidas á la práctica de virtudes que son muy superiores á la naturaleza humana. Esta, despues del pecado, quedó poseida de profunda aversion á todo cuanto la humilla, á lo que la despoja de los bienes de la tierra, y á lo que mortifica sus sentidos. Su propension es elevarse hasta enseñorearse sobre los demas como Lucifer que, lleno de orgullo y presunsion, queria elevarse sobre el trono de Dios. Como si hubiese de vivir perpetuamente en este mundo, se agita por adquirir bienes para disiparlos en vanidades; y aborreciendo todo lo que es amargo á su carne, busca con ánsia los placeres de sus sentidos, y en ellos hace consistir gran parte de su felicidad. Todos los hijos de Adan anduvieron por este mismo camino; todos participaron de esta misma corrupcion, porque todos pudieron decir como David: « Mirad hasta dónde soy miserable, y cómo la iniquidad me persigue en todas partes. » Por eso nuestra fé reconoce que el beneficio mas grande que Dios hizo á un hijo de Adan, la Virgen Maria, fué librarla de estas miserias, habiéndola libertado del pecado original.

La doctrina de Jesucristo está en oposicion á aquella soberbia, enseñándonos que la humildad es como el fundamento de todas las virtudes. Oid lo que dice á los hombres: « Al que se humillare, yo lo ensaltaré (1); » y no contento con enseñarlo así, declara que concede todos sus bienes espirituales, y todos los premios de su gracia en esta vida y de su gloria en la eternidad, á los humildes. Y no busca en el hombre una humildad

(1) Mateo. Cap. 23.

cualquiera, sinó sincera y profunda, como la del niño que aun no ha dado entrada en su alma á la soberbia y presunzion de los grandes (1). En todas partes contiene su doctrina esta misma verdad, de tal modo que podemos decir que toda ella es leccion de profunda humildad, destinada á desterrar del corazon de los hombres el orgullo y la soberbia que son enemigos de Jesucristo.

Inspira tambien desprendimiento de las cosas de la tierra, haciéndonos conocer otra clase de bienes infinitamente mas ricos y apreciables que aquellos, cuales son los que encierra la gracia de Dios y la gloria eterna. A los que apegan su entendimiento y su voluntad á los tesoros caducos de la vida presente, « Buscad, les dice, el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará por añadidura. Atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni la polilla los devora, ni los ladrones los desentierran, ni los roban (2); » declara expresamente que ninguno puede servir al mismo tiempo á Dios y á las riquezas, porque no pueden estar unidos en nuestro corazon, y forzosamente habrá que amar al uno y aborrecer al otro.

Y tambien enseña el amor á la mortificacion, declarando que los enemigos verdaderos de nuestra alma son nuestros sentidos, y que de éstos nadie puede triunfar sinó por la oracion y la penitencia (3); que no hay sinó un solo camino para llegar á la eterna bienaventuranza, y ese es áspero y estrecho, que padece fuerza, de modo que los que se violentan, son los únicos que entran en él (4); y en fin, que es necesario aborrecerse á sí propio, domando y castigando las pasiones

(1) Lúcas. Cap. 18.

(2) Mateo. Cap. 6.

(3) Idem Cap. 17.

(4) Idem Cap. 11.

con la penitencia, para conseguir la salvacion (1). De modo que nuestro Señor Jesucristo predicó una doctrina opuesta del todo á los sentimientos y deseos del corazon humano, y por eso muy bien pudo decir: « *Non veni pacem mittere, sed gladium*; No he venido á traer al hombre paz, sinó guerra. » Le ha traído guerra á sus concupiscencias, á sus apetitos torpes, á su malicia y ociosidad: le ha traído guerra á su ambicion, y á su vanidad, á su amor propio, y á todos los otros vicios que nacen de la soberbia mundana: le ha traído guerra al propio juicio, á la propia voluntad y á toda presunsion; de modo que aquel que quisiere salvar su alma con vida eterna, necesita sacrificarla hasta perderla, si es necesario, en este martirio voluntario que importa la mortificacion de todas sus pasiones (2). ¿Y cuánto no repugna al hombre carnal todo ésto? « No entendemos lo que hablas (3), » dijeron á Jesucristo algunos de sus discípulos, cuando les enseñaba esta doctrina; y ésto mismo oímos repetir cada dia á tantos malos creyentes, que desearian ver borradas del Evangelio todas las enseñanzas que se refieren á la necesidad de mortificar nuestros sentidos. No quieren entender que la vida pasada entre los regalos y las delicias de la concupiscencia no es propósito para conseguir la salvacion. No quieren entender que la disipacion, que acarrean al espíritu los entretenimientos de la tierra, levantan mil obstáculos para llegar al cielo. No quieren entender que Jesucristo al decirnos: « Yo soy el camino, » nos ha dejado como herencia sus humillaciones y penitencias, sus fatigas y desprecios, su pobreza y abatimiento. Y en fin, no quieren entender

(1) Mateo. Cap. 16.

(2) Marc. Cap. 8.

(3) Mateo. Cap. 15.

que la vida del cristiano, á imitacion de la de Cristo, es *summus labor, summus dolor et summa paupertas*, como predicaba muy bien San Bernardo (1): sumo trabajo, porque la ley de Jesucristo condena la ociosidad mundana; sumo dolor, porque manda la mortificacion y la penitencia; y suma pobreza, porque aconseja el desprendimiento de las cosas de la tierra, y no buscarlas sinó como medios de conseguir nuestra felicidad eterna.

II.

No se contentó Jesucristo con exhortarnos de palabra á la santidad de vida, proponiéndonos en el santo Evangelio los preceptos y consejos que nos conducen á ella, sinó que en sus mismas acciones nos dejó la práctica perfecta de sus enseñanzas, para que las imitásemos. Desde que se hace hombre, toma como sus compañeros inseparables la humildad, la pobreza, la obediencia, el desprecio, la afrenta, y en fin, cuanto está en relacion con la mortificacion mas estrecha y perfecta. Contemplad, hermanos mios, su entrada á la tierra, y vereis al Rey de gloria y de eterna majestad abrazado con aquellas virtudes tan estrechamente, que el Apóstol de las gentes, contemplándolo, lo veia desde entónces mismo enclavado en la cruz por el amor que les tenia. No quiere nacer ni aun en la humilde casa de su padre putativo; rehusa la pequeña comodidad que le proporcionaria la pobre cama de su Madre santísima; viene como huyendo de Nazaret y de la compañía de los suyos, donde habria sido recibido, siquiera, bajo un techo, porque reclinado en las humildes pajas de un pesebre contradice mas amargamente la soberbia

(1) Serm. 8 de Annunc.

de los hombres, á los ojos de cuya ambicion todo parece pequeño, todo indigno de su persona. Cuando allí abre sus manos, es dirigiéndose á los humildes y pobres; cuando derrama sus lágrimas y hace sentir sus llantos de niño, quiere recibir sus consuelos de los humildes y pobres; y cuando por medio de sus ángeles revela el misterio estupendo de su nacimiento, y llama á los primeros que han de verle y adorarle, es tambien á gente humilde y pobre. De modo, hermanos míos, que la humildad y la pobreza estuvieron siempre íntimamente unidas á nuestro Señor Jesucristo.

Es cierto que los astros, obedeciendo su voz, llaman á los grandes, á los reyes y á los sábios para que vengan á adorarle y á traerle dones, como lo tenían anunciado sus Profetas; pero tambien lo es que esta honra, que los cielos quisieron tributarle en medio de su abatimiento, vino á despertar contra su persona una cruel persecucion, convirtiéndose de esa manera en motivo de llanto y de amargura el glorioso testimonio que el Eterno Padre daba de su divinidad. Si de su niñez pasamos á reflexionar sobre su juventud, oiremos lo que San Lucas nos refiere en medio del asombro mas íntimo de su alma. *Erat subditus illis*. Es decir, que el Hijo de Dios se habia voluntariamente sometido á sus criaturas, queriendo enseñarles la obediencia con su ejemplo. Y comprendereis vosotros, hermanos míos, la extension y el mérito de esta obediencia de nuestro Señor Jesucristo: su extension, porque no tuvo límites, sino que obedeció siempre; su mérito, porque era obediencia de un Dios hecho hombre, y llevaba consigo merecimientos muy superiores á la nuestra. La obediencia de Jesucristo nunca fué desmentida, ya fuese que la practicase como niño pequeño, ya fuese como jóven ó como hombre, ya fuese á su Eterno Padre,

ya á sus mismas criaturas, ya á los preceptos eternos sancionados por Dios directamente, ya á las leyes dadas por los hombres, y que estaban en armonía con aquellas, siempre la encontramos perfectísima. El apóstol San Pablo hace el compendio de las virtudes del Hijo de Dios hecho hombre en estas palabras: *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem* (1). Se humilló á sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte, para enseñarnos que en el ejercicio de estas dos virtudes, humildad y obediencia, se encuentran encerradas todas las demas sumamente perfectas y admirables que practicó el Divino Salvador.

Y si extendemos nuestra vista sobre su predicacion, cuando llenaba el ministerio de maestro del género humano, ¡ oh ! ¿ quién podrá pintar su celo por los intereses de Dios, ni su caridad para con sus criaturas ? Su celo, El mismo lo retrata cuando le oimos: « Fuego he venido á encender en la tierra, y ninguna otra cosa quiero sinó que arda (2). » Por eso le vemos correr por las ciudades y los campos, enseñando su fé á los grandes y á los pequeños, volviendo por su honor, celando el respeto de su templo, y echando en cara á los doctores de Israel la negligencia con que descuidaban su decoro y culto. Yo, repite á cada paso, no busco mi gloria, sinó la de mi Padre celestial: para ésto he venido al mundo, y á este mismo fin dirijo todas mis obras. Su caridad es para todos, pero especialmente para con los pecadores no tuvo límite. « He venido, dijo, á buscar las ovejas que perecian de la casa de Israel (3); » y las buscó con fatiga y lleno de solicitud. Contempladlo delante de la adúltera,

(1) Ad Philipp. Cap. 2.

(2) Lucas. Cap. 12.

(3) Mat. Cap. 15.

de Zaqueo, de la Magdalena, ó de alguno de tantos otros, cuyas enfermedades espirituales sanó con la medicina de su infinita caridad, y no podrá ménos que conmoverse vuestro corazon. ¡ Oh ! ¿ Qué cosa pueden los hombres encontrar igual á esta bondad amorosa de Jesucristo ? « Conviértanse en lenguas todos los miembros de mi cuerpo, decia San Bernardo, para poderla alabar dignamente, y mi alma sienta sed ardiente de su amor, para agradecerse la como es debido, y del modo que mejor pueda aprovecharla (1). »

III.

Mas donde Jesucristo nuestro Señor recopiló los ejemplos celestiales, que nos dió dejándonos á la vez en ellos el mas solemne testimonio de su perfecta santidad, fué en su pasion dolorosísima. Todas las virtudes propias del cristiano, todas las ejercitó allí de un modo perfectísimo, tanto interior cuanto exteriormente. Era maestro, rey y señor de las virtudes ; y los pasos de su pasion quiso que fuesen la cátedra, desde donde levantando una voz que se escuchase en todo el mundo, diese á éste sus últimas lecciones, enseñándole la práctica de todas. Habia repetido constantemente un mandamiento, que llamó suyo, y que declaró ser el primero y el fundamento de los demas, el de la caridad. « Este es mi precepto, dijo, que os ameis los unos á los otros, como yo he amado á todos vosotros (2). » Y Jesus amó, y amó hasta el fin, como lo observa el evangelista San Juan. Las aguas infinitas de todos los tormentos que inundaron y ahogaron su

(1) In Cant. Cantic. Serm. 7.

(2) Juan. Cap. 13.

naturaleza humana, no podrán apagar el incendio de su abrazado amor, ni los rios de amargura que anegaron su alma, la amortiguaron un instante. El mismo fervor siente cuando postrado en el huerto de las olivas, se ofrece en sacrificio de expiacion por nuestros pecados al Eterno Padre, que cuando, terminando ya de inmolarsé, levanta su voz y anuncia que todo está concluido.

Seria imposible seguir una á una todas las virtudes que practicó Jesucristo en su pasion, y con las que demostró al mundo su santidad perfectísima; pero estan compendiadas en su paciencia invencible, en su humildad profunda y en su obediencia celestial. Observadlo, hermanos míos, en presencia de sus jueces inicuos, injuriado por la plebe mas indigna y calumniado de la manera mas atroz, y conocereis hasta dónde llegó su paciencia. *Obmutui, et non aperui os meum*, nos dice por el Profeta (1): guardo silencio, y no desplego mis labios ni para quejarme de los crueles tratamientos, ni para representar la injusticia con que se procede, ni para vindicar mi inocencia maltratada. *Obmutui, et non aperui os meum*. ¿Qué ejemplo para muchos! que no pueden sufrir, no ya una injuria, pero ni aun siquiera un mal modo, una postergacion ó un trato ménos afectuoso. Todo esto les molesta, irrita y aun hace tantas veces vertir quejas nacidas del amor propio y de la estimacion exagerada de sí mismo. Mientras tanto, ¿qué nos dice con su silencio el divino Redentor? « Como yo lo hago, hacedlo tambien vosotros: me llamais Maestro; aprovechad la leccion que os dejo. » *Obmutui, et non aperui os meum*.

Conocereis hasta dónde llega su profunda humildad,

(1) Ps. 38.

contemplándolo marchar cargado con la cruz. ¡ Ah ! esa cruz , representacion de nuestras iniquidades por las cuales va á morir ; esa cruz , altar del cruento sacrificio que va á ofrecer de su propia vida, lleva humildemente sobre sus hombros hasta el monte Calvario. Esa cruz era afrentosísima para Jesucristo , que cargándola era tratado como pecador, era sentenciado como pecador, y marchaba á sufrir el suplicio reservado para que en él los mas infames pecadores pagasen sus delitos abominables. Sin embargo la abraza con tierno amor, la santifica con el contacto de su cuerpo, y con sus propias manos la coloca sobre sus hombros. Ni la fatiga , consecuencia natural de los tormentos atroces que sufria, ni la debilidad suma á que habia quedado reducido su cuerpo, le impide mientras tanto ejercitar su infinita caridad con las hijas de Jerusalem que lloran por El amargamente. Lleno de entereza y majestad celestial se vuelve á ellas, y les dice : « No lloreis por mí, sinó por vosotras mismas, y por vuestros hijos ; porque si en el madero verde se hace ésto, ¿ en el seco que será ? » Así las exhortó, y en ellas exhortó tambien á todos nosotros á reflexionar que, si en el árbol lleno de santidad y de virtudes perfectas la justicia divina tomó venganza terrible, porque cargó sobre sí los pecados de los hombres, ¿ cuál tomará de los mismos pecadores responsables de tantas iniquidades ? Si á El lo entrega Dios á los azotes, á las espinas, á los clavos, y á la cruz, ¿ á cuáles tormentos entregará á los que se envejecen en los vicios, en los escándalos y todo género de malas obras ?

La obediencia que allá en el seno de su Eterno Padre mostró Jesus con la maravillosa voluntad , que David pinta con solo estas dos palabras : « *Ecce adsum* ; Aquí estoy, » ahora en su dolorosa pasion la practica

con la eficacia tan perfecta que está significada en estas otras dos: « *consummatum est*, » que salen de sus labios moribundos. Todo está hecho, nada ha quedado por hacer de cuanto mi Padre se dignó escribir de mí, en el libro de su sacratísima providencia (1). Alma mia, eleva al monte Calvario los ojos de tu entendimiento, y contempla á Jesucristo obediente hasta sufrir muerte enclavado en afrentosa cruz. Mas contéplalo con ánimo eficaz de imitarlo, tomándolo por modelo.

Hemos recorrido, hermanos míos, las tres pruebas que da en el Evangelio Jesucristo á los enemigos de su virtud y perfecta santidad. De ellas ¿qué debemos concluir? Que estando nosotros llamados á ser imagen del Hijo de Dios por la santidad y perfeccion de nuestra vida, debemos trabajar por adquirir esas virtudes, y por ellas acercarnos á la santidad perfecta de nuestro Señor Jesucristo. Las que nos enseña con sus palabras y con sus ejemplos, son el medio eficaz como lo conseguiremos. El divino Salvador, que entónces instruía en la tierra á los hombres con esas palabras y esos ejemplos, es el mismo que hoy puede darnos su mano poderosa, para hacernos caminar por la senda de su imitacion. Pidámoselo humildemente, y con un corazón lleno de tierno amor digámosle que nos dé sus virtudes, especialmente su humildad, su paciencia, su obediencia y su fortaleza, con las cuales perseverando en su imitacion aquí en la tierra, merezcamos reinar con El eternamente en el cielo. Así sea.

(1) Salmo 39.

INSTRUCCION DÉCIMASEPTIMA.

MODO DE MEDITAR CON PROVECHO
LA PASION DE JESUCRISTO.

Sentite in vobis quod et in Christo Iesu.

Sentid en vosotros lo que sintió Jesucristo.

(Ad Philipp. Cap. 2.)

Ninguna otra consideracion debe ocupar al cristiano en este santo tiempo, sinó aquella que inspiran los padecimientos de Nuestro Señor Jesucristo. La grandeza del beneficio que nos dispensa muriendo por nosotros, y el reconocimiento que por esto le debemos, han de cautivar nuestra voluntad, de modo que hagan de nuestro corazon una víctima de amor á Jesucristo. La grandeza del beneficio es tal, que la lengua humana no alcanza á expresarlo, por mucho que se empeñen nuestra fé y nuestra razon en hacerlo conocer. Jesucristo Hijo de Dios se nos presenta en los misterios de su pasion humillado, rendido, ignominiosamente maltratado, y hecho el precio de los hombres, que cual pobres esclavos estaban vendidos á la muerte. Ved ahí la grandeza del beneficio que nos hace. Las almas rescatadas del pecado, lavadas de sus miserias, enriquecidas con merecimientos inefables, y todo en virtud de la sangre derramada por Jesucristo en su pasion y muerte; ¡cuántos motivos nos ofrecen para que, inflamados por el agradecimiento y el amor hácia nuestro caritativo Redentor, deseemos con vehemencia sentir lo que El sintió, participando de sus dolores y de su muerte!

Sentite in vobis quod et in Christo Iesu. Porque en

esto consiste nuestro agradecimiento segun el Apóstol lo enseña , cuando nos exhorta á sentir en nosotros lo que sintió Jesucristo en su sacratísima pasión. *Sentite in vobis quod et in Christo Iesu*. Sentimos, cuando con la meditacion de las penas del Hijo de Dios procuramos grabar en nuestra memoria la grandeza del beneficio, que se nos ha concedido en la pasión y muerte de Jesus. Sentimos, cuando estimulamos nuestro entendimiento para que conozca , y nuestra voluntad para que procure adquirir esos mismos bienes ; y sentimos especialmente cuando con resolucion decidida y eficaz queremos imitar las virtudes, que con su ejemplo nos enseña Jesucristo en su dolorosa pasión. De esta manera es cómo sentimos lo que sintió Jesucristo entregado á la muerte por salvarnos del pecado. De esta ocupacion tan propia del cristiano reconocido al beneficio de su redencion, me propongo tratar ahora, hermanos mios, deseando vivísimamente que mis palabras lleven á vuestras almas el convencimiento, la compuncion y el fervor, con que debemos meditar el sacrificio del Hijo de Dios por nuestro remedio. ¿Cuál objeto debemos proponernos al meditar la pasión de nuestro Señor Jesucristo ? ¿ Cuáles son los afectos en que hemos de ejercitarnos en esa misma meditacion ? Ved ahí la materia sobre la que vais á escucharme.

I.

Tres son los fines que ordinariamente puede proponerse el cristiano que medita la pasión de Jesucristo. El primero es purificarse de sus pecados, alcanzando por medio de su meditacion la verdadera penitencia ; el segundo es aprender en los ejemplos de nuestro Señor Jesucristo el modo de practicar eficazmente las

virtudes cristianas ; y el tercero llegar á perfeccionarse en el ejercicio de estas mismas. El pecador que asistido por la divina gracia entra dentro de sí propio, y considera las culpas de que se encuentra reo delante de la justicia de Dios, no puede ménos que horrorizarse viendo los males que le han acarreado á su alma y á su cuerpo. En su alma ve los estragos que causaron en sus potencias imprimiéndoles manchas feísimas y torpes, que hicieron desaparecer el candor y la inocencia, que tanto recreaban al supremo Hacedor. En el cuerpo, imprimiendo en sus sentidos la pereza y el fastidio para todo cuanto puede contribuir á su aprovechamiento espiritual, y dejándole con movimiento, solo para aquello que le deshonra y le abate mas y mas en la presencia de Dios. Mas cuando ésto piensa, la fé le señala á Jesucristo que padece en su alma y en su cuerpo, á fin de proveerle la medicina necesaria para salir de su desgraciada situacion. Le ve señalándole las penas atrocísimas que inundan su alma, y el diluvio de tormentos que llueve sobre su cuerpo, y oye su voz que le dice: « Mírame, cristiano, y respóndeme: ¿ Podeis beber este caliz amargo que yo bebi, y ser bautizado con este bautismo de sangre como yo lo fui? Las potencias de tu alma estan manchadas con infinitos vicios, y las mias afligidas por un mar de congojas que las inunda con olas de angustia mas amargas que las agonías de la muerte. Porque esas manchas de tu alma y de las almas de todos los hijos de Adan, pasan delante de mi entendimiento con toda la enormidad que tienen las ofensas que se cometen contra Dios, y dejan en mí toda la pena que los pecadores deberian sentir por ellas. » De modo, hermanos mios, que cuando Jesucristo padecia en su alma santísima, satisfaciendo por los pecados del mundo, la representacion de estos mismos pe-

cados era la primera causa de su dolor. Los veia todos con la vista de su entendimiento, con toda su ingratitude, con toda su torpeza, con toda su sinrazon, y sin que nada se le ocultase de cuanto contribuye á hacer mas enorme y mas monstruoso á cada uno.

Pero á este conocimiento se agregaba la idea de la indiferencia, con que miraríamos sus penas, oponiendo nuestra dureza é insensibilidad á su ternura y amor infinito. Porque, á la verdad, hermanos mios, la fé nos hace conocer hasta dónde llegaron las amarguras del alma de Jesucristo: nos deja ver al Hijo de Dios postrado y oprimido bajo el peso enorme de la consideracion de nuestras culpas en el huerto de Getsemaní, y allí mismo por la intensidad de su dolor sudar sangre por los poros de su cuerpo. Y mientras tanto ¿qué pasa por nosotros? ¡Ah! preguntadlo, cristianos, á vuestro propio corazon, que yo repetiré instruido por Dios lo que Jesucristo decia por boca de David: « *Non erat qui cognosceret me*; no habia alguno que me conociese; » porque no hay, en efecto, quién aplique su consideracion seriamente á las penas del alma de Jesus, y por eso apenas tambien hay quien recoja los frutos que ellas nos han de dar. Nos falta el espíritu de compuncion, que debe hacernos participar de su tristeza y compadecernos de El como El se compadeció de nosotros, al tomar sobre sí nuestras iniquidades: nos falta el espíritu de compuncion, repito, que nace del convencimiento de nuestra culpabilidad, y nos hace aborrecer los pecados causa de las penas de Jesucristo; y nos falta ese espíritu de compuncion, que nos resuelve á consolar á Jesucristo con obras de sincera penitencia y conversion.

Del interior del Salvador salgamos á su exterior: recorramos uno á uno sus sentidos. ¿Cuál es el que

no padece? El mismo llama mar á su pasion, y confiesa que las borrascas de ese mar han sido tan recias y violentas, que lo sumergieron (1). Este mar es el bautismo de sangre, que lo bañó desde la corona de su cabeza hasta la planta de sus piés; y de tal modo lo desfiguró, que no tuvo ya aspecto humano, como lo meditó Isaías (2). ¿A cuál de sus sentidos nos dirigiremos que no sufra, y precisamente por amor nuestro? Sus ojos, nublados por la sangre que hacen vertir las espinas de la corona, ven sin embargo muy bien las burlas de sus enemigos y los padecimientos de los pocos amigos que le siguen. Sus oidos perciben las blasfemias contra su Padre celestial que excitan su celo, y aumentan la amargura de su espíritu; y todos sus demas sentidos, soportando los dolores mas íntimos, verifican literalmente en su cuerpo aquel bautismo de sangre, de que habló á dos de sus discípulos, diciéndoles: « ¿Podreis acaso ser bautizados con el bautismo que yo tengo de serlo? »

Mas para tantas penas interiores y exteriores que sufre, Jesus no nos pide una compuncion estéril, ni que se limite á sentir las amarguras que producian en su alma y en su cuerpo los tormentos de su pasion: quiere que sea acompañada de ejemplos eficaces de virtud, como otras tantas lecciones que hemos de aprovechar nosotros y nuestros prójimos. El alma que medita la pasion, no ve simplemente aquello que percibe á primera vista, sinó que penetrando con los ojos espirituales lo que se contiene en las acciones de Jesucristo, procura extraer de ellas todo cuanto puede servir de alimento para su fé y para su devocion. Maestro nuestro

(1) Salmo 68.

(2) Isaías. Cap. 54.

se llamó el Salvador, añadiéndonos que desempeñando su magisterio nos enseñaría cosas útiles (1). En su pasión reunió sus lecciones este Maestro soberano, y no solamente las que nos dió en su predicación, sino la enseñanza práctica que contienen sus ejemplos. A cualquiera de los misterios dolorosos que el cristiano vuelva su vista, ve en Jesús humildad suma, paciencia suma, pobreza suma y silencio sumo. ¡Ah! éstas son las lecciones que nos da el Salvador en su pasión, y con las que nos instruye en la ciencia mas provechosa, cual es la práctica de las virtudes que nos conducen á nuestra eterna salvación. « Levanta tus ojos, decía Dios á Moisés, y mira el ejemplo que se te ha mostrado en el monte. » De la misma manera podré yo deciros, hermanos míos: levantad vuestra consideración hasta Jesucristo crucificado en el monte Calvario, y medita en Él el perfecto modelo de todas las virtudes. *Respice ad exemplar quod tibi in monte monstratum est.* Te enseñó constantemente la humildad mientras vivió: « Aprended de mí, te dijo, que soy manso y humilde de corazón; » ahora te enseña á ser humilde hasta la muerte, pues muere en una cruz. Te enseñó la pobreza y desprendimiento voluntario de todo lo terreno, desde que nació en un establo de animales, y cuando predicando su santa doctrina pudo decir con verdad: « Las aves del cielo tienen nidos, y las bestias de la tierra tienen cuevas, en donde crían y alimentan sus hijos; mas el Hijo del hombre no tiene ni dónde reclinar su cabeza (2); » ahora muriendo desnudo, sin cama, sin ropa ni comodidad alguna, te predica que cuanto mas desprendido te encuentres de la tierra, mas cercano estás

(1) Isaias. Cap. 48.

(2) Lucas. Cap. 9.

de entrar al cielo. *Respice ad exemplar*. Te enseñó, en fin, la paciencia y el perdon de las injurias, hasta el extremo de mandarte presentar una mejilla al que te hirió la otra (1); y ahora sufriendo todo cuanto los malos de la tierra y los demonios del infierno pudieron inventar, te dice que esta paciencia debe ser invencible como la caridad, de modo que todos los males de la vida no puedan arredrarla, ni entibiarla.

Feliz aquel que conserva cuidadosamente estas enseñanzas de Jesus, feliz quien las guarda en su corazon para que sean allí como el alma de sus obras, y mas feliz el que las practica diligentemente cuando llega la ocasion. Este es el que participa del cáliz de Jesucristo, puesto que lo bebe á una con El, imitando las virtudes que nos enseña en su dolorosa pasion. Ved, mundanos, el modelo dado por Dios para las nuevas obras con que necesitais reformar vuestra vida. *Respice ad exemplar*. Levantad vuestra vista hasta el Calvario, vuelvo á decirlos y viendo á Jesucristo enclavado en la cruz, ¡ah! cuán distantes encontrareis vuestras obras de las que enseña con su ejemplo este divino modelo. En El encontráis la humildad hasta la muerte, mientras en vuestra alma reina la soberbia; en su desnudez aparece la pobreza, mientras vuestro corazon está prendido por el apego á los intereses y comodidades de la tierra, dominado por la sed de bienes de este mundo, y sin resignacion para soportar la pobreza con que Dios en tantas ocasiones se propone purificarnos. *Respice ad exemplar*. Contemplad su obediencia, y no podreis ménos que avergonzaros de esa altiva presuncion, con que rechazais cuanto contradice vuestra propia voluntad, y no amais ni buscáis sinó aquello que la halaga y

(1) Lucas. Cap. 6.

lisonjea. Mirad su mortificacion, y en El hallareis al varon de dolores, en cuyo cuerpo desde la planta del pié hasta el extremo de la cabeza no se ve parte alguna sana (1); sus tormentos son la reprension mas amarga que puede recibir vuestra pereza, vuestra ociosidad y vuestra vida tan falta de penitencia como sobrada de comodidades y regalos. Pero recordad al contemplarlo que es el camino, y que sin seguirlo no podremos llegar á la patria que nos conquistó y nos abrió con los méritos de su pasion y de su muerte. Agregad todavía, hermanos mios, que la fé hablando á nuestra alma le dice: Ese Jesus, que tanto padece, es inocente, mientras tú eres culpable; y Jesus satisface por culpas ajenas, mientras tú debes satisfacer por vuestros propios pecados; y no terminemos nuestra contemplacion, sin haber adquirido la resolucion firme de trabajar por imitar á Jesucristo en la práctica de las virtudes, que nos enseña en los pasos de su dolorosa pasion. Si nos hallamos débiles y sin fuerzas para marchar por el camino áspero de esa imitacion, pidámoslas á El mismo, y las alcanzaremos.

Las almas que ya dejaron su vida pecadora, y viven arregladamente, meditando la pasion de nuestro Señor Jesucristo, aprenden la perfeccion en el ejercicio de aquellas mismas virtudes, porque éstas son lecciones de celo ardiente y abrazado por los intereses de Dios, que el divino Salvador nos enseña en medio de sus tormentos. « Yo no he buscado sinó la gloria de mi Padre, » ha repetido cada dia, y la busca muriendo, porque muere por repararla y por satisfacerla. Su Padre todo lo merece, y cualquier sacrificio que se haga, aun cuando fuese el de la propia vida, es justo que se le tribute,

(1) Isaias. Cap. 1.

le es debido, y no trepida, por consiguiente, en abrazar toda la pasion, con tal que el honor del objeto amado quede debidamente satisfecho. Amar al prójimo por Dios, y sacrificarse por El, es el ejercicio mas digno de esa perfeccion de la caridad, que nos enseñaba cuando dijo: « Ninguno tiene tanto amor como aquel que pone su vida por sus amigos (1); » y ésta es la que practica, no ya solo por sus amigos sinó por los prójimos, y prójimos ingratos, cuales éramos todos nosotros. ¡Oh! ¡cuánta robustez no alcanzará nuestra caridad auxiliada por el ejemplo de la que practica Jesucristo en su pasion? Meditándola fervorosamente, hermanos mios, cómo encontramos medios para purificar nuestra conciencia, y lecciones eficaces para aprender la práctica de las virtudes perfectas y para ejercitarnos fervorosamente en estas mismas. Mas, para conseguir tantos bienes, necesitamos acercarnos á contemplar á Jesucristo acompañados de los sentimientos que voy á exponeros.

II.

El santo Job, postrado en un asqueroso muladar y abandonado alli de todos, miraba como verdadero consuelo levantar su alma al Señor, y cuanto mas grande era su abatimiento y mayor su miseria, era tambien mas perfecta la humildad y mas firme la esperanza con que se volvía á Dios y aguardaba sus socorros. Estas dos virtudes son cabalmente las que nos han de acompañar en la meditacion de los tormentos de nuestro Señor Jesucristo. Con la humildad reconoceremos toda la miseria, desde donde nos levan-

(1) Juan. Cap. 15.

tamos para venir á contemplar á Cristo, y con la esperanza hemos de entrar en el seno de su infinita caridad, donde vemos los tesoros con que seremos enriquecidos en virtud de los merecimientos de su sangre preciosísima. Con la humildad diremos como aquel santo penitente: « Invocaré á Dios, y me oirá aunque soy indigno: » pero con la esperanza de ese mismo: « aunque supiera que habia de morir, no dejaria de esperar en El, » repetiremos tambien (1). Debemos venir con fervor, porque los tibios nunca alcanzarán los favores de Cristo; recordad, hermanos míos, que los apóstoles que se entregaron al sueño la noche de la pasión, fueron los que abandonaron y negaron al Salvador, cuando mas bien debian haberlo acompañado y confesado. La Virgen Maria, San Juan y la Magdalena que no lo abandonaron, sinó que con fervoroso amor le siguieron y tomaron parte en sus padecimientos, fueron los que merecieron recoger sus últimas palabras en el monte Calvario.

Con estas dos disposiciones aplicaremos nuestros sentidos á Jesucristo que padece, la vista para imaginar que vemos al mas hermoso entre los hijos de los hombres, pero desfigurado horriblemente por las heridas y la sangre. Y si nuestro amor nos inspira como á Santa Brígida preguntarle: « ¿Quién desfiguró tan horriblemente tu belleza, Dios mio? » oiremos su voz, que es la voz de nuestra fé, respondernos: « Tus pecados me han puesto de esta manera. » Con los oídos de nuestra alma procuraremos escuchar sus palabras, unas veces amorosas con que pide á su Eterno Padre perdón para nosotros; otras terribles, con que nos recuerda la estrecha cuenta que algun dia se nos pedirá de su pasión; y llenos del santo temor, con que recibia

(1) Job. Cap. 13.

el Profeta las palabras del Señor (1), resolvámonos á arreglar nuestra vida segun lo que ellas nos enseñan. No dejemos pasar ninguna inútilmente, contienen todas semilla de vida y de felicidad eterna, guardémoslas en nuestra alma como Maria Madre de Jesus y como las santas mujeres del Evangelio, para que fructifiquen frutos de vida celestial.

De su sangre preciosa y de sus llagas amorosísimas se esparce fragancia del paraíso (2): acerquémonos para fortificar y recrear con ella nuestro corazón. Aquella tan fervorosa y fina amante, que nos retrata el sagrado Cántico, compara á Jesucristo al unguento precioso que se derrama esparciendo un perfume de aromas, que llega hasta los rincones mas lejanos. Esos perfumes son los de sus virtudes, que allí se dejan sentir con mayor fuerza; ojalá, pues, que esa fuerza sea tal, que embriagase nuestra alma, y la dejase sin voluntad para todo lo que no fuese amar á Dios y vivir para El. Los frutos que saborea el espíritu en esta santa meditacion, son aquellos que la Esposa de los Cantares encontraba sabrosos para su paladar (3). Porque el alma que ama á Dios y desea corresponder á sus beneficios, nada encuentra molesto ni pesado de cuanto sea á propósito para mostrar su reconocimiento; ya sean tribulaciones espirituales, ya sean enfermedades corporales, ya sean pobreza ó ya persecuciones las que le haga saborear Jesucristo participándole los frutos de su passion, los encontrará siempre dulces como aquella otra.

Con mis manos, en fin, puedo figurarme que toco las sacratísimas llagas de Jesus nó con el espíritu de

(1) Habacuc. Cap. 3.

(2) S. Bernard. Serm. 2. de Passion.

(3) Cant. Cantic. Cap. 2.

curiosidad con que las registraba el apóstol que dudó de la resurreccion de su Maestro, sinó con aquel devoto recogimiento con que convida el Profeta , para que vengamos á recoger las aguas de vida eterna que brotan de las llagas del Salvador (1).

Despues de aplicar nuestros sentidos de esta manera sobre Jesus que padece por nuestra redencion , entraremos dentro de nuestra alma , y le preguntaremos: ¿ Quién es el que padece? Piensa, alma mia, piensa detenidamente: ¿ Quién es ese que padece? Ni es un profeta, ni es un santo simplemente, ni es un ángel. Si fuese un justo ó un profeta, mereceria por cierto nuestra compasion: si fuese un ángel que hecho hombre recibiese tormentos, nos asombraria la caridad que á ese sacrificio le hubiese movido. Mas el que sufre es la justicia misma por excelencia ; es el Señor que inspiraba á los profetas ; es el Rey de los ángeles á quien los serafines mas elevados sirven de trono ó pedestal; ¿ quien padece en la cruz, es el Hijo de Dios ! Aviva tu fé, alma mia, y contempla á ese Dios infinitamente grande, poderoso y sábio, humillado y abatido para padecer. ¿ Y por quién? ¡ Ah! padece por los hombres colmados de ingraticudes , de pecados y de miserias de todo género. Padece por todo el linaje humano llagado de piés á cabeza con innumerables culpas de soberbia , impureza , avaricia y otras innumerables ; de suerte que, para curarlo, entrega su cuerpo á los tormentos, y recibe por eso dolores que le mortifican tambien desde los piés hasta la cabeza. Se entrega con toda su voluntad, no porque alguno lo fuerza, sinó porque quiere (2); porque es bueno y

(1) Zacar. Cap. 3.

(2) Isaias. Cap. 53.

misericordioso con nosotros, y le devora el deseo de honrar á su Eterno Padre. Con ese amor infinito, con que se entrega para ser sacrificado, con ese mismo perseveró hasta el fin, sin que su caridad hubiese sufrido mengua en medio de tan atroces tormentos. Padebió á manos de los hombres armados de inaudita crueldad para ultrajarle, y padeció tambien los efectos de la ira de los demonios que lo perseguian. Eran éstos los que inspiraban á los príncipes de los sacerdotes las acusaciones y violencias con que lo vejaban; eran éstos los que ponian en boca del pueblo soeces insultos, y eran éstos los que armaban el brazo de los sayones que lo azotaban y enclavaban en la cruz.

Así va el alma profundizando todos los secretos del amor de Dios, que estan escondidos en los misterios de la pasion de Jesucristo; y cuanto mas los profundiza, mas crece en ella el deseo de participar de las penas, y de practicar las virtudes del Hijo de Dios, que son el verdadero objeto que debemos proponernos en tan santa meditacion. Imitemos al apóstol San Pablo, en quien la meditacion fervorosa de los tormentos y amarguras del divino Redentor producía tal amor á Jesucristo y deseo tan vehemente de padecer con El, que decia: « Yo estoy enclavado en la cruz juntamente con Cristo: y vivo ya no yo, mas vive Cristo en mí (1). » Este es el efecto que debemos tambien procurar que del todo desaparezca en nosotros el hombre antiguo, es decir, el hombre lleno de vicios y pecados, y viva solo el hombre nuevo que se asemeja á Jesucristo por la práctica de las virtudes, y como El esté enclavado en la cruz por la mortificacion y penitencia. Ojalá que trabajemos con-

(1) Epist. ad Galat. Cap. 2.

stantemente para conseguirlo, y de ese modo nuestra vida sea la vida de nuestro Señor Jesucristo aquí en la tierra, y nuestra corona el mismo Jesucristo allá en el cielo.

INSTRUCCION DÉCIMA OCTAVA.

NECESIDAD DE LA PERSEVERANCIA EN EL SERVICIO DE DIOS.

*Thomas autem, unus ex duodecim,
non erat cum eis quando venit Iesus.*

**Tomás, uno de los doce,
no estaba con ellos cuando vino Jesus.**

(S. Ioann. Cap. 20.)

Jesucristo resucitado de entre los muertos se habia ya dejado ver de muchos de sus discípulos. Los que viajaban al castillo de Emaus no solo gustaron sus palabras celestiales, sinó que tambien, sentados con El á la mesa, fueron confortados con el pan de vida recibido de sus manos venerables. Maria Magdalena consolada cerca del sepulcro con su presencia, escuchó sus palabras y fué enviada por El mismo á dar noticia de su resurreccion á los discípulos, para prevenirlos que le verian en Galilea. El Príncipe de los apóstoles habia sido tambien favorecido con la vista y la conversacion del divino Redentor; y estas continuas apariciones, si bien consolaban y confortaban á muchos discípulos del Señor, sin duda excitaban en los demas el deseo de gozar de su presencia y de escuchar sus amorosísimas palabras. Jesus cumplió este deseo apareciéndose á sus apóstoles en el Cenáculo, donde estaban reunidos: mientras que las puertas estaban cerradas por temor á los judios, entrando y puesto en medio de ellos, les

dijo: « Paz á vosotros. » Y cuando de este modo les hubo saludado , les mostró sus manos y su costado , teniendo los discípulos gran gozo viendo al Señor. Y les repitió: « Paz á vosotros: como el Padre me envió, así tambien yo os envío. » Y dichas estas palabras sopló sobre ellos, y les dijo: « Recibid el Espíritu Santo ; á los que perdonáreis los pecados , perdonados les son ; y á los que se los retuviéseis , les son retenidos. » Pero Tomás, uno de los doce apóstoles, no estaba con los demas cuando vino Jesus, y los otros discípulos le dijeron: « Hemos visto al Señor. » Mas él les respondió: « Si no viere en sus manos los agujeros de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado , no lo creeré. » Al cabo de ocho dias vino Jesus de nuevo, y puesto en medio de sus discípulos les saludó: « Paz á vosotros; » y dirigiéndose á Tomás: « Mete, le dijo, aquí tu dedo en las llagas de mis manos , entra tu mano en mi costado , y no seas incrédulo, sinó fiel. » Tomás reconoció efectivamente con su dedo las llagas del divino Maestro, y exclamó: « Señor mio y Dios mio. » Le dijo Jesus : « Porque me has visto, Tomás, has creído: bienaventurados los que no vieron, y creyeron. »

Entre tantas reflexiones, que con provecho nuestro podemos hacer sobre la doctrina de este santo Evangelio, yo me propongo , hermanos mios, deciros dos palabras sobre la causa de la incredulidad de Tomás, que le privó de los grandes bienes que lograron los demas discípulos que vieron á Jesus en su primera visita. Esa causa yo la encuentro en su separacion de los demas apóstoles , y en su ausencia del Cenáculo. Mientras los otros discípulos perseveraban allí reunidos, alimentando sus almas con las palabras que conservaban de Cristo , y alentados con la esperanza de

ver á su Maestro resucitado, él andaba fuera del Cenáculo y se preocuparia de otras atenciones, perdiendo los favores que suele conceder el Señor á los perseverantes en el fervor de las buenas obras. Si queremos nosotros alcanzar los bienes que recibieron los discípulos del Señor, que merecieron presenciar su visita, y evitar los males que sobrevinieron á Santo Tomás á consecuencia de no estar allí, hemos de perseverar hasta el fin de nuestra vida en el fervor de las buenas obras. Os hablaré por eso primero de la dignidad é importancia de la virtud de la perseverancia; y luego de los medios que hemos de emplear para conseguirla. Atendedme.

I.

Perseverancia llamamos aquella virtud, por la que el cristiano, aprovechando los auxilios del Señor, continua en el ejercicio de las buenas obras que principió. En todos los estados de la vida necesitaron perseverar todos los que se propusieron obtener algo: porque ni el militar llegará á los grados elevados de la milicia, sinó se conduce siempre con valor y honradez en el ejercicio de su profesion; ni el magistrado alcanzará esa veneracion debida á su cargo, sinó lo ha servido con la pureza que este mismo exige, ni ningun otro empleado en el servicio de la patria puede creerse con derecho á las recompensas de ésta, sinó sirviéndola constantemente con honradez. Del mismo modo pasa en el orden espiritual ó de la gracia, y así lo declaró el divino Salvador, diciéndonos que aquel que perseverase, ese, y no otro, alcanzaria la salvacion eterna (1). Nos sucede lo que á un sembrador que toma su arado, y principia á trabajar la tierra, en que ha de sembrar la semilla que se propone cultivar

(1) Mateo. Cap. 10.

hasta recoger sus frutos; mas estos frutos no los recogerá, sinó persevera en el trabajo principiado, sufriendo el frio y el calor de las estaciones, las molestias y fatigas de sus faenas, y todos los demas cuidados que son consiguientes hasta lograr el fin que se ha propuesto. Mas cuando, á costo de su perseverancia logra recoger abundantes frutos, su corazon no puede ménos que encontrarse satisfecho; y ese hombre merece por cierto el contento que experimenta con la abundante cosecha que ha recogido, porque supo perseverar en el trabajo hasta el fin de su empresa. Así nos sucede con los bienes eternos: no se dan éstos al que obró bien en tal ó cual época de su vida, ni al que se acerca á los santos sacramentos en tales ó cuales ocasiones, ni al que huyó del pecado en aquella circunstancia conocida; sinó que se dan al que perseveró en el bien hasta el fin de su vida, al que frecuentó siempre los sacramentos, la oracion y todo cuanto podia servirle de medio para esa misma perseverancia, y al que se apartó cuidadosamente de todo lo que podia inducirlo á caer en las tentaciones de pecar. Esto lo confirma la voz divina que nos ha dicho: « Sed fiel hasta la muerte, y te daré lugar y trono en mi reino (1). »

Por la divina gracia adquiere nuestra alma la hermosura propia de los hijos de Dios, y la que da derecho á disfrutar aun aquí en la tierra ciertos bienes, que reserva el Padre celestial para aquellos que con particular esmero procuran serle fieles. Las visitas espirituales, el recogimiento perfecto, la devoción fervorosa forman parte de este tesoro, con que el Señor regala á sus fieles hijos cuando le agrada y segun es conveniente para los mismos agraciados. De este género

(1) Apocal. Cap. 3.

fué el favor que hizo Jesucristo á sus discípulos visitándolos en este dia, consolándolos con su presencia y fortaleciéndolos contra las persecuciones de los enemigos de su nombre y de su fé. Mas reparad, hermanos mios, que de este favor no lograron indistintamente todos los discípulos del Señor, sinó tan solo aquellos que allí perseveraban reunidos conversando de las acciones, y meditando la doctrina aprendida de Jesucristo. Como de este número no era Santo Tomás, por esa razon este apóstol no logró la visita, ni conversó con Jesus, ni recibió en su alma los dones excelentes que este soberano Señor distribuyó á sus otros discípulos que le recibieron en el Cenáculo. Pero aun hay mas, hermanos mios; no solo no recibió Santo Tomás la visita y gracias de Cristo, sinó que acarreó para su alma gravísimos males no perseverando unido á sus compañeros en los ejercicios de piedad, á que estaban aquellos entregados, ya sea esperando la resurreccion de su Maestro, ó ya temiendo la persecucion de los judíos. El primer mal fué la dureza de corazon, con la que no creyó lo que le decian aquellos sobre la gloriosa resurreccion de Jesucristo: á este pecado siguió la temeridad, con que prefirió su propio juicio al juicio de los demas, lo que era verdaderamente una gravísima presuncion. Aun mas cometió un tercer pecado, el de la vana curiosidad con que mostró deseo de registrar con sus manos las llagas del Redentor, atreviéndose á mostrar á Dios el camino para convencerle de la resurreccion de su divino Hijo, que era segun él dejarle tocar y reconocer sus llagas. Veis, hermanos mios, en cuántas faltas incurrió este discípulo de Cristo que, separándose de los demas, no perseveró reunido á ellos aguardando la resurreccion de Jesus. Mas lo que nos da á cono-

cer mejor la miseria y debilidad del hombre , que se aparta de Dios , es una circunstancia que advertimos luego en Tomás, á saber, que no pudo perseverar en el Cenáculo pocas horas, y no tuvo dificultad para perseverar en estos pecados ocho dias que demoró Cristo en venir á aplicarle los remedios que fueron necesarios para curar sus males. Aprendamos con este ejemplo á temer separarnos de Dios, aunque fuese por un instante; no olvidemos que nuestra flaqueza nos impulsa incesantemente á las caidas, y que si nos apartamos de Dios que es nuestra fortaleza, quedamos perdidos , y quizá para siempre.

A mas de las gracias y favores divinos , que la perseverancia en las buenas obras nos dispone para recibir , nos asegura los premios eternos en el reino de los cielos. De modo que á ella ha vinculado el Señor esa felicidad perpetua é inefable, por la que batallamos aquí en la tierra , y siempre nos fatigamos y preocupamos. « Bienaventurado, dice, el que venciese, porque tendrá corona de vida eterna (1); » y « el que perseverase hasta el fin, ese se salvará (2). » De modo que toda la prudencia y discrecion del cristiano que tiene celo por sus eternos y verdaderos intereses, ha de consistir, hermanos mios, en trabajar por no separarse del camino bueno en que se encuentra , y en procurar adoptar aquellos medios que le han de arraigar y fortalecer mas en él. Para ésto debe tener presente, que Jesucristo le manda perseverar, y por consiguiente, mantener constantemente viva en su alma la resolucion de no omitir sacrificio alguno á fin de mantenerse fiel á Dios: y fiel, repito, no solo en lo grande, sino

(1) Apocal. Cap. 2.

(2) Mateo. Cap. 50.

aun en lo pequeño ; porque de otra manera nuestra fidelidad para con Dios no será perfecta, ni robusta nuestra perseverancia. Leve es, dice San Francisco de Sales, la picadura de una aguja que lastima una vena y hace derramar sangre ; mas, aun cuando parece leve, si esa sangre no se estanca, va debilitando el cuerpo humano de tal modo, que puede ocasionarle la muerte. Lo mismo sucede con esas infidelidades leves que se cometen contra Dios, y solemos llamar pecados veniales. Leves son, es cierto, esos pecados por su naturaleza ; pero con la costumbre de cometerlos van separando el alma del camino de la caridad y de las demas virtudes, y familiarizándola con defectos que insensiblemente le conducen á cometer pecados mortales. La separacion de Santo Tomás no pareció quizá pecado ni á él ni á sus compañeros, pero habeis visto de cuántas faltas fué causa. Recordad del mismo modo cuál fué el origen de muchas de vuestras culpas graves, y vereis que lo fueron faltas que parecian leves, y en las que ni aun, siquiera, reparábais, pues así tan ligeras os parecian. Por eso nuestro Señor Jesucristo al sanar á un enfermo no le dijo : « No quieras cometer pecados graves, » sinó simplemente : « *Noli amplius peccare*; no quieras pecar mas, » señalándole en todos los pecados la causa de las enfermedades de su alma y encargándole, por consiguiente, que ninguno cometiese. Mas para alcanzar este gran bien debemos poner de nuestra parte ciertos medios que han de dar ese resultado, y son los que voy á exponeros á la ligera.

II.

El primero de todos es no hacer caso alguno de los que llamamos respetos humanos. Cuando San Francisco de Borja se decidió á dejar el mundo con todas sus

pompas y vanas grandezas, para buscar otras sólidas é imperecederas que promete Jesucristo á los que le siguen, su primer propósito fué no hacer caso de lo que el mundo diria. Porque el mundo es el primer enemigo de los buenos y de las empresas de los buenos, así como fué tambien enemigo de Jesucristo y de la doctrina de Jesucristo. No podremos jamas agradarlo, mientras sigamos á Cristo, y profesemos la doctrina de su santo Evangelio; al contrario nos combatirá, nos hará guerra cruel, y nos expondrá á ser vencidos, si queremos contemporizar con él ó guardarle consideraciones. Nada de ésto merece el mundo: el que desconoció y persiguió á Cristo, merece que los discípulos de Cristo le desprecien y aborrezcan (1); y ésto lo ejecutamos resolviéndonos á no hacer caso alguno de él, ni de lo que puede decir ó pensar con relacion á nosotros. Hemos hecho nuestra resolucion de ser fieles al Señor, hemos arbitrado los medios para afirmarnos mas en ella, marchemos adelante sin tomar en cuenta lo que sobre esto piensen los enemigos de Dios.

El segundo medio que ha de contribuir para nuestra perseverancia, es evitar cuidadosamente los peligros y ocasiones de pecar. Palabra es del mismo Dios que « Aquel que ama el peligro, perecerá en él (2); » y esta sentencia de la Verdad eterna se ha de cumplir al pié de la letra. Vosotros conoceis, hermanos míos, cuál es vuestro peligro, y dónde está para vosotros la ocasion de pecado. Para el uno es la amistad íntima que conserva con cierta persona, y de la cual nacen todos esos desórdenes que le echa en cara su propia conciencia: el otro divisa su peligro en aquellos ami-

(1) S. Hieron. in Ioann.

(2) Eccles. Cap. 3.

gos que le arrastran al juego y á la disipacion, donde sacrifica el dinero que pertenece al sosten de su mujer y de sus hijos. Aquella ve su peligro en la ligereza con que se prestaba para recibir tales ó cuales visitas que no debia, ó para mantener en su casa misma, bajo pretexto de necesitarla, alguna persona que es perjudicial para su alma, porque con ella ha tenido relaciones prohibidas; en fin, su propia conciencia advierte á cada uno, dónde está su peligro y ocasion de pecado, y ese es del que ha de huir cuidadosamente, sinó quiere verse de nuevo vencido y cautivo por el demonio.

Yo bien veo, hermanos mios, que estas ocasiones suelen estar íntimamente unidas con el individuo, de modo que se necesita un supremo esfuerzo para vencerlas y libertarse de ellas. Amistades que ya cuentan largos años, y han unido á los individuos con mil lazos diferentes: intereses recíprocos, que han nacido y se han fomentado con esa misma amistad: el público que ha de censurar cualquiera resolucion que alcance á percibir, ¿cuántos obstáculos no levantan á veces al que ha tomado y quiere llevar adelante el propósito de servir á Dios con fidelidad, huyendo de los peligros y ocasiones de pecar? Mas no creamos, hermanos mios, que entónces Dios nos deja abandonados á nuestras propias fuerzas: de ningun modo. Nos provee misericordiosamente de auxilios eficaces, con los cuales nos hacemos superiores á toda la influencia y á todo el poder de aquellos obstáculos, y los vencemos. Estos medios son la oracion que tiene eficacia poderosa para llenarnos de fervor espiritual á fin de combatir contra los vicios. Acostumbraos á orar cada dia, aun cuando sea por un breve espacio, y alcanzareis gran provecho; de otra manera seria un verdadero milagro poder conservarse en la gracia de Dios sin orar pidiendo la

asistencia divina. Rodeados de peligros de todo género, llenos de pasiones mal vencidas, y tratando con personas y de negocios que las estimulan al mal, seria, en efecto, milagro que un cristiano pudiera conservarse sin caer en las tentaciones. De ningun modo debe por eso maravillarnos que esas personas, que vemos todos los dias llorando sus culpas llenas de arrepentimiento, confesarlas al parecer con fervor, y hacer mil promesas de arreglar su vida en lo sucesivo, vuelvan á caer mas ó ménos tarde; porque olvidados todos esos propósitos, pasado el fervoroso arrepentimiento, habiendo faltado la oracion que habria conservado el fervor y fortalecido las promesas hechas al Señor, caen sin remedio. ¡Ah! ésto es lo que vemos todos los dias en tantas personas que asisten á la mision, á los ejercicios espirituales, ó que se confiesan para cumplir con el precepto. Cuando practican aquellas obras de piedad, su alma conmovida hace al Señor muchos propósitos; pero, pasados los dias del fervor, y vueltas á las ocupaciones ordinarias, todo pasa, vuelven á su antigua tibieza y disipacion, y vuelven tambien á los pecados. Recurrid, hermanos míos, á la oracion como medio eficaz para conservar en vuestras almas la gracia del Señor. Levantad á Dios vuestro corazon al despertaros por la mañana y al acostaros por la noche; levantádselo entre dia, especialmente cuando os encontréis acometidos por alguna tentacion, y con esta santa práctica robustecereis en vosotros la gracia de la perseverancia en las virtudes.

La frecuencia de los sacramentos es otro de los medios que nos sirven eficazmente para fortalecernos en el servicio de Dios. En el sacramento de la penitencia traemos á nuestra memoria los pecados, para detestarlos de nuevo, para confesarlos de nuevo, y aceptar tambien de nuevo la penitencia que el sacer-

dote nos impone. Hacemos allí con perfeccion aquello que David poseido del dolor que le ocasionaba el recuerdo de sus ingratitudes pasadas: « Pensé, y volví á pensar mis pecados en medio de la amargura de mi alma; y dije para mí: El Señor perdonó mis culpas. » Así volvemos nosotros á detestar las nuestras, volvemos á confesarnos, y el Señor aumenta en nuestra alma su gracia, aumenta sus virtudes, nos fortalece con nuevos auxilios, y nos prepara para recibir su cuerpo y sangre en la comunión, que como pan de vida la trae completa y perfecta para nosotros. Los primeros cristianos que soportaban las persecuciones, con que los tiranos se proponían borrar de la tierra la fé de nuestro Señor Jesucristo, se confesaban también, y se acercaban á la sagrada mesa del altar con mucha frecuencia ó casi cotidianamente, como leemos en las santas Escrituras y en los primeros historiadores de la Iglesia. ¿Y acaso, hermanos míos, los enemigos que nos combaten ahora, son ménos temibles que aquellos?

En la devoción á Jesus nuestro dulcísimo Salvador y á la santísima Virgen Maria encontraremos aquel árbol, bajo cuya sombra, decia la Esposa de los Cantares, se habia sentado para descansar (1). Ocurramos á Jesus con toda la confianza y con todo el amor de que seamos capaces, para pedirle que nos conserve en su gracia. Ocurramos á su divino Corazon, á ese Corazon herido por la lanza en el Calvario, para que el nuestro pudiera entrar dentro del suyo y habitar en medio de su amor (2). Digámosle con nuestra alma llena de fé y caridad aquella deprecación, que repetía tan á menudo

(1) Cant. Cantic. Cap. 2.

(2) S. Bernard. Serm. in Cant.

en sus tribulaciones el santo Pontífice Pio VII: « Corazon de Jesus, inflamado por mi amor, encended el mio con el fuego de tu amor. » Concedió este Sumo Pontífice indulgencia de 300 dias cada vez que se repitiese esta jaculatoria, y ademas habiéndola dicho un mes entero, indulgencia plenaria siempre que se hubiese hecho confesion y comunion dentro del mes.

En la Virgen Maria encontraremos aquella madre siempre dispuesta á hacer con nosotros y en nuestro favor todos los oficios de verdadera madre. Ocurramos á Maria, invoquémosla especialmente en nuestras tentaciones. Vosotros padres de familia, invocadla en vuestras casas con la devocion del santisimo Rosario. Estad seguros que encontrareis su proteccion durante la vida, para impedir vuestras caidas en la culpa, ó para levantaros alcanzándoos la gracia de su divino Hijo, si hubiéreis tenido la desgracia de pecar; pero particularmente en vuestra muerte, para asistiros en medio de aquellas dolorosas agonías, que el recuerdo de vuestros pecados hará todavía mas amargas. Allí vendrá Maria, y hará los oficios de abogada vuestra, siempre que hubiéseis vivido bajo su proteccion misericordiosa. La Iglesia aplica á la devocion á Maria santísima aquello que leemos en la santa Escritura: « El que me halla, encuentra vida (1). » Sí, porque Maria es vida para nosotros, negociándonos con ruegos delante de Dios la vida eterna; es vida para nosotros, porque con las gracias que nos alcanza nos hace vivir, aun aquí en la tierra, la vida de los justos que es la verdadera vida; y es tambien vida, porque aleja de nuestra alma las sombras de muerte, que son las obras del pecado (2).

(1) Proverb. Cap. 8.

(2) S. Albertus Magnus in laud. B. Mariae Virg. Lib. III.

Todos estos medios, hermanos míos, afianzan en nuestra alma la justicia, y nos fortalecen para marchar por el camino de los mandamientos del Señor. Conozcamos, pues, esa verdad, de que nos dan testimonio los apóstoles en el santo Evangelio, que necesitamos perseverar en las buenas obras para ver á Cristo, para merecer las visitas de su divina gracia, y ser confortados por sus auxilios celestiales. Conozcamos que si no perseveramos en este camino, nos quedaremos sin tener parte en esos bienes, y perderemos también el derecho á los eternos, que nos conquistó el Salvador con su pasión y con su muerte; y conozcamos, en fin, que la bondad infinita del Señor ha dejado para nosotros medios positivos y eficaces, mediante los cuales perseveraremos en la práctica de las virtudes. Nuestra debilidad para lo bueno, nuestra inconstancia, nuestras antiguas miserias, todo nos ha de combatir para hacernos variar de resolución; mas en Jesús y María tenemos el refugio que nos protegerá. Oremos, oremos sin intermision, y nuestra alma, fortalecida por los auxilios que harán descender sobre ella Jesús y María, vencerá los enemigos de su bien, continuará constante en el camino de las virtudes, y merecerá algún día ver y gozar eternamente de Dios en la felicidad eterna del reino celestial. Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMANONA.

JESUCRISTO BUEN PASTOR.

Ego sum Pastor bonus.

Yo soy buen Pastor.

(S. Ioann. Cap. 10.)

Llenos de ese santo fervor que inspiran al cristiano los sagrados misterios que la Iglesia celebra en este tiempo, miramos á Jesucristo recién salido del sepulcro que busca á sus discípulos para fortalecerlos. Ni echa en cara á uno que le negó en presencia de sus malos jueces, ni á otros que le abandonaron en manos de sus enemigos; recuerda tan solo que son las ovejas de Israel que vino á buscar, y abrazando á todos con un corazon lleno de ternura y de amor: « Yo soy, les dice, el buen Pastor. *Ego sum Pastor bonus.* »

Extraviados los hombres del camino que los conduce á la felicidad eterna, ya por los errores de su entendimiento, ya por la corrupcion de su corazon; Jesucristo que ha venido del cielo á señalarnos la senda que nos conduce á la verdadera vida, nos habla para advertirnos misericordiosamente de nuestros errores, y para señalarnos la medicina que debe curar nuestros vicios. En El mismo nos muestra una y otra cosa, pues como buen Pastor, señala á sus ovejas el camino, y las cura de las mordeduras con que las maltrataron sus mortales enemigos.

Débiles para practicar el bien que debemos, despues de haber conocido y llorado nuestras culpas, é inclinados siempre á cometer otras nuevas, sentimos

la necesidad urgente de una mano poderosa que nos socorra y nos fortalezca, para que podamos marchar adelante en el camino que hemos emprendido. Jesucristo nos habla instruyéndonos que en El se encuentran estos bienes inefables, que su mano es la que ha de fortalecernos, su caridad la que ha de socorrernos, y su misericordia infinita la que nos tomará sobre sí cada vez que fuese necesario, á fin que nuestra debilidad no nos haga sucumbir. « Yo soy, nos dice por eso, vuestro buen Pastor. *Ego sum Pastor bonus.* »

Este es, hermanos míos, el ministerio que tomó sobre sí nuestro Señor Jesucristo llamándose buen Pastor. Inspirado el apóstol San Pedro, nos lo explica en muy pocas palabras: « Andábamos errantes, dice, y El nos recoge; estábamos distantes, y El nos llama; estábamos enfermos, y El nos cura hasta sanarnos (1). » Bendigamos al Señor por la multitud de bondades que nos dispensa; y si en todo este tiempo participando del espíritu de la Iglesia, en los transportes mas intensos de alegría espiritual nos hemos unido á los ángeles para rendirle nuestra adoracion, viéndole salir del sepulcro lleno de gloria y majestad, hoy debe ser mas intenso nuestro gozo, considerándole recogiendo en nosotros mismos las reliquias dispersas de su rebaño, y llamándose nuestro Pastor con las expreciones mas tiernas de su amor. *Ego sum Pastor bonus.*

Le contemplamos lleno de misericordia fijando sobre nuestra alma sus miradas, abriéndole sus brazos paternales, estrechándola sobre su dulcísimo Corazon, y diciéndole: « Yo soy, alma, tu buen Pastor. *Ego sum Pastor bonus.* » Esta consideracion entenece y consuela á los pobres pecadores, que tantos motivos tienen

(1) Carta I. Cap. 2.

porque temer, y bajo este carácter misericordioso me propongo predicaros ahora á nuestro Señor Jesucristo desempeñando los oficios de buen Pastor, y como tal dirigiendo á sus ovejas, recogiénolas de sus extravíos y defendiéndolas de los mil peligros á que corren durante el tiempo de su vida. ¡ Ah ! vengamos todos á oír de su boca cómo las dirige, cómo las recoge, y cómo las defiende ; y ojalá que esta caridad de nuestro amante Salvador penetre tan fuertemente en nuestros corazones, que nos resolvamos á corresponderle con todo el amor de que seamos capaces. Oídme.

I.

¿ Cómo dirige Jesucristo sus ovejas ? Ovejas de Jesucristo se llaman todos los hijos fieles de nuestra santa madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana, que viven en su seno ; ovejas de Jesucristo, repito, son solamente todos aquellos, de quienes dice El mismo que oyen su voz, porque son suyos (1). No son ovejas de Cristo ninguno de cuantos pertenecen á otras congregaciones, que aun cuando lleven el nombre de cristianas, estan muy distantes de profesar la verdadera fé, la cual, como hemos dicho, tiene y profesa solo la santa Iglesia Católica. Por eso, hermanos míos, todos aquellos que siguen el protestantismo, ó pertenecen á cualquiera de las otras comuniones cristianas que estan separadas de la Iglesia Católica, no son ovejas de nuestro Señor Jesucristo, ni ménos es tampoco Este el pastor que las apacienta. Y observad bien, hermanos míos, que ser oveja de Cristo, es vivir bajo el dominio y cuidado del mismo Jesucristo ; es oír su voz, que son los lla-

(1) Juan. Cap. 10.

mamientos y soberanas inspiraciones ; es vivir dependientes de su voluntad, y querer conformarnos en todas las cosas con sus altísimas disposiciones.

Todas las ovejas de Jesucristo forman un solo rebaño , como lo declara El mismo en su santo Evangelio, y ese rebaño lo gobierna desde el cielo, como cabeza invisible, con inspiraciones, santos llamamientos y avisos saludables que da á la Iglesia en general , y á sus miembros en particular. Mas como cabeza visible, gobierna tambien ese rebaño el Sumo Pontífice Vicario suyo y Pastor supremo de la Iglesia Católica, á quien viven sometidas todas las ovejas de nuestro Señor Jesucristo. Cuando Este nos dice en su santo Evangelio: « Yo soy el buen Pastor, » nos habla de sí mismo, y nos da á conocer que desempeña las funciones de buen Pastor con los hijos de esta Iglesia Católica, que son sus ovejas , no solamente dirigiéndolas como cuando vivió hecho hombre sobre la tierra con su predicacion , con sus ejemplos de virtud celestial y con los demas documentos que nos dió como Maestro y Redentor del linaje humano ; sinó que vive todavía, vivirá eternamente, y estará con nosotros dirigiéndonos desde el cielo hasta la consumacion de los siglos (1). Pero hay una diferencia entre nosotros y las ovejas que apacentó cuando vivo Jesucristo sobre la tierra. Aquellas no las habia adquirido todavía ; venia á buscarlas, á comprarlas y á hacerlas suyas, y por eso es que se fatiga y recorre los campos de la Judea y de la Samaria , para llamar y juntar estas ovejas que habian de oirle y de conocerle. Por eso es que las distinguió y llamó por su nombre, y por eso cuanto fué mayor la necesidad que de El tenian, mas solícito se mostró para buscarlas y para socorrerlas.

(1) Mat. C. 28.

Con su dolorosa pasión y muerte compró estas ovejas, así como nos hizo suyos también á nosotros y á todos cuantos habian de recibir su fé, haciéndose miembros de su rebaño, y á todos los juntó y unió estrechamente con el vínculo de su preciosísima sangre en el aprisco de su Iglesia. En éste dispensa dos clases de asistencia para dirigir como caritativo Pastor. La primera es con las celestiales instrucciones que da en el seno de la misma Iglesia, donde mantiene reunidas sus ovejas: y bien sea por boca de sus pastores ó de sus sacerdotes, les hace sentir sus palabras para dirigir las, de modo que no puedan extrañarse. Y entended, católicos, que cuando percibimos esa voz, es nuestro Pastor quien nos habla y nos da lecciones claras y precisas, para dirigirnos en medio de tantas contradicciones, de tantos precipicios y de tantos obstáculos de todo género, que por todas partes se levantan impidiéndonos pasar adelante en el camino del reino de los cielos. « Mis ovejas, dice, oyen mi voz. *Oves meae vocem meam audiunt.* » Y ésta es una señal clara y evidente que dió El mismo para distinguir sus ovejas, de aquellas que realmente no lo son mas que de nombre. De nombre, he dicho, porque vemos á no pocos, que se dicen creyentes, excusarse para obedecer la voz que les habla en nombre del Pastor divino, y les recuerda obligaciones que precisamente deben llenar como ovejas de Cristo Señor nuestro. Vemos á otros, que también pretenden ser ovejas del rebaño de Cristo, y profesan doctrinas del todo opuestas á las que Este enseña; y á muchos finalmente que no quieren ser tenidos como extraños á la Iglesia, y sin embargo miran con desprecio práctico las enseñanzas que ésta misma da á sus hijos, las contradicen cuando se les presenta ocasion de hacerlo, y las critican y burlan así en privado como en público. Ninguno de éstos puede, hermanos míos,

ser tenido como oveja fiel del buen Pastor, porque lo son solo de nombre no teniendo la señal segura que Jesus nos dió para conocer cuáles son las suyas. ¿Y cuál fué ésta? « Mis ovejas oyen mi voz. *Oves meae vocem meam audiunt.* » Esta es una señal inequívoca que no permite dudar entre cuáles son, y cuáles no son ovejas de Cristo. De suerte que, aun cuando alguno se tenga como católico, y proteste todos los dias de que es católico, si no oye la voz de la Iglesia católica, ni obedece sus mandatos, ese no es oveja de Jesucristo, porque le falta la condicion esencial que exige Este en aquellas, cual es la de escuchar su voz. *Oves meae vocem meam audiunt.*

Y las ovejas de Jesucristo no disputan, ni ménos deciden sobre lo que han de creer ó han de rechazar, sinó que oyen simplemente la voz del Pastor. « *Vocem meam audiunt.* » Saben que no pertenece á las ovejas sinó oír, creer y obedecer; pero nó disputar, ni resolver cuestiones que estan fuera de su conocimiento y que solo pertenecen al Pastor que las dirige. Por aquí comprendereis el juicio que forma la Iglesia de aquellos, que hoy promueven dificultades contra sus decisiones, especialmente contra todas aquellas que atacan de frente al liberalismo moderno, que lleva á la sociedad á su completa ruina: tales como la infalibilidad del Sumo Pontífice, y las demas que ha numerado el *Syllabus*. Os diré, hermanos míos, con toda claridad, que la Iglesia no reconoce por ovejas de nuestro Señor Jesucristo á los que se conducen de ese modo, porque no oyen su voz. Sus decisiones son terminantes y precisas, y el que no las oye y obedece tambien sumisamente, pierde la señal que ha puesto el Salvador á los suyos, para que sean conocidos por todos y en todas partes. *Oves meae vocem meam audiunt.*

Algunos pretenden en estos países de la América Española, que todas esas decisiones no son obligatorias en conciencia, mientras que los gobiernos no las hacen publicar dándoles el correspondiente Pase ó *exequatur*. Pero éste es un error, porque la Iglesia tiene su poder espiritual independiente recibido de Dios, y no sujeto á los gobiernos de la tierra, ni á la voluntad de los hombres, de cualquier rango ó elevacion que sean ; y si las decisiones, con que instruye y dirige á sus fieles, necesitasen el Cúmplase ó *exequatur* de aquellos, de nada le serviría el poder divino que recibió. Entónces serian los hombres sus tutores, los hombres los que enseñarian las doctrinas que habla ella inspirada por Dios ; y en una palabra , los gobiernos de la tierra los que desempeñarian la mision mas grande que Dios confió á los pastores de su Iglesia, á saber , la de enseñar á todas las gentes (1). Es muy extraño que hayan hombres sensatos que puedan pensar de esa manera, siendo como es doctrina recibida desde la cuna misma del cristianismo, que las leyes y decisiones de la Iglesia obligan á los fieles luego que las conocen de un modo seguro. Y hoy, cuando la comunicacion entre todos los pueblos se hace de un modo rápido, los obispos tienen mil medios de conocer cuáles son los preceptos de la Iglesia que han de ser obedecidos y respetados por los fieles, sin necesidad que el *exequatur* se los venga á señalar. Ningun católico puede opinar de esta manera, que deja á la Iglesia sometida á tutores en el ejercicio del poder divino, que le compete ejercer sobre la tierra con toda independencia y libertad. Por consiguiente, los que opinan, y estando en el poder obran de ese modo, no pueden ser

(1) S. Mat. C. 28.

tenidos como pertenecientes al rebaño de Jesucristo, cuyas ovejas oyen y obedecen su voz. *Oves meae vocem meam audiunt*. Yo podria tratar largamente esta materia ; mas no hago sinó apunтарos la doctrina de la Iglesia sencillamente, aquella que teneis obligacion de creer, de modo que creyéndola podais conseguir vida eterna : no pretendo otra cosa.

La direccion que da Jesucristo buen Pastor á sus ovejas es segura, y el que obedece su voz, no puede abrigar temor de ser engañado. Porque en el camino que señala á sus ovejas marcha El mismo adelante (1), y por eso les dice : Yo soy la puerta por donde se llega á la vida eterna (2), y si alguno no entrase por esta puerta, que es mi doctrina, mis leyes y mis virtudes , no podrá llegar á la vida eterna. Yo soy el camino, la verdad y la vida , y nadie puede venir á mi Padre sinó por medio mio (3). Ya veis , pues , con cuánta seguridad este buen Pastor dirige sus ovejas hácia la fuente de agua viva y mansion de los pastos eternos, que está en el reino de los cielos.

II.

Mas fuera de la direccion que el Pastor soberano de las almas concede á sus ovejas reunidas en el rebaño de su santa Iglesia Católica, tambien particularmente dirige á cada una por medio de inspiraciones y luces interiores, mediante las cuales da á conocer su divina voluntad. Aquellas almas que son fieles á Dios , oyen su voz , poniendo de su parte los medios necesarios á fin de ejecutar con prontitud lo

(1) Juan. Cap. 10.

(2) Ibid.

(3) Ib. Cap. 14.

que El les inspira. Las tibias y negligentes no obran de ese modo; consultando ántes de todo su comodidad material, nada hacen sinó en conformidad con ésta. Por eso vemos á muchas de estas almas no seguir al buen Pastor con fervor, y de modo que sus inspiraciones viniendo á ser mas frecuentes y mas claras, les aseguren siempre el conocimiento de su soberana voluntad. ¡Porque el cristiano que, conociendo la voz que le dirige Dios, se pone luego en movimiento para obedecerla, ese asegura nuevas inspiraciones que lo sostienen y afianzan mejor en la senda de las virtudes, y lo dirigen con mas seguridad en el cumplimiento perfecto de las obligaciones de su estado (1). Esta voz interior ó inspiracion divina vendrá á ser para el alma que la recibe, lo que para Israel la columna de luz, que le guiaba por entre las tinieblas profundas de la noche y al traves de los escollos y abismos del desierto con toda seguridad á la tierra de promision.

Como son tan variados los estados de los hombres y tan diversa la situacion espiritual de cada uno, así son tambien diferentes las inspiraciones del Señor; mas todas dirigen á un mismo fin, á las almas que las sienten; y ese fin es unirnos á nuestro soberano Pastor. David veia á los justos marchar hácia Dios gobernados por su divina mano, y arrebatado de amor y reconocimiento, « Bienaventurado, decia, el pueblo cuyo Señor es Dios: dichoso lo llamarán, porque el Señor lo dirige como su caudillo, conduciéndolo al término de su peregrinacion y principio de su felicidad eterna. »

Mas este Pastor bondadosísimo tambien sostiene y llena de fortaleza á sus ovejas: dirigiéndolas les ha

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 86.

dato luz para que conozcan por donde han de marchar, y llenándolas de fortaleza, les aumenta el vigor que las sostiene, hasta alcanzar el fin á que las destina. ¿ Quereis ver cómo las inflama en su camino? « Fuego he venido, dice, á encender en la tierra, y nada mas quiero sinó que arda (1). » Quiere que arda en el corazon de sus ovejas el fuego de la caridad, porque es el que sostiene y fortalece las almas en el camino de su peregrinacion; porque ese fuego es el remedio mas eficaz que cura las dolencias del corazon y del espíritu humano; y porque, mientras viva la caridad en el alma del cristiano, éste se encontrará dispuesto á marchar adelante en el camino de su santificacion. Por eso nuestro buen Pastor Jesucristo comunica la caridad á sus ovejas, para fortalecerlas contra los demonios y los pecados que son los lobos que las asaltan para quitarles la vida espiritual. *Ignem veni mittere in terram*. Fuego he venido á encender en la tierra; y vedlo correr ligero para esparcirlo especialmente sobre aquellas que peligran. Ve á Mateo combatido por la avaricia de bienes terrenos, y corre á socorrerlo con gracia tan eficaz, que con una sola palabra le cambia el corazon, y transforma en apóstol al que parecia esclavo de la codicia. Ve á Zaqueo que se pierde en el tumulto de los negocios temporales, desperdiciando los auxilios del cielo que aprovechados lo harian perfecto en los caminos del Señor: y lo busca, habla, cura, y llena de salud la casa de su conciencia, donde se alojaban tantas inmundicias y miserias, que la enfermaban y envilecian; de modo que llenándola de misericordia, « Hoy ha venido, dice, la salud á esta casa, pues el Hijo del

(1) Luc. C. 12.

hombre vino á buscar y á salvar lo que perecia (1).» Ve á la Magdalena que, atraída por el rumor de sus milagros, oye sus sermones mientras espera presenciar alguno, y dirige á su corazon exhortaciones tan llenas de eficacia, que lo cambian instantáneamente, y de lleno de amor terreno y sensual lo dejan repleto de pura é inefable caridad (2). Ved ahí cómo derrama sobre las almas el fuego divino que ha traído del cielo á la tierra, y con él las purifica y las enciende. *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*

Pero ésto todavía no es todo: la obscuridad, los temores, las ansiedades agitan tantas veces á sus ovejas y las ponen en peligro de desfallecer. El atiende presuroso á esas necesidades, y acude á las almas que las sufren para sostenerlas á fin que no perezcan. Ejemplo nos dejó de esta misericordia en los apóstoles sobrecogidos de temor en la pasión y muerte de su divino Maestro: los ve escondidos y temerosos, y se les presenta resucitado de entre los muertos, les da la paz, les comunica su Espíritu, perdona á Pedro la culpa de haberle negado, convence á Tomás de su resurrección y le perdona su incredulidad, y en fin, á todos alienta, fortalece y llena de fervor. De una manera semejante se conduce con nuestra alma, cuando la ve combatida, débil, llena de ansiedades y temores: se le acerca misericordiosamente, le habla, le comunica algo de sus luces que la fortalecen, y le dan aliento para continuar en su camino. Mas es cierto, hermanos míos, que mil veces recibimos esta asistencia de nuestro caritativo Pastor, y por nuestra negligencia no la apro-

(1) Lucas. Cap. 19.

(2) S. Gregor. C. 12. in lib. I. Reg.

vechamos, sinó que al contrario dejamos perder esos amorosos esfuerzos, con que su misericordia nos socorre, y previene nuestros males. Dejamos que su voz se pierda en el torbellino de nuestros malos deseos, de nuestras pasiones desordenadas y de nuestros afectos pecaminosos; y sin atenderla, procuramos al contrario no oirla, temiendo encontrarnos obligados á obedecerla. De aquí vienen nuestros males tan profundos y tan lamentables. El buen Pastor que socorria nuestra alma, se retira entónces de nosotros que no quisimos oirle: el triunfo de nuestros mortales enemigos es desde luego seguro, y nuestra ruina inevitable. Oigamos, hermanos mios, la voz de nuestro buen Pastor; abrámosle nuestro corazon; recibámosla con docilidad; practiquémosla con prontitud, si queremos ser socorridos oportunamente.

III.

Jesucristo, como buen Pastor, defiende sus ovejas, y este ejercicio de su cargo no lo cumplió tan solo cuando daba su vida para librarlas del lobo infernal, sinó que las defiende constantemente con su gracia y con señales visibles de su poder. Defiende con su gracia á cada oveja que le pide sus auxilios sintiendo necesidad de sus socorros; la defiende uniéndosele para servirle de escudo, en el santo sacramento de la Eucaristía, y la cubre de tal modo, que el lobo infernal que la acometió, se encuentra sin poder para hacerle algun mal. La defiende con los avisos que manda al fondo de su conciencia, y le hacen conocer lo que debe practicar en tal ó cual circunstancia de su vida, y la defiende, poniendo á su disposicion todos los recursos que nos dejó en el seno de su

santa Iglesia para combatir al demonio con todos los demas enemigos de nuestra propia alma. David nos pinta con viveza (1) cómo defiende este buen Pastor á sus ovejas; oídlo: « Cercáronme de muerte sombras de infierno, y torrentes de iniquidad me conturbaron: en mi tribulacion invoqué al Señor, y clamé á Dios. Oyó mi voz el Señor, inclinó los cielos y descendió y me libró de enemigos muy fuertes: me ciñó para que hiciese el camino de mi vida sin pecado, me llenó de valor para combatir mis adversarios, y me libró con su poder de las contradicciones de los que se levantaban contra mí. Por tanto te alabaré, Dios mio, y cantaré salmos á tu nombre. » Como habeis oído, hermanos míos, dibujó en todo este salmo el Profeta cuánto hace nuestro buen Pastor en defensa del alma de cada una de sus ovejas. Mas no demuestra ménos misericordia, cuando trata de proteger su rebaño combatido por los verdaderos lobos de la herejía, del ateismo, de los libres pensadores y de tantos otros que asaltan á muerte la herencia de Jesucristo. Allá cuando vivo entre nosotros y vestido de nuestra propia carne predicaba el santo Evangelio, defendía á sus ovejas arrancando la máscara á los enemigos de la verdad, que eran los enemigos de su sagrada doctrina: daba á conocer su hipocresía, la corrupcion de sus costumbres, y concluía diciendo que « por las obras conocerian cuáles eran esos lobos. » Además á esos enemigos de su fé, que son los de la Iglesia y por consiguiente de sus ovejas, vemos que cada día les hace sentir el peso de su indignacion divina. Se los hace sentir cegándoles en la ejecucion de sus proyectos, de modo que, cuando creen haber conseguido un triunfo, se encuentran en el borde del abis-

(1) Salmo 17.

mo. Esto lo vemos con nuestros propios ojos, contemplando la marcha de la Iglesia Católica particularmente en nuestro tiempo. El rebaño de Jesucristo ha sido el objeto de toda clase de persecuciones, el supremo Pastor humillado y despojado, los obispos y sacerdotes ultrajados y arrastrados á las cárceles, las iglesias robadas sacrilegamente, todo, todo ésto, y mucho mas ha visto la Italia, la Alemania, la Suiza y la España; pero tambien han visto que la Iglesia, protegida por Cristo, ha conservado ilesa su fé é ilesas sus leyes en medio de la borrasca, porque el divino Pastor ha dicho á sus intrépidos defensores: « No temais ; aquí estoy yo con vosotros. » ¡Oh Pastor misericordioso! protegédnos á todos, dirigiéndonos Vos mismo que sois nuestro camino y nuestra vida; sostenednos con vuestra fortaleza celestial en tantos y tan rudos combates que tenemos que experimentar ; defendednos de nuestros enemigos, para que merezcamos alguna vez llegar al cielo, y vivir unidos á Vos eternamente.

INSTRUCCION VIGÉSIMA.

CONTRA EL JUEGO.

Mundus gaudebit.

El mundo se gozará.

(S. Joann. Cap. 16.)

Jesucristo advierte á sus discípulos, que los mundanos tendrian sus goces, de los cuales no podrian ellos participar; condenando de ese modo los vicios contrarios á la santa doctrina, sobre la que establecia la moral cristiana. Uno de estos vicios es el que tomaré ahora como tema de la instruccion que debo daros; es ese vicio que se extiende hoy á manera de torrente sobre la faz de la tierra, destruyendo en la heredad de Jesucristo las virtudes, que deben ser el primer distintivo del cristiano. Vicio tanto mas doloroso, cuanto mancha á individuos de todas las clases sociales grandes y pequeños, ricos y pobres; vicio que hace al hombre sordo á la voz de la amistad, insensible á los estímulos de su propia conciencia, indiferente á los clamores de la naturaleza, y á los oficios de la compasion.

Yo bien veo que, al combatir al juego pernicioso y criminal, jamas podré especificar las tristes consecuencias que deja sentir no solo al que se ejercita en él, sinó á la religion cuyos principios ofende, á la familia cuyos intereses sacrifica, á la moral pública que condena sus abusos, y últimamente, á la sociedad entera que alza contra él un grito de execracion, mirándolo como raiz de mil desgracias, y origen de toda especie de desórdenes. De aquí es que la voz de Dios increpa en las santas Escrituras,

por ministerio de los profetas, á este vicio. Jeremías tratando de desarmar la cólera del Señor, excitada por las iniquidades de Israel, alega como un mérito no haberse mezclado en las reuniones de los jugadores. « Acuérdate de mí, dice al Señor con admirables palabras, visítame, defiéndeme de los que me persiguen, no tardes en ampararme, pues sabes que por amor tuyo he sufrido la persecucion de aquellos (1). » Y la santa esposa del jóven Tobías, injustamente calumniada, despues de un ayuno de tres dias, exclama en el exceso de su amargura: « Vos sois testigo, Dios omnipotente, que jamas me junté con los jugadores, ni amé la compañía de los que obran con ligereza (2). » ¡Palabras admirables, que jamas podrán repetir con verdad los que, tomando el juego por oficio, y no con la moderacion que prescribe la prudencia cristiana, consumen en él los dias y las noches! Mas, ¿qué podrá mi débil voz contra la corrupcion que con descaro imponderable hace prevalecer en todas partes la pasion del juego, contra el rigor de las leyes eclesiásticas que lo prohiben bajo severas penas, y el celo vigilante de las autoridades civiles que lo persiguen?

Sin embargo, católicos, el espíritu de la religion santa, que profesamos todos los que nos hemos reunido en este santo templo, la justicia que se debe al prójimo, y los intereses de los mismos jugadores me compelen á levantar mi voz, á pesar de aquel conocimiento que presagia poco fruto á mis palabras. Yo os diré que el juego conduce al hombre á la impiedad, formándole un corazon distraido de sus obligaciones mas sagradas, y endurecido por mil hábitos crimina-

(1) Jeremías. Cap. 15.

(2) Tobías. Cap. 3.

les. Pero como la mayor parte de los que viven en este desórden, no se creen envilecidos por él en concepto de la sociedad, y al contrario batallan consigo mismo para persuadirse que cumplen con los deberes que la ley, la razon y la propia conciencia les imponen para con sus semejantes; yo, para sacarlos de su error, demostraré el enorme delito con que el jugador ofendiendo á la justicia, perjudica á la sociedad en general, y á muchos de sus individuos en particular. Está de manifiesto el asunto de mi instruccion en dos palabras: el jugador, traicionando la profesion de cristiano, ofende á la religion, y hace daño á la sociedad. Escuchadme.

I.

No creais, católicos, que yo venga á condenar aquí bajo el nombre de juego toda especie de diversiones, y aun aquellas que la piedad autoriza como virtuosas, útiles y necesarias. Nó: ni el lugar santo que ocupo, ni el ministerio que desempeño me permiten exagerar; ni el vicio que vengo á combatir es de tal naturaleza, que necesite ser vestido de colores ajenos, para que se conozca su deformidad. Yo distingo tres especies de juego: honesto, reprehensible y malo. El primero se permite para restaurar las fuerzas extenuadas por la fatiga, porque así el alma, como el cuerpo, se enflaquecen con el trabajo, y necesitan alguna diversion que les aliente, para emprenderlo despues con mayor brío; pero la multitud de condiciones que deben intervenir en él, hacen que sea raro, aun entre los hombres arreglados. Ordinariamente tales juegos carecen de moderacion en el tiempo, de sencillez en la intencion, de pureza en la sustancia, y de proporcion con la dignidad y decencia de las

personas que se emplean en él. Dejan por lo mismo de ser honestos, y si no llegan á tocar en la clase de totalmente malos, son por lo ménos reprehensibles. Bajo este nombre comprendo á aquel juego, en que si interviene algun desvío de la senda, que nos señala el temor de Dios, no es mas que ligero, y por lo mismo leve la culpa que se comete, pero reprehensible en la santidad y pureza del cristiano. Yo hablo aqui del juego en que intervienen general y ordinariamente hurtos, blasfemias, rabias, discordias, detrimento de la familia y otros pecados semejantes, de cuya gravedad nadie duda. Este es el que llamo totalmente malo, y fuente de toda maldad, como habla San Juan Crisóstomo (1). Este es el que borra del hombre los sentimientos que inspira la religion, y le hunde en el abismo del libertinaje. Y me bastará, para manifestar esta verdad, el desprecio solemne y continuo que hace el jugador del nombre augusto y adorable del Ser Supremo. Los ímpetus de ira que en la infancia de su pasion le arrastraron primero á atropellar el decoro debido á las criaturas racionales, fortificados aun mas por el tiempo y por los movimientos continuos á que provoca este execrable vicio, le hacen saltar la barrera, al parecer insuperable, que le presentan la fé, la educacion y el pudor, para vomitar á cada paso blasfemias espantosas contra cuanto conocemos mas santo y adorable. En efecto, el desprecio del nombre de Dios es el lenguaje familiar de los jugadores y sus lenguas impías lo pronuncian á cada momento entre horribles improperios, con que desfogan la rabia que les consume. El Doctor de las gentes repite en sus cartas, doscientas diez y nueve ocasiones, el sagrado nombre de Jesus; y mas de cuatrocientas el de

(1) Homil. ad popul. Antioch.

Cristo, pero siempre con las emociones mas tiernas de un corazon respetuoso y amante del Redentor; pero los jugadores, por un movimiento opuesto, invocan cada dia estos mismos nombres otras tantas veces para manifestar el menosprecio con que los degradan.

Mas no es solo la lengua del jugador quien ofrece demostraciones prácticas de impiedad; buscadlas tambien en sus obras, y horrorizados las hallareis en las sagradas imágenes despedazadas, en los lugares santos profanados, y en toda suerte de hechos escandalosos perpetrados en los excesos de este vicio con desprecio de Dios. La historia, fiel depositaria de la experiencia de todos los siglos, nos demuestra que la pasion del juego por su naturaleza hace al hombre cometer delitos en deshonor de la religion, que no se leen de otros vicios. ¿Y cuál manifestacion mas positiva puede darse de impiedad? Mas quiero, hermanos mios, fijar vuestra atencion en otras pruebas no ménos irrefragables que ésta. Hablo del abuso que hace el jugador de los beneficios de Dios, del tiempo, de los dotes naturales y de la divina gracia. La profesion del cristiano sobre la tierra es el trabajo; somos obreros llamados por el Señor para el cultivo de su viña, y debemos dar cuenta de todos nuestros momentos hasta el último. El Evangelio siempre habla de nuestra vida como de una negociacion continua, para hacernos comprender cuál deba ser su actividad. El tiempo es el tesoro de inmenso valor que llevamos en las manos para negociar la posesion del paraíso. Por eso el Espíritu Santo nos manda, que lo conservemos sin desperdiciar, ni aun la parte mas ligera del que se nos concede. *Conserva tempus* (1), nos dice por el Eclesiástico: conserva el tiempo, pues

(1) Eclesiast. Cap. 4.

vuela ligero como el pensamiento. ; Y cómo lo aprovecha el mundano que hace del juego su mas comun y casi única ocupacion, que no tiene negocio, por importante que sea, que no abandone por el juego ; ni mira á éste como diversion pasajera, sinó que la reputa como oficio y modo particular de vivir? Se pasan los dias, los meses y aun los años en el juego, y las personas, que aseguran no tener robustez para reflexionar por algunos momentos las terribles verdades que enseña nuestra santa fé, tienen bastante resistencia para pasar noches enteras con incomodidad, cuando hay proporcion de jugar. ; Y es ésto conformarse con las máximas que la religion nos sugiere acerca del buen uso del tiempo? Con esta misma ceguedad, católicos, abusan de los dotes naturales recibidos del Criador. El candor del alma y la paz del corazon, son dos prendas que nos ha concedido Dios, y en ellas todo el principio de nuestra felicidad eterna. La sencillez nos eleva al cielo buscando el origen de donde dimana ; la paz interior nos conserva el pleno dominio de nosotros mismos. El candor manifiesta sin afectacion los sentimientos del corazon, y la paz ejecuta con tranquilidad sus disposiciones. Ved ahí el orden admirable con que está calculada nuestra marcha hácia la vida eterna, y que pende absolutamente de la posesion de estos dos eminentes dotes, con que fuimos enriquecidos en nuestro origen por la liberalidad de Dios. Pero buscadlos en el jugador: no hallareis el candor, porque desde que hizo del juego su pasion dominante, su alma está ocupada por mil pensamientos innobles é inclinaciones desordenadas. Combina planes para hacer concurrir á sus reuniones al jóven incauto, y no perdona artificio para estafar al hijo de familia que disipa la sustancia de su casa. No el candor, porque la compa-

ña de las gentes disolutas, á que se asocian comunmente los jugadores, les hacen contraer hábitos viciosos, que alimentan en vez de las costumbres inocentes que, como piadosa herencia, recibieron quizá de sus mayores. El Espíritu Santo nos manda huir la sociedad de los disolutos (1); y el Apóstol prohíbe escuchar sus palabras que son vanas y necias é inclinan el corazón á la impiedad (2). Pero el jugador cultiva con esmero estrechas relaciones con tales personas, y en ésto consiste gran parte de su crédito y ganancia. ¿Y qué amor á la inocencia podrá conservar entre tales compañeros? Ved ahí perdido el candor y contaminado el hombre por el álito corrompido de la seducción.

Mas no es ésto solamente lo que le arrastra á la impiedad. Nó: á la pérdida del candor sigue la pérdida de la paz, que es un don del cielo, origen de los verdaderos bienes; pero un don que tan solo se concede á la conciencia pura y á la sinceridad cristiana. Perdida ésta en el juego, se altera aquella tranquilidad que manifiesta el candor del alma, y principian á luchar las pasiones, sobre quienes la gracia le concedia ántes superioridad: lucha la ira sofocando en excesos de cólera la razón que le contiene, y vierte sin ningún reparo mil execrables conceptos; lucha la envidia, que le hace mirar con interés la ganancia ajena; lucha la avaricia contra los sentimientos de honor, que recibió en la educación. Pero á su vez luchan también contra esta pasión, excitada por el juego, la dignidad que se aja, el buen nombre que se pierde, y la fama que se prostituye; luchan los propios senti-

(1) Ecclesiast. Cap. 4.

(2) II. á Timoteo. Cap. 2.

mientos, porque conociendo el tahir en sí talento feliz, y buena disposicion para el estudio que lo elevaria, vive persuadido que, mientras no renuncie ese vicio pernicioso que lo domina, jamas podrá abrirse un camino de gloria, y todas sus esperanzas quedarán ignominiosamente sepultadas. De ese modo, todo el corazon del jugador no es otra cosa, que un mar agitado con violentas olas, y embravecido por furiosos huracanes.

Infierno perpetuo podemos llamar á aquel en que vive el jugador que abusa de los dotes, que recibió del Señor para procurarse su felicidad. De él podrian libertarlo los beneficios de la gracia, si la naturaleza de este vicio no le hiciese disiparlos: en efecto, ha llenado Dios de perfecciones á nuestra alma, y le ha concedido medios suficientes para conservarlas; pero á éstos, por su malicia asombrosa, convierte el jugador en eficaces instrumentos de su ruina. La voluntad y el entendimiento, movidos suave y fuertemente á procurar por obras buenas la sólida felicidad, se ven como forzados por este vicio á detenerse; y es éste el primer abuso que se hace de aquellos preciosos dones. Abuso que en expresion de San Bernardo, aniquila los merecimientos, disipa las virtudes, y arruina los beneficios espirituales (1). Ademas existe en Dios voluntad decidida de hacernos participantes del inmenso tesoro de sus gracias; pero el jugador, perseverando en su pecado, levanta un muro que le impide recibirlas: lo levanta en el entendimiento con el gran estudio con que discutir invenciones que dupliquen sus ganancias; lo levanta en la memoria con el sumo olvido que padece de todo cuanto no es juego, ó tiene relacion con éste; lo levanta en la voluntad, que no encuentra contento sinó

(1) Serm. ad milites templi.

en esta miserable ocupacion, y lo levanta, en fin, en los sentidos y en todas sus obras viviendo como embebido en tan miserable diversion. ¿Y no es todo ésto abusar de la divina gracia? ¿No son éstos otros tantos ultrajes hechos á la religion que se profesa? El Señor por boca de Exequiel representa vivamente su ira contra tan impía conducta. « Haz, dice, presente á Jerusalem sus abominaciones. Ha convertido mis dones en armas para procurar mi deshonor (1). » ¡ Ah católicos, cuántos males resultan de un vicio que nos pareció tan ligero! Y vosotros, los que poneis mesa á la fortuna, y creéis arriesgar en ella nada mas que intereses temporales, ved sacrificados á la vez vuestros principios religiosos, y endurecido vuestro corazon por hábitos criminales.

Mas no creais ser este solo el abismo en que se precipita el jugador: nó; otro nuevo veo abierto y patente en la conducta injusta que observa respecto á la sociedad en general, y á muchos de sus individuos en particular; y en vano se esfuerza para persuadirse que su vida es conforme á las obligaciones, que las leyes, la razon y la conciencia le imponen para con sus semejantes.

II.

Para que de algun modo pudiéseis conocer la injusticia, con que procede el jugador, seria necesario, católicos, que os formase un cuadro, en que se representasen al vivo la indignacion, la indigencia, los suspiros y las desgracias. Indignada la sociedad, porque ve en el juego el principio de mil males que la atormentan, de quebras en el comercio y en las cuales los negociantes mas acaudalados, envolviendo en su

(1) Exequiel. Cap. 8.

ruina á otras familias inocentes, cuyos intereses administraban unidos con los suyos, deplorán su pérdida, sin poderla remediar. Atraso en los negocios públicos, porque el magistrado que sin el defecto del juego seria intachable, descuida sus deberes, y el despacho de las causas se ve retardado; el litigante se incomoda, la viuda se lamenta, el preso gime desde el fondo de su calabozo, y todos á una creen ver el origen de su infortunio en el juez, que divierte muy á su placer en la mesa de juego las horas que deberia emplear en el estudio. Lamenta, en fin, la sociedad perdidos por el juego á muchos hombres, cuyos servicios le serian interesantes. Quisiera yo correr un velo, que ocultase de la ignominia pública á tantos ciudadanos, á quienes la sociedad querria llamar á los destinos, que les pertenecen por su talento, lustre y relaciones; pero, ¿cómo fiar á manos pródigas la administracion de bienes nacionales? ¿Cómo poner á disposicion de una voluntad caprichosa los caudales del fisco? En un lance de aquellos que los jugadores llaman de honor, ¿podrán salvarse de la disipacion estos mismos intereses? Un hombre que oye con indiferencia murmurar contra su conducta á las personas mas amables, y con quienes debe conservar toda su vida íntimas relaciones, ¿temerá acaso la execracion del público que se derrama sobre los que, prostituyendo sus obligaciones, traicionan la fidelidad, primer carácter del empleado? Vosotros sabeis, señores, que nada acobarda al jugador, y aun quando con viveza oculte á su imaginacion la triste idea de las consecuencias que seguirán á su delito, él sabe formarse paraísos, donde un hermoso porvenir endulza cuanto amargo puede resultarle del torpe abandono de su deber. ¿Y no es esto ser un hombre temible, y que con razon atrae sobre sí la indignacion de la sociedad?

Pero juegan otros que no son hombres públicos, y ni apetecen ni buscan los empleos, mas viven llenos de deudas y molestados continuamente por los clamores de sus acreedores; y ésta es otra injusticia que se refunde no ya sobre la sociedad en general, sinó que perjudica directamente á algunos de sus individuos en particular; é injusticia repetimos tanto mas grave, cuanto recae ordinariamente sobre la clase trabajadora é industriosa. Se juega, mientras que el jornalero queda privado de su jornal, el artesano de su trabajo, y el negociante de su industria. No tenemos, dicen á cada paso tales personas, para cubrir nuestras deudas; pero mientras tanto no falta interes que arriesgar en el juego, que es su vicio dominante; quieren jugar á toda costa, y de aquí proviene tan deplorable desórden.

No para aquí la injusticia de los jugadores. Ved todavía otra mas en la miseria que oprime á su desgraciada familia: como no les bastan sus recursos para jugar y mantenerla, ó la abandonan totalmente, ó la privan de lo necesario, con el fin que no les falten medios para el juego. El hambre, ese terrible ministro de la ira de Dios, se hace doméstico de su casa: entrad dentro de ésta, y vereis, ¡oh Dios mio! qué cuadro tan espantoso! la mujer despojada de sus alhajas mas preciosas, que perecieron en el juego, las jóvenes sin decencia, los hijos sin educacion, y todos sin alimento, sin habilidad y sin recursos. El padre pierde el imperio paterno sobre el hijo que, compelido por la indigencia, rompe los vínculos sagrados de la naturaleza, y pierde el respeto que en otras circunstancias le habria hecho evitar los excesos que comete. La hija infeliz halla en la venta de su honestidad el único recurso contra la miseria, acusa en secreto la inhumanidad de su padre que la condena á vivir de ignominia; mientras la voz de la

madre, desesperada por tantas desgracias, viene á persuadirle ser necesaria su deshonra para evitar los horrores del hambre. Yo creo retratada la familia del jugador en aquella Jerusalem, cuyas desgracias de todo género cantaba Jeremías en sus fúnebres lamentaciones: « Silvaron sobre tí todos los que miraban tu oprobio, y dijeron moviendo sus cabezas: ¿dónde está tu gozo y perfeccion antigua? Torrentes de lágrimas brotaron de sus ojos en el día, y los suspiros de su corazón hicieron eco durante el silencio de la noche. » ¿Y no es ésto lo que pasa á nuestra vista y entre nosotros mismos? Subid buscando el origen de aquel esplendor de familia hoy tan empañado, de la decadencia de aquella casa ántes opulenta, del abatimiento de aquel personaje, cuyo nombre en otra época hizo gran ruido; y hallareis que esa decadencia y ese abatimiento son tristes y naturales consecuencias del juego. ¡Oh manos crueles, exclama el grande San Cipriano, que os armáis para procurar vuestra ruina, y disipar en un momento las fatigas de tantos años y el patrimonio de vuestros antepasados! ¿Y es conforme esta conducta á las leyes, á la razón y á la conciencia? Se indigna Dios contra tan injusto proceder, y levantando su voz por medio de su Profeta: « Yo os cortaré, dice, con la espada á los que poneis mesa á la fortuna, y sacrificáis sobre ella; os pasaré á cuchillo. . . . caereis todos en la matanza (1). » Sobre esta mesa se sacrifica la piedad para con Dios haciéndole mil afrentas; se sacrifica el tiempo que concede la providencia para ganar la gloria; se sacrifican los tesoros de la gracia que nos hermosean interiormente; se sacrifican los dotes de la naturaleza que se aniquilan y se pierden; se sacrifica la reputación, pues el nombre del

(1) Isaías. Cap. 65.

jugador es infame ; se sacrifica la quietud, el bienestar de la sociedad, la felicidad de la familia, el amor de los prójimos ; y en fin, se sacrifican tambien todos los principios de la recta justicia.

¿ Y qué deberá esperarse de una conducta tan impía como injusta ? « *Numerabo vos in gladio : omnes in caede corruetis*. Os pasará á cuchillo, y caereis todos en la matanza, » decia Dios á Israel. Temed, católicos, esta sentencia formidable, y vosotros los que desgraciadamente habeis servido á esta infame pasion, adoptad todas las precauciones convenientes para evitar sus espantosos excesos. La impiedad, á que os ha conducido este vicio, la borrareis con el fervor en los ejercicios espirituales. El tiempo perdido tendrá su remedio en el exacto desempeño de vuestras obligaciones domésticas. La pérdida de los dotes de la divina gracia y de la naturaleza será restaurada por la gratitud cordial, que por ellos dareis á Dios en lo sucesivo ; y las injusticias que debidamente han provocado la indignacion de la sociedad, y causado la ruina de vuestras familias, quedarán resarcidas con la modestia y sobriedad que reinarán en vuestras costumbres. Oh divino Salvador de nuestras almas, haced que nuestra regeneracion sea completa mediante vuestros auxilios, de modo que libres de todos los vicios, podamos alguna vez gozar de Vos eternamente.

INSTRUCCION VIGÉSIMA PRIMERA.

SOBRE LA SANTA CRUZ SEÑAL DE VIRTUD
Y DE TRIUNFO PARA EL CRISTIANO.

Princeps huius mundi iam iudicatus est.

El príncipe de este mundo ya ha sido juzgado.

(S. Ioann. cap. 16.)

Ved ahí, hermanos míos, juzgados ya y sentenciados los enemigos mas poderosos y encarnizados de nuestro Señor Jesucristo; aquellos que persiguieron su persona y su doctrina, aquellos mismos que lo condenaron á morir ignominiosamente en una cruz. Esto es lo que el divino Salvador del género humano dice á sus apóstoles en el santo Evangelio de donde he tomado estas palabras : « El principe de este mundo ya ha sido juzgado ; » porque, en efecto, Jesucristo con las virtudes de su santa vida lo llamó á juicio, y lo condenó como enemigo de la verdad y de la justicia que venia á enseñar á los hombres. *Princeps huius mundi iam iudicatus est.*

Y no solamente fué juzgado y reprobado el príncipe de este mundo por Jesucristo, sinó que lo venció muriendo en la cruz, y rescatándonos de su miserable esclavitud. Por eso en la cruz está nuestra victoria, dijo el apóstol San Pablo, y como en señal de esa victoria en la cruz hemos de gloriarnos siempre todos los cristianos (1). El mismo Apóstol nos enseña que, muriendo Cristo por nosotros, borró

(1) Galat. Cap. 16.

con su sangre el documento de nuestra esclavitud y de nuestra muerte, y lo enclavó en su cruz como testimonio de nuestra libertad, y para confusion de nuestros enemigos vencidos y despojados por Cristo nuestro soberano libertador. Ved ahí, hermanos míos, por qué yo diviso en la cruz de nuestro divino Redentor el testimonio solemne y triunfante de ese juicio, en que el demonio fué vencido, el mundo condenado, y todos nuestros enemigos espirituales reprimidos y humillados por el Salvador del mundo.

Todas estas verdades contenidas en las palabras que nos dirige Jesucristo nuestro Señor, y que tomé por tema de esta instruccion: « El príncipe de este mundo ya ha sido juzgado, » me dan motivo para hablaros de la cruz como señal de la victoria conseguida por nuestro Señor Jesucristo contra el mundo y su príncipe satanás, como el documento de su condenacion y el testimonio glorioso de nuestra redencion. Escuchareis, hermanos míos, cuán grande ha de ser la devocion que debemos profesar á la santa cruz, por haberla elegido Dios para instrumento de nuestra felicidad eterna, é insignia venerable de su triunfo sobre el príncipe de este mundo, el demonio nuestro mortal enemigo. Conocereis ademas de qué manera podremos significarle esa devocion, para que sea la que corresponde al agradecimiento debido á Jesucristo, que la santificó para provecho nuestro. Y ojalá que, meditando las excelencias de esta cruz preciosa, podamos tener un amor grande y eficaz á las virtudes que representa, y la resolucion de vivir bajo su sombra, como el refugio que necesitamos contra los asaltos que de continuo nos hacen sufrir los enemigos de Jesucristo, que son tambien los nuestros. Atendedme.

I.

Mandó Dios á Moises, que á cada una de las tribus que formaban el pueblo de Israel, diese su señal propia, por medio de la cual fuese conocida y distinguida de las demas. Y esta señal debia encontrarse no solo en las armas de cada uno de los afiliados en aquella tribu, sinó en los pabellones ó tiendas, bajo las que habian de acampar en tiempo de guerra, en los trajes mismos que habian de vestir, y en una palabra, quiso que fuese el distintivo peculiar de todos cuantos la formaban, así como de los objetos que á ella pertenecian (1). Cuando congregó el Señor á su pueblo cristiano, le dió tambien su señal, por la que habia de ser conocido entre todos los demas de la tierra, y esa habia sido anunciada ya por el profeta Isaías, que con los ojos de su alma la veia alzada por la mano de Dios como signo de reunion para todas las naciones, que formarían ese gran pueblo (2). Era la cruz de Jesucristo elevada sobre el monte Calvario, para servir de altar al sacrificio en que se ofreció por nosotros nuestro divino Redentor. La santa cruz es, pues, la insignia ó señal, que ha dado el Señor á su pueblo cristiano, para honrarle y para distinguirle al mismo tiempo. La insignia, dice el Angélico Doctor, es la distincion que recibe el individuo para llevarla como prueba de honor y de virtud; la señal es lo que ha de servir al soldado ó al ciudadano para conocer á sus compañeros, para reunirse con ellos y para obrar de acuerdo segun las circunstancias.

(1) Númer. Cap. 2.

(2) Isaías. Cap. 5.

La santa cruz es insignia natural del cristiano, porque nos honra mas que ningun otra cosa en que pudiéramos gloriarnos. Nos honra mas que las riquezas, mas que los honores, mas que la sabiduría; en una palabra, nos honra con verdadera honra, porque la que nos da, es espiritual y perenne. Con ella posee nuestra alma la distincion de hijo de Dios, libertado de la esclavitud del demonio, purificado con la sangre de Jesucristo, y destinado á reinar en el cielo eternamente. Es tambien la cruz nuestra señal, porque con ésta nos damos á conocer de todos los otros cristianos, y en todos los paises del mundo nos sirve de medio visible y universal para acreditar la santa fé que profesamos. Los grandes de la tierra se distinguen por sus armas de nobleza: á su nombre unen otros inventados por la vanidad, y en virtud de los cuales se apellidan duques, condes ó marqueses, y se decoran con las coronas y señales de esos mismos títulos. Todo ésto les recuerda que en tal época hicieron sus antepasados algunos hechos gloriosos, que tuvieron como premio esas insignias y distinciones. El cristiano, dirigido por su fé, sube mas arriba, dice Santo Tomás, y va á buscar en Dios Salvador y Redentor de los hombres los blasones de su verdadera nobleza. Los encuentra simbolizados en la cruz, porque en ella nos hizo el Señor hijos suyos engendrados y lavados con su preciosa sangre; en ella nos declaró su pueblo comprado con su muerte; en ella fuimos rescatados del vergonzoso cautiverio del demonio y de nuestras mismas pasiones, á quienes vivíamos entregados; y en ella vemos, en fin, el principio de nuestra resurreccion á la gracia en la vida presente, y el documento de nuestra felicidad eterna en el reino de los cielos. De aquí es, que con igual

razon que el apóstol San Pablo dice lleno de fé: « Me gloriaré en la cruz ; *Gloriabor in cruce* (1). »

La providencia misericordiosa del Señor se dignó revelarnos las grandezas encerradas en la cruz en varias figuras que encontramos de ella en el antiguo Testamento. Los santos Padres divisan un simbolo de la cruz en las manos cruzadas de Jacob para bendecir á los hijos de José (2); lo divisan en aquella serpiente de metal que mandó Dios fuese colocada en el desierto (3); lo divisan en la vara de Moises que de tantas maravillas fué instrumento para la salvacion de Israel ; y lo divisan tambien en el árbol de la mirra, cuyos frutos gustaba la Esposa de los Cantares, y los encontraba sabrosos, á pesar de su amargura natural (4); y lo divisaron, en fin , en muchos otros pasajes de la santa Escritura. Los israelitas adoptaron la cruz para que sirviese de suplicio á ciertos malhechores insignes ; y en efecto lo fué y el mas afrentoso á que solian condenar las leyes de los judios. Reputado como malhechor, fué enclavado en la cruz nuestro Señor Jesucristo , como lo habian anunciado los profetas: *Cum sceleratis reputatus est* (5); y la santificó , haciéndola servir de altar de su sacrificio, y de instrumento de nuestra redencion.

Muriendo Jesucristo en la cruz , principió á ser este madero sacrosanto para los cristianos objeto de suma veneracion : primero , porque Jesus lo santificó con el contacto de su cuerpo , y bañándolo con su preciosa sangre; segundo, porque el mismo Jesus lo designó como

(1) Ad Philipp. Cap. 3.

(2) S. August. Serm. de tempore.

(3) Numer. C. 21.

(4) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 46.

(5) Isaías. Cap. 53.

figura de nuestra santificacion , declarando que en la cruz debíamos buscar el cumplimiento de la voluntad divina; y tercero, porque es figura de Cristo crucificado, y de los misterios de nuestra redencion. Así es que cuando miramos la cruz , no vemos ya aquel leño infame, donde pagaban sus delitos los malhechores, sinó que recordamos al Hijo de Dios que cumplió enclavado allí la obra de nuestra redencion , y en su cruz nos dejó la imágen de la nuestra , es decir, de la crucifixion espiritual que debe asemejarnos á nuestro divino Salvador por la mortificacion voluntaria de nuestras malas pasiones. Vemos tambien en la cruz el instrumento principal de la pasion de Jesucristo, de modo que es ella símbolo de todos los padecimientos de Jesus, de sus azotes, suspiros , escarnios , desprecios, agonías, amarguras, clavos, lanza, y últimamente de su muerte. Por eso el mismo Salvador del mundo hablando de su pasion, « Es necesario, dijo , que el Hijo del hombre sea suspendido , para que los que crean en El, tengan vida (1), » queriendo mostrarnos de esa manera en su cruz todo el compendio de los misterios de su pasion. El apóstol San Pablo llamó á la cruz de Jesucristo « virtud de Dios (2), » enseñándonos que es ella el fundamento del edificio de nuestra fé y de la santa Iglesia católica fundada por Jesucristo , á que pertenecemos. « Y no solamente es la cruz fundamento de la Iglesia, añade San Juan Crisóstomo, sinó de todos los bienes y tesoros espirituales, que reunió el Señor en su seno para beneficio nuestro (3). » Toda la firmeza de la Iglesia, y toda su virtud para dar frutos de vida eterna , nacen de la

(1) Juan. Cap. 3.

(2) I. á los Coríntios: Cap. 1.

(3) Homilia IV. in Corinth.

cruz de Jesucristo. Las aguas preciosas de los santos sacramentos, que la riegan y hacen fecundas las gracias que se conceden á los hombres; el perdón de los pecados que purifica nuestra conciencia, y la perseverancia que alcanzan los justos en el camino de la vida eterna, todo viene, hermanos míos, de la cruz; de modo que el Papa San León no dudó decir: « La cruz de Jesucristo es la fuente de todas las bendiciones, y la causa de todos los beneficios que se nos conceden (1). » Me parece, hermanos míos, ver una figura de lo que pasa entre la Iglesia y la cruz de Jesucristo, en aquello que escribe David, que « Dios fundó la tierra sobre las aguas del mar (2), » significando en ésto que la tierra, árida por su naturaleza, se humedece y fertiliza con las humedades que recibe de su contacto con las aguas del océano, quedando apta para producir robustos árboles, bellos arbustos y hermosos prados. Del mismo modo puede decirse que Jesucristo fundó su santa Iglesia católica sobre su cruz, para que de ésta recibiese los medios eficaces, que hiciesen producir la transformación del hombre, que opera Dios por la fé en el seno de esa misma Iglesia. Por esta razón algunos santos Padres creyeron ver una figura de la santa cruz en aquel árbol que Dios colocó en medio del paraíso terrenal, y cuyos frutos comiendo el hombre habría logrado vida inmortal.

Jesucristo, enclavado en la cruz para redimir al género humano con su muerte, obró el prodigio de transformar la cruz de instrumento del suplicio mas ignominioso, en el símbolo mas glorioso que puede

(1) Serm. de Pass. Domini.

(2) Salmo 23.

existir para el cristiano. Por eso es que veneramos la cruz y doblamos delante de ella nuestras rodillas, por eso colocamos la cruz como nuestro título de honor sobre nuestro pecho, y usamos de la señal de la cruz al principio y fin de cada día, para santificar con ella todas nuestras acciones, al principiarlas y al concluir las. Esta práctica data desde los primeros días de la Iglesia, es decir, desde el tiempo mismo de los apóstoles, quienes adoptaron la señal de la cruz para bendecir tanto á los fieles, como á los objetos, sobre los que deseaban recayesen las bendiciones del Señor. Con la señal de la cruz los discípulos de Cristo sanaban los enfermos, arrojaban los demonios, y mandaban á los elementos; y con la señal de la cruz se creían invencibles los cristianos fervorosos de los primeros siglos, y armados de ella no temieron luchar contra todo el poder de la tierra y del infierno. Pocas cosas conmueven y enternecen tanto el corazón del hombre que tiene fé, como la costumbre de los santos monjes que habitaban los monasterios de Syria y Palestina en los primeros siglos de la Iglesia, en los que vivió San Efrén que la refiere (1). En el pasaje del Santo que vamos á referir, encontramos al mismo tiempo pintada la fé que tenían aquellos hombres en el poder y eficacia invencible de la santa cruz, y el fervor con que practicaban las virtudes que la misma cruz nos representa. « El primer día de la cuaresma, nos dice, se abrían las puertas de los monasterios, y los monjes que no tenían impedimento alguno, después de oír las exhortaciones del abad, salían en procesión armado cada uno de una cruz y de un libro de devoción, cantando el Salmo de David: El Señor es mi luz

(1) De vita monastica. Lib. III.

y mi salud: ¿á quién temeré? El Señor es el protector de mi vida: ¿de quién temblaré (1)? Armados de la cruz, y puesto su corazon en Dios hecho hombre que murió en ella por redimirnos y salvarnos, nada, absolutamente nada temian. Y sin embargo, ¿adónde iban esos hombres? La historia nos responde que iban á internarse en los desiertos habitados solo por leones y panteras; que iban á buscar las cuevas solitarias, nido frecuentemente de hienas y serpientes; que iban á penetrar los bosques donde tenian su escondite los tigres. Mas, mirando la cruz que llevaban en sus manos, aunque contra mí, decian, se levanten todos los que desean saciarse con mis carnes, nada temeré: aunque los fuertes presenten contra mí batallas, en Dios esperará mi corazon. Y esta cruz sostenia el fervor de su voluntad, su presencia aumentaba el amor á Jesucristo, y les hacia perseverar en las rigurosas mortificaciones y en la oracion continua en que pasaban hasta la víspera del Domingo de Ramos, en que volvian á sus monasterios, dando gracias al Señor que habia sido su protector en todas sus tribulaciones. » Yo bien sé, hermanos mios, que en nuestro siglo muchos hombres sin fé, sin religion, y sin costumbres cristianas, ningun aprecio hacen de esa piedad fervorosa, ni de esa fé viva que brillaba en aquellos religiosos; al contrario llaman supersticion esa piedad, y entusiasmo vano aquella fé ardiente: la disipacion de sus costumbres les pone muy distantes de los sentimientos que inspiran la inocencia del alma y el fervor del corazon; de modo que no comprenden cómo puedan suceder aquellos tiernos movimientos que producen efectos tan singulares. « Acercaos á Dios, » les dire-

(1) Salmo 26.

ETZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. III.

mos con David á estas pobres y distraídas criaturas, « acercaos á Dios, y sereis iluminados » con luces que os harán comprender cómo suceden tales prodigios de virtud.

II.

Mas preguntará ahora alguno de vosotros: ¿ de qué manera debemos significar nuestra devocion, para que sea la que corresponde al reconocimiento que debemos á Jesucristo, que santificó su cruz para nuestro provecho? Y mi respuesta será sumamente sencilla. Nuestra primera obligacion es la que nos declara el Apóstol, cuando dice: « No permita Dios que me glorie sinó en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (1); » y gloriarse en la cruz, es confesar públicamente nuestra fé, es no avergonzarnos de ésta jamas, es profesar las verdades que nos enseña, y los preceptos que nos impone, aun cuando por eso el mundo nos murmure y nos desprecie. Esta es la primera y la mas importante obligacion, que nos inspira nuestra gratitud para con Jesucristo, que nos rescató y santificó por medio de la cruz. De este modo daremos testimonio de nuestra fé confesando que somos cristianos, y daremos mayor publicidad á la sentencia que pronunció Jesucristo contra satanás príncipe de este mundo y que nos dejó significada en su santa cruz. Lo condenaremos como lo condenó Jesucristo, y con esa condenacion práctica que llama San Pablo la mas fuerte y eficaz que puede dar el cristiano á los enemigos de su alma que lo son al mismo tiempo de nuestro divino Salvador. Mas notad bien que debe ser público este testimonio, nó por-

(1) Epíst. á los de Galat. Cap. 6.

que hemos de buscar cada dia estudiosamente cómo publicar nuestras obras de piedad, sinó porque debemos aprovechar todas las ocasiones que se nos presenten para confesar delante de todos que somos cristianos, que queremos ser conocidos como tales, y que preferimos nuestra fé sobre todas las conveniencias que puede darnos la tierra, y nos honramos con ella como en el mas noble y honroso título que poseemos. *Gloriari oportet in cruce Domini nostri Iesu Christi.*

Honramos tambien la cruz armándonos con ella contra las asechanzas del enemigo de nuestra alma. Así lo ejecuta todo aquel que cuando siente alguna tentacion, bien sea de impureza, de soberbia, de amor propio ó de cualquier otro pecado, se santigua con la santa cruz como buscando en este signo celestial, refugio y esperanza contra las tentaciones que le combaten. San Agustin recomendaba como muy eficaz este remedio: San Antonio Abad lo recomendaba tambien á sus monjes, asegurándoles que el demonio se acobarda cuando nos ve armados con la señal de la cruz, que pierde todo su brío y nada puede contra los que se refugian bajo la sombra de este árbol divino. De San Patricio apóstol de Irlanda leemos que se santiguaba muchas veces en cada una de las horas canónicas (1); así como del gran luminar de la Iglesia San Alberto obispo de Ratisbona se nos dice tambien, que al principiar cada una de las ocupaciones de su vida apostólica, y por cierto muy laboriosa, se santiguaba con gran fervor. Honremos tambien nosotros la santa cruz del mismo modo, usándola como arma poderosa para vencer las tentaciones de los enemigos de nuestra alma. Qué cosa tan triste es ver que, teniendo los cris-

(1) Butler, vida de los Padres, etc. 17. de marzo.

tianos en sus manos arma tan eficaz , que nos dejó el divino Redentor para combatir y vencer á nuestros enemigos espirituales, no la aprovechemos con ese objeto, sinó que dejemos que se malogre con perjuicio de nosotros mismos.

Honramos, en fin, la santa cruz, adhiriéndonos continuamente á nuestro Salvador que ella nos recuerda. Para lograr ésto, imitemos al grande Apóstol de las gentes, que todo queria hacer en nombre de Jesucristo, y miraba como perdido aquello que no llevase el sello de su amor. Pero ese sello sea, hermanos mios, el del fervor de nuestro corazon que se sienta inspirado para practicar las virtudes de nuestro divino Redentor, que estan figuradas en la santa cruz, la cual nos representa su obediencia, que fué rendida hasta sufrir la muerte, y muerte de cruz: obedezcamos tambien nosotros asemejándonos á El. La cruz es símbolo de la humildad de Jesucristo, que se humilló y anonadó á sí mismo para destruir nuestra soberbia y propia estimacion. El orgullo humano ya no puede subsistir, despues que la cruz de Jesucristo nos está predicando humildad, obediencia y abnegacion. Cada vez, pues, que levantemos nuestros ojos hasta la cruz, recordemos estas virtudes que desde el sagrado madero nos predica nuestro humildísimo Jesus, y pidámosle de todo corazon que las grave en nuestra memoria para recordarlas, y en nuestra voluntad para practicarlas.

Todos éstos son, hermanos mios, los medios principales, con que hemos de procurar honrar la cruz de nuestro Señor Jesucristo; de esta manera es como la veneraremos con nuestro corazon, que estima y ama la cruz como tesoro celestial, en cuya posesion se gloria. La honraremos aprovechándonos de su sacrosanta virtud como de un medio poderoso y eficaz

para vencer á nuestros enemigos espirituales, y conseguir la posesion del reino de los cielos. La honraremos con nuestra alma , crucificando en ella nuestras potencias con los clavos del amor á Jesucristo , á fin que no se desprendan ni separen de nuestro amantísimo Salvador : la honraremos viviendo abrazados espiritualmente á ella, llorando como la Magdalena nuestras culpas al pié de la santa cruz, y proponiendo la enmienda de nuestra vida. Así nuestra alma y nuestro cuerpo estarán unidos para honrar debidamente la cruz, altar sacrosanto de nuestra redencion, y al divino Salvador que se sacrificó por redimirnos y salvarnos de nuestros pecados ; y así tambien aquí en la tierra nos mantendremos unidos á Jesucristo, y en el cielo iremos á gozar perpetuamente de su gloria.

INSTRUCCION VIGÉSIMA SEGUNDA.

SOBRE LOS MEDIOS CON QUE DEBEMOS PREPARARNOS
PARA RECIBIR EL ESPIRITU SANTO.

*Cum venerit Paraclitus, quem ego mittam vobis a
Patre, Spiritum veritatis qui a Patre procedit,
ille testimonium perhibebit de me.*

Cuando viniese el Consolador, que yo os enviaré del Padre,
el Espíritu de verdad que procede del Padre, El dará
testimonio de mí.

(3. Ioann. Cap. 15.)

El cumplimiento de esta promesa era, hermanos míos, la causa que mantenía reunidos á los discípulos los días que pasaron entre la Ascension de su Maestro al cielo y la venida del Espíritu Santo. Manteneos aquí, les dijo el Salvador, hasta que seais vestidos de fortaleza celestial; y de acuerdo con este precepto se mantuvieron en el Cenáculo de Jerusalem, esperando el cumplimiento de la promesa que les habia sido hecha. Sobre ellos iba á venir efectivamente el Espíritu consolador, mandado por Jesucristo para dar testimonio de su divinidad, y para purificar la voluntad y disponer los entendimientos de sus creyentes de modo, que quedasen capaces de recibir la verdad de toda su doctrina celestial. Lo inefable de tal promesa hizo comprender á los discípulos del Señor la grandeza del beneficio que contenia, y la preparacion que era necesaria para recibirlo. Y de tal modo lo comprendieron, que nos refiere el evangelista San Lucas que, volviéndose á Jerusalem, en-

traron en el Cenáculo y estuvieron allí perseverando unánimes en la oracion, junto con Maria madre de Jesus y las demas mujeres devotas que habian acompañado al Salvador.

Esta conducta de los apóstoles nos enseña que, si deseamos alcanzar los dones del cielo, necesitamos preparar nuestras almas de modo, que por su pureza, por su mortificacion, por su recogimiento y por su fervor se hagan dignas de que se les concedan esos dones. Esta es cabalmente la materia que voy á tratar, exponiendo las palabras del santo Evangelio que os propuse al principio. La Iglesia nos recomienda la conducta de los apóstoles, para que sirva de modelo á la que nosotros debemos observar si queremos hacernos dignos de los dones y gracias del Señor.

La promesa hecha á los apóstoles de darles al Espíritu Santo ha sido hecha tambien á nosotros ; y si ellos se prepararon para recibir este divino Consolador, nosotros debemos tambien hacerlo so pena de quedar excluidos de la participacion de sus dones celestiales. *Sedete hic donec induamini virtute ex alto*, nos dice el Señor, y atentos á esta instruccion del Maestro celestial, escuchadme lo que debemos practicar.

I.

Apenas perdieron de vista los apóstoles y discípulos al divino Salvador, y oyeron la advertencia que les hacian los ángeles, cuando se retiraron al Cenáculo de Sion para aguardar el don celestial, que se les habia prometido en el Espíritu Santo. Eligieron para este retiro el Cenáculo, porque á este lugar estaban vinculados muchos recuerdos de la bondad y misericordia de Dios para con los hombres. En el

Cenáculo cumplió Jesus la promesa de darnos su cuerpo por comida y su sangre por bebida; en el Cenáculo dió las últimas instrucciones ó documentos de la ardiente caridad, que su corazon sentia para nosotros; y en el Cenáculo comunicó á los primeros sacerdotes de su santa Iglesia la potestad divina que les autoriza para perdonar pecados. Mas, ¿qué hacian los apóstoles encerrados en aquel lugar aguardando la venida del Espíritu Santo? Antes de todo, hermanos míos, avivaron su fé para conocer mas bien el don prometido y que esperaban recibir. Recordando la promesa del divino Maestro y lo que les habia enseñado acerca del Espíritu Santo, esperaban en éste al Paráclito, que quiere decir consolador, protector y abogado, porque todos estos oficios debia llenar en el alma de cada uno cuando lo hubiesen recibido (1). Como protector y consolador, que habia de permanecer siempre acompañándoles, sabian que el Espíritu Divino les asistiría en sus necesidades, les consolaria en sus tristezas y les serviría de abogado, enseñándoles á orar con profundos y tiernos gemidos en las diversas tribulaciones que habrian de sobrevenirles. Y sabian tambien que este Paráclito y protector celestial no les abandonaria jamas, sinó que estaria con ellos perpetuamente, fortaleciéndoles en las batallas que habian de sostener. ¡Oh! cómo desearian ardientemente su venida! con cuánto fervor le diria cada uno con lo mas íntimo de su alma: Venid, venid, Espíritu Santísimo, porque tengo gran necesidad de vuestra proteccion, de vuestros consuelos y de vuestra asistencia. Dadme esfuerzo para las peleas del Señor; protegedme en los peligros que voy á correr, llenándome de fervor y de verdadera caridad á cada instante.

(1) Juan. Cap. 14.

Ademas esperaban los apóstoles al Espíritu Santo como maestro que venia á suceder á Jesus en el oficio de enseñarles. Este mismo se los habia anunciado, diciéndoles: « Cuando viniere el Espíritu Santo, que os enviará mi Padre en mi nombre, esto es en mi lugar, y por consideracion á mí, El os enseñará todas las cosas, y os traerá á la memoria todo lo que os he dicho y os he de decir. » Venia, pues, el Espíritu Santo, segun esta promesa, para enseñar á los hombres lo que necesitan saber, á fin de conseguir su salvacion eterna; para derramar sobre los que conocen y adoran á Cristo, como Dios verdadero é Hijo Unigénito del Eterno Padre, las inspiraciones que les traerán á su memoria oportunamente, y para darles las enseñanzas que recibieron de Aquel, á fin que puedan practicarlas siempre que convenga. « Sabed, les ha dicho el divino Salvador: sereis arrastrados por la confesion de mi nombre delante de tribunales compuestos por jueces enemigos mios; sereis interrogados insidiosamente, se os pondrán asechanzas, queriendo sorprender vuestras palabras; mas nada temais, porque vendrá sobre vosotros el Espíritu de mi Padre, y os asistirá de tal modo, que no sereis vosotros los que respondereis, sinó el Espíritu de mi Padre el que hablará por vosotros (1). » Hasta ese punto llega el cuidado que este Maestro celestial tendrá de sus discípulos. Los doctores de la tierra con todas sus enseñanzas, la elocuencia humana con sus hermosos discursos, y el estudio prolijo de tantos individuos para confundir y obscurecer la verdad, nada podrán en presencia de este Maestro soberano que se da á los discípulos de Jesucristo, y que realmente les asistirá con sus lecciones oportunas é íntimas.

(1) Mateo. Cap. 10.

Cuando se hacia á los apóstoles esta promesa, hermanos mios, la situacion de la única verdadera fé, que podia salvar á los hombres, era muy triste; porque la idolatría se habia generalizado por todas partes, y sus errores y prácticas abominables eran la religion de casi todo el linaje humano. El Hijo de Dios, cuando ha intimado á sus apóstoles predicar esta fé diametralmente opuesta á aquellos errores, á aquella corrupcion y á todo cuanto el mundo creia entónces verdadero y justo, no temais, les ha dicho, porque el Espiritu de mi Padre estará con vosotros, de modo que la luz de la doctrina, que habeis recibido, prevalecerá sobre todas las tinieblas, sobre toda la corrupcion y sobre todos los esfuerzos que aquellos han de hacer para impedirlo. ¡Oh magisterio verdaderamente eficaz y poderoso! ¡Oh Maestro divino! descendad sobre nosotros, iluminadnos, enseñadnos vuestra doctrina santa é inefable, de manera que no nos encontremos jamas envueltos en las tinieblas de los errores, ni manchados por los vicios, que son el parto natural de éstos.

Pero ademas el Espíritu Santo habia sido prometido á los apóstoles para que fuese delante del mundo testigo irrecusable de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo (1). De suerte que, recibiendo aquellos las gracias que habia de traerles, conocerian sin duda de ningun género, quién era Jesucristo, y con esa misma seguridad lo predicarian y enseñarian á todas las gentes. Es cierto que el divino Salvador dió testimonio de sí mismo mientras permaneció sobre la tierra, y con sus prodigios y su doctrina probó evidentemente que era el Hijo de Dios, y Dios verdadero como el

(1) Juan. Cap. 15.

Padre y el Espíritu Santo; mas quiso que sus apóstoles, por medio de la virtud altísima del Espíritu Santo que recibieron, también lo diesen no solo en Jerusalem, sino en toda la Judea, en Samaria y hasta las extremidades de la tierra (1).

Finalmente, el Espíritu Santo venia, según la palabra de Jesucristo, á reprender al mundo sus vicios y pecados (2), y á echarle en cara la victoria que el Salvador ganó muriendo en la cruz, como la prueba mas concluyente del enorme pecado que cometió ese mismo mundo condenándolo á morir. Por eso dijo á sus apóstoles: « Cuando viniere el Espíritu Consolador, arguirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; » de pecado, porque no creyó en él, á pesar de las evidentes pruebas que se le dieron de su divinidad; de justicia, porque palpó la santidad de su vida, de su ley y de su doctrina; y de juicio, en fin, porque el demonio fué ya juzgado y sentenciado, y Cristo le arrojó del mundo, después de haberlo vencido con su pasión y muerte. Ved ahí los oficios que, según las promesas de Cristo, contemplaban los discípulos que venia á ejercer el Espíritu Paráclito, descendiendo sobre ellos.

Mas entended, hermanos míos, que en esas promesas estamos también comprendidos todos los que nos gloriamos de pertenecer y de ser fieles á Jesucristo. En El vemos nuestro protector y verdadero consolador en las aflicciones tanto espirituales como temporales de que está llena nuestra vida. Los consuelos que puede darnos no son efímeros, como aquellos que el mundo ofrece, sino sólidos y permanentes, cuya

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. 1.

(2) Juan. Cap. 16.

posesion llena á las almas de alegría que el Apóstol llama « gozos en el Espíritu Santo (1). » En Este vemos el Maestro que ha de iluminarnos con luces clarísimas é inefables, que no permiten errar á los que de ellas procuran aprovecharse. Este divino Maestro no instruye con ciencia terrena, ni sus palabras llevan la vanidad ni la mentira al entendimiento ni al corazon; al contrario su palabra destierra de las almas, que la escuchan y aprovechan, hasta la sombra mas remota del pecado. Vemos en el Espíritu Paráclito el testimonio celestial de la divinidad de Jesucristo, nuestro amado Redentor, y de sus virtudes que hemos de tener constantemente delante de nuestra alma para imitarlas en lo posible, y venerarlas y meditarlas con todo nuestro amor y reconocimiento. Y vemos, finalmente, á ese Dios misericordiosísimo que, lleno de celo por nuestra felicidad eterna, nos reprende interiormente de lo malo y torcido que hemos cometido contra su divina ley, y nos estimula para que practiquemos virtudes fervorosas, que nos hagan dignos de la asistencia que concede á las almas por medio de sus soberanos dones. Ved ahí porqué os dije que estábamos tambien nosotros llamados á participar de las gracias que trae cuando, en cumplimiento de la promesa de Jesucristo, descende sobre el Cenáculo. Mas para conseguirlo es necesario que nos preparemos como los apóstoles y discípulos del Señor se prepararon. Se prepararon, he dicho, hermanos míos, para hacerse capaces de recibir aquel don celestial; es decir, practicando las virtudes que les hacian dignos de recibirlo con sus dones, con sus gracias y con toda esa grandeza de bienes, que traia para derramar sobre las almas. Las

(1) A los Rom. C. 14.

diligencias que hicieron con ese objeto fueron cuatro principales, y son las mismas que nos conviene practicar, si queremos de veras recibir aquellos beneficios que esten en armonía con nuestra condicion.

La primera fué obedecer prontamente el mandato de su Maestro: « *Sedete in civitate, donec induamini virtute ex alto*; Quedaos en la ciudad, hasta que seais vestidos con virtud del cielo (1). » Y esta obediencia á los preceptos é inspiraciones de Dios es en efecto, hermanos mios, la primera disposicion que han de tener las almas que esperan conseguir favores del cielo. La voluntad propia halagada y obedecida nos aleja de las luces que envia el Señor de cuando en cuando para significarnos su voluntad, y descubrirnos los medios de que hemos de valernos para obedecerla con presteza. David comprendió bien esta verdad, cuando decia: « Mi vida, Dios mio, está en obedecer tu voluntad, y mi muerte en quebrantarla (2). » Los apóstoles lo habian oido de boca del divino Salvador (3), y ahora al procurar hacerse dignos del altísimo favor que aguardaban, principian por obedecer, sometiendo su voluntad á la de Dios, y su comodidad y su conveniencia á las insinuaciones de su soberano Maestro.

Ademas su propio conocimiento les estimulaba fuertemente á buscar en la sumision á los preceptos é instrucciones de Jesucristo el remedio contra esa flaqueza, inconstancia y timidez, de que dieron prueba tantos de ellos el dia de la pasion. Se veian privados de aquella palabra dulce y celestial que les enseñaba, les fortalecia, y aun les reprendia cuando era necesario; divisaban por todas partes nada mas que peligros y

(1) Lúcas. Cap. 24.

(2) Salmo 29.

(3) Lúcas. Cap. 11.

contradicciones ; necesitaban nuevos auxilios poderosos y eficaces , y en Dios los veian con tanta claridad , como el Profeta que decia : « Cuando ví venir sobre mí los males , corrí á buscar el refugio de tu proteccion , oh Dios mio (1). » ¡Oh ! qué contento experimentaria el corazon de cada uno de los apóstoles cuando se encontraron reunidos en el Cenáculo por la obediencia á su Maestro Jesucristo ! Les pareceria oír á cada momento la palabra que obedecian , y como la obediencia alcanza de Dios con prontitud los socorros que necesita , sus almas estarian llenas de esperanza de la próxima venida del Espíritu Santo. Esta conducta de los apóstoles nos hace comprender , que esa desconfianza que suele llenar nuestro corazon , cuando recurrimos á Dios , toda esa pereza y negligencia que sentimos dentro de nosotros mismos , cuando con mas urgencia tenemos necesidad de pedir socorros celestiales , tienen su principio en no haber estado prontos para someter nuestra voluntad á la de Dios , buscando en la obediencia el mérito que nos haga dignos de recibirlos. Creedlo , hermanos míos , la primera disposicion que hemos de presentar al Señor , cuando esperamos recibir sus beneficios , y señaladamente aquellos que nos trae el Espíritu Santo , es la sumision á su voluntad , el deseo eficaz de guardar su divina ley , y la cooperacion activa que prestemos á sus santas inspiraciones. Sin ésto no estaremos jamas dispuestos á recibir sus favores ; en vano los pediremos , en vano los aguardaremos y en vano tambien nos quejaremos al Señor porque no los recibiremos.

Mas los apóstoles no se contentaron simplemente con obedecer el mandato divino , sinó que junto con

(1) Salmo 142.

quedarse en Jerusalem, buscaron el retiro y la soledad como medios á propósito para disponerse á recibir los soberanos dones del Altísimo. En efecto, San Lucas nos los deja ver reunidos (1) en el recinto del Cenáculo, y retirados de toda comunicacion con los demas hombres, para que sus almas pudiesen desde la tierra estrechar libremente sus relaciones con el cielo. Dios ha dicho que llevará á la soledad á sus siervos, y allí hablará á su corazon, porque el bullicio y la disipacion del mundo les impiden oir su voz ; de modo que en vano espera alguna alma recibir favores particulares del Señor, sinó purifica ántes su corazon, y destierra de él todo aquello que le perturba, como el Espíritu Santo nos lo advierte y aconseja á cada paso en las santas Escrituras. Cada objeto dentro de nuestro espíritu es aquel tumulto que perturbaba á Job, y le impedía oir la voz de Dios (2). ¡ Ah ! veamos nosotros quién es el que causa ese tumulto dentro de nosotros mismos, para que conociéndolo lo arrojemos, y quedando en silencio podamos percibir la voz del Espíritu Santo que nos ofrece dones celestiales. Mas este retiro vendria á ser peligroso si en él no tuviese nuestra alma una ocupacion preferente á que dedicar constantemente su entendimiento y su voluntad. De los apóstoles retirados en el Cenáculo nos dice San Lucas, que perseveraban unánimes en la oracion ; y toda alma que se retira para procurarse los favores del cielo, que son los dones del Espíritu Santo, debe observar tambien esa misma conducta. La oracion de los santos apóstoles en el Cenáculo tenia muchas excelentes condiciones que la hacian buena y aceptable á los ojos de

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. 1.

(2) Job. Cap. 4.

Dios: estaban unidos por la caridad los unos á los otros, de modo que la oracion de todos era una misma y hecha con idénticos fines. Jesucristo les habia encargado la práctica de esta virtud sobre todas las otras (1); de modo que en ellos se realizaba ya aquel deseo vivo y ardiente, que el Divino Salvador mostraba á su Eterno Padre, de que todos sus hijos, que eran sus apóstoles, viviesen tan unidos por la caridad, que pudiesen decir que tenian un mismo corazon, y practicaban unas mismas obras (2). No habia entre ellos ninguna emulacion, ningun género de envidia, ninguna discordia; sinó la paz de Dios, fruto de la perfecta caridad, que reinando en el alma y en el corazon de cada uno, animaba tambien las obras de toda aquella santa sociedad. De suerte, hermanos míos, que cuando nos proponemos pedir al Señor los dones del Espíritu Santo, nuestra oracion ha de ir fundada en la caridad, para que merezca ser oida por Dios. Esta caridad ha de inspirarnos no solo amor, benignidad, paciencia y mansedumbre para con todos nuestros prójimos, sinó tambien esa union con nosotros mismos, que hace marchar de acuerdo en la oracion al alma y al cuerpo, y á nuestras potencias con nuestros sentidos. Ved ahí la naturaleza de la oracion unánime que nos traerá los dones del Espíritu Santo, como los trajo sobre los santos apóstoles.

De suerte que se encuentran desde luego inhábiles para recibir las virtudes y los dones del Espíritu Santo todos aquellos, en cuya oracion no van acompañados el alma con el cuerpo, ni sienten el mismo fervor las potencias que los sentidos. Esto sucede cada vez que

(1) Juan. Cap. 13.

(2) Juan. Cap. 17.

oramos distraídos, sin fervor, con tibieza, y llenos de miras interesadas. Esto sucede cuando nos preocupa algún agravio recibido de nuestro prójimo, y que no hemos perdonado, como debemos hacerlo; y sucede, también, cuando, llenos de ideas y pensamientos mundanos, nos presentamos delante del Señor, pidiendo que se realicen; y ésto aun, cuando la experiencia nos enseña que las riquezas, los honores y las conveniencias de la tierra contribuyen muchas veces á nuestra perdición eterna. Depongamos, pues, hermanos míos, todo cuanto exista todavía en nosotros, que pueda ser motivo para que se nos nieguen los dones y las gracias que nos trae el Espíritu Santo.

Los apóstoles oraban con perseverancia pidiendo la venida del don celestial, y á medida que el recogimiento y el ejercicio de la oración les hacia conocer mejor la suma necesidad que tenían de sus auxilios, para emprender la obra sobrehumana de la conversión del mundo que les encomendó nuestro divino Salvador, perseveraban con mayor fervor, hasta que hubiesen recibido el cumplimiento de la promesa de Cristo, de enviar sobre ellos al Espíritu paráclito. Sabían que los grandes dones requieren oración perseverante de parte de quienes desean alcanzarlos, y por esta razón oraban los apóstoles y discípulos del Señor sin intermisión. Unas veces se dirigían al Padre, diciendo con el Profeta: « *Emitte Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terrae*: Envía, Señor, tu Santo Espíritu, que crie y renueve la faz de la tierra. » Se volverían otras veces al Hijo, y llenos de confianza le recordarian y exigirían el cumplimiento de la promesa de darles el Espíritu Santo; y á este mismo Espíritu divino, « Ven, diría cada uno con todo el fervor de su alma, ven, Espíritu

Criador, ilustra los entendimientos de tus fieles, y llena con el fuego de tu amor los corazones que tú criaste. » Y esta oracion repetida por todas aquellas almas fervorosas, ¿alcanzais á conocer, católicos, cuánto valor tendria delante de Dios? Por su mérito, se abreviaria el tiempo en que habia de descender el Espíritu Divino sobre el nuevo pueblo escogido; y la tierra comenzó desde luego á recoger los frutos de virtud y santidad que derramó el Espíritu Santo sobre los fieles reunidos en el Cenáculo.

Procuremos por nuestra parte ejercitarnos como los discípulos del Señor, en pedir las gracias y dones del Espíritu Santo; pues, en verdad, tenemos de ellas suma necesidad. Pidamos al Padre que nos mande á su Espíritu Santo para que, entrando dentro de nosotros, crie y renueve la tierra árida y desierta de nuestro corazon. Pidamos al Hijo que nos envíe á su Espíritu, que nos encienda en ese fuego de caridad, que El mismo vino á traer y á propagar sobre la tierra (1). Y pidamos al mismo Espíritu divino que venga á visitar nuestras almas, para limpiarlas de sus manchas, y quemarlas y abrazarlas con el fuego de la caridad, de modo que sean perpetuamente de Dios y fieles á su ley divina. Digámosle como la Iglesia en el Oficio de estos dias: « Ven, Espíritu divino, ilustra los entendimientos de tus fieles, y llena del fuego de tu amor los corazones que tú criaste. » Juntemos á nuestra oracion el recogimiento y fervor que la hará subir, como la de los apóstoles, hasta el trono del Señor, y perseveremos en nuestro clamor hasta que seamos oidos. Unámonos á Maria Madre Inmaculada de Jesucristo y Madre nuestra, como estuvieron unidos los apóstoles en el

(1) Lucas. Cap. 12.

Cenáculo: roguémosle que atienda nuestros ruegos y los presente á Jesucristo su Hijo y nuestro Redentor. El ejemplo de Maria llenaba de fervor á los apóstoles en el Cenáculo, nos dice San Alberto Magno, y las virtudes que practicaba, llenaban sus almas de amor á Dios, de modo que las hacian mas dignas de recibir los dones del Espíritu consolador (1). ¡ Ah! que alcancen para nosotros los ruegos de Maria este mismo bien. Ojalá así suceda, de manera que, despues de haber poseido acá en la tierra la gracia del Señor, lleguemos tambien á poseer eternamente su gloria.

(1) In laud. B. Virg.

INSTRUCCION VIGÉSIMA TERCERA.

SOBRE LA MISERICORDIA DE DIOS.

*Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam
quae perierat.*

Alegraos conmigo, porque encontré
mi oveja que habia perecido.

(S. Luc. Cap. 5.)

Murmuraban los enemigos de Jesucristo, porque lo veian tratar familiarmente con los pecadores que, convertidos á El de corazon encontraban en su doctrina celestial la fortaleza necesaria para perseverar sirviéndole fielmente. El divino Salvador, queriendo condenar la temeridad con que censuraban su conducta, les declaró que el motivo de su venida á la tierra era buscar á los pobres descarriados; y para hacerles percibir mejor la caridad ardiente con que desempeñaba su mision, les preguntó: ¿Cuál de vosotros que tiene cien ovejas, echando ménos una, no deja seguras las noventa y nueve, y se va á buscar aquella que ha perdido? Cuando la encuentra, su corazon no cabe de gozo; apenas ha llegado á su casa, llama á sus amigos, y les dice: Venid, regocijémonos, porque encontré la oveja que habia perdido. ¿Cuál es, añade, la mujer que, habiendo perdido cierta moneda de valor, no enciende una luz para buscarla por todos los rincones de la casa, y si aun no pareciese, la barre y sacude toda hasta encontrarla? Encontrándola convoca á sus amigas, y se regocija con ellas, porque

halló aquella moneda que buscaba con tanta ansiedad. De esa manera, bajo la semejanza de la oveja extraviada y de la moneda perdida, significó los cuidados que prodiga á las almas cada vez que por el pecado se le separan perdiendo su divina gracia.

Mas donde quiso Jesucristo nuestro Señor señalarnos hasta qué punto llega la misericordia con que nos ama, y la ternura con que siente y compadece nuestra separacion, fué en la historia que hizo de los desórdenes de un hijo, que abandonó la casa de su padre, y se fué á una region muy distante, donde llevó vida pródiga, deshonesta y sumida en todos los vicios. Estos le llevaron hasta disipar completamente todos los preciosos bienes que sacó del lado de su padre, llegando su miseria hasta el extremo de verse obligado á servir á un rico labrador, que lo empleó en apacentar los puercos de su granja. En esta tristísima situacion su hambre llegó hasta el punto de desear las frutas que baboseadas y pisadas dejaban los cerdos; pero nadie se las daba. Un dia volviendo sobre sí, ¡ Cuántos trabajadores, dijo, estarán en la casa de mi padre, hartos de pan, y yo aquí estoy pereciendo de hambre! Me levantaré, y iré á mi padre. Y levantándose echó á andar hácia la casa de su padre. Apenas éste le vió cuando le conoció, y corriendo salió á encontrarle con los brazos abiertos para recibirle. El hijo, al abrazarle su padre, arrodillándose, « Padre mio, le dijo entre sollozos y lágrimas de arrepentimiento y de dolor, yo no soy digno de ser llamado hijo vuestro: recibidme siquiera como uno de tus sirvientes. » Mas el padre lleno de misericordia para con él, estrechándolo entre sus brazos, lo besó y dijo á sus criados: « Traedme ropa y vestidos preciosos, vestidle poniendo anillo en sus manos y calzado en sus piés, preparad un banquete, y celebremos la vuel-

ta de este hijo que habia muerto , y ha vuelto á vivir; se habia perdido, y ha sido encontrado.

En los tristes sucesos de este j6ven ingrato y rebelde á su padre pint6 Dios la vida del pecador, que abandona su santa ley y se entrega á la miseria de las culpas; mas pint6 tambien la ternura de su misericordia en aquel padre, que no pierde de vista á su hijo desgraciado , sin6 que le est6 sin cesar llamando para que vuelva á su casa , de donde tan temerariamente se apart6. La enormidad de las caidas cometidas por el hijo nos hacen conocer la malicia de aquellas, con que el pecador ofende á Dios; y la ternura con que el padre le busca , le recibe y celebra su vuelta, nos hace tambien comprender la grandeza de la bondad, con que Dios nos perdona y nos vuelve á su gracia y amistad. Estas dos consideraciones van á ocupar ahora vuestra atencion. Bendecid, Jesus misericordiosísimo, mis palabras, para que con tu gracia alcancen copioso fruto en mis oyentes.

I.

El primer pecado que aparece manchando la conducta del pródigo que nos ocupa, es la ingratitud, como lo es ordinariamente en todos los pecadores. Colmado en la casa de su buen padre de honor y de fortuna , el pródigo no apreció estos bienes como debia , y puso su deseo en otros mas conformes con las pasiones desordenadas que no procur6 cuidadosamente arrancar de su corazon. Estos eran esos gustos y contentos momentáneos y miserables que producen los pecados torpes y carnales. Olvidaba el grande acopio de bienes que habia puesto su padre á su disposicion ; olvidaba los cuidados y regalos con que á cada paso le favo-

recia; olvidaba que aquellos bienes emponzoñados no podía gozarlos sinó soportando las miserias que encontraria léjos de la casa y del amor paterno; y olvidándolo todo tomó la resolución de ausentarse. Cualquiera está viendo en el principio de los males de este jóven el origen de sus propios pecados. Hemos recibido de la infinita liberalidad de Dios gracias y socorros oportunos, con los que llegaremos á poseerle y gozarle eternamente; nuestra alma limpia de las miserias de la culpa vive al lado de su padre, goza de las caricias de su tierna bondad que se las prodiga en tantas inspiraciones que le animan para practicar las virtudes, en tantas luces que le señalan los abismos que se le preparan para su perdicion, y en tantos medios que le franquea en los santos sacramentos su infinita bondad, y que aprovechándolos la harán incontrastable para resistir los golpes de las tentaciones. Aquí goza la verdadera paz, esa paz que el mundo ni conoce, ni ménos puede dar; esa paz propia del alma que sirve y teme al Señor; ese rio de paz, en fin (1), que consiste en la quietud de la conciencia libre de las agitaciones inseparables á la culpa. Mas en medio de tanta abundancia de verdaderos bienes recuerda, como los Israelitas en marcha para la tierra prometida, las viandas de que se hartaban en Egipto: las echa ménos, las desea y se resuelve á buscarlas. Recuerda esos vicios que embriagan los sentidos con licor emponzoñado, que adormecen el alma para todo lo que es virtuoso y santo, y que le harán perder cuantos bienes ha adquirido al lado de su Padre Dios. Y la resolución, hermanos míos, de marchar en busca de esta felicidad miserable, que se llama goces de los sentidos, soberbia, vanidad, y am-

(1) Isaías. Cap. 48.

bicion, ordinariamente la toma pronto el hombre tentado, porque, como si temiese volver atras y perder aquellos gozes se da prisa para separarse del lado de su padre. Como al pródigo del Evangelio, no le basta la primera ingratitud que comete no aprovechando la multitud de gracias que ha recibido para mantenerse con ellas en el servicio de Dios, y habitando con él en la morada de su amor y de su infinita bondad, sinó que expone esos mismos bienes arriesgándolos en medio de los peligros y de las tentaciones de una vida disipada. En efecto, en el pródigo pinta Jesucristo lo que tantas veces ejecutan los pecadores, que de El se apartan vencidos por sus tentaciones. Disponiendo libremente de su propia voluntad, principian por abusar de ésta, permitiéndose libertades que disgustan á Dios y lo alejan de su alma. Porque no imaginéis, hermanos míos, que el pródigo se vió sumido en un momento en todo ese cúmulo de males que nos refiere el santo Evangelio: nó por cierto: principió por salir del lado de su padre; la salida misma ocasionó las distracciones y falta de recogimiento; tras esto vinieron las malas compañías que abundan en todas partes, y que contribuirían á fomentarle los vicios execrables de su vida disipada. Igual cosa sucede ordinariamente al pecador, que, alejándose de la casa del Padre celestial, fué encontrando los pecados que le cautivaron su voluntad, mancharon su conciencia, corrompieron su corazon, y le transformaron de hijo de Dios en esclavo del demonio. *Dissipavit substantiam suam*, nos dice Jesucristo, fijando nuestra atencion en aquel que es imagen de nuestra alma pecadora. « Disipó cuanto tenia. *Dissipavit substantiam suam*. » Vísteis al hombre en la casa de su padre Dios dueño de sí mismo, marchando alegremente para ejecutar las buenas obras á

que se sentia inspirado ; ahora léjos de Dios por el pecado , le vereis tardío y perezoso para todo cuanto pueda apartarlo de sus vicios y regenerarlo por las virtudes, principalmente por medio de la caridad que es la reina de todas. *Dissipavit substantiam suam*. Lo vereis esclavo de pasiones inmundas, que lo arrastran acá y allá segun los caprichos de cada una. La impureza lo lleva á buscar torpes deleites, que van poco á poco arruinando sus talentos, su fama, su salud, su ingenio , su fortuna , y embruteciendo las potencias de su alma, hasta el extremo de no conocer ni comprender tantos y tan graves males que este vicio le acarrea. La vida ociosa y la codicia le arrastran á las mesas de juego, donde disipa el dinero propio y el ajeno; allí olvida que es hijo de familia y que el caudal de que dispone no es suyo, sinó que pertenece á sus padres que se lo concedieron, nó para que lo jugase, sinó para que atendiese necesidades legítimas y honestas: allí el que es padre de familia se olvida de la mujer y de los hijos, porque disipa los intereses que, obrando en conciencia , debia emplear en beneficio de aquella y de éstos: allí al que es empleado no es raro verlo jugar los intereses del fisco , que le estan confiados: allí al que ha conservado hasta entónces costumbres arregladas se le ve olvidarlas ; y al que respetaba su fé y sus principios religiosos, disiparlos con el contacto de los jugadores. *Dissipavit substantiam suam*.

La gula , uno de los pecados capitales que mayores estragos causan en nuestra alma, lo conduce á su vez á los excesos de la embriaguez: y el que ántes habia , siquiera por respeto á su propio honor , por respeto á sus relaciones de familia, por interes á los destinos á que su capacidad ó sus antecedentes pare-

cen llamarlo, evitando aquellas manchas que pudieran degradarle, se abandona á la bebida, la que no tarda en deshonrarle en público, mediante mil rastros que deja en las maneras, en las costumbres y aun en la fisonomía de los bebedores. Entónces los hombres honorables le separan de su amistad, las familias educadas le cierran sus puertas, y todos cuantos se estiman á sí mismos, rehusan sus visitas y sus relaciones. Esto mismo le lleva al despecho, porque en vez de volver sobre sus pasos para merecer nuevamente las consideraciones y el aprecio que perdiera por su culpa, se abandonará á los mayores excesos, como si quisiera vengar en sí mismo el desprecio con que le miran los demas. ¡ Ah! y cuántas veces vemos entónces al jóven educado con tanto esmero, al caballero que ántes era citado como ejemplo de hidalguía y delicadeza, al padre de familia que en otro tiempo con tantas obras de virtud edificó no solo á los suyos, sino á todos sus vecinos y aun á todo el pueblo, abandonado á los excesos mas lamentables, que obligan á los que fueron sus mas íntimos amigos, á huir de él como se huye del contagio. *Dissipavit substantiam suam.*

Y no creais, hermanos mios, que la separacion de Dios, que acarrea al hombre la pérdida de la divina gracia, cause éstos y otros estragos semejantes solamente en jóvenes sin experiencia y sin madurez. No es así: no hay edad en que pueda alguno decir que se encuentra libre de los vicios, y tantas veces observamos que aquellos que estuvieron fuertes en su juventud para luchar contra las malas pasiones, caen en la vejez en los vicios mas infames y vergonzosos. Viejos eran y elevados á altas dignidades los jueces de Israel, que quisieron abusar de la hermosa y casta

Susana (1): de edad varonil era Holofernes, y se encontraba á la cabeza de un ejército poderoso que hacia actualmente la campaña contra Israel, cuando se entregaba á los excesos de la embriaguez (2): y no eran niños, ni ménos mozos sin experiencia los que, despues de abandonar al Dios de Israel, y desconocer su santa ley, se entregaron á los excesos de la gula, y comenzaron á jugar, como nos refiere la santa Escritura (3). Ya veis pues, hermanos mios, que la edad no es un salvo conducto que pueda librar al hombre de los vicios, ni lo es tampoco la elevacion á que conducen la fortuna, los honores, el poder y la sabiduría. Tiemble todo hombre que se aparta de Dios, porque con separarse de El ya lleva consigo el principio de todos los pecados y la fuente de todas sus desgracias.

Justísima es, por cierto, esta serie de males que persigue al ingrato que abandonó á Dios, y esa es la que el santo Evangelio nos revela en la situacion, á que se vió reducido el pródigo despues de haber disipado las riquezas que sacó del lado de su padre. Cuando nos deja ver cubierto con andrajos al que ántes vestia ricos ropajes bordados de oro y plata; descalzo al que llevaba en sus piés preciosas sandalias; flaco y hambriento al que se hartaba en los banquetes; y tostado y abrasado por el sol, al que pasaba su vida en las delicias; ¡ oh gran Dios! entónces nos retrata al triste pecador desheredado de la casa del Padre celestial, y caido y como abismado en lo mas profundo de los males. Ese hombre hambriento y desnudo para poder vivir, se alquila á un rico campesino que lo manda á su granja á guardar los puercos que en ella se criaban.

(1) Daniel. Cap. 13.

(2) Judit. Cap. 12.

(3) Exod. Cap. 32.

Y ésta es la imágen del cristiano que se familiariza con los pecados, los guarda y fomenta en su conciencia, en su corazon y en su voluntad, cuidando de fortificarlos con su repetición. Mas en vano busca en éstos contento y satisfaccion permanente ; le pasa lo que al pródigo , que envidia á los brutos que llenan su vientre con las frutas inmundas , que él no puede usar porque no se le conceden. Unos vicios han llamado otros , unos pecados inspiran el apetito de cometer otros nuevos: los dias , los meses y los años formaron largas cadenas de impurezas , embriagueces , juegos , y de mil otros excesos; y despues de tantas iniquidades el alma, llena siempre de la misma hambre, busca nuevos desórdenes, aunque éstos la hagan de peor condicion que los mas inmundos animales. ¡ Oh hombre ! ¡ Oh cristiano ! mira el colmo de tu desgracia ! reflexiona un instante lo que eres, y compáralo con la situacion en que te encuentras. Entra dentro de tu propia conciencia, y escucha los lamentos de tu alma que soporta tanta miseria; vuelve sobre tus pasos, verdadero pródigo, y principiarán á aliviarse esos espantosos males que te aquejan.

II.

La enormidad de su miseria hizo recordar un dia al jóven pródigo lo que habia sido ántes en la casa de su padre, y lo que era ahora distante de ella. Consideró ademas que la grandeza y gravedad de sus males, el hambre, el frio, la desnudez y la miseria , le hacian perecer, mientras que muchos jornaleros y criados de su casa disfrutaban de abundancia; y como conclusion de las reflexiones que hacia, se resolvió á marchar en busca de su padre. *Surgam,*

dijo, *et ibo ad patrem meum*. Y ojalá, hermanos míos, que nosotros reflexionásemos también sobre las miserias nuestras, pues sin duda su conocimiento perfecto será un motivo eficaz que nos resolverá para volver á Dios. Y una vez que nos sintiésemos movidos, no demoremos en practicar las diligencias que acrediten la sinceridad de nuestra conversion. El pródigo, apenas se resolvió á buscar á su padre, cuando luego al punto se puso en camino. No le detuvo la espantosa situación á que se veía reducido; ni la burla y el desprecio que, al verlo llegar de aquel modo, podrían hacer de él sus antiguos conocidos; ni tampoco el temor de que su padre no le recibiese. Ninguna de esas consideraciones, ni ninguna otra le detuvo: se hizo superior á todas. *Surgam, et ibo ad patrem meum*, dijo, y mereció por eso ver luego á su padre que le recibía amorosamente.

El pecador que se vuelve á Dios, encuentra en la misericordia divina las gracias que le resuelven eficazmente, le fortifican poderosamente y le llevan hasta su término victoriosamente. Le resuelven, he dicho, hermanos míos, eficazmente, porque aun cuando el hombre con las gracias ordinarias, que recibe del Señor, puede conocer sus errores, necesita todavía que Dios venga á socorrerle con nuevos auxilios, que den eficacia á esa resolución; y ésta es la primera muestra de misericordia y de amor que Dios da en favor del pecador, y consiste en conocer y comenzar á sentir sus pecados. El conocimiento de la enormidad de éstos, la experiencia de los males infinitos de toda especie que le han causado, y el convencimiento de la necesidad urgente que tiene de salir de ese estado por medio de una dolorosa confesión, no serían bastantes para convertirlo de veras, si Dios no viniese en su socorro con gracias todavía mas poderosas, que le den

la mano para levantarse de la postracion á que le redujo el pecado. Tan cierto es, hermanos mios, que nosotros, flacos y miserables como somos, podemos caer agobiados por nuestra propia miseria, pero no podemos levantarnos, si Dios no nos concede arbitrios para ello. ¡Cuánto confunde y humilla esta verdad á la soberbia y orgullo de los hombres! Pueden con sus propias fuerzas caer, precipitarse y perderse, pero no pueden levantarse ni sostenerse, si la mano de Dios no les auxilia. Dios que conoce tan á fondo la debilidad de sus criaturas, acude pronto con sus gracias para socorrer al alma que ve dispuesta para recibir las; por eso fué El quien en la persona del padre terreno salió al encuentro de su hijo arrepentido; y salió presto, es decir, ántes que algun impedimento viniese á estorbar la ejecucion de su vuelta; y salió corriendo en señal del amor generoso y ardiente con que lo recibia. En virtud de este primer auxilio puede el pecador decir resueltamente como el pródigo arrepentido del Evangelio: *Surgam, et ibo ad patrem meum.*

El pecador siente, á la verdad, diversos movimientos interiores, que le hacen quedar á veces como parado en la ejecucion de su vuelta á Dios. El recuerdo de los placeres que los vicios proporcionaron á sus sentidos; la anchura y libertad de la vida que llevó lejos de Dios; la costumbre tan arraigada que tiene de cometer ciertos pecados, que han venido á formar en él como una segunda naturaleza; las dificultades que encuentra para cambiar de vida despues de tantos años pasados en la licencia de las pasiones; todo ésto, hermanos mios, forma como montañas que al pecador parecen insuperables, y lo arredran en la ejecucion de su vuelta á Dios; mas Este por un nuevo acto de su infinita misericordia remueve todas esas dificultades,

y dejando expedito al alma su camino, le hace sentir inspiraciones y movimientos saludables que robustecen su voluntad, para que marche adelante y sin tropieso en el de su conversion. El abrazo tan caritativo como estrecho que dió el padre á su hijo, nos indica el amor con que Dios viene á socorrer á ese pecador convertido, y los dones que le trae á fin de arraigarlo mas y mas en su amor. Lo decide á confesar sus pecados con verdadero dolor, sobreponiéndose para ello al amor propio que lo resistia resueltamente; le da la vestidura de su gracia, con que lo purifica de las manchas que le hicieron contraer los desórdenes de sus vicios; le da el anillo de la caridad, que lo obliga á guardar fidelidad á Dios constantemente; le da el calzado de la proteccion divina y de las virtudes que mortifican sus afectos, haciéndoles arreglarse en todo á los preceptos divinos. Con semejantes auxilios el pecador queda fortalecido para esa lucha que sostendrá de por vida contra los enemigos de su salvacion. El alma siente presto sus efectos, no es ya aquella pobre criatura que vagaba perdida en el camino del reino de los cielos, nó por cierto: ha vuelto á ser fiel hijo de Dios con derecho á la posesion de los bienes eternos, que se le han de conceder mediante la misericordia divina. Se ha reconciliado con su Padre Dios; ha recibido los abrazos de su divino amor; tiene en sí misma impresas las pruebas irrefragables de su infinita caridad, y siente todavía sobre sí la mano divina que le tomó fuertemente cuando perecia en los vicios, y la arrebató de la muerte que da el pecado. Puede sin duda decir con mejor derecho que David: « Tuviste mi mano con tu diestra, para que no pereciese (1). » Y no es ésto solo; se encuentra ro-

(1) Salm. 72.

busta y fuerte en los caminos del Señor, que son el ejercicio de las buenas obras, y llena del mas vivo reconocimiento que la inspira y la dirige en todas sus resoluciones y en todos sus afectos, nada le parece difícil en su nueva vida, sinó con la gracia que Dios le comunica todo le es fácil y todo lo puede porque Dios la fortalece (1). La infinita misericordia del Señor pasa todavía mas adelante. Como si interesase algo inmediatamente á su gloria substancial la vuelta del pobre pecador, ostenta en favor de éste toda la magnificencia de su caridad, mostrando el regocijo con que la celebra, é invitando á sus ángeles para que se alegren tambien con El (2). « Alegraos conmigo, les dice, porque encontré la oveja que habia perdido. *Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam quae perierat.* » Y esta alegría que el padre, de que nos habla el Evangelio, significaba en el convite espléndido á que llamaba á sus amigos, el Dios de toda misericordia la significa, llamando á esa misma alma al convite de sus sacramentos, y á gustar de las delicias inefables de su divino Hijo en la sagrada mesa del altar. Aquí El asiste en compañía de sus ángeles y santos, para que sean los testigos de nuestra conversion, de nuestro arrepentimiento, del fervor con que principiamos á amarle, y de la caridad con que le prometemos no separarnos jamas de su servicio. *Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam quae perierat.*

Ese pecador que desde este momento podemos llamar feliz, por cuanto ha vuelto á Dios, donde se halla la felicidad verdadera, queda restituido á todos los derechos que le concedió la caridad divina, cuando le hizo hijo suyo en el sacramento del bautismo mediante

(1) Philip. C. 4.

(2) A Luc. C. 5.

los merecimientos de Jesucristo. El cielo, la gloria eterna, su trono, su asiento, su corona, todo queda pronto para él desde ese mismo momento con grande gozo de su Criador y Redentor, que le abre sus brazos, y de los justos y bienaventurados que le aguardan, para que sea su eterno compañero. ¿Y cuál será el pecador tan arraigado en sus iniquidades, que pueda resistir un torrente de caridad y misericordia como éste? Hermanos míos, volved sobre vosotros mismos : como ese jóven perdido en los vicios se levantó recordando la memoria de su padre, levantaos tambien vosotros invocando la misericordia del Señor. Jesucristo vuestro amoroso Padre os espera para recibiros, para perdonar vuestros pecados y para colmaros de sus gracias. Venid á sus piés diciéndole con un corazon lleno de dolor verdadero: me pesan, Señor, mis pecados, y confieso que no merezco ser admitido entre vuestros hijos; pero recibidme, siquiera, en el número de vuestros sirvientes. Me basta estar en la casa de tu misericordia, para ser dichoso, y de donde te prometo nunca jamas separarme por nuevos pecados, sinó que perseveraré en vuestro servicio hasta el fin de mi vida.

INSTRUCCION VIGÉSIMA CUARTA.

SOBRE LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

Misereor super turbam.

Tengo compasion de estas gentes.

(Marc. Cap. 8.)

Así nos habla, hermanos míos, Jesucristo nuestro Señor exhortándonos con su ejemplo á practicar las obras de misericordia. *Misereor super turbam.* La misericordia es una virtud que hace al hombre sentir las necesidades de su prójimo, y procurar socorrerlas: y esta compasion que le inspira caridad con sus semejantes, lo constituye verdadera imagen de Jesucristo, que fué misericordioso y practicó siempre la misericordia en favor de sus criaturas. Y no fué tan solo misericordioso Jesucristo nuestro Señor para colmar de bienes á sus pobres y necesitadas criaturas, sino que se glorió de esa misericordia como de su virtud mas excelente.

Llamados por nuestra profesion cristiana á imitar á Jesucristo, debemos ser misericordiosos con nuestros prójimos, no solamente con palabras y buenos deseos, sino llenando con ellos las obras de misericordia que fuesen convenientes segun las circunstancias. « La caridad nunca perece, » nos dice San Pablo (1); y al contrario vive en todos aquellos, que estan llenos del Espíritu de Dios, segun Santo Tomás (2). Por consiguiente, obedeciendo las inspiraciones que en nuestra

(1) I. á los Corínt. Cap. 11.

(2) Super Paulum in I. ad Cor. Cap. 11.

alma deja sentir el Espíritu de Dios, debemos, según nuestra posibilidad, practicar las obras que se llaman de misericordia en beneficio de nuestros prójimos.

Se llaman obras de misericordia por dos razones principales: primera, porque en muchos casos y para muchas personas no obligan por precepto alguno de justicia, sino solo por consejo de caridad ó de misericordia; y segunda, porque en los casos en que interviene algun mandamiento de Dios, que nos obligue á practicarlas, dejan ya de ser de misericordia, y vienen á ser de justicia, de modo que estamos obligados entónces á practicarlas por justicia (1). Estas son las obras con las cuales quiere el Apóstol que nos ayudemos los unos á los otros, á fin de cumplir mejor la ley de Jesucristo (2).

Voy á tomar, hermanos míos, las obras de misericordia por materia de la presente instruccion. No haré un panegírico de ellas, ni tampoco las elogiaré como merecen: os instruiré tan solo de la manera como debemos practicarlas, y de las razones que tenemos para ello. Ojalá mis palabras caigan sobre vuestra alma preparada con la gracia del Señor, de modo que penetrados de su importancia seais diligentes para practicarlas. Oídme.

I.

Las obras de misericordia son catorce; siete espirituales y siete corporales. Llamamos espirituales aquellas que se dirigen principalmente á ejercitar la caridad en beneficio del alma; y corporales aquellas que tie-

(1) S. Thom. in I. ad Corinth.

(2) A los Galat. Cap. 6.

nen por objeto aliviar principalmente las necesidades del cuerpo. Hablaré primero de las espirituales. La primera es enseñar al que no sabe, y ésta es sin duda la mas esencial é importante de todas las demas. Enseñar al que no sabe, es instruir al ignorante dándole á conocer aquello que mas le importa para su felicidad eterna, y tambien para la temporal en muchos casos. De modo, hermanos míos, que cumple con esta obra de misericordia el que se dedica á enseñar á los pobres y rudos la doctrina cristiana, haciéndoles conocer á Dios, explicándoles la obligacion que tenemos de amarle, de servirle y de aborrecer el pecado que tanto le ofende. El ministerio que principalmente ejercitó nuestro Señor Jesucristo durante su permanencia en este mundo, fué enseñar á los ignorantes los medios para conseguir el reino de los cielos, y El mismo dijo que con ese fin lo habia mandado á la tierra su Padre celestial (1). Imitamos, pues, á nuestro Señor Jesucristo, cuando enseñamos á los que no saben los arbitrios de que se han de valer para conseguir el reino de los cielos. Ademas es tambien obra de misericordia enseñar al que no sabe, bien sea hombre ó mujer, la manera de trabajar para ganar su vida; así es que la persona que toma á su cargo á otra, y le enseña un arte, ó á desempeñar un oficio con que pueda honrada y cristianamente ganar su subsistencia, esa ha hecho indudablemente una obra de caridad muy agradable á Dios enseñando al que no sabe.

Entre aquellos que reclaman de nosotros esta obra de misericordia, son principalmente acreedores los niños: primero, porque nuestro Señor Jesucristo les dió preferencia entre todos los que le rodeaban para oír

(1) Juan. Cap. 10.

sus palabras, diciendo á sus apóstoles: « Dejad que los pequeñitos se acerquen á mí, y no se los estorbeis, porque de ellos es el reino de los cielos (1); » segundo, porque son por su edad y falta de reflexion inclinados á los vicios, y con la buena enseñanza los apartamos de éstos; y tercero, porque instruidos religiosa y convenientemente, serán útiles para la sociedad, y asegurarán para ellos mismos una situacion honrada en la vida presente, y la felicidad eterna en la vida futura. Y ojalá nos penetrásemos todos los cristianos de la importancia de dar buena enseñanza á los niños, pues que entónces lograríamos indudablemente la reforma del cuerpo social: porque mala es la situacion moral del mundo, pero mucho peor es todavía la que se le espera, cuando haya crecido y llegado á edad perfecta esa generacion que ahora se levanta. Esos niños que hoy crecen en todas partes sin idea de Dios, ni del fin con que la mano del Criador les ha puesto aquí en la tierra; sin idea, repito, de las obligaciones que tienen que llenar como hombres y como cristianos: esa generacion, repito, que se forma en la ignorancia de sus obligaciones, no podrá ménos que ser irreligiosa é inmoral; desconocerá todos sus deberes y hará sufrir á la sociedad tiempos muy amargos. Yo veo el mal y lo denuncio: vosotros, yo y todos tenemos obligacion de procurarle remedio, cada uno en la parte que le corresponda. El mal es gravísimo ciertamente: esos niños que hoy vemos por las calles de las ciudades de Italia, que llevan en su gorra la corona de Saboya, que anuncia pertenecen á las escuelas libres, es decir, donde no se enseña la fé, estan en la misma situacion que otros de Alemania, de

(1) Mateo. Cap. 19.

Francia, España y de otros estados de Europa y de América, donde no se da enseñanza religiosa, ya sea por mandato de la autoridad correspondiente, ó por descuido de los preceptores. Están, repito, en la misma situación de tantos otros que por negligencia de sus padres, no reciben tampoco idea alguna de Dios ni de su fé, y todos éstos van á engrosar esa falange de comunistas que robarán, asesinarán, pegarán fuego á los bienes ajenos, despues de haber concluido con sacerdotes y magistrados. Ya vimos en la comuna de Paris una muestra de lo que pretenden; ya vió allí todo el mundo puesto en práctica cuanto hay de mas repugnante para la moral del hombre honrado; no quiero decir del hombre religioso, para la moral del hombre honrado, repito. Pues bien, esas escenas se han de repetir muy pronto en Europa y en América, sinó se atiende desde luego á esta imperiosa necesidad de dar instruccion religiosa á los niños que hoy crecen sin ella.

Despues de la obra de misericordia de enseñar al que no sabe, sigue la segunda que nos manda dar buen consejo al que lo ha menester. Así como quiere el Señor que nos mostremos generosos con nuestros prójimos necesitados de recursos materiales para aliviar su pobreza, de la misma manera nos excita tambien para que mostremos igualmente interes por esos prójimos, socorriéndolos con nuestros consejos en sus necesidades espirituales. Es ésto lo que nos enseña San Pablo, diciéndonos: « Si alguno como hombre incurriese en algun pecado, vosotros que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre (1). » Conocemos la importancia de esta obra de misericordia,

(1) Epist. ad Galat. Cap. 6.

recordando lo que nos dice el Espíritu Santo, que el buen consejero vale mas que las riquezas. ¿Cuánto no valió, hermanos míos, á Faraon el consejo de José? Valió nada ménos que la salvacion de Egipto. Mas en el que aconseja, deben concurrir prudencia para hacerse cargo así de las personas, como de las circunstancias sobre que va á recaer su consejo; luz ó ciencia que presida en ese mismo consejo que da; y finalmente temor de Dios, que le haga conformar todos sus consejos con los preceptos del Señor. El consejo dado con todas estas disposiciones es verdadera obra de misericordia. Mas no lo son aquellos malos y perniciosos, que suelen prestar ciertas personas sin religion, y que al aconsejar no ven á Dios, sinó que divisan tan solo la conveniencia material de aquel que los busca. En lugar de practicar éstos una buena obra, cometen un gravísimo pecado.

Para corregir al que yerra, necesita el que corrige acercarse á su prójimo en privado, y ver si está, ó nó, en disposicion de oir sus palabras. Si lo está, debe con prudencia hablarle sobre aquello que ha hecho necesaria la correccion. Esta prudencia consiste en buscar el tiempo oportuno y la circunstancia tambien oportuna para corregir. En órden al tiempo no es, por cierto, el mas conveniente aquel en que el hombre está bajo la influencia del vicio en que vive; es necesario dejar pasar esa especie de embriaguez, á fin que pueda ser provechosa la correccion. Se ha de buscar igualmente una circunstancia oportuna, evitando todo cuanto pueda irritar sin fruto á la persona corregida. En la correccion que hizo Natan á David por mandato de Dios encontramos recopiladas las circunstancias que necesita tener presente el que corrige por caridad. Natan profeta habla á David de su pecado á solas;

pero le habla en persona de otro hombre, haciendo resaltar toda la enormidad abominable que tenia. Cuando David, conmovido por la injusticia del hecho que le reprentaba Natan, « Vive Dios, dice, reo es de muerte el hombre que cometió tal iniquidad, » entónces es cuando el Profeta : « Tú eres, le dice, ese hombre que despreció al Señor para hacer lo malo en su presencia (1). » De este modo corrigió á David , y le echó en cara toda la enormidad horrible de su culpa, le hizo penetrarse de ésta, y le preparó para el verdadero arrepentimiento con que luego la lloró y la detestó. No son obra de misericordia, sinó muy contrarias á la caridad, aquellas correcciones que hacen algunos gritando, insultando, maltratando é irritando al culpable, sin sacar de ésto provecho alguno. Quien desea practicar la correccion cristiana con perfeccion , haga lo que enseña nuestro Señor Jesucristo. Hable á su prójimo á solas, y hámblele con dulzura y caridad , porque así fácilmente ganará su alma.

Consolar á los que estan tristes, es otra de las obras espirituales de misericordia. Hay, hermanos mios, sufrimientos del espíritu, así como hay enfermedades de la carne; sufre nuestra alma dudas de su salvacion, temores y angustias en las obras buenas que practica, aflicciones, efecto muchas veces de las ingratiitudes que recibe en paga de los beneficios hechos á nuestros prójimos; desconfianzas, en fin, y mil otras amarguras que la exponen á la desesperacion. Dios permite tales aflicciones para robustecer la virtud de sus amigos y escogidos, así como para probar la constancia de nuestro amor , y algunas veces tambien para castigar el descuido con que vivimos en su ser-

(1) Lib. II. de los Reyes. Cap. 12.

vicio. Hace verdadera obra de misericordia quien, advirtiendo estos sufrimientos en su prójimo, y teniendo con él algun género de relacion, procura consolarlo con caridad. El ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, sufriendo por nosotros con tanta paciencia y resignacion, es una medicina eficacísima para consolar y fortalecer á los que sufren espiritualmente.

Perdonar las injurias y al que con éstas nos ofendió, es, hermanos míos, otro precepto de la caridad, mandado observar en el quinto mandamiento, y sancionado de nuevo en el Evangelio por nuestro divino Salvador. Mas hacerlo con alegría, y regalar con favores al que cometió esas ofensas, es obra de misericordia, y la mas heroica, sin duda, que el cristiano puede practicar. Consiste ésta principalmente en rogar por aquellos individuos que nos calumnian, nos persiguen ó nos ofenden y hacen mal de cualquier modo que sea. El ejemplo de nuestro Señor Jesucristo nos estimula á la práctica de esta virtud: muriendo crucificado ignominiosamente, rogaba á su Eterno Padre por los mismos que le habian crucificado con atroz injusticia. ¡Ah! imitemos su ejemplo para rogar tambien por aquellos que nos hacen mal, sin haberles dado para ello causa alguna racional. Roguemos á Dios, porque les inspire mejores sentimientos, de modo que todos unidos por la caridad, contribuyamos á su gloria.

Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos, es armarnos de fortaleza cristiana para resistir las tribulaciones y contratiempos, de que se encuentra llena nuestra vida. Quiere el Señor que vivan los que profesan su divina ley, practicando la paciencia como virtud, que se esmeró en inspirarnos con sus santos ejemplos. El espera lleno de paciencia, que los pecadores le teman y vuelvan á su amor, porque no

quiere que alguno perezca (1); y de esta paciencia desea que nosotros participemos mientras vivamos, batallando en esta vida de amarguísimas contradicciones. Con la paciencia quiere que nos hagamos superiores á los motivos de ira ó de rencor, que puedan los prójimos causarnos con su ligereza, su irreflexion ó su mala voluntad. Pero todavía mas, quiere que nos resignemos con alegría á esos mismos trabajos cuando los viésemos venir, y que se los ofrezcamos á El en satisfaccion de nuestras culpas. Tal paciencia nos traerá un premio inmediato, y es la posesion de nosotros mismos por el dominio de nuestro propio corazon (2); y ademas nos hará imitar fielmente á Jesucristo, que nos dice que imitemos su mansedumbre y su humildad.

Rogar á Dios por vivos y muertos, es la última de las obras espirituales de misericordia. Se nos recomienda orar por nuestros hermanos, hijos del Padre celestial, y que reclaman eficaces auxilios espirituales en socorro de las necesidades de su alma. Cuán agradable sea á Dios esta obra, nos lo indica aquella vision que tuvo San Juan, y refiere en el libro del Apocalipsis (3): vió un ángel que delante del trono del Señor tenia un incensario de oro, del que subian á Dios las oraciones de los justos á manera de perfumes, exhalando fragancia de infinita suavidad, hasta El que misericordiosamente las recibia, y atendia lleno de infinita bondad. San Rafael aseguró á Tobías, que él mismo habia presentado en el cielo las oraciones fervorosas que acostumbraba hacer, y que habian sido oidas por Dios, y en fin, á cada paso

(1) Carta II. de San Pedro. Cap. 3.

(2) Lucas. Cap. 21.

(3) Cap. 8.

nos dice Este en las santas Escrituras que escucha nuestras oraciones, y muy en particular cuando van animadas por la ardiente caridad.

II.

Pero á mas de estas siete obras de misericordia espirituales, tenemos otras siete que se refieren á necesidades temporales: digamos algo tambien sobre éstas. Jesucristo nos declaró la importancia de tales obras tomándolas como cargos para formar su proceso á cada uno de los hombres el dia del juicio universal. « Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino de los cielos, dirá á los buenos, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era huesped y me hospedásteis, estuve desnudo y me vestísteis, estuve enfermo y me visitásteis, estuve encarcelado y me vinísteis á ver. » Señor, le dirán los justos, ¿ cuándo te vimos de esa manera y te dimos esos socorros? Y el Juez soberano respondiendo, les dirá: Cada vez que hicísteis con mis pobres estas obras de caridad, conmigo lo hicísteis (1). Apartaos de mí, dirá tambien á los malos, porque os negásteis á practicarlas cuando viéndome hambriento no me disteis de comer, sediento no me disteis de beber, desnudo no me vestísteis, enfermo y en la cárcel no me visitásteis, y peregrino no me recibísteis; apartaos de mí, id al fuego eterno, que está preparado para satanás y sus ángeles. Señor, dirán los réprobos al soberano Juez, ¿ cuándo te vimos hambriento, sediento, desnudo, encarcelado y enfermo, y no te dimos los socorros que necesitábais? Cuando os negásteis á hacer en favor de

(1) Mateo. Cap. 25.

mis pobres estas obras de caridad, á mí os negásteis. les responderá. Por esta razon Dios nos las recomienda á cada paso, y los mas grandes Santos tanto del antiguo como del nuevo Testamento vemos que las practicaban con gran fervor.

Las tres primeras de estas obras van dirigidas á socorrer tres graves necesidades que sentimos todos los hijos de Adan, necesidad de comer, de beber y de vestir para conservar nuestra vida. El apóstol San Juan, despues de exhortarnos al amor de nuestros prójimos, que Dios nos manda practicar en su divina ley, nos dice que no sea ese amor tan solo de palabras, sinó probado con obras que realmente lo comprueben (1). Las obras de misericordia corporales son los hechos que lo prueban, pues con ellas socorremos en su pobreza á nuestros semejantes alimentándoles y vistiéndoles caritativamente. Y tales obras obligan bajo pecado en las necesidades graves de los prójimos que requieren socorro urgente, principalmente cuando podemos darlo sin detrimento grave de nuestros intereses. Hay muchas personas que se excusan de practicar estas obras dando por motivo los crecidos gastos que les cuesta el sosten de su familia. Y en esos gastos entran, hermanos mios, los del teatro, de los coches, trajes de gran lujo, ricos amueblados y otros de igual naturaleza. De modo que de todos esos gastos nada, nada puede cercenarse para dar de comer al pobre ni para vestir su desnudez. ¿Y os parece justa, y conforme con el Evangelio semejante conducta? ¿Dios Padre de todos los hombres verá con indiferencia que algunos de sus hijos sufren los horrores del hambre y la vergüenza de la desnudez, mientras otros ruedan coches, y visten, comen y

(1) Epist. I. de San Juan. Cap. 3.

se divierten opulentamente sin acordarse de los pobres sus semejantes? Mas ¿porqué digo sin acordarse, cuando sus clamores penetran sus oídos cada día; cuando su vista va á encontrarse por las calles con los andrajos del uno y con la palidez mortal del otro? ¿Porqué digo sin acordarse, cuando mil ocasiones oye hablar de aquella familia desgraciada que, después de haber disfrutado comodidades, perseguida por la fortuna se encuentra reducida á la mendicidad é implora de la caridad algún socorro indispensable para vivir? ¡Ah ricos de la tierra! medita bien vuestra conducta á este respecto, no sea que se cumpla en vosotros aquello que Jesucristo dijo, que es mas fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que entre un rico al reino de los cielos (1).

La visita de los enfermos y de los pobres encarcelados reclama también con justicia el ejercicio de la caridad. Cuando no tiene fortuna, hermanos míos, el pobre que se encuentra postrado en cama por las enfermedades, ve su condición aun peor y mas infeliz que ántes, cuando solo sufría las consecuencias de su falta de recursos; porque la enfermedad le deja aislado, sin medios para curarse, y si la caridad de los prójimos no viene en su auxilio, perecerá allí en su aislamiento, ó mejor diré, en el mas cruel abandono. La bondad de Dios ha inspirado á su Iglesia las asociaciones de caridad para visitar los pobres enfermos, y las personas que á ellas pertenecen, así como las otras que cooperan para que tales visitas sean eficaces, y llevan á los pobres los auxilios necesarios, consolándoles en medio de su aflicción, todos éstos representan la conducta de Jesucristo, de quien dice el santo

(1) Mateo. Cap. 19.

Evangelio que pasaba por todos los lugares haciendo bien ; pero cuidando de puntualizar el mismo Evangelio, entre esos infinitos bienes que causaba, la caridad que ejercia en beneficio de los pobres enfermos.

Los detenidos en las cárceles, así como los imposibilitados de trabajar por las enfermedades , no solamente tienen necesidades personales que piden pronto socorro , sinó tambien familia que queda abandonada por la imposibilidad física del padre para asistirle. Este es otro punto sobre el cual llamo vuestra atencion: la falta de recursos para vivir , á que esas familias quedan reducidas, equivale á su sentencia de abandono, de deshonra y de prostitucion. ¡ Ah ! hermanos míos , que se levante en esos casos una mano misericordiosa que redima esas infelices víctimas de tanta desgracia; un tutelar que busque un asilo, un servicio honrado, ó cualquiera otro refugio á esas niñas desgraciadas que van á caer en el fango de los vicios porque no hay quien las socorra.

Finalmente , nos encarga la caridad honrar á los muertos dándoles sepultura. Recordad, hermanos míos, que nuestro Señor Jesucristo quiso ser sepultado por la caridad de dos hombres virtuosos que profesaban su fé secretamente. Y á ambos correspondió esta obra de misericordia con gracias tan abundantes , que no temieron ya dar público testimonio de su religion, ni entrar atrevidamente al tribunal del presidente de la Judea á pedir el cuerpo de Jesus para honrarlo del modo debido (1). Así recompensó Dios la caridad de estos hombres misericordiosos.

Estas son, hermanos míos, las obras que llamamos de misericordia , porque entre las otras muchas que

(1) Marc. Cap. 16.

nos inspira y recomienda la caridad, son las mas á propósito para derramar en nuestros prójimos los bienes tanto espirituales como temporales que nos concede nuestro Padre celestial. Imitemos á Jesus para movernos á socorrer á esas turbas necesitadas de hermanos nuestros, figurada en la que lo rodeaba cuando decia lleno de compasion: *Misereor super turbam*. Tengamos como El misericordia de los pobres ignorantes, para procurarles el conocimiento de Dios y de sus obligaciones como cristianos; auxiliemos á los que van errados, á los que sufren aficciones, y ofrezcamos nuestras oraciones por todos. Abramos nuestras manos en favor de los hambrientos, desnudos y menesterosos; seamos para todos nuestros prójimos lo que queria el apóstol San Juan fuese cada cristiano hijo de Dios, que socorre á sus hermanos los demas hombres nó con palabras, sinó con obras; así lograremos oir algun dia de boca del Padre celestial: « Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tengo preparado. »

INSTRUCCION VIGÉSIMA QUINTA.

CONTRA LA LECTURA DE LOS MALOS LIBROS.

*Attendite a falsis prophetis, qui veniunt ad vos:
a fructibus eorum cognoscetis eos.*

Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros:
por sus obras los conocereis.

(S. Matth. Cap. 7.)

Así nos previene, hermanos míos, el Hijo de Dios contra ciertos hombres osados, que pretenden pervertir la fé y las costumbres de los cristianos. Falsos profetas los llama, porque con osadía se apropian el nombre y oficio de doctores y maestros del pueblo, y como tales pretenden dirigirlo por sendas extraviadas, y en las que ha de perecer necesariamente. *Attendite a falsis prophetis.*

La doctrina de estos maestros, derramada como torrente en libros y folletos impíos é inmorales, perverte las costumbres de los cristianos, promueve desórdenes en la sociedad civil, causa trastornos en las familias, y arruina la moral en todas partes. Vano ha sido oponer á este mal la barrera de la legítima censura, con que la Iglesia ha herido tanto á los escritores, como á los editores y lectores de esos libros; vana la solicitud con que la autoridad eclesiástica ha procurado designar como perniciosas tales obras; y vanos los esfuerzos que las leyes civiles han hecho en diferentes estados para impedir su propagacion; porque el mal ha cundido, á pesar de todo, y las doctrinas de los falsos profetas dejan sentir ya demasiado

sus efectos en todas partes. Me parece verlos dibujados en aquel diluvio de males que el Evangelista San Juan nos refiere en el libro del Apocalipsis haber inundado la tierra, cuando el ángel del Señor derramando la copa que contenia la ira divina (1), llovieron sobre el género humano plagas de toda especie: así diviso llagas y enfermedades morales que sufre la sociedad y vienen de la lectura de tales obras.

Bien veo que la débil voz con que intento preveniros contra este gravísimo mal irá á perderse como ha sucedido á otras mas fuertes y mas elocuentes que la mia; pero á vista de lo que pasa el ministro de Jesucristo no puede guardar silencio. La levantaré, á pesar de mi convencimiento, y si consigo abrir los ojos de algun preocupado, ó desterrar la ignorancia de algun padre de familia, ó salvar la inocencia de alguna persona incauta, bendeciré al Señor y daré por bien recompensada mi fatiga.

Voy en primer lugar á arrancar la máscara á las producciones de estos falsos profetas, manifestando la verdadera naturaleza de sus obras y el verdadero fin que con ellas se proponen.

Voy luego á indicar cuál debe ser la conducta del buen cristiano en presencia de tales publicaciones. *Attendite a falsis prophetis, qui veniunt ad vos: a fructibus eorum cognoscetis eos.* Escuchadme que seré breve.

I.

Al expresar el convencimiento íntimo de mi conciencia en orden á las publicaciones irreligiosas é inmorales, cuya lectura la Iglesia Católica desde los pri-

(1) Apocal. Cap. 7.

ETZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. III.

meros tiempos ha prohibido á sus fieles, no pretendo deprimir ningun ingenio, ni menoscabar el mérito literario de algun escritor. Lamento el extravío de esos ingenios, deploro el mal uso que han hecho de sus conocimientos, y condeno con toda la energía, de que soy capaz, los errores que ciertos escritores han sabido adornar con bello ropaje literario, para procurarles cabida entre las personas ménos cautas. A tres clases puedo reducir la naturaleza de tales obras: unas son inmorales, otras insidiosas para la fé y para la religion, y las otras abiertamente irreligiosas.

Llamo obras inmorales todas aquellas que parecen calculadas para inculcar el vicio en sus lectores: tales son ese infinito número de novelas que circula en todos los paises con profusion, y en las que aparecen elogiados los vicios mas degradantes, y presentados con tales colores y atractivos, que seducen á sus lectores. Allí se procura confundir al vicio con la virtud, hacer á ésta odiosa ridiculizándola unas veces, y presentándola otras de tal modo, que no puede ménos que merecer la condenacion de toda alma honrada. Al contrario presentan al vicio adornado de manera, que llega á interesar y á granjearse la estimacion que no merece: ya lo vemos aparecer rodeado de pompa que arrebatla la atencion de todos; ya perseguido de modo, que entenece y gana los corazones por la compasion; y las mas veces triunfante y rodeado de tales atractivos, que inspiran á no pocos deseo de imitar los extravíos mas torpes y los vicios mas inicuos. El jóven pundonoroso y la niña inocente que resistieron los ataques violentos de sus propias pasiones, y huyendo de los peligros de manchar su alma, auxiliados por la gracia divina conseguida en la oracion y en los sacramentos, triunfaron tantas veces de los enemigos de

su virtud, leyendo estos libros sienten en su corazon abierta la brecha por donde aquellos enemigos ántes vencidos y ahuyentados vendrán ahora victoriosos á aprisionarla vergonzosamente. ¡ Oh! Si pudiera yo descubrir los secretos de tantos corazones, ¡ en cuántas personas podria citaros el ejemplo de esta bien triste verdad! Veríais, hermanos míos, esa alma que llena poco ántes de candor buscaba sus delicias en obedecer la voluntad de sus virtuosos padres, en llenar las ocupaciones domésticas, en cumplir sus ejercicios de piedad, en el estudio, en la lectura de obras instructivas, en la recreacion honesta y en el trato con personas buenas; ahora agitada por pasiones violentas rehusar someterse al mandato de sus mayores, apartarse estudiosamente del trato con los buenos, alejarse de los ejercicios de piedad y detestar toda lectura seria que pueda darle la instruccion provechosa y que tanto necesita. Los vicios han entrado en su alma; pereció la inocencia que era su mas preciosa hermosura, entró el desórden á agitar sus pasiones, prevalecieron éstas contra las virtudes, y el libertinaje y el desenfreno ocuparon el lugar que, ántes de la lectura de tales libros, tenian la modestia, la sinceridad y la pureza. Estas son las transformaciones que obran cada dia las perniciosas obras de Jorge Sand, de Eugenio Sue, de Dumas, de Balzac, y otras infinitas que circulan en la sociedad como verdadero contagio que esparce por todas partes la depravacion. La conciencia resistió, quizá, los primeros movimientos del ataque; el resto de temor de Dios y de virtud cristiana que conservaba el alma al principio de la lectura pudieron sostenerla, aunque vacilante y débil, un poco de tiempo, pero la curiosidad excitada por el interes que dispierta la novela, la conducia insensiblemente al abismo

que preparan aquellas obras á sus lectores. Ni puede suceder de otro modo, como bien lo conocia uno de los escritores de esta clase de libros cuando en el prólogo de su novela escribia: « Infeliz la jóven á cuyas manos llegue esta mi obra. » Por eso el hombre cauto las arroja léjos, y todo el que estima en su justo valor la inocencia de su alma, se abstiene de tomarlas en sus manos recordando la sentencia que nos dice que sus palabras devoran como cáncer y hieren de muerte (1).

Mas hemos llamado insidiosas por su naturaleza á una parte de estas producciones, y tales son en efecto aquellas que, proponiéndose combatir la fé y la moral de la Iglesia Católica, no lo hacen sin embargo de frente. Como la serpiente africana que, al prepararse para acometer, cuida no dejar rastro alguno del camino que ha tomado, de modo que nadie adivine el designio que se propone; así aquellos enemigos de la fé esconden cuidadosamente el odio profundo que ocultan contra la religion y su proyecto de combatirla. En sus escritos tan solo los vemos gritar contra los abusos, esforzarse por hacer aparecer á éstos con mayores proporciones que las que realmente tienen, y poner cuidado muy particular, porque la Iglesia y sus ministros aparezcan siempre protegiendo y sacando provecho de esos abusos. Denuncian infinitas preocupaciones, sin que muchas existan mas que en su imaginacion, y al hacerlo culpan á la Iglesia de patrocinarlas y de fomentarlas en provecho de sus intereses. Mil y mil veces confunden la piedad fervorosa, con la preocupacion hija de la ignorancia, que la Iglesia es la primera en rechazar y condenar, como opuesta á su espiritu; y otras tantas hacen recaer sobre sacerdotes

(1) II. á Timoteo. Cap. 2.

piadosos y sobre cristianos llenos de fervor las consecuencias de hechos odiosos, que por ningun motivo les corresponden. Confundiendo el celo puro y santo que inspira la religion de Jesucristo con el fanatismo, condenan bajo este nombre los actos mas hermosos de aquella virtud interpretándolos á su manera. Para conseguirlo sacrifican hipócritamente la verdad, mientras deben respetarla, la buena fé que á cada paso traicionan con asombroso cinismo, la historia cuyos hechos mas conocidos abiertamente adulteran, y en fin, sin mostrar que toman á su cargo de propósito la defensa de ningun principio, derraman el veneno mortifero de la impiedad, de la inmoralidad, de la duda, de la incredulidad y de todo cuanto puede contribuir á arrancar de la conciencia del creyente la fé cristiana. Entre otros muchos de esta clase de libros insidiosos podré citar uno, cuya lectura desgraciadamente se encuentra hoy muy extendida: hablo del « Judio Errante, » en cuyas páginas aparecen del modo mas insidioso y traidor empleadas contra la fé, disciplina é instituciones de la Iglesia Católica, todas aquellas armas reprobadas. ¿ Y porqué estos hombres no combaten de frente los dogmas y las instituciones de la Iglesia que tanto aborrecen? Porque sus armas no tienen fuerza, hermanos mios; son armas gastadas como todas las que emplean los hombres contra la obra de Dios; quedarian rotas, y caerian despedazadas, como ha sucedido en todo tiempo á las que combatieron la religion de nuestro Señor Jesucristo. Ademas esa conducta insidiosa les asegura la ganancia de las almas débiles, que no verian, quizá, con satisfaccion un ataque abierto contra su fé, mientras que leerán con interes este otro que se hace insidiosamente, y en el que tragarán con lentitud el veneno de la irreligion. Cuántos hay de éstos que dicen

cada dia: yo amo mi religion, y no toleraré ninguna cosa que pueda agraviarla; pero mientras tanto la fé sufre con la lectura de tales libros en su propia conciencia un combate lento que la va debilitando. Despues que ha sido herida en los ataques insidiosos y traidores de aquellas lecturas, no es por cierto esa fé para su alma el faro luminoso que la guia con seguridad en medio de las tempestuosas olas de dudas, incertidumbres y otras tentaciones contra la religion. Es mas bien el faro, cuya luz se extingue por descuido de sus guardianes, y que engaña al navegante y lo hace encallar en los escollos adonde lo arrastró la fuerza de la borrasca. No lo dudeis, hermanos mios, en esta clase de lectura es donde se debilitan hasta llegar á extraviarse y perderse las creencias de muchos cristianos. Guardaos, os diré de nuevo con las palabras de Jesucristo, guardaos de estos falsos profetas que os hablan insidiosamente, proponiéndose arruinar vuestra fé. Guardaos de la lectura de tales libros, donde el veneno que debe ocasionaros la muerte espiritual, se os prepara de ese modo engañoso y traidor.

Libros abiertamente irreligiosos son los que sin rebozo alguno se proponen combatir de frente la religion, ya sea en sus dogmas, en su moral, ó en sus instituciones. La fé es la luz que nos ha dado el Señor para dirigirnos en el camino del reino de los cielos, de modo que siguiendo sus inspiraciones, marcharemos siempre con seguridad sin que ninguna sombra de errores, ignorancias ó dudas vengan á detenernos, ó á extraviarnos en nuestro camino. Verdad es que las tinieblas han de combatir la luz, y que ésta es la empresa que acometen los libros irreligiosos. ¿Mas qué encontramos ordinariamente en éstos? Errores que provienen ó de ignorancia, ó de mala fé, y vosotros comprendéis des-

de luego que la ignorancia y la mala fé no pueden ser jamas medio para traer luz á ningun entendimiento, ni para dirigir la voluntad de nadie. La ignorancia les hace ya repetir argumentos que desde muchos siglos atras fueron combatidos victoriosamente, ya citar como testimonio doctrinas, cuyos autores las retractaron como erróneas, y ya, en fin, confundir la historia con la fábula y lo que nuestra madre la Iglesia recibió y tuvo siempre como verdad infalible con aquello que la piedad de los fieles solo admitió, y creyó, porque elevaba mas su espíritu á Dios y confortaba el fervor de sus virtudes. Mala fé, dije, y ésta la descubre cualquiera hombre instruido é imparcial; mala fé para citar la historia, desfigurando los hechos, y no solo aquellos que nos refieren las historias profana y eclesiástica, sinó aun los que aprendemos en las santas Escrituras. Mala fé al citar el testimonio de los libros sagrados, ó el de los Padres de la Iglesia, mutilándolos unas veces é interpretándolos otras arbitrariamente. Mala fé al dejarse engañar por las voces de sus prevenciones apasionadas, que les llevan hasta el extremo de contradecir lo que está demostrando la evidencia misma de las cosas. Una triste experiencia nos enseña hasta dónde es exacto, hermanos mios, este juicio que alguno quizá pudiera calificar de apasionado (1).

Y entónces ; qué puede buscar el hombre en obras de esta naturaleza? Si los errores y la mala fé abundan en tales escritos, ; qué provecho puede encontrarse en ellos? vuelvo á preguntar. ; Ah católicos ! siglo de luces han querido algunos llamar el presente; pero con facilidad se equivocan al tomar en cuenta lo que re-

(1) Véase *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*. Tom. II. Cap. XIII.

almente puede difundir la verdad y la luz entre los hombres: porque yo creo que nada que contribuya á ofender la verdad ó á impedir su perfecto desarrollo en el entendimiento humano, podrá jamas estimarse como luz. Al contrario es elemento de tinieblas, y que acarrea sobre los espíritus el error y la confusion que causan esas tinieblas. Os diré por eso con el mas íntimo convencimiento de mi alma, que la lectura de tales obras ningun bien puede traer á sus lectores, sinó al contrario males infinitos.

Ya la sociedad religiosa y política experimentan esos males: la religiosa viendo cundir la incredulidad, la indiferencia y el ateismo práctico en la conciencia de sus hijos; la sociedad política lamentando en los ciudadanos la insubordinacion á las leyes, el odio á la autoridad y el aborrecimiento á los buenos principios, que la colocan cada dia á los bordes de un precipicio. Estos son males que todos conocemos y que nos preparan dias de espantoso luto, si Dios por su misericordia no detiene el torrente que nos arrastra al abismo. Los espíritus inquietos y turbulentos, esos que de las innovaciones tanto religiosas como políticas esperan algun provecho, esos, digo, son, hermanos mios, los que incesantemente empujan á la sociedad al abismo, de donde, segun ellos dicen, debe salir renovada. Y esa renovacion la Europa horrorizada vió cuál fuese, en los robos y asesinatos cometidos por los comunistas de Paris. ¡Oh, abramos los ojos á la claridad que esparcen tales ejemplos! Nada tiene que esperar ni la sociedad ni el individuo, de los hombres sin fé, y que procuran destruir esta misma fé en los demas. Ni se proponen otro fin tales individuos sinó medrar en la revolucion que el triunfo de sus ideas ha de producir en el orden político y en el orden social. Portémonos como buenos cristianos combatiéndolos con

todos los medios que esten á nuestro alcance. ¿Cuáles son éstos? Vamos á decirlo.

II.

Debemos condenar francamente la lectura de todo libro irreligioso, inmoral y propio para pervertir la conciencia del cristiano. Condenarla, repito, con el ejemplo evitando cuidadosamente su lectura, y condenarla con la palabra procurando influir sobre aquellos amigos de mayor confianza, á fin que no se ocupen de esta clase de libros cuando los viéremos dedicados á ellos. La Iglesia Católica condenó el uso de los malos libros desde sus primeros tiempos; de modo que, apenas recibió la bendicion de Cristo y fué iluminada por los resplandores de su gracia, cuando conoció el gran perjuicio que resultaba á la fé de semejante lectura. El grande apóstol San Pablo los hizo recoger en Efeso, y no bastó á los individuos que los tenian confesar su mala obra para ser perdonados, sinó que el mismo apóstol ordenó que esos libros fuesen quemados en presencia de todos los fieles como reparacion que exigia el pecado cometido (1). Esta conducta ha sido guardada hasta nuestros dias por la Iglesia, sin haber innovado algo de la que observaron los discípulos de Jesucristo. La historia eclesiástica nos refiere que el ejemplo dado por el Apóstol de las gentes fué imitado por los primeros obispos, quemando los libros de los herejes, para que el veneno de los errores que contenian no cundiese dañando la conciencia de los fieles. Debia, en efecto, la Iglesia por obligacion remover todo cuanto impidiese á éstos obedecer la verdad (2). Sabia que su divino fundador

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. 19.

(2) Epístola á los Roman. Cap. 5.

dejó en sus manos todos los medios necesarios para poner á cubierto la santa fé de los ataques de sus enemigos en la conciencia de los que la profesan, y usando de este poder celestial prohibió la lectura de los malos libros. Así es que al prohibir su uso la autoridad legítima instituida por Cristo nuestro Señor en su Iglesia para gobernarla y conducir á sus fieles al reino de los cielos, á mas de obrar con poder legítimo, hace lo mismo que hizo desde su principio llenando una obligacion sagrada de su ministerio.

Todo católico tiene estrecha obligacion de respetar las prohibiciones de libros hechas por la autoridad eclesiástica, y aquellos que á sabiendas y maliciosamente la desobedecen, incurren en la pena de censura impuesta por la misma Iglesia. Vanas son y ninguna fuerza tienen las excusas que suelen dar algunas personas para no respetar esas prohibiciones, pues que, á pesar de todo, ellas obligan, y á pesar de todo, repito, los contraventores de la prohibicion de la Iglesia incurren en las penas que ésta ha sancionado. Mas esta obligacion se extiende principalmente á los padres de familia, á los cuales incumbe por derecho divino cuidar que sus hijos no lean ni retengan tales obras; y son ellos los que primero deben darles el ejemplo respetando la prohibicion de la Iglesia. Los hijos son los testigos mas escrupulosos del proceder de sus padres, y por lo mismo éstos deben guardar una conducta acrisolada que les sirva en todo tiempo de estímulo y de ejemplo. ¿ Creis vosotros, hermanos mios, que el hijo escrupulizará entregarse á la lectura de obras inmorales ó irreligiosas, cuando las encuentra en los estantes de su padre y le consta que éste las lee? ¿ Creis que la hija se abstendrá de recrearse en novelas que ensuciarán por lo ménos la hermosura de su pureza, cuando

observa que su madre las tiene frecuentemente entre sus manos? ¡ Ah! eso es pedir imposibles! las leerán, y la responsabilidad principal de estas faltas recaerá sobre tales padres y tales madres de familia, que ni comprenden, ni ménos observan en toda su extension las obligaciones de su estado.

Jonatás príncipe Macabeo escribía á los magistrados de Esparta diciéndoles: « Nosotros buscamos nuestro consuelo y nuestra fortaleza en los libros santos. » Y ésta es otra obligacion que tiene el buen creyente en presencia del espantoso desórden que introducen en la sociedad cristiana y en toda la república los malos libros. Debe procurarse libros que le instruyan en sus deberes religiosos y sociales; libros que fortalezcan su fé y le preparen para combatir por ella ventajosamente; libros que le inspiren las virtudes del Salvador y le enseñen la manera de practicarlas; libros que le hagan comprender la importancia de los deberes que como buenos ciudadanos tenemos que llenar en la vida presente, para prepararnos con ellos á ser algun dia ciudadanos eternos de los tabernáculos de Dios. Libros buenos son todos los que comunican la ciencia del Evangelio; libros buenos son los que nos inspiran justicia, magnanimidad, paciencia y las otras virtudes que aquel nos predica; y libros buenos, en fin, todos los que ilustran nuestro entendimiento con luces provechosas para el individuo que los lee.

Procuremos ademas que esta clase de libros circule y se propague entre la clase pobre. Catecismos de religion es lo que necesita el pueblo, hermanos míos, porque sobre la conciencia religiosa de cada individuo se funda todo el órden de la sociedad. Catecismos de religion necesitan los niños, porque en ellos aprenderán los deberes que han de cumplir para ser buenos

ciudadanos y hombres útiles á su pais. Catecismos de religion necesita la pobre jóven, cuyo único patrimonio es su honestidad; y libros religiosos necesitamos todos, en fin, porque todos tenemos necesidad de conservar viva en nuestra alma la esperanza que nos dan los documentos eternos de las promesas divinas que ellos contienen. Propaguemos esta clase de libros en todas partes y entre toda clase de personas, y con esta diligencia habremos contribuido eficazmente á la felicidad de nuestros prójimos, y al honor y grandeza de nuestra santa fé.

Todas estas precauciones son necesarias para neutralizar los males que causan al pueblo del Señor aquellos falsos profetas, cuyas palabras llevan en sí el mas eficaz elemento de perdicion. Conservémonos en todo caso fieles á Dios y fieles á su fé; trabajemos tambien porque conserven nuestros prójimos esa misma fidelidad, de modo que marchando por la senda que nos señala nuestro Señor Jesucristo, lleguemos á ser felices con El eternamente. Así sea.

INSTRUCCION VIGÉSIMA SEXTA.

MALES QUE ACARREA EL PECADO MORTAL
AL ALMA DE QUIEN LO COMETE.

*Cum appropinquaret Iesus Ierusalem,
et vidisset civitatem, flevit super illam.*

Habiendo llegado Jesus cerca de Jerusalem,
y visto la ciudad, lloró sobre ella.

(S. Luc. Cap. 19.)

Jesucristo nuestro Señor se acercaba á Jerusalem, y multitud de gentes celebraban su venida, cantando alabanzas al Señor por las maravillas que hacia por medio de su divino Hijo. « Bendito sea, decian, el que viene en el nombre del Señor : Hosanna al Hijo de David. » Se cumplia lo que anunciaron los profetas que le vieron acercarse sobre un asno á la ciudad santa, y convidaban á sus moradores para que saliesen á recibirlo. Mas Jesus apenas divisa la célebre capital de los judios y reina durante muchos siglos del Oriente, cuando siente llena su alma de amarga pena, y principia á llorar en presencia de todos. Dirigiéndole luego su voz, « ¡ Oh Jerusalem, le dice, oh Jerusalem ! si conocieses los males que vendrán contra tí en aquellos dias, en que tus enemigos te cercarán y estrecharán por todas partes; te derribarán en tierra así como á tus hijos, que estan dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra. » Veia el Salvador la caida de aquella gran ciudad en manos de sus enemigos, la horrible carnicería y los estragos de toda clase que experimentaria, y veia ademas de ésto la ceguera de sus habitantes que, pre-

venidos muy de antemano por los santos profetas para evitar tan tremenda calamidad con la sincera conversion de su corazon á Dios, prefirieron continuar en sus pecados, provocando con éstos la ira del Altísimo. Jerusalem experimentó al pié de la letra todas las desgracias que preveia y lloraba el Salvador: cercada, tomada y arrasada por los Romanos; muertos á cuchillo muchos de sus habitantes, y hechos los demas esclavos de sus vencedores, probó qué terrible cosa es experimentar el rigor formidable de la justicia divina.

Mas yo quiero considerar estas lágrimas así como las palabras del Salvador, que las acompañaron, en su sentido místico. En esa Jerusalem condenada á perecer en castigo de sus prevaricaciones veo al alma del pecador, que con sus ingratitudes y vicios provoca los castigos de Dios; oigo la voz de Jesus que dirigiéndole sus tiernas amonestaciones, ¡ Oh ! si conocieses, le dice, los males que le amenazan: no quedará en tí ninguna de las gracias que has recibido, porque no quisistes oir los llamamientos del Señor, y vendrán en su lugar infinitos males que te harán perecer y perderte para siempre. Lloro Jesus, hermanos mios, y lloro sobre nuestros pecados; lloro las verdaderas desgracias en que hemos incurrido perdiendo el derecho que misericordiosamente nos concedió á su amor, á los bienes inefables de su gracia y á la felicidad eterna de su gloria. Voy, pues, á hablaros sobre los males que acarrearán al hombre sus propios pecados: males que le arruinan en su condicion religiosa y social, y que le precipitan en la perdicion eterna.

Vos, divino Salvador de nuestras almas, venid en mi auxilio, para que haga conocer á cada uno los males que le ha acarreado su separacion de Dios por el

pecado mortal. Hacedlo así, dulcísimo Jesus, porque pobre y flaco, como soy, mucho necesito de vuestro divino favor. Oidme, hermanos míos.

I.

No podemos llamar pecador en toda la extensión de esta palabra á aquel que por su flaqueza cae alguna vez en pecado, que procura lavar inmediatamente con las aguas saludables de la penitencia : sinó que damos propiamente este nombre á aquel que, cayendo en culpa mortal, se queda viviendo en ella, y cometiendo una tras otra, va recorriendo todas las escalas de la iniquidad. La santa Escritura nos dice que no hay hombre sin pecado (1). El que llora sus faltas y procura satisfacerlas con obras de verdadera penitencia, no perderá su justicia delante del Señor. Por eso el Espíritu Santo llama justo á David, no obstante de haber cometido enormes culpas, porque las lavó con dolor de verdadera contrición, recobrando con la penitencia su antigua fortaleza para vencer las malas pasiones. Pero llamó pecadora á la famosa mujer de Jerusalén (2), porque su alma se encontraba llena de vicios, y cometía habitualmente muchos pecados. El que alguna vez ofende á Dios ; pero, volviendo luego sobre sí, se humilla y confiesa sus culpas con verdadero arrepentimiento, oye como David allá en el fondo de su alma: « El Señor perdonó tu pecado, » y ya no es pecador delante de Dios. Mas aquel, en cuya conciencia se aposentán la impureza, la soberbia y otros vicios, de ese dice Dios como de la sinagoga de Israel: « Es gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad, y agoviado bajo su enorme pe-

(1) Juan. Cap. 1.

(2) Lucas. Cap. 7.

so (1).» Y cuando digo á éstos que el pecado mortal les arruina en su condicion religiosa y social, me fijo en el descuido que les inspira para cumplir las obligaciones mas sagradas que debe llenar todo cristiano: obligaciones cuyo cumplimiento nos dirige unas veces á tributar al Señor los homenajes que le debemos, y otras nos conducen á santificar nuestras almas haciéndolas dignas de los beneficios de Dios. Cada pecado sirve, hermanos mios, de incentivo para cometer otros; y así como de los justos está escrito, que «marcharán de virtud en virtud (2),» del mismo modo los pecadores separados de la caridad van cometiendo unos tras otros los pecados, que concluyen por hacerlos completamente indiferentes para con Dios y para con su alma. La educacion cristiana recibida en los primeros años de su niñez les enseñaba á practicar ciertas pequeñas obras de piedad para honrar é invocar al Señor cada día; mas esas son obras engañosas practicadas por el hombre abandonado al pecado mortal. Obras engañosas, repito, porque el que las practica, cree que le han de ser útiles alguna vez; mientras tanto solo le servirán de lazo para permanecer atado al pecado, en la persuasion de que aquellas devociones le alcanzarán su salvacion. Por otra parte vemos á estas personas vivir con tanta indiferencia para todo lo que sea practicar la fé, cumplir sus preceptos y acreditar con señales exteriores que vive en sus almas la religion, que podria de ellas asegurarse que son mas bien ateos prácticos, que individuos que creen en Dios y profesan la fé de Jesucristo. Cuando el pecador toca lo profundo de la iniquidad, desprecia todo lo que se opone á

(1) Isaías. Cap. 52.

(2) Salm. 83.

ésta, dice la santa Escritura (1). Y esta sentencia de Espíritu Santo es el retrato perfecto del pecador que nos ocupa. Sus iniquidades han apagado en su alma la fé, han extinguido los sentimientos religiosos, y en su lugar han hecho brotar mil prevenciones erróneas y mil preocupaciones indignas, que son otros tantos obstáculos levantados allí contra la misma fé. Ved ahí porqué vemos ordinariamente á las personas, que estan sumérgidas en los vicios, abandonar las prácticas religiosas, y vivir en un olvido casi absoluto de Dios; porque esos mismos vicios secaron en su conciencia los principios del Evangelio, y mientras éstos no vuelvan á brotar, es imposible que en ellos pueda existir ni la fé, ni alguna otra virtud cristiana. Los vicios han entrado á ocupar el lugar de las virtudes, y se multiplicarán y crecerán cuanto mas se prolongue su vida pecadora.

Lo que pasa en el alma de estos desgraciados, se revela exteriormente por sus obras. El que se ha separado de Dios, quebrantando la ley divina y atropellando sin temor los respetos que debe guardar á su Criador y soberano bienhechor, ménos fiel es para cumplir las obligaciones que le ligan á otras criaturas. Buena prueba de ésto es la manera cómo llenan aquellos sus deberes domésticos: acercaos á observar su conducta. ¡Gran Dios! vereis con horror ese conjunto de vicios que forma la vida de esos hombres verdaderamente desgraciados. Vereis despreciada la mujer á cada paso; la vereis afligida y consumida á causa de los perversos tratamientos á que vive condenada; vereis creciendo la familia sin educacion, los niños embrutecidos por los ejemplos que reciben de su

(1) Prov. C. 18.

padre de obra y de palabra : vereis allí lances funestos que son fruto del desenfreno de costumbres del dueño de casa, y en los que su pobre familia recibe los ejemplos mas depravados que pueden dársele: y vereis orgías repugnantes que se suceden una tras otra en el recinto de aquella casa, y en las que de obra y de palabra se profesa la relajacion mas espantosa. Y mientras tanto el crédito, los intereses, la familia, ¿ qué suerte corre todo ésto, lo mas precioso que posee el hombre civil en medio de sus conciudadanos ? El crédito que tienen semejantes personas es el del hombre abandonado, sin fé y sin honor, de quien huyen todos cuantos se respetan á sí mismos y estiman su buen nombre. Ni ellos hacen algo por tenerlo mejor, desde que viven casi siempre en la ociosidad, y agregan á ésta los vicios que son su consecuencia. Los intereses siguen la suerte del crédito; el juego, la embriaguez y otros vicios van consumiendo la fortuna heredada de los mayores, hasta absorberla toda, de modo que aquellas familias que nadaron ántes en la opulencia, quedan reducidas muchas veces á la mendicidad.

Yo he preguntado en muchos lugares de América por la descendencia de ciertos individuos cuyo nombre fué en otro tiempo muy conocido por las enormes riquezas que reunieron, llegando á ser dueños de territorios vastísimos, donde cosechaban ingentes cantidades de trigo, y criaban millares de cabezas de ganado. Sus casas, sus viñas y todas sus posesiones les producian soberbias rentas y les conciliaban el respeto de sus vecinos. ¿ Dónde estan ahora ? preguntaba con empeño en aquellos mismos lugares, donde se muestran sus antiguas casas y grandes haciendas. ¡ Ah ! esas familias han desaparecido moralmente; los vicios arruinaron á los padres, y los hijos criados en la igno-

rancia y en el abandono fueron testigos de la disipacion de los bienes de fortuna que ellos debieron heredar; los he visto trabajando de jornaleros en las tierras que perdieron en el juego sus mayores. Ved ahí, hermanos míos, uno de esos cuadros que nos dan á conocer frecuentemente las consecuencias, que acarrean los vicios sobre los individuos que se dan á cometerlos. ¿Y alcanzais á conocer hasta dónde se extiende la responsabilidad que pesa sobre los que causaron á su familia males tan enormes? ¿Podeis acaso medir hasta dónde llegará el alcance de esos males, que con tanta injusticia se ve obligada á tolerar una generacion entera? Nadie, nadie podrá decirlo, aun cuando todos á una nos responderán que esa injusticia es atroz, y que los daños que ocasionó, son tambien atroces verdaderamente. Y si éstos pudiesen ser reparados de algun modo, el que los causó tendria, siquiera, la esperanza que, trabajando con todas sus fuerzas, llegaria algun dia á deshacer los funestos efectos de la serie infinita de sus desórdenes; mas nunca podrá suceder ésto. La familia una vez escandalizada por el padre, no olvidará jamas la impresion funesta que recibió: los hijos criados en la ignorancia y en el abandono no podrán restaurar su juventud perdida, ni el tiempo transcurrido en las tinieblas y en los pecados que le son consiguientes: la estimacion social perdida una vez, no se adquiere de nuevo con todo su valor primitivo; y en fin, las hondas impresiones, que los extravíos y desórdenes de los padres causan en la conciencia de los hijos, nunca llegan á borrarse. Ya veis con cuánta razon os decia que esos males, que causa en otros el pecador con el ejemplo de sus delitos, son irreparables. Irreparable el descuido con que olvidaron la educacion de los hijos; irreparables los excesos escandalosos con que

perdieron el buen nombre y la estimacion social; irreparable la prodigalidad que acarreó la dilapidacion de la fortuna; é irreparable, en fin, todo ese cúmulo de desgracias venidas sobre el pecador, sobre su pobre familia, sobre su crédito, sobre sus intereses, y sobre cuantos estan en contacto inmediato con su persona. Tremendas son, hermanos mios, ciertamente estas verdades, pero no son por eso ménos evidentes; y ojalá que los que viven en tan desgraciada situacion, las meditasen con toda la madurez que exige su importancia; y ojalá todavía que cuantos las ven y las lamentan, se dediquen no solo á buscarles remedio en la sincéra renuncia de los pecados, que las causaron, sinó tambien á poner un dique contra los elementos perversos que existen y les conducen allá.

Elementos perversos he llamado esa mala educacion que hoy reciben tantos niños y niñas en colegios dirigidos por personas sin creencias religiosas, y de cuyos superiores recibe tambien la juventud ejemplos y lecciones perniciosas. Elementos perversos he llamado esa destruccion de todo cuanto pertenece á Dios, á la religion y á la fé, en que viven tantos dueños de casa, así hombres como mujeres, y cuyo ejemplo imitan desgraciadamente no solo los hijos, sinó tambien sus domésticos y familiares. Elementos perversos he llamado la lectura de novelas que llevan en sus páginas la irreligion, la inmoralidad, el mal ejemplo, y todos los vicios, en una palabra, para derramarla sobre el corazon de sus lectores, y borrar de éstos todo sentimiento de fé y de piedad. Elementos perversos, en fin, he llamado las burlas con que tantas ocasiones se persigue en los salones y en el recinto de algunas familias el fervor y la piedad de los buenos cristianos empeñados en practicar fielmente su religion. Vosotros co-

noceis cuánto se han extendido estos elementos; cuán profunda es la raíz que han echado en infinitas personas, y cuánto se ha de trabajar para arrancarlos y anularlos del todo. Esta es la obra que todos los buenos cristianos estan obligados á emprender: obra que equivale á devolver á Dios las almas que el demonio intenta arrebatarle: obra que equivale, repito, á educar á los hijos de Dios con la doctrina santa del Evangelio; y obra que equivale tambien á dar á la moral de nuestra sociedad esa pureza y dignidad, que hoy ha perdido casi completamente. Trabajemos, hermanos mios, todos en este propósito, y nuestros esfuerzos darán esos preciosos resultados. Hasta ahora hemos tocado solamente ciertos males que acarrear al hombre pecador sus propias culpas, males que degradan su condicion religiosa y social, pero que son de tal naturaleza, que cada cual puede verlos y palparlos; ahora vamos á fijarnos en otros que no podemos ver sinó con los ojos de la fé, y son los que le precipitan en el abismo de su perdicion eterna.

II.

La pérdida de la divina gracia es el primer mal que causa al hombre cualquier pecado mortal que cometa. La gracia es la amistad de Dios, de modo que perder esta gracia, es hacerse el individuo enemigo de Dios; es incurrir en su indignacion, es irritar su justicia, y provocar temerariamente sus venganzas terribles. Como el cuerpo vive por el alma, así el alma vive por Dios, dice San Agustin (1); y así como el cuerpo muere luego que el alma lo abandona, así tambien el

(1) Lib. XII. de Civit. Dei. Cap. 1.

alma perdiendo á Dios, queda muerto en ella cuanto habia de virtuoso y meritorio. Sus buenas obras, sus virtudes, su justicia, su verdadera vida, todo concluye inmediatamente. Le sucede entónces aquello que pasó á la desdichada Jerusalem; mientras ésta tenia en su favor la gracia de la proteccion divina, vivia llena de gloria, victoriosa de sus enemigos, gobernándose por sus propias leyes y escuchando la voz de Dios en el santuario de su templo; mas esa Jerusalem ofende á Dios, prevarica contra su divina ley, ingrata desconoce los beneficios que ha recibido de la mano del Señor, y Dios la abandona. ¿Y qué viene entónces á ser de esa Jerusalem? Oidlo, Jeremías nos lo dice: *Egressus est a filia Sion omnis decor eius* (1). Perdió toda su gloria, quedó vencida por sus enemigos, y cargada de cadenas, sometida á las leyes que dictaron príncipes extranjeros, y sin oír la voz de Dios que se alejó de su seno. Los ángeles que el Señor le habia concedido para que fuesen sus defensores y guardianes, « Huyamos de aquí, se dijeron los unos á los otros, porque Dios la abandonó. » *Egressus est a filia Sion omnis decor eius*. Ved ahí lo que pasa al que con su pecado hace á Dios retirarse de su alma, y que con El le abandonen tambien su gloria, su libertad y su vida quedando cubierto de ignominia, esclavo y sin poder efectuar nada que sea meritorio delante del Señor. *Egressus est a filia Sion omnis decor eius*. El Profeta nos retrata la triste condicion, á que se ve reducido el hombre que pierde á Dios, en aquella heredad que abandonó el Señor, y apenas la ha desamparado, cuando sus enemigos se dan la voz, diciéndose unos á otros: « Venid, congregaos, daos prisa para devorarla »

(1) Thren. Cap. 1.

hasta consumirla totalmente (1). Así el alma sin Dios queda abierta para que todos sus enemigos la asalten, la ocupen y se hagan dueños de ella. Recordad, hermanos míos, que Sansón, aquel hombre de fuerzas tan maravillosas que rompía con sus manos las puertas de las ciudades enemigas, ahogaba entre sus brazos los leones, y con la quijada de un asno derribó y mató un número muy crecido de filisteos, obró éstos y otros prodigios asombrosos mientras estuvo asistido por Dios; mas cuando el Señor le abandonó en castigo de sus tratos impúdicos con Dalila, se apoderaron de él sus enemigos, le sacaron los ojos cruelmente, y tanto los grandes como los pequeños, y hasta las mujeres mismas, lo burlaron llevándole acá y allá como si fuese uno de los brutos animales (2).

Mas donde yo veo muy de manifiesto ese abandono de Dios, que sufre el alma en castigo de sus pecados, es, hermanos míos, en el endurecimiento de corazón que sufre el pecador. Endurecimiento de corazón, repito, que es indudablemente el castigo mas formidable de la justicia divina que San Agustín llama el azote tremendo con que Dios suele castigar á los que resistieron los movimientos de su gracia, y que consiste en el rechazo que se hace de los medios por donde la divina misericordia suele comunicarnos sus bienes espirituales. El pecador al principio de sus extravíos sentía remordimientos que despedazaban su conciencia, ciertos temores que le alarmaban á veces en medio de sus mismos pecados, y el convencimiento de la necesidad de cambiar cuanto ántes de conducta, como único medio para alcanzar la paz, la tranquilidad y la alegría

(1) Jeremías. Cap. 12.

(2) Lib. de los Jueces Cap. 16.

que echa ménos en su corazon. Mas la negligencia en aprovechar estos movimientos interiores, que son otras tantas gracias saludables que Dios le envia, van endureciendo mas y mas su corazon, de modo que cada dia los va percibiendo ménos, hasta que llega á no sentirlos. No es porque el Señor deje de hablarle; de ninguna manera: Dios le hablará siempre como á su criatura, le reconvendrá con sus inspiraciones, y le echará en cara sus extravíos; sinó porque endurecido su corazon, no escuchará la voz divina que le habla, ni percibirá sus reconvenciones, ni sentirá la amargura con que le acusa sus negras ingratitudes. Ved ahí al hombre endurecido por sus iniquidades y del que dice el Señor: *Curavimus Babylonem, et non est sanata*. Hemos curado esa alma que queríamos sanar, y no ha hecho aprecio de nuestra medicina: dejémosla abandonada á sí misma. ¿Y comprendéis lo que es quedar un alma entregada á sí propia? Es abandonarla á los movimientos de sus pasiones desordenadas, á los caprichos de su genio soberbio y altanero, y á la corrupcion, en fin, de su propia naturaleza. Es allá adonde conduce á ese pecador el tremendo castigo que principia á soportar cuando se ha endurecido. Es como Faraon á quien en vano habla Moises á nombre del Señor, porque no hace caso ni de las amenazas, ni de las plagas que Dios le envia por medio de su profeta. Así este pecador oirá las amenazas que Dios fulmina por boca de los predicadores contra los que viven como él en estado de pecado mortal; mas su corazon se ha endurecido, y de todas esas amenazas no hará caso, de modo que se decida á abandonarlo. Oirá las reflexiones del amigo, los consejos de la mujer; verá, quizá, alguno de esos escarmientos formidables, que de cuando en cuando Dios suele mandar á los pecadores,

pero á él nada puede conmover, porque su corazon está endurecido.

En esta situacion, hermanos mios, van corriendo velozmente los dias de la vida. La muerte se acerca, la eternidad abre su seno para recibir aquella alma; mas ese hombre no se conmoverá, porque aun cuando su edad, su razon y sus achaques mismos le digan que luego, muy luego le sucederá todo ésto, él no quiere pensar ni un instante sobre esos lances solemnes y de eterno porvenir que se le preparan, porque se ha endurecido su corazon. ¡Ah hermanos mios! ¿y no veis en todo ésto un tremendo azote que la justicia divina hace soportar á los pecadores? Oh vosotros que pasais vuestra vida en los placeres de la tierra, ved el amargo castigo que soportais en el endurecimiento de vuestro corazon. No podreis decir por cierto lo que en medio de las orgías habeis tantas veces repetido: « Hemos pecado, y ninguna desgracia nos ha sobrevenido (1). » Ved ahí la desgracia enorme que vosotros ni aun siquiera imaginábais, y es, sin embargo, la mas severa pena que puede sufrir el cristiano, pues le pone en la imposibilidad de buscar á Dios, cuyas inspiraciones no oye, cuya voz no escucha, y cuyas amonestaciones ni entiende ni quiere aprovechar. ¡Oh! ¿y qué puede esperar el desgraciado que soporta tal castigo? Nada mas que la perdicion eterna adonde lo arrastran para precipitarle sus pecados.

Pero, hermanos mios, Dios os habla ahora : sus palabras son estas mismas que me estais escuchando, y que dirige á lo íntimo de vuestro corazon. Levantad éste hasta Jesucristo; ponedlo en sus manos; pedidle que lo toque con su sangre, y que lo convierta

(1) Eccle. C. 5.

á sí por un acto de su infinita misericordia. Decidle con lo mas íntimo de vuestra alma, que os pesa haberle ofendido; que con sus auxilios mudareis de vida, confesareis vuestras culpas, y perseverareis en su servicio hasta la muerte. Así sea.

INSTRUCCION VIGÉSIMA SÉPTIMA.

SOBRE LA MUERTE.

Ecce defunctus efferebatur.

Conducian á un difunto.

(S. Luc. Cap. 7.)

Ved ahí, hermanos míos, una lección que reciben los hombres de lo efímero é inconstante de las cosas humanas. Un jóven que en el vigor y losanía de sus años ha muerto y tendido en un féretro es conducido á la sepultura, es sin duda la lección mas elocuente que les hace comprender lo que en realidad somos. Esos ojos poco ha vivos y radiantes, ahora apagados; esa lengua que hablaba con tanto fuego, ahora muda; esa carne objeto de tantos cuidados, yerta é insensible; y esos piés que corrieron ligeros tras las conveniencias y los honores de este mundo, sin algun movimiento, tienen mayor eficacia para convencer al hombre de la vanidad de todo lo pasado y de la incertidumbre del porvenir, que la voz mas elocuente y que la palabra mas persuasiva. *Ecce defunctus efferebatur.*

Ese hombre muerto predica la veleidad de las cosas humanas, lo instantáneo de esta vida, y cuánto importa á todos pensar seriamente en adquirir otra mas feliz, inmutable y eterna. Desde el féretro en que yace

nos acredita la verdad de cuanto se dignó enseñarnos el Hijo de Dios, para curar nuestra soberbia, y para prevenirnos contra los vicios que corrompen y perverten el corazón del cristiano. « Atendamos á esos huesos áridos, que hablan á nuestros oídos y á nuestros ojos, diciéndonos: mírame atentamente, pues que yo fui ayer lo que hoy eres tú, y tú serás mañana lo que hoy soy yo (1). » Medítame despacio, porque estás viendo en mí en lo que paran la sabiduría y la riqueza, la soberbia y la grandeza de la tierra. Esta carne ennegrecida y fétida no es mas que la muestra de lo que un día, quizá ya muy próximo, será también la tuya. No hace mucho que era yo mismo la honra de mi casa, la gloria de mi familia y la alegría de mis amigos; obsérvame ahora, y ya nada encontrarás fuera de cuanto puede servir para inspirar terror á los demás hombres.

Todas estas verdades son las que ofrecen á nuestra meditación aquellas palabras del Santo Evangelio, y yo voy á hacerla con vosotros, procurando que dejen en nuestra alma copiosos frutos de desengaño de las cosas de la tierra, de aversión á los vicios, y de amor á todo lo que nos conduce á conseguir la vida eterna. Veremos, hermanos míos, en la muerte el punto donde concluyen para el pecador todas las ilusiones en que ha vivido, y donde principia para el justo la verdadera felicidad que tanto ha trabajado para conseguir.

A Vos, dulcísimo Jesús, ruego por vuestra dolorosa muerte, que me concedais la gracia de inspirar salubres desengaños en el alma de los que me escuchan, de modo que aprendiendo á morir para el mundo y sus placeres desordenados, vivan siempre conservando vuestra amistad. Oídme, hermanos míos.

(1) S. August. Serm. LXVI. ad Fratres.

I.

Vendrá la muerte cuando ménos se le espera, y á menudo vendrá cuando todo parece prometer al hombre larga vida. Por eso Jesucristo nos dice que vendrá como el ladron en el momento que ménos lo aguardamos (1). Así es que cuando el uno vive enredado en mil negocios que le distraen del primero y principal para todo cristiano, como llamó el Maestro divino el de la salvacion eterna; cuando otro se disipa en los goces mundanos, no preocupándole mas pensamiento que el de prolongar cuanto se pueda esos mismos goces; entónces todos ellos estan mas próximos á morir, segun aquella sentencia del Salvador. Y éstas son, hermanos míos, justamente las amarguras que experimenta el pecador en el trance de su muerte, y que disipan las ilusiones en que ha vivido: dejar sus negocios; separarse de cuanto ama su corazon, para entrar en una region que completamente desconoce, y que léjos de ofrecerle algun atractivo, inspira á su conciencia terribles temores.

Dejar sus goces, quizá en lo mas florido de su edad, es perder aquello que forma el contento de la vida mundana. El hombre rico que mira en sus tesoros su primer felicidad, porque le proporcionan medios para satisfacer mil pasiones desordenadas, ve á la hora de morir que esas riquezas no le podrán acompañar, sinó que han de quedar forzosamente acá en la tierra, para que vengan otros á disfrutarlas. El Señor ha señalado un límite: hasta allí podrán llegar solamente los goces, hasta allí le acompañarán las riquezas, hasta

(1) Mateo. Cap. 24.

allí durarán las conveniencias de que ha disfrutado ; pero de allí ni un solo punto podrán pasar adelante. *Huc usque venies* , ha dicho Dios, *et non procedes amplius* (1). El que encontraba su felicidad en la vida licenciosa , impura y deshonesta , ve en la muerte, que tiene delante de sí , la conclusion de esa larga cadena de iniquidades cometidas con desprecio de Dios, de su ley divina y de la moral pública. Ahora no tienen para su corazon aquellos atractivos, con que los vicios mas detestables se presentan de ordinario á la imaginacion del mundano ; ya los afectos torpes no le embelesan , ni los deseos deshonestos tienen fuerza para cautivar el corazon ; ahora desfilan delante de su memoria , pero como figuras descarnadas y tristes , que no pueden inspirar mas que disgusto y turbacion á todo el que las ve. Pasó el tiempo de las engañosas ilusiones , ahora cada cosa se ve con su verdadero aspecto, y los goces miserables del pecado llegaron al limite, de donde no pueden pasar. *Huc usque venies, et non procedes amplius*. ¡ Qué consideraciones tan serias son éstas, hermanos mios, y con cuánta razon deberian no separarlas de su memoria los pecadores ! La muerte pondrá fin á sus goces, y bien se funden en el amor á las riquezas, ó en los placeres de los sentidos, no pasarán mas allá de su vida : morirán como muere su cuerpo , y las ilusiones que engañaron al infeliz pecador , se desvanecerán como el humo que disipan los vientos.

Mas ¿ de dónde nace que siendo estas verdades evidentes , y palpándolas todos los hombres cada dia , se muestren tan poco dispuestos á vivir segun la sana doctrina que ellas nos inspiran ? Conociendo que la

(1) Job. Cap. 38.

muerte hará desaparecer todas las ilusiones que ahora nos engañan, y nos hará ver lo que éstas son realmente, nada parece mas lógico, hermanos míos, que buscar la felicidad, no ya en los goces miserables de este mundo, sino en aquellos sólidos y eternos á los cuales nos dan derecho las virtudes. Mas no es ésto lo que sucede, porque muy pocos son los que meditan con seriedad estas verdades; y muchos ménos todavía, los que sacan de ellas el fruto debido. Del olvido nace que se entregan los hombres á los malos deseos de su corazón, perdiendo el saludable temor que retrae al cristiano del pecado. No obraba así David, cuyo pensamiento dominante era á toda hora el de la muerte, que transportaba su alma á la eternidad. Oid, oid, hermanos, su voz enronquecida, como nos dice él mismo, por la fuerza de la turbación: « Pensé en los días antiguos y tuve delante de mí los años eternos, medité estas verdades en el fondo de mi corazón, y sentí conmovido mi espíritu por el arrepentimiento. ¿Acaso Dios me desechará para siempre, y no volverá á ser mi bienhechor? ¿Acaso se olvidará de que fué misericordioso de generación en generación? ¿Acaso detendrá con su ira su misericordia? Y dije en medio de mi meditación: ahora me resuelvo; ahora comienzo; la mudanza de mi corazón obra es de la diestra del Altísimo (1). » ¿Qué meditación tan propia para una alma que vivamente desea vivir en el arrepentimiento de sus antiguos pecados!

Pero aun hay mas todavía: junto con dejar el pecador sus goces, se ve tambien separado al mismo tiempo por la muerte de los objetos que mas ama. Son éstos las relaciones que le ligan á la tierra, aquellas á que consagró constantemente todos sus desvelos

(1) Salmo 76.

y todas sus atenciones. El alma que ama á Dios con el amor que le es debido, lo prefiere sobre todos los demas objetos, y lo antepone á todos los otros afectos de su corazon, de modo que Dios reina verdaderamente en ella, porque todo cuanto allí vive, le es subordinado (1). Por eso es que su pensamiento se eleva frecuentemente á Dios buscando en El la paz, la riqueza y la felicidad verdadera. Testigo es el profeta rey de esta verdad, que en medio de la grandeza de su poder y del esplendor de su trono, echando ménos al único bien verdadero que debemos amar, ¿ Quién me concediera, decia, alas como de paloma para volar hasta Vos, Dios mio, y descansar en Vos (2) ? Me acordé de Vos y me deleité (3). Mas no sucede ésto sinó á los cristianos fervorosos que dan á Dios en su alma el lugar que le es debido ; y nó, por cierto, á aquellos tibios y negligentes que apenas le recuerdan como cualquiera otra cosa indiferente. Nó por cierto, repito, á esos á quienes la muerte viene á cortar de un solo golpe los lazos que les unen con los objetos de la tierra, yá los que como á otros tantos ídolos tienen consagrados todos los afectos de su corazon. ¡ Y qué golpe tan doloroso será ese, hermanos míos ! Aquella mujer, por cuyos caprichos el marido no omitió hacer sacrificios de toda especie con agravio muchas ocasiones de la ley de Dios ; aquellos hijos, en cuya educacion tantos descuidos se cometieron ; aquellos amigos, por cuya persuasion tantos desórdenes y tantos escándalos se dieron ; ¡ oh gran Dios ! de todos estos objetos amados con un amor tan ardiente como apasionado se van á separar en un instante. El padre, la madre, la mu-

(1) S. Thomas. Cat. aur. in 22 Matth.

(2) Salmo 54.

(3) Salmo 76.

jer, los hijos, los hermanos, los amigos, todos, todos van á quedar acá en la tierra, y él solo será arrebatado para la eternidad. Con su vista desencajada y moribunda mirará por última vez esos objetos, y despidiéndose de ellos, repetirá lo que el otro de la Escritura : « Mirad cómo nos separa la muerte amarga (1). »

Nos separa ; pero ¿ adónde lleva la muerte á ese pecador que ha vivido olvidado de su salvacion ? ¿ Adónde lo lleva ? Mientras tuvo buena salud, ha ido donde queria, ha paseado, y nadie contradijo su voluntad. Mas ahora no sucede así. Dios puso límite á su voluntad, á ese límite le arrastró la muerte, y de allí será conducido adonde no quisiera ir. *Huc usque venies, et non procedes amplius*. El cuerpo será llevado á la sepultura, en donde va á cumplirse la palabra divina : « Tierra eres, y en tierra te has de convertir (2). » Allí tanto el rey como su vasallo, el grande como el pequeño, y el rico como el pobre serán confundidos bajo la misma tierra y devorados por gusanos de la misma manera. Por mas que la grandeza y vanidad humana hayan inventado modo como separar á los muertos los unos de los otros, la tierra se abrirá para todos, á todos los recibirá en su seno y los reducirá igualmente á polvo. Nada importan los monumentos que se eleven, ni los epitafios que se escriban para eternizar el recuerdo de los unos, mientras la confusion y el olvido reinan sobre las sepulturas de los otros ; porque la corrupcion y el polvo los confundirá á todos, sin hacer algun caso de la grandeza de unos ni de la pequeñez de otros. Y tantas veces sucederá que un suntuoso monumento decora el sepulcro donde

(1) I. de los Reyes. Cap. 15.

(2) Genes. C. 3.

yacen reducidos á polvo los restos de aquel hombre, cuya alma reprobada por Dios sufre las penas eternas del infierno, mientras los huesos del justo que reina con Cristo en la gloria, estan confundidos en el cementerio con los de insignes malhechores. Pero tenemos algo mas importante que el cuerpo, y es nuestra alma que no muere sinó que ha de vivir eternamente. Esta alma en el instante de morir el cuerpo, entrará en la eternidad. ¡Qué idea tan espantosa para el pecador moribundo! Va á entrar en una region que no conoce, porque jamas se ha detenido para meditar un momento queriendo conocer lo que ella sea. Va á entrar en la eternidad, y la fé le dice que allí encontrará las obras que hubiese ejecutado. *Opera illorum sequuntur illos* (1). La grandeza pereció en la última agonía, los honores se disiparon como el humo, las riquezas pasarán á manos de otros, la familia se dividirá y dispersará segun convenga á cada cual de los individuos que la componen; solo una cosa resta, acompañando al alma que va á penetrar las puertas de la eternidad, y es el caudal de sus obras. Lo bueno y lo malo que hubiese ejecutado durante su vida, se presentará delante del alma para acompañarla por toda la eternidad. *Opera illorum sequuntur illos*. Dé manera que bien podríamos decir que Dios hace sentir al moribundo las primeras impresiones de la eternidad en el recuerdo de todas sus obras, por muy olvidadas que estuviesen: las acciones de la niñez y de la juventud, así como las de la vejez; las conversaciones torpes y las murmuraciones, toda esa serie de pecados que forma la vida del mundano, las tibiezas y descuidos en el servicio de Dios, todo allí estará para acom-

(1) Apoc. Cap. 14.

EYZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. III.

pañar al alma. También las virtudes y buenas obras que hubiese practicado, la mortificación de sus pasiones, la caridad con los prójimos, la observancia de los mandamientos, todo lo encontrará como caudal salvado en el naufragio de la muerte. Jesucristo nos previno para este trance terrible, diciéndonos en el santo Evangelio: « Amontonad para vosotros tesoros que no perezcan (1). » Estos tesoros son las buenas obras, que nadie puede arrebatarnos, y nos han de acompañar en la eternidad. Y comprendereis, hermanos míos, el terror que se apoderará en aquellos instantes del alma que se encuentra desnuda de buenas obras. El que vivió rico de bienes temporales, entrará pobre en la eternidad; el que vivió alegre y divertido en placeres mundanos, entrará llorando y desesperado en la eternidad; el que aborrecía oír hablar de la muerte, y huía cuidadosamente de todo cuanto podía recordarle las verdades eternas, tiene la muerte delante de sus ojos con toda su deformidad, y siente que lo precipita con violencia irresistible en el seno de la eternidad. Aquellos que dejan tras de sí esa huella de pecados que pervierte á tantos, y continuará todavía pervirtiéndolo, temblarán con aquel terror que la santa Escritura llama mas formidable que la muerte y podemos comparar con los dolores agudos del infierno. El escandaloso de obras y palabras, cuyos malos ejemplos han ocasionado á tantas personas su ruina eterna; el marido que traicionó la santidad del matrimonio viviendo licenciosamente; la mujer casada que olvidó las obligaciones que le impone Dios en su santa ley, y abandonó los cuidados que debe á su marido y á sus hijos; ¡ ah ! todos éstos temblarán también, pues de ellos ha dicho el Señor:

(1) Lúcas. Cap. 6.

Blasphemare fecisti nomen meum (1); hiciste blasfemar mi santo nombre. Lo hiciste blasfemar con tu conducta opuesta á mis mandamientos y que daba motivo á las murmuraciones de cuantos te conocian; lo hiciste blasfemar porque, siendo reputado como persona cristiana, tus malas obras produjeron mayor impresion en los demas; lo hiciste blasfemar, porque tus conversaciones sin caridad lastimaron profundamente la reputacion de hombres honrados, los difamaron, y hasta ahora lamentan los graves males que les causaste; lo hiciste blasfemar, en fin, porque como consecuencias de tus desórdenes, mil individuos hay que sufren y se lamentan. Ved, católicos, cuán terrible se presenta al pecador moribundo esa eternidad, adonde la muerte le arrastra, y cómo ninguna ilusion ha quedado de cuantas alegraban y divertian su vida disipada.

Yo encuentro explicado por el Espíritu Santo el terror del pecador que muere, teniendo abierta delante de su entendimiento la puerta de la eternidad que le aguarda, y grabados en su memoria los recuerdos de su vida pasada, en la muerte del rey Antioco, cuya vida era un tejido de crueldades, robos y otros vicios abominables. Tendido y moribundo en su lecho, en medio de espantosas agonías, el dolor que sentia mas amargo que éstas mismas, eran los recuerdos de su vida pasada. *Nunc reminiscor malorum quae feci* (2), dice á los cortesanos que le rodean en aquella hora postrera. Recordaba los actos de tiranía y de crueldad cometidos contra los judios, recordaba los robos sacrílegos con que insultó á la majestad divina en Jerusalem, recordaba la ambicion inmensa que toda su vida habia alimen-

(1) Lib. II. de los Reyes. Cap. 12.

(2) Lib. I. Machab. Cap. 6.

tado en su corazon; todo ésto recordaba, y su memoria espantosa le hacia exclamar en presencia de sus amigos: *Ecce pereor tristitia magna*. No hay ya remedio alguno para mí: conozco que mis males son el castigo de mis iniquidades, y muero oprimido por una tristeza inmensa. ¡Oh mundanos! Ved en estos ejemplos en lo que vienen á parar la avaricia, la vanidad y los demas pecados que apartan al hombre de Dios. Trasládemonos, hermanos míos, frecuentemente con el espíritu al trance terrible de nuestra muerte, que nos obligará á entrar en esa espantosa eternidad. Hagamos las reflexiones y los propósitos que quisiéremos entónces haber hecho, y conseguiremos que desaparezcan ahora aquellas ilusiones que se desvanecerán entónces, pero ya sin fruto alguno. Vivamos la vida ajustada del buen cristiano, y conseguiremos entrar en el instante de morir al principio de la verdadera felicidad.

II.

El Espíritu Santo prometió á los justos, que tendrían muerte feliz y bienaventurada. Es cierto que vemos á menudo oprimidos á los buenos por injustas persecuciones, y aun morir á veces abatidos y despreciados. Mas el Señor les reserva para el trance forzoso de su muerte un torrente de consuelos que les hará olvidar todas las penas. «Tendrán muerte verdaderamente preciosa que será el fin de sus trabajos, la consumacion de su victoria contra los enemigos de su alma, la puerta de la vida eterna, y la entrada á la felicidad perfecta (1).» Y ved ahí, porqué oyó el evangelista San Juan aquella

(1) S. Bernard. Serm. S. Malac.

gran voz, que desde lo mas elevado de los cielos decia á los ángeles de Dios: « Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor (1); » y morir en el Señor, es morir en gracia y amistad de Dios; y morir en el Señor, repito, es una bienaventuranza perfecta que abraza todas las que el Salvador del mundo se dignó enseñarnos en el santo Evangelio. Será en la hora de su muerte bienaventurado el pobre, el afligido, y el perseguido, así como lo serán los que hubiesen conservado la perfecta caridad de Dios en medio de sus aflicciones y trabajos. Serán dichosos, porque morirán en el ósculo del Señor, por mas que hayan sido afrentados en su vida, mirados con desprecio y oprimidos con crueldad (2).

Mas si quereis saber, hermanos mios, cómo Dios comunica esa bienaventuranza á las almas de los justos en la hora de la muerte, os responderé que por medio de las virtudes que les concedió cuando los hizo hijos suyos, y ellos las ejercitaron é hicieron servir para procurar la vida eterna. La fé con que el buen cristiano miró siempre á Dios cerca de sí, ve en aquellos instantes con ánsia llegado el momento en que ha de verlo y gozarlo eternamente; y si Job distante todavía de la muerte sentia inundada su alma de gozo, recordando que vivia su Redentor, y que levantándose de la tierra el último dia, le veria con sus propios ojos y le tocara con sus propias manos, ahora cuando el justo moribundo le divisa con la vista de su alma en la puerta de la eternidad que se le abre, ¿ cuál será el consuelo y gozo que experimentará? El santo Evangelio al referirnos la muerte del mendigo Lázaro nos hace comprender en muy pocas palabras la suma felicidad que en aquel instante empezó á disfrutar :

(1) Apocal. Cap. 14.

(2) Card. Caietan. in Matth. Cap. 5.

« Muriendo, dice, llevaron los ángeles su alma al seno de Abraham (1). » De manera que la muerte era para aquel justo como el punto donde terminaban sus dolores, sus llagas, sus desventuras y ese desprecio incalificable con que el mundo le rechazaba como pobre, y donde principiaba la verdadera vida en que Dios enjugaría sus lágrimas, inundando su corazón con un torrente de dulzuras eternas.

La esperanza sostiene al justo en medio de las tentaciones y contradicciones de que está llena la vida de cada hombre: bien pueden los males temporales conjurarse para atormentarlo; la esperanza le sostiene y le hace superior á todos esos males. « Tú nos quitas la vida presente, decían al tirano los Macabeos ; pero Dios nos dará vida eterna con indecible gozo (2). » Esta esperanza viva y radiante en aquellos momentos hará sentir al justo lo que la Esposa de los Cantares cuando decía: « Ved ahí la voz del que ama mi alma que me dice: Levántate, amiga mía, y ven: se acabó para tí el invierno de las tribulaciones y amarguras , ya pasó el hielo, y principia la primavera de felicidad eterna. » La imperfección de nuestra fé no nos deja comprender por ahora hasta dónde llegan los consuelos, de que esa confianza llena al justo en la hora de su muerte: los comprendían los mártires , cuando corrían á entregarse á los tormentos mas atroces; cuando los jóvenes en la flor de su edad miraban tranquilamente á sus verdugos, y aun les acusaban de tardanza en ejecutar la sentencia de muerte pronunciada contra ellos ; y cuando niñas delicadas iban al cadalso con mayor alegría que á las bodas mas ilustres y deseadas.

(1) Lucas. Cap. 16.

(2) II. de los Macab. Cap. 7.

La caridad, finalmente, contribuye tambien á esa felicidad que el justo experimenta en su muerte. Ama á Dios con amor de preferencia, y mira todo lo que no es Dios como la tierra que pisa bajo de sus plantas. Desea ardientemente unirse con El, porque ve en su ser infinito la única grandeza y la única felicidad que puede satisfacerle. *Quid mihi est in coelo?* repite en medio de sus agonías como David, *et a te quid volui super terram* (1)? ¿Qué hay para mí en el cielo? ¿y fuera de tí, qué puedo querer sobre la tierra? Así es que con santa resignacion en la voluntad divina ni quiere vivir, ni quiere morir, sinó que se cumpla lo que Dios ordena, porque en el fondo de su alma se encuentra un vivísimo deseo de agradarle. Ese amor á Dios hizo que el justo mirase la tierra con la indiferencia que merece, y buscase el cielo como único objeto digno de su atencion. Ese cielo lo ve abierto: los méritos de Jesucristo piden á voces que se le admita en sus goces inefables, el Redentor amorosísimo lo enriquece con el valor infinito de su sangre, y bien puede repetir las palabras del Apóstol: «Ojalá que mi carne se disuelva, y mi alma vaya á unirse con Jesucristo (2). »

Hemos contemplado la muerte desbaratando las ilusiones de los pecadores, é iniciando la felicidad eterna é inefable de los justos. Hemos visto cómo deshace en un momento los grandes proyectos que fabrica en su pensamiento la malicia de los pecadores, y cómo conforta la virtud del buen cristiano, que trabajó por hacerse digno del reino de los cielos. Meditemos detenidamente, hermanos míos, estas verdades, si deseamos encontrarnos preparados para ese momento formidable, y del que

(1) Psalm. 72.

(2) Filip. C. 1.

pende nuestra eternidad. Jesucristo está cerca de nosotros y, quizá, ya toca las puertas de nuestra alma. Preparémonos para recibirlo, purificando ántes nuestra conciencia con una confesion dolorosa y penitente de nuestros pecados que, reconciliándonos con su majestad divina, nos ponga en camino para recibir algun dia los premios eternos.

INSTRUCCION VIGÉSIMA OCTAVA.

VICIOS QUE SE OPONEN AL CONOCIMIENTO DE JESUCRISTO.

Quid vobis videtur de Christo?

¿Qué juzgais vosotros de Cristo?

(S. Matth. C. 22.)

Jesus es, hermanos míos, quien dirige á los fariseos esta pregunta, cuando los ve reunidos y conferenciando entre sí. Eran los fariseos, segun el santo Evangelio, de aquellos que creyéndose justos, desprecian á los demas, teniéndolos por miserables pecadores: pretendian entender la ley de Moises mejor que todos los creyentes, y hacian el aparato de guardarla con suma escrupulosidad. Mientras tanto publicaban llenos de jactancia sus buenas obras, se alababan á sí mismos, anteponiéndose á todos los otros hombres á quienes daban los tristes epítetos de pecadores, de ignorantes, de perezosos, y cuantos mas pudieran envilecerles. De esta condicion eran los individuos que el santo Evangelio nos presenta, tentando con preguntas insidiosas á nuestro Señor Jesucristo, como si esperasen sorprenderlo y oir de su boca algo que pudiera servir de pretexto para someterlo á una acusacion.

El Salvador descubrió en muchas ocasiones la malicia de tales hombres, les echó en cara su hipocresía y sus vicios, y les hizo ver hasta la evidencia su ignorancia acerca de la ley de Dios y de las santas Escrituras, de que creían ser ellos los doctores y los maestros. Una de esas ocasiones es la que nos refiere San Mateo en el santo Evangelio que nos ocupa; nos dice que despues de haber preguntado los fariseos á Jesucristo, cuál era el precepto mas grande de la ley divina, y haberles el divino Maestro declarado que era amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos, Jesus les preguntó á su vez: ¿ Qué pensais vosotros de Cristo ? Como si les dijese : ¿ Qué pensais de su doctrina y de su mision sobre la tierra ? ¿ Habeis comprendido por las palabras que le ois y por las obras que presenciáis ser El el Hijo de Dios y Mesias prometido ? *Quid vobis videtur de Christo ?* ¿ De quién es hijo este Cristo, esperanza del pueblo de Israel, á quien Dios le tiene prometido por medio de sus profetas ? *Cuius filius est ?* Los fariseos doctores de la ley respondieron que Cristo debia ser hijo de David; y replicándoles el Salvador: ¿ Cómo es que David llama « Señor » á este Cristo, cuando viéndole en espíritu dice: Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi derecha hasta que ponga á tus enemigos por peña de tus piés ? Pues si David le llama « Señor, » ¿ cómo es su hijo ? Nadie pudo responder palabra al divino Maestro, porque la sabiduría humana es tiniebla, y todos sus argumentos sombra delante de la verdad divina.

Esta doctrina de nuestro Señor Jesucristo frente á frente de la conducta que observan tantas personas que viven entre nosotros, me da motivo para preguntarles con las mismas palabras del Salvador: ¿ Qué juzgais de

Jesucristo? *Quid vobis videtur de Christo?* Y esta es la materia de la presente instruccion.

I.

El juicio que cada cual forma sobre una cosa, se deja conocer de los demas por la conducta que observa con relacion á esa misma cosa. Por esa razon es que llamamos hombre creyente á aquel que vemos no separarse del camino que le señalan los principios y preceptos de su religion; á ese creemos conocedor de ésta, persuadido de sus verdades y deseoso de no apartarse de la obediencia y respeto que debe á sus santas leyes. Llamamos de la misma manera hombre sin fé al que vemos obrando en sentido contrario á los preceptos de esa misma fé. Nuestro Señor Jesucristo vió á los fariseos agitarse disputando sobre puntos de doctrina, y quiso que conociesen aquella única verdadera que podia darles luz: esa luz que por su medio debia derramarse sobre los demas, y ved ahí porqué dirigiéndoles la palabra: *Quid vobis videtur de Christo?* ¿Qué juzgais de Cristo? les pregunta. Cuando vemos en nuestros tiempos que tantas personas obran de una manera tan diversa unas de otras en orden á unos mismos intereses, no podemos ménos que persuadirnos de que viven algunas en el error, y para sacarlos de él les preguntamos tambien como Cristo á los fariseos: *Quid vobis videtur de Christo?* ¿Qué juzgais vosotros de Jesucristo? Mas yo al repetir ésta quiero hacerla á tres suertes diferentes de individuos: á los unos que viven olvidados de los principios de la fé de Jesucristo; á los otros que muestran indiferencia completa hácia Jesucristo; y á los últimos, en fin, que tienen al mismo Jesucristo una aversion ciega y obstinada.

Preguntando á los primeros de aquellos hombres: ¿Qué juzgais sobre Jesucristo? nos responderán que creen en El al verdadero Hijo de Dios, que esperan por sus merecimientos conseguir su salvacion eterna, y el perdon de sus pecados que los haga capaces de alcanzarla. Pero mientras tanto dicen así, ¿cuáles son sus obras, hermanos mios? Estan convencidos por la enseñanza que recibieron desde su primera edad, que la fé de cada cristiano debe conformarse con sus obras; es decir, que la religion debe ser práctica, pues de otro modo es muerta nuestra fé y del todo vana é inútil; no obstante nada ménos se divisa en sus obras que la expresion de esa fé viva, ni mucho ménos la práctica de los principios que esa misma nos enseña. Son como aquellos árboles de otoño, segun la doctrina del apóstol Santiago, que no rinden fruto alguno, y para ningun otro destino sirven, sinó para el fuego que han de alimentar como leña que será reducida á cenizas por las llamas.

La fé de tales personas se encuentra debilitada por una verdadera enfermedad espiritual, que ordinariamente conduce á la muerte del pecado. Y la causa de este mal es, hermanos mios, que en esa alma han dominado aquellos enemigos que lo son tambien de Dios, y que llamamos mundo, demonio y carne. Por eso el olvido que sufren de Dios y de su fé se ha convertido en apego á las cosas de la tierra, á los intereses caducos, en una palabra, á cuanto puede lisonjear su avaricia y sus demas pasiones. Por eso corren ligeros tras los pasatiempos mundanos, tras los placeres sensuales, y tras todo cuanto puede satisfacer sus vicios y desórdenes. Esta clase de vida no se conforma con las prácticas de la fé; así es que esta virtud va poco á poco debilitándose en el alma, y tambien poco á poco poniéndolos mas distantes de Dios.

La disipacion en que viven tales cristianos es aquel vicio que reprendia el Salvador del mundo diciendo : « ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma (1)? » Jesucristo para todos éstos no es mas que un bien despreciable, desde que no hacen para permanecerle fieles, ningun género de sacrificio ; ni ménos lo anteponen á los intereses, placeres, diversiones, ni á ninguno de aquellos bienes, harto miserables ciertamente , que da al hombre la tierra, y por los que tan duros sacrificios se le imponen á trueque de disfrutarlos. Tales personas son indignas de Dios, porque no quieren conocer ni sus misericordias que les muestran patente el bien de los bienes, y único verdadero bien que es el reino de los cielos , ni aprovechan sus gracias que les impulsan para que lleguen allá. Tales almas, digo, no conocen á Cristo , ni tienen idea de los tesoros que en El estan escondidos en beneficio de cuantos se dedican á buscarlos.

Mas los grandes bienes no se adquieren sinó á costo de grandes sacrificios ; y el Espíritu Santo nos enseña que no hay otro mayor que la gracia de Dios ; y que todo honor, toda dignidad y toda riqueza en su comparacion son como basura. ¿Cuál deberá ser, pues ; el empeño con que el hombre habrá de moverse para procurar para sí ese bien ? Respondamos , hermanos mios, á esta pregunta, con nuestras obras mejor que de otra manera, mostrando con ellas que conocemos á Cristo como verdadero é inestimable bien. Y si hasta hoy desgraciadamente hemos dormido olvidados de conocerlo y procurarlo, tiempo es que despertemos del sueño (2),

(1) Matth. C. 16.

(2) S. Pablo á los Romanos. Cap. 13.

y trabajemos con esfuerzo por hacernos capaces de recibir sus gracias y sus infinitas misericordias.

Mas preguntemos á esos que se muestran indiferentes para todo lo que pertenece á su alma, y viven como si no tuviesen nada que esperar, ni nada que temer en la eternidad; preguntemos á éstos, digo: ¿Qué juzgais de Jesucristo? nos responderán con sus obras, aun cuando no lo hagan siempre de palabra, que nada les importa que sea ó no sea Dios; que no se preocupan de esas materias, porque tienen su modo de ver las cosas, y quieren prescindir de El. Así responden, hermanos míos, en el negocio de mayor importancia para el hombre, cual es la religion, los cristianos indiferentes. Su indiferencia suele tener dos causas: la primera la falta de conocimiento en materia de fé, y ésta es muy comun. Sin instruccion bastante acerca de la fé no podemos conocer ni apreciar su importancia, y es absolutamente necesario que la estudiemos para que sepamos lo que ella importa y hasta dónde influye en nuestra felicidad presente, y sobre todo en la bienaventuranza eterna. Hoy hay jóvenes que rehusan este estudio, teniéndolo en ménos por creerlo opuesto á la independendencia de ideas, que á su modo de ver deberia establecerse en toda materia; hay tambien otros individuos ya ancianos que, no habiendo estudiado la religion cuando jóvenes, ahora les parece insoportable hacerlo; y hay, finalmente, hombres públicos que, elevados por el oleaje de la politica á puestos distinguidos, juzgan impropio procurarse semejante instruccion. A todos éstos diré que el estudio de la religion es indispensable, que nada puede excusarnos de él; y que no solamente los niños y los jóvenes estan obligados á conocerla, sinó los grandes, los poderosos, los magistrados, y todos, en fin,

cuantos estan llamados á poseer el reino de los cielos con aquella sencillez de corazon que Jesucristo compara con la de los pequenitos (1).

Mas en muchos esa indiferencia es el resultado de antiguas pasiones, que fueron apoderándose del corazon, de la conciencia, y de la razon, hasta que llegaron á triunfar completamente del individuo. Esas pasiones desordenadas é impetuosas le trazaban un camino, donde la fé le detenia á cada paso, y para seguir necesitaba hacerse sordo á los estímulos de su conciencia, á las convicciones de su fé, á la educacion religiosa recibida en su niñez, y en fin, á todas las verdades que cree y profesa el cristiano, y condenan solemnemente los excesos desenfrenados de aquellas. Este continuo choque entre el pecado y los preceptos de la fé fué poco á poco debilitándola en el alma del individuo: de esa debilidad nacieron las dudas, y de éstas la indiferencia como efecto de la perplejidad en que quedó al verse acometido por aquellas. Tales hombres no recurren á los medios que la misma fé señala para remover de la conciencia esas dudas, sinó al contrario, continuando en su sensualidad, las robustecen mas y mas, hasta llegar á tenerlas habitualmente. La religion nos manda en casos de duda recurrir á la oracion; nos manda consultarnos con personas instruidas, virtuosas y aptas para ilustrarnos en nuestras tinieblas y ansiedades; hacer limosnas si podemos, y en fin frecuentar la confesion y comunión. Mas los que estan bien avenidos con su estado de indiferencia consecuencia de su libertinaje, nada de ésto hacen, sinó al contrario, como si temieran salir de ellas, evitan cuidadosamente buscar tales medicinas. No quieren renunciar sus

(1) Mateo. Cap. 18.

concupiscencias, ni sus bienes mal adquiridos, ni toda esa multitud de abominaciones de que viven rodeados, y desean conservarlo, si fuese posible, hasta mas allá de la muerte. Ved ahí porqué viven dudando, y ved ahí porqué tambien evitan cuanto pueda contribuir á extirpar sus dudas. Tened como cierto, hermanos mios, que esos individuos que viven en la indiferencia para cuanto pertenece á Dios, á su fé y á los intereses eternos, no son del mismo modo indiferentes para las cosas de la tierra, y que el lugar que en su entendimiento y en su corazon debian ocupar Dios, la fé y la caridad que inspiran el conocimiento de las verdades eternas de la religion, lo llena el amor desordenado á las criaturas.

Para salir de esta situacion deben todas esas personas dedicarse á estudiar la doctrina de nuestra santa fé, y no les bastará conocerlas superficialmente, como lo hacen no pocos, sinó que necesitan estudiarla y meditarla con la detencion que requiere su importancia. Pero en este estudio debe acompañarles la sencillez del corazon, porque á los que aprenden el conocimiento de Jesucristo, los quiere Este como los niños, y no los admite cerca de su persona, sinó cuando por la sencillez y humildad de su alma han vuelto á la condicion de niños (1). Recordad, hermanos mios, que aquellos grandes sábios que la historia nos deja ver enseñando la filosofia y la jurisprudencia en Egipto, Grecia é Italia, se presentaban ordinariamente rodeados de los grandes y de los poderosos, á quienes preferian entre todos los demas para que aprovecharan sus enseñanzas; mas no sucedia así con Jesucristo nuestro Señor que, seguido y oprimido casi por la multitud ansiosa de

(1) S. Hilar. Comm. in Matth. Cap. 18.

oir sus palabras, prefiere nó á los grandes y opulentos fariseos, personificacion de la vanidad y soberbia mundana, sinó á los niños, á quienes manda á sus discípulos los acerquen y dejen llegar hasta su persona (1). Nos mostró de esa manera tan concluyente, que para conocerlo á El, para conocer su doctrina y poder alcanzar la felicidad eterna que por ella se nos promete, es indispensable la sencillez y candor de corazon que estan simbolizados en los niños. El soberbio, que pagado de su mérito se prefiere sobre los demas; el voluptuoso sediento de placeres, que busca en todas partes; el avariento cuya felicidad está en acumular riquezas que él no disfrutará; ninguno de éstos puede ser discípulo de Jesucristo, ni conocer las riquezas que en El se encierran. Esos serán indiferentes para la religion, indiferentes para las prácticas que ésta ordena, é indiferentes aun á las amenazas que intima y ha de cumplir en los transgresores de la ley divina que se obstinan en sus pecados. Estos son los que no podrán jamas decirnos de un modo acertado quién es Jesucristo, ni lo que acerca de El nos enseña nuestra santa fé. Y si auxiliados por la gracia no ponen de su parte los medios que acabamos de señalarles, Jesucristo tampoco los conocerá cuando, reunidas en su presencia todas la criaturas, asigne á cada cual el lugar que ha de ocupar eternamente.

(1) Mateo. Cap. 19.

II.

Pero aun hay otros todavía á quienes hemos de preguntar, qué es lo que juzgan de Jesucristo. Y son los que aborrecen al divino Redentor sin disimular su odio, los que hablan y obran contra los intereses de la religion y de la Iglesia, siempre que se les presenta oportunidad, y los que, llenos de preocupaciones vulgares, no pueden ni aun soportar que se les hable de Jesucristo. Llámese á éstos impíos, llámeseles libertinos, ó llámeseles espíritus fuertes como ellos mismos pretenden serlo, nadie que les conozca de cerca podrá calificarles sinó de ignorantes, preocupados, viciosos y corruptores de la moral.

Son ignorantes en materia de religion, porque no quieren instruirse ni en los dogmas, ni en los principios sobre que descansa la fé cristiana. Así es que si preguntásemos á uno: *Quid vobis videtur de Christo?* ¿Qué pensais de Jesucristo? al momento nos responderá ó bien con una risa burlesca, ó con ciertas proposiciones blasfemas, ó haciendo alarde de su incredulidad que les impide conocer y amar de veras á nuestro Señor Jesucristo. Porque su ignorancia en materia de religion no impide que hablen y den su opinion sobre el Evangelio, sobre la Iglesia, sobre los preceptos, sobre el dogma, y en fin, sobre todo cuanto pertenece á Cristo. Verdad es que la buena fé y la conciencia recta imponen á todo individuo por obligacion abstenerse de dar opinion sobre aquello que no conoce; y por cierto eso es lo que hace en cualquier materia todo hombre honrado. Mas no obran así aquellos de quienes nos ocupamos, y por eso les oimos pronunciar juicios erróneos en todo lo que pertenece a la fé de Jesucristo. Su ignorancia es aque-

lla que el Apóstol llama necedad y presuncion (1), porque presumen, en efecto, conocer la fé y haber penetrado toda esa economía de Dios, que San Pablo nos asegura haber escondido el Señor de la vista de los hombres (2). Rechazan por eso como absurdo lo que no entienden, porque su presuncion y vanidad se encuentran ofendidas de que algo pueda haber que ellos no comprendan. Nada les importa que las verdades religiosas se presenten vestidas de tantas pruebas que las hacen « sobre manera creibles » valiéndome de la expresion del profeta Rey (3), porque ellos no admiten otro testimonio que el de su propia inteligencia; y aun cuando los cielos y la tierra den voces á una para hacernos conocer á Jesucristo, y probarnos la divinidad de su fé, todo eso á su juicio es absurdo, quimérico é indigno de ocupar la atencion de hombres ilustrados, desde que su inteligencia limitada no lo entiende. Asusta verdaderamente tal manera de discurrir, que equivale á querer colocar en la misma línea al Hacedor supremo de todas las cosas, con su miserable criatura, y al que todo lo ve y todo lo sabe, con el pobre ciego que nada puede ver ni comprender. A primera vista se conoce la prevencion y el orgullo de los que discurren de este modo.

Esta ignorancia es mas lamentable todavía, por cuanto se acompaña de otras circunstancias que la hacen muy difícil de curarse: porque cuando la ignorancia nace simplemente de falta de conocimiento, el remedio es muy fácil y sencillo; mas cuando esa ignorancia va unida á preocupaciones vulgares, indignas, y del todo

(1) I. á los Corint. Cap. 2.

(2) A los Colos. Cap. 1.

(3) Salm. 22.

contrarias á la historia, á la buena fé y aun á la razon misma, entónces su curacion es muy dificil, por no decir casi imposible. Este es, hermanos mios, nuestro caso: los hombres de que tratamos, viven preocupados contra los principios religiosos por las falsas doctrinas aprendidas ordinariamente en libros tan faltos de verdad y de ciencia, como de lógica y buena fé. Como no han tenido voluntad para estudiar las verdades de la religion en otras fuentes mas puras, han quedado empapados en esos errores, que con el tiempo y concurriendo otras circunstancias han venido á robustecerse y á arraigarse en su conciencia poderosamente. Las relaciones con personas que profesan esos mismos errores, la vida disoluta que llevan, y el alejamiento en que viven de todo cuanto pudiera hacer en su alma un cambio provechoso, todo contribuye á que perseveren en su bien triste situacion.

Los vicios apoderados del corazon del hombre son como el torrente que siempre crece, hasta que al fin viene á destruir la heredad que pudo haber regado y fecundizado con sus aguas. Así aquellos, marchando desde su niñez tras las impresiones de los vicios, sienten crecer mas y mas cada dia las exigencias de éstos, hasta que desbordados, ya los dejan sumidos en una situacion, de la cual ellos mismos se horrorizarian, si fuesen capaces de conocerla; si tuviesen, digo, reflexion bastante para poder meditar un momento sobre su propia situacion. Mas *de terra sunt et terrena sapiunt*, dijo de éstos un apóstol lleno del Espíritu de Dios; así es que no sienten ni gustan sinó lo terreno y voluptuoso, á propósito para arraigarlos mas y mas en la depravacion, y hacerles mas dificil cada dia su conversion á Dios. En tal estado su irreligion corre á parejas con la licencia de su vida; con sus palabras insultan á Dios, insult

tan su fé, insultan su providencia, y á la vez propagan sus errores entre los demas que tienen la desgracia de conocerlos y tratarlos. Mas no es lo bastante todavía: quien no tiene freno que lo sujete, se precipita mil veces, y no le importan los males que acarrearán al prójimo sus caidas, desde que para su conciencia no hay ni preceptos impuestos por la fé, ni deberes que llenar con los demas, ni diferencia entre la virtud y el vicio; sinó que cada uno está en las manos de su voluntad, y es dueño de satisfacer los instintos de su naturaleza corrompida, cómo y cuándo le agrade. ¡Gran Dios! ¿y adónde conducen al individuo y á la sociedad las consecuencias de semejantes doctrinas? Las mujeres jóvenes deshonradas, las casadas seducidas, la virtud ofendida, el vicio triunfante, ved ahí adónde conducen. Tiembla el hombre, tiembla la sociedad y se estremece toda conciencia honrada contemplando el abismo en que la hunden. Pues bien es ésta la situación, repito, á que nos llevan la irreligion de tantos individuos y la corrupcion de costumbres que es su consecuencia. Ya se palpan los efectos del desórden, y son tales que amenazan á la sociedad y tambien á la familia despues de haber hecho una guerra cruel á la religion de la que arrebataron un gran número de sus creyentes. Esa multitud de hombres de toda edad y de toda profesion, que no conocen á Jesucristo y que lo desprecian cabalmente por lo mismo que no lo conocen, esa es la amenaza mas formidable que hoy tienen pendiente sobre sí las leyes, el poder que las administra, los magistrados que son sus ejecutores, y la sociedad toda que por ellas se gobierna. Que abran todos sus ojos, para que apercibidos del riesgo que corren, pongan á tiempo los medios que eviten sus consecuencias. Que abran sus ojos especialmente los padres de familia, á quienes confió

el Señor el cuidado de sus hijos, si quieren salvar á éstos de su ruina temporal y eterna, y que procuren todos generalizar el conocimiento de Jesucristo, trabajando cada cual segun sus fuerzas porque se propague la enseñanza de la religion en todas partes.

La santa fé sufre, hermanos mios, hoy mas bien que en ningun otro tiempo, grandes pruebas, y por lo mismo hoy tambien mejor que nunca estamos llamados á confesarla, honrarla y venerarla públicamente. Arranquemos del corazon todo lo que esté en oposicion con nuestra fé, confesemos á Jesucristo con nuestras obras delante del mundo que nos pregunta: *Quid vobis videtur de Christo?* confesemos que El es nuestro Dios, nuestro Rey, nuestro Redentor, y como tal nuestra esperanza aquí en la tierra, y nuestra bienaventuranza allá en el cielo.

INSTRUCCION VIGÉSIMA NONA.

SOBRE EL INFIERNO.

*Recordare quia recepisti bona in vita tua,
nunc autem cruciaris.*

Acuérdate que recibiste bienes en tu vida,
ahora pues serás atormentado.

(S. Luc. Cap. 16.)

El hombre que está convencido de la existencia de Dios, no puede dudar un solo momento de la realidad del infierno: porque si el soberano Autor de todas las cosas no es justo, santo, amigo de la virtud y enemigo del vicio, no es Dios; la fé de su existencia no será mas que una invencion de los hombres, y éstos irán cada dia á postrarse para adorar un fantasma. Y esa justicia, hermanos míos, no podrá existir sin un Dios de suprema santidad, que distingue lo bueno de lo malo, y recompensa lo uno al paso que castiga lo otro. No podrá existir, repito, esa justicia, si el malvado que vivió acariciado por la fortuna, y terminó en paz la serie atroz de sus pecados, entrase á descansar en el seno de la eternidad al lado del hombre virtuoso, y cuya vida fué un continuo sacrificio por la guarda de la ley divina. Aquel hombre afortunado en sus delitos ha terminado en paz sus dias abominables, quitó la vida á su padre, derramó la sangre de sus hermanos, devastó la tierra, y cometió toda especie de iniquidades: la inocencia tembló á sus piés, y la virtud mas venerable pereció cada dia bajo su maldita opresion. Dios calló, reservando para despues sus castigos. Mas si éste despues nunca

llega, y la impunidad dura eternamente, ¿dónde está la justicia? ¿dónde la santidad y virtud eterna del Señor? Apartemos, católicos, de nuestra imaginación idea tan monstruosa, cerremos nuestros oídos á las blasfemias de los que las aceptan y propagan, y escuchemos con fé las admirables palabras que el Hijo de Dios pone en boca de Abraham, y nos hacen conocer viva é inexorable la justicia divina para castigar los pecados, así como á los delincuentes que los cometieron.

« Recibiste bienes en tu vida, » dice el padre de los creyentes al infeliz que le representaba lo horrible de sus penas: *Crucior in hac flamma*. Recibiste bienes en tu vida, mientras otros que temían al Señor, gemían oprimidos por desgracias y aflicciones; tus delitos se alimentaron con delicias de la tierra, al paso que las virtudes de tantos justos suspiraban entre la pobreza y el dolor; ahora mi justicia exige que sean éstos consolados y regocijados, mientras que tú suspirarás y llorarás entre tormentos. *Recepisti bona in vita tua, nunc autem cruciaris*. De esta manera nos enseña Jesucristo la verdad de su justicia eterna que, así como premia la virtud de los buenos, castiga también los pecados de los malos; nos descubre los suplicios del infierno, y las penas que allí aguardan al delincuente contra su divina ley; y nos deja ver, en fin, aquel lugar terrible donde el horror, la desolación, los remordimientos, el cielo, la tierra y el mundo entero conjurados contra el réprobo, los males del cuerpo unidos á los males del alma, la pérdida de los bienes caducos y la de los bienes eternos, forman su terrible condición. ¡Gran Dios! Es el tacto de vuestra mano justiciera que hacía temblar á vuestro siervo (1), y el lugar de dolor y de miseria,

(1) Job. Cap. 29.

en que precipitas al pecador que muere obstinado en su iniquidad.

Fijemos ahora, hermanos míos, nuestra consideración en el infierno, para que no caigamos después en sus tormentos; fijémosla en tantos instrumentos de suplicio amontonados allí por la ira del Señor, para castigar al condenado en su alma y en su cuerpo; fijémosla en el tormento acerbísimo que le causará el recuerdo de sus iniquidades; y fijémosla, en fin, en la eternidad de esas mismas penas, cuyo abismo espantoso comprenden los réprobos bien á pesar suyo.

Vos, Dios mío, que castigas los pecados de los que rehusaron aprovechar la gracia, con que tu misericordia los borra de aquellos que se arrepienten y duelen de haberlos cometido, asistidme para que logre inspirar vuestro santo temor en los que te ofendieron, de modo que, llorando sus culpas, eviten caer algún día en las penas del infierno. Fortaleced mi debilidad, y dadme vuestro celo.

I.

Suelen algunos individuos, tan ignorantes de la fé como enemigos de estudiar y meditar lo que á ésta concierne, preguntar: ¿quién ha venido del otro mundo á contarnos lo que pasa por allá? ¿quién ha visto el infierno y registrado los suplicios que de él se nos refieren? concluyendo de estos antecedentes, que su existencia es dudosa por lo ménos, y todas sus horribles penas nada mas que delirios de imaginaciones exaltadas. Mas á los que discurren de este modo, Jesucristo verdad eterna é infalible, les responderemos, es quien nos enseña la existencia del infierno; Jesucristo mismo quien nos descubre sus tormentos y la infelicidad y desven-

tura de los condenados á sus eternos suplicios. El lo ha visto, porque todo lo ve y todo lo tiene presente; lo vieron tambien los profetas, que nos describen la intensidad de sus tormentos; y lo vieron los discípulos de Cristo, que en sus cartas nos dejaron muchos documentos de las penas preparadas para los incrédulos, para los malos cristianos, y generalmente para todos los enemigos de Dios. Todos éstos vieron el infierno, responderemos á aquellos, y en sus libros sagrados no nos refieren delirios, ni exaltaciones de su imaginacion, sinó lo que Dios mismo se dignó revelarles, ó vieron con sus propios ojos por permission divina. Lo tenia delante de su vista Jesucristo, cuando repetidas veces nos habla en su santo Evangelio del infierno, del fuego y del llanto y crujir de dientes, adonde irán los réprobos á padecer con sataná y los malos ángeles, que allí estan desde el principio del mundo (1). Lo vió Isaías (2) como un lago profundo y espacioso lleno de fuego abrasador, que enciende con su aliento la ira del Señor, cual si fuese un torrente de asufre. Lo vió el Apóstol (3) como Sodoma, Gomorra y las demas ciudades que hizo arder la indignacion divina en castigo de los pecados espantosos de sus moradores: y en el fuego de aquellas, que sirvió de suplicio á tantos hombres obstinados en sus delitos, vió tambien una semejanza de los tormentos que allí aguardan al cristiano negligente en la observancia de su religion. Lo vió San Juan (4) como lugar de destierro, lleno de tormentos que sufren los condenados á vivir en él, en presencia del Cordero inmaculado y

(1) Mat. Cap. 22 y 25; Lúe. Cap. 16; Marc. Cap. 9.

(2) Cap. 30.

(3) S. Jud. Cap. 7.

(4) Apocal. Cap. 14.

de sus ángeles y Santos. Lo vió... ¿mas pretendo acaso recorrer uno á uno todos los libros de las santas Escrituras? Y todos digo, hermanos míos, porque en todos aparece clara y manifiesta la existencia del infierno como lugar donde la justicia divina castigará á los pecadores eternamente. Sepan, pues, los que preguntan: ¿quién vió el infierno, ó quién vino de allá para referirnos lo que pasa en él? sepan, digo, que es Dios, y que son sus profetas y sus apóstoles los que nos han referido lo que sucede en aquel terrible lugar.

No intento yo analizar ahora las penas del infierno, sinó tan solo ofrecer á vuestra meditacion algunos de los sufrimientos de los condenados, que nos señalan las santas Escrituras. Dos clases de penas padecen éstos en el infierno (1), y se llama la una de daño, y la otra de sentido. Consiste la primera en la privacion de Dios, bien infinito y fuente de todos los verdaderos bienes; de manera que, desterrados los réprobos de su presencia, quedan tambien separados para siempre de su gloria, de su bienaventuranza, y de su eterna é inefable felicidad. Lo terrible de esta pena se conoce con la luz de la fé, que nos hace ver en Dios y en su dichosa posesion aquel rio de verdaderos gozos, que embriagan á las almas que lo disfrutan. Por eso los condenados, aun cuando hubiesen perdido la fé, ó nunca la hubiesen tenido, comprenderán muy bien lo que es Dios para los bienaventurados que lo poseen; y aun cuando para su mayor tormento lo aborrecerán como Dios y supremo Criador de todas las cosas, desearán poseer el alivio de sus terribles tormentos, que El solo puede concederles. Si sentimos tan de corazon la privacion de los placeres y bienes de la tierra siendo así que son por

1) S. Thom. 1.^a pars, quaest. 64; y 1.^a 2.^{aa} quaest. 87.

su naturaleza todos esos bienes, caducos y limitados, ¿cuánto lastimará al infeliz réprobo la pérdida de un bien infinito, eterno, y en el que estan encerrados todos los bienes? Si la muerte es la mas terrible entre las cosas terribles, como la llamó el Apóstol, porque aparta el alma del cuerpo y de este mundo visible, ¿cuánto mas terrible será la muerte eterna, en que se aparta el alma para siempre de Dios, de su reino, y del mundo espiritual, invisible y bienaventurado? Así como de la felicidad de la gloria dice San Pablo (1), que ni el ojo alcanza á ver, ni el oído á escuchar, ni en el corazón del hombre á caber la grandeza inefable de los bienes, que Dios tiene allí preparados para los que le aman; del mismo modo no es posible imaginar lo terrible de los males, que estan encerrados en carecer para siempre de tales bienes.

Esta pena que los réprobos experimentarán desde el momento que la voz suprema del eterno Juez los mandará apartarse de su presencia en el juicio particular, se aumentará cuando el día del juicio universal vean con sus propios ojos algo de la gloria que Dios concederá á los buenos en presencia de todas las gentes. Se aumentará, repito, cuando escuchen aquella voz formidable, que les separa por toda una eternidad de su vista y de la compañía de los justos, y se aumentará, en fin, presenciando el abrazo amoroso que dará el divino Redentor á sus fieles servidores, invitándolos á acompañarle en la bienaventuranza á que les ha hecho acreedores la fidelidad y el amor con que le sirvieron. ¡Ah católicos! Esaú bramó con grandes alaridos mostrando su dolor por haber perdido las bendiciones de su padre (2), bendiciones que se referian tan solo á

(1) I. á los Corínt. Cap. 2.

(2) Génes. Cap. 27.

bienes caducos, miserables y de la vida presente: ¿cuánto mas intenso será, pues, el dolor de los réprobos que pierden las bendiciones del Señor, que se refieren á los bienes de la vida eterna? ¿Cuán intensa su pena al ver á los ángeles y á los Santos colmados con ellas, y admitidos para siempre al gozo inefable de su Señor (1)? oír la voz amorosa del Rey celestial que los acerca, al mismo tiempo que á ellos los aleja; y quedar convencidos que aquellos para siempre han de ser felices, mientras que ellos palpan su horrenda y eterna infelicidad?

Mas no es solamente la pena de daño la que atormenta á los condenados en el infierno, sinó tambien otras que sufren en sus sentidos y en sus potencias. Porque su alma y su cuerpo, desde que entran allí, reciben una condicion capaz de recibir todas las impresiones dolorosas y amargas, con que serán atormentados por la justicia del Todopoderoso (2). Palabra es de la Sabiduría eterna, que cada cual sufrirá tormentos mas intensos y prolijos en aquellos mismos sentidos que hubiese hecho servir de instrumento para sus pecados: *Per quae peccat quis, per haec et torquetur* (3). De manera que, así como por los sentidos se hace el hombre ordinariamente enemigo de Dios, así tambien castiga en cada sentido con tormentos especiales la justicia divina, cada uno de los pecados del hombre. *Per quae peccat quis, per haec et torquetur*. La vista será atormentada cruelmente mirando visiones horribles, que pondrán los demonios delante de sus ojos, sin que puedan cerrarlos para no verlas. Verán particularmente los impuros y deshonestos las figuras de sus cómplices

(1) S. Mat. C. 25.

(2) S. Thom. 1.^a pars, quaest. 64.

(3) Sapient. Cap. 11.

cuyos pecados abominables les condujeron allí; así como los soberbios y vengativos la de aquellos cuyas ofensas se negaron á perdonar. El oído escuchará incesantemente imprecaciones y maldiciones contra Dios y contra sí mismo. Al tocar el réprobo el dintel de aquella horrible morada, se hace enemigo de todos, y concibe también contra todos odio y rabia mortal; así es que los unos maldicen á los otros, sin exceptuar el padre á su hijo, ni el hijo á su padre. Ese odio es mas terrible é impetuoso en cada uno contra las personas que contribuyeron para hacerle caer en aquella desgracia eterna: crecerán sus penas con la presencia de éstas, crecerá su furor, crecerá su desesperacion, y de aquí nacerán las voces de ira y las imprecaciones blasfemas que allí se escuchan sin cesar. Su olfato, que con tanto arte cuidan los mundanos de estimular para sus vicios abominables, la justicia divina convertirá también allí en instrumento de castigo, haciéndoles percibir cuanto puede existir de mas desagradable y fétido. David nos dice, que el gusto de estas infelices criaturas tendrá su tormento en aquel cáliz preparado con asufre, fuego y tempestades (1) por sus propios pecados. San Juan en su Apocalipsis nos refiere haber visto la copa que Dios en medio de su indignacion hacia beber por ministerio de sus ángeles á aquella Babilonia, que escandalizaba la tierra, y perdía tantas almas con los perversos ejemplos de su deshonestidad. Cáliz acerbo, con que la atormentaba para escarmiento de toda la tierra testigo de sus desórdenes abominables (2). El santo Evangelio, en fin, nos pinta la sed rabiosa, que consumía al rico avaro condenado á las penas del infierno, y en medio de la que, como olvidado de todos

(1) Salmo 10.

(2) Apocal. Cap. 18.

sus otros suplicios, pedia al patriarca Abraham que mandase á Lázaro que, mojando uno de sus dedos en agua, viniese á refrigerar sus labios, siquiera con aquel tan pequeño como pasajero alivio (1). El fuego infernal, en cuya comparacion el de la tierra es como pintado, es en el infierno el principal instrumento de la divina justicia: abrasa el tacto de los condenados, pero sin alumbrar aquella caverna profunda; quema, pero sin consumir; siempre arde, pero nunca menoscaba; y aun cuando los miserables condenados, segun el Profeta (2), son como paja porque prende sin resistencia en ellos este fuego, esa paja nunca acabará de quemarse. ¡Oh qué espectáculo tan doloroso, hermanos mios, es contemplar á estos desgraciados, sumidos y anegados completamente en un mar de llamas, y oirles repetir como al rico del Evangelio: *Crucior in hac flamma*; vedme cómo soy abrasado en este fuego (3)! Jesucristo para quitarnos toda duda en orden á esta pena que llamamos de sentido, nos habla de ella con frecuencia en el santo Evangelio: ya nos dice que irá el condenado al fuego eterno (4); ya que habrá en aquel lugar llanto y crujir de dientes; y ya que en aquel suplicio eterno llorarán y gemirán hasta la consumacion de los siglos, esto es eternamente (5).

Y no imagineis que la justicia divina reserve estos tormentos solamente para despues del juicio universal, es decir, para cuando á la voz todopoderosa del Señor se junten las almas á sus propios cuerpos,

(1) Lúcas. Cap. 16.

(2) Malaq. Cap. 13.

(3) Lúcas. Cap. 16.

(4) S. Mat. Cap. 13.

(5) Ibid.

y queden de esta manera aptos para sufrir penas materiales en sus sentidos. No es así, hermanos míos; porque aun cuando el espíritu no puede abrasarse ni quemarse, porque su propia naturaleza no lo permite; Dios da á las almas de los réprobos tal susceptibilidad, que sentirán en sí la amargura que experimentarían como si realmente viviesen quemados y abrasados por el fuego. En este sentido nos dice Jesucristo, que el fuego del infierno fué preparado para satanás y sus ángeles. Porque éstos, siendo espirituales y sin cuerpo alguno material, sufren el tormento de ese espantoso fuego como si realmente estuviesen abrasados por sus activas llamas. Cuando se quejaba el rico avariento del fuego que lo devoraba, y pedia al patriarca Abraham algun refrigerio, era su alma tan sola la que el santo Evangelio nos representa sumida en el infierno; porque los cuerpos no irán allá hasta despues de la resurreccion universal: y no obstante, católicos, el alma del avaro sufria todos los efectos de aquella hoguera abrasadora.

II.

Mas fijemos ahora nuestra consideracion en otra clase de tormento que experimenta el condenado en el infierno, y en el que la omnipotencia divina emplea para su castigo aquello que él amó y buscó en otro tiempo para placer y satisfaccion de sus sentidos. Fué éste el que oió San Juan mandaba aplicar el justo Juez á la meretriz y á la Babilonia de que nos habla en su Apocalipsis, diciendo á los ministros de su justicia: « Cuanto tuvo ántes de placer, dadle ahora de tormento (1). »

(1) Apocal. Cap. 17 y 18.

Y sin duda, hermanos míos, la memoria debe obrar en los réprobos como una de las primeras causas de su continuo suplicio, por cuanto les recuerda no solamente los pecados que les hicieron caer en la reprobación divina, sino también las ocasiones que Dios misericordiosamente les concedió para salvarse, y ellos malograron. Por eso Dios permitía que Abraham recordase al rico avariento los deleites, el fausto y la ostentación de que había gozado en este mundo, para que esos mismos recuerdos le sirviesen de tormento en su presente situación: *Recordare quia recepisti bona in vita tua*. De manera que aquellos tesoros que disfrutó en los banquetes opulentos, en el lujo y en la grandeza doméstica, en el juego y en los deleites carnales, son en el infierno un perenne y amargo suplicio para el hombre que de esa manera los hizo servir como medio para satisfacer sus pasiones miserables. Obra esa cruel memoria en el condenado como obraban en el infeliz Antíoco los recuerdos de sus crímenes, que le hacían ver pendiente sobre su cabeza la espada vengadora de Dios omnipotente. Y en presencia de tan cruel memoria ni se acordaba de los agudos dolores que lo empujaban al sepulcro, ni de las prolijas agonías, en medio de las que divisaba ya abierta para sí la puerta de la eternidad, ni de la grandeza del trono que perdía: nada, nada de esto recordaba, sino tan solo sus malas obras. *Nunc reminiscor*. Estas eran su tremendo suplicio, y así lo confesaba á cuantos presenciaban su muerte espantosa (1). De este modo es cómo la memoria de ciertas obras de su vida son para el alma del condenado la fuente de sus mas terribles tormentos.

(1) I. Machab. C. 6.

En efecto Dios, dice San Bernardo (1), conservará en el condenado la memoria de sus obras, para que le atormenten incesantemente; y de aquí procede, que la vida que llevaron sobre la tierra, no se apartará ni un instante de su entendimiento, haciéndole sufrir angustias por lo que ejecutó, á la vez que rabia y desesperacion por lo que dejó de hacer. Angustias, he dicho, por lo que hizo, pues que divisa su vida como una cadena, cuyos eslabones son pecados que se prolongan durante toda ella. Recuerda que recibió de Dios bienes, salud, ingenio, hermosura, disposicion para la virtud, y todos estos dotes en vez de emplearlos como otros tantos medios para alcanzar el reino de los cielos, los hizo servir como instrumento para satisfacer sus torpes pasiones, y dar mayor pábulo á sus vicios. *Nunc reminiscor.* ¿ No soy yo, discurrirá alguno, aquel jóven á quien tanto aconsejó un padre cristiano, por quien tantas lágrimas derramó una madre cuidadora, y por cuya educacion tantos sacrificios hicieron muchas otras personas? ¿ No soy yo el que frecuenté los templos devotamente en cierta época de mi vida, y dí buenos ejemplos á muchos prójimos? ¿ Ah! corruptores malditos de mi corazon, vosotros fuísteis los que con vuestros perversos ejemplos y consejos depravados me extraviásteis, é hicísteis relajada mi conducta ántes virtuosa y arreglada. *Nunc reminiscor.* Yo soy, recordarán otros, quien levantó atrevida su voz contra Dios, contra su fé y contra los preceptos de la religion; quien en los círculos de amigos, en los salones de señoras así como en presencia de personas ignorantes y del pueblo, sostuvo que no habia infierno, y que sus penas no eran mas que invenciones humanas. *Nunc reminiscor.* Y

(1) Liber Meditat.

EYZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. III.

soy yo, en fin, pensarán no pocos, quien perdí con mis ejemplos licenciosos á tantos compañeros, quien corrompí y sacrifiqué á mis pasiones desenfrenadas á tantas niñas inocentes, y arranqué los principios religiosos de tantas conciencias, porque eran un obstáculo insuperable, en que iban á estrellarse mis pretensiones corrompidas y mis exigencias libertinas. *Nunc reminiscor.* Y la madre descuidada de las obligaciones estrechas, que le imponía su estado; y el padre de familia inmoral y licencioso, que en nada pensó ménos que en santificar su vida, velando por la buena educacion de sus hijos; todos, todos recordarán como su mas terrible suplicio la memoria de las malas obras, que les empujaron y precipitaron al abismo del infierno. *Nunc reminiscor.* La Sabiduría eterna nos pinta á todos éstos turbados con temor horrible y exclamando en medio de su pavor: ¡Qué nécios hemos sido corriendo el camino de la perdicion eterna, y extraviados de la senda del Señor! ¡Infelices de nosotros, para quienes no habrá ya luz de vida, sinó horrores de muerte sempiterna (1)! Ved, mundanos, en qué vinieron á parar los desórdenes de la vida licenciosa: ved el eterno dolor que acarrearón los placeres al que con tanto anhelo los buscó, y tan temerariamente se alimentó de ellos. ¡Recuerdos amargos! ¡memorias dolorosas que contristan el espíritu, y lastiman y despedazan el corazón! *Recordare,* parece que dijera á todos esos infelices la voz eterna, y en ese mismo recuerdo hubiera encerrado la justicia divina el azote tremendo con que castiga á los temerarios transgresores de su divina ley.

Mas no solamente el recuerdo de lo malo que

(1) Sabiduría. Cap. 3.

cometió, servirá al condenado de tormento en el infierno, sinó tambien la memoria de las obras buenas que hubiese dejado de hacer. Las inspiraciones que mandó Dios á ese individuo desde que tuvo uso de razon; los auxilios particulares que le concedió misericordiosamente en tantas ocasiones para librarlo de la muerte eterna; los sacramentos que puso á su disposicion con tanta bondad para que lavase su conciencia sucia con las manchas del pecado; los desengaños con que le llamó y despertó cuando dormia el sueño profundo de la culpa mortal, ¡ oh Dios mio ! todo ésto se representará vivamente en el entendimiento del que habita en el fuego de la condenacion eterna, y le causará rabia y desesperacion inexplicable. Aprovechando esos medios, ¡ cuán fácilmente pudiera haberse salvado ! ¡ qué obvio ve ahora el camino que entónces le pareció difícil y casi impracticable ! ¡ cuán suave aquello que juzgaba duro, y rechazó como insoportable ! ¡ Oh gran Dios ! Mas no hay remedio. *Erravimus a via veritatis* (1). Erramos del camino de la verdad y de nuestra felicidad eterna todos los que malogramos los auxilios divinos, por no abandonar esa vida ociosa, en que dábamos rienda suelta á nuestras malas pasiones. *Erravimus a via veritatis*. Erramos del camino de la verdad y de nuestra felicidad eterna los que despreciamos la voz de Dios, que nos ordenaba practicar los deberes que nos impone la religion, y dar público testimonio de nuestra fé. Erramos del camino de la verdad y de nuestra felicidad eterna los que no hicimos caso del precepto divino que manda huir las ocasiones de pecar, y no nos apartamos de los peligros, á pesar que á ello nos estimulaban la voz del con-

(1) Ibid.

fesor, y los remordimientos de nuestra propia conciencia. Tal separacion nos pareció imposible, porque amábamos con vehemencia ese objeto, causa de pecado; é innecesaria, porque creíamos temerariamente poder resistir las tentaciones que nos provocaba su inmediatecion. ¡ Oh qué ceguedad! *Erravimus a via veritatis*. Erramos del camino de la verdad y de nuestra felicidad eterna.

Venid ahora todos los que habeis juzgado insoporable abandonar ciertos pasatiempos, que perjudican la inocencia de las almas: venid los que, dominados por la pereza, no buscábais la proteccion divina contra los peligros y las tentaciones de cada dia: venid los que olvidábais á Dios dominados por las ilusiones de los vicios; contemplad las penas terribles que dejan los recuerdos de esos mismos vicios, y si conviene á vuestros verdaderos y mas grandes intereres, dejaros vencer por la negligencia, la tibieza, la disipacion y las otras faltas que os preparan para las grandes caidas, que precipitan al cristiano á la eterna condenacion. Eterna, he dicho, y ésta es otra circunstancia que agrava el tormento de los condenados.

III.

La gravedad de cada pecado es, hermanos mios, la medida de la pena que merece. Dios infinitamente sábio y justo dispone los premios y los castigos segun la naturaleza de la virtud ó del vicio, que trata de premiar ó castigar. El pecado cometido contra Dios es de naturaleza infinita, atendiendo el objeto contra quien se comete; merece, pues, una pena infinita: y no pudiendo ésta serlo por la extension de los tormentos, es justo y racional que lo sea por su dura-

cion eterna. La Verdad divina manifiesta ésto mismo en las santas Escrituras de un modo tan claro y evidente, que no puede dar lugar á dudas ni á vacilaciones de ninguna especie. Cuando habla del fuego del infierno, así como de los otros tormentos que allí tiene preparados su justicia, los llama eternos, sin fin, y que durarán hasta la consumacion de los siglos. El Espíritu Santo figura la muerte del hombre al árbol derribado en la montaña por la violencia del aquilon, y « al lado que cayere, dice, allí estará (1), » *ibi erit*, sin que crezca, ni pueda padecer nuevas vicisitudes. Igual cosa sucederá á nosotros : puesta nuestra alma fuera del punto que separa al tiempo de la eternidad, es decir, llegada al cielo, ó caida en el infierno, vivirá con los últimos sentimientos que se eternizarán con ella, y permanecerá inmóvil en la santidad ó en la injusticia, en el amor ó en el aborrecimiento de Dios. *In quocumque loco ceciderit, ibi erit*. La voluntad con que el pecador ofendió á Dios, subsiste desde el instante de su muerte; de manera que, obstinada en sus culpas, las cometeria siempre, si siempre tuviese capacidad para ello. Deja el mundo, deja los instrumentos de sus pecados; pero no deja su afición y apego á éstos, al contrario resiste la muerte que lo separa, y si pudiese, prolongaria su vida para continuarlos. Es como el navegante, que va costeando una ribera deliciosa, en donde querria fijarse; mas los vientos y las corrientes lo arrebatan de allí á pesar suyo, haciendo estériles todos sus deseos. El deleite del pecado es fugitivo y momentáneo, medita San Bernardo (2); mas la voluntad del pecador que muere impenitente, es firme y obstinada en su malicia, de modo que, sinó

(1) Eccle. Cap. 11.

(2) Liber Medit.

muriese, no dejaria de pecar. Y el que nunca quiere vivir sin pecado, ¿porqué no merecerá, hermanos mios, vivir siempre soportando los castigos, á que le hacen acreedor esos mismos pecados?

Los que se atreven á negar ó á poner en duda la eternidad de las penas del infierno, ¿de qué modo quieren que la justicia divina ponga término á las penas de los condenados? ¿Acaso que por un milagro que repugna á su infinita sabiduría, aniquile almas que, siendo inmortales, han de vivir eternamente? ¿Acaso que saque de los tormentos á esas almas que, permaneciendo obstinadas en sus culpas, son por lo mismo todavía acreedoras á los castigos? ¿O acaso que, despues de pasado algun tiempo, ponga el Señor en el mismo nivel á la santidad con el pecado, y al vicio con la virtud? Pero todo ésto repugna á los atributos de Dios, y repugna particularmente á su infinita sabiduría y á su eterna é inmutable justicia. Sinó hubiera eternidad, llegaria tiempo en que los condenados serian restablecidos en el camino de salvacion, en la amistad de Dios, y en el derecho al reino de los cielos, donde vendrian á ser colocados al lado de los Santos. Entónces la pureza de vida quedaria igualada con la mas repugnante incontinencia, la crueldad con la mansedumbre, y la ardiente caridad del hijo de Dios con los odios y las venganzas que distinguen á los secuaces de satanás. ¿Y seria ésto conforme, hermanos mios, con los atributos soberanos del Señor? ¿Estaria en armonía con su justicia, sabiduria y providencia? Nó, de ninguna manera; y la religion que nos enseña á Dios perfecto infinitamente en sus atributos, nos enseña tambien que su justicia es eterna, y eternas las penas con que castiga los pecados, que no se detestaron y lavaron con la debida penitencia.

Son, pues, eternas las penas del infierno, y eterna é invariable la suerte de los infelices que las sufren. Que los tiempos se trastornen, que el mundo perezca, que se borren los mas altos montes y los mas profundos mares; el infierno durará siempre, y sus penas horribles atormentarán con la misma actividad á sus desgraciados habitantes. En aquella tierra de llanto y de miseria resonará incesantemente la voz que, á manera de trompeta formidable, eternidad, eternidad, dice, y esa eternidad comprende la pérdida del sumo bien, los recuerdos de la vida, los remordimientos de la conciencia, y las llamas del fuego mas atroz. Si, criaturas desdichadas, llorad y padeced por toda la eternidad; la mano del Señor terrible y rigurosa os ha tocado, nó como á Job con males durísimos, pero transitorios (1); sinó con castigos tremendos y que durarán eternamente. Lamentad vuestra desgracia en esa region de horror y desolacion sempiterna; lamentadla, léjos de Dios y malditos de vuestro Criador: nosotros sentimos vuestra infelicidad, pero bendecimos al mismo tiempo la mano que os atormenta, y adoramos su justicia inexorable.

Mas no á esas criaturas reprobadas por Dios debo dirigir mi discurso, sinó á vosotros, hermanos míos, que con vuestras culpas habeis merecido tantas veces acompañar á los demonios en su eterna infelicidad. La fé nos repite que los pecados preparan en el infierno al pecador el lugar de su eterno suplicio. Y despues de haber cometido tantos, ¿ cómo podreis permanecer tranquilos en víspera, quizá, de ser eternamente desgraciados? ¿ Cómo, teniendo fé, podreis quedar en tan terrible incertidumbre? Vuestros sentidos manchados por mil delitos, vuestra alma conven-

(1) Job. Cap. 29.

cida de sus iniquidades y vuestra conciencia de encontrarse rea delante del Señor, tienen tanto que temer : ¿ qué esperan para volverse á Dios , cuya mano puede salvar de tan terrible mal ? ¿ Acaso que venga un ángel del cielo á predicaros los tormentos con que la justicia divina castiga á los pecadores, y que yo os he anunciado ahora en nombre del Señor ? Mas recordad que ésto fué negado al rico avariento que lo pedia para sus parientes. Mi voz es la de Dios, de quien soy ministro, y en cuyo nombre os digo: romped con un verdadero arrepentimiento la pesada cadena, que os tiene sujetos al dominio de satanás ; emancipaos de su mano, que os precipita incesantemente á los infiernos, sinó quereis llorar algun dia eternamente vuestra desgracia. *Surge velociter*, diré a cada uno como el ángel á San Pedro, cuando rompía sus cadenas y le libertaba de sus prisiones. *Surge velociter*. Postraos á los piés de nuestro Señor Jesucristo ahora que os llama con la misericordia y el amor de Redentor: decidle que os pesa en el alma haberle ofendido, y que le prometeis nunca jamas pecar, confesar dolorosamente vuestros pecados, y perseverar en su santo servicio hasta el último momento de vuestra vida. Así sea.



TABLA DE MATERIAS.

INSTRUCCION	I. Sobre la necesidad de la fé	<i>pag.</i> 5
"	II. Tenemos necesidad de ilustrar nuestras dudas en materia de religion	" 19
"	III. Es necesario practicar la humildad, si queremos recibir la gracia de Jesucristo	" 32
"	IV. De la preparacion que debemos hacer para el nacimiento de Jesucristo..	" 45
"	V. Jesucristo es motivo de condenacion para los que no creen, y de salvacion para los que creen..	" 57
"	VI. Sobre la fé y confianza que siempre debemos tener en Dios.	" 70
"	VII. Motivos porque el Señor aparece á veces insensible á nuestros clamores..	" 83
"	VIII. Sobre los enemigos de nuestra salvacion	" 96
"	IX. Sobre la humildad práctica que nos enseña Jesucristo.. . . .	" 109
"	X. Sobre la pérdida del tiempo.. . . .	" 122
"	XI. Sobre la limosna.	" 134
"	XII. Contra los desórdenes del carnaval	" 148
"	XIII. Sobre la perfeccion cristiana . . .	" 161
"	XIV. Sobre la palabra de Dios y las disposiciones con que debemos oirla para aprovecharla.. . . .	" 174

INSTRUCCION	XV. Sobre la providencia de Dios..	pag. 187
"	XVI. De la santidad de Jesucristo. . . .	" 200
"	XVII. Modo de meditar con provecho la Pasion de Jesucristo.	" 212
"	XVIII. Necesidad de la perseverancia en el servicio de Dios.. . . .	" 225
"	XIX. Jesucristo buen Pastor.. . . .	" 238
"	XX. Contra el juego.	" 252
"	XXI. La santa cruz señal de virtud y de triunfo para el cristiano.	" 265
"	XXII. Medios con que debemos preparar- nos para recibir el Espíritu Santo. "	278
"	XXIII. Sobre la misericordia de Dios ..	" 292
"	XXIV. Sobre las obras de misericordia "	306
"	XXV. Contra la lectura de los malos li- bros.. . . .	" 320
"	XXVI. Males que acarrea el pecado mortal al alma de quien lo comete	" 333
"	XXVII. Sobre la muerte.. . . .	" 346
"	XXVIII. Vicios que se oponen al conoci- miento de Jesucristo.	" 360
"	XXXIX. Sobre el infierno	" 374

FIN DEL TOMO TERCERO.

NIHIL OBSTAT

Fr. Paulus Carbò O. Praed. Censor Deputatus.

IMPRIMATUR

P. Fr. Vincentius M. Gatti O. Praed. S. Pal. Ap. Magister.

IMPRIMATUR

Iosephus Angelini Archiep. Corinth. Vicesgerens.

**HARVARD COLLEGE
LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION**



**THE GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND
CLARENCE LEONARD HAY, '08**

**IN REMEMBRANCE OF THE
PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE, DECEMBER
MDCCCXVIII**

FROM THE LIBRARY OF LUIS MONTT

